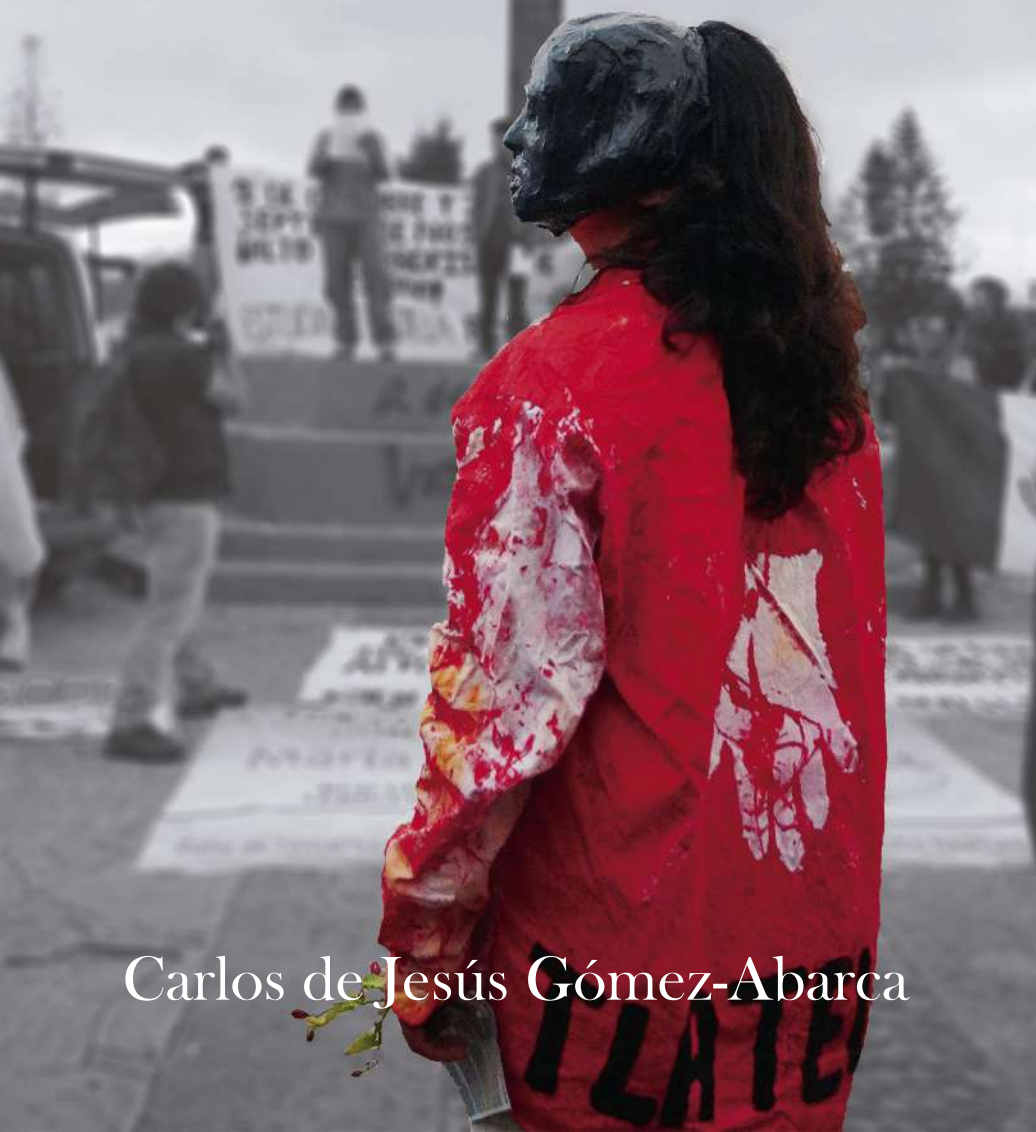


JÓVENES, ACCIONES Y MOVIMIENTOS

APROXIMACIONES DESDE EL SUR DE MÉXICO



Carlos de Jesús Gómez-Abarca

JÓVENES, ACCIONES Y MOVIMIENTOS

APROXIMACIONES DESDE EL SUR DE MÉXICO

JÓVENES, ACCIONES Y MOVIMIENTOS

APROXIMACIONES DESDE EL SUR DE MÉXICO

Carlos de Jesús Gómez-Abarca



Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas
Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica
Observatorio de las Democracias: Sur de México y Centroamérica
Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales



CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales
Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais



CLACSO Secretaría Ejecutiva

Karina Batthyány - Secretaria Ejecutiva
María Fernanda Pampín - Directora de Publicaciones

UNICACH – CESMECA

Juan José Solórzano - Rector
Jesús Solís – Director del CESMECA
Isabel Rodríguez - Secretaria de Extensión del CESMECA

Equipo Editorial

Lucas Sablich - Coordinador Editorial
Solange Victory - Gestión Editorial
Nicolás Sticotti - Fondo Editorial



LIBRERÍA LATINOAMERICANA Y CARIBEÑA DE CIENCIAS SOCIALES
CONOCIMIENTO ABIERTO, CONOCIMIENTO LIBRE

Los libros de CLACSO pueden descargarse libremente en formato digital o adquirirse en versión impresa desde cualquier lugar del mundo ingresando a www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana

ISBN 978-607-543-135-2

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

© UNICACH – Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas, 2021

CESMECA – Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica, 2021

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor. La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

CLACSO – Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales – Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina
Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 | <clacso@clacsoinst.edu.ar> | <www.clacso.org>

UNICACH – Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas

1 Av, Sur Poniente 1460 | 29000 Tuxtla Gutiérrez | Chiapas | México
<www.unicach.edu.mx>

CESMECA – Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica

Bugambilla 30 | Fracc. La Buena Esperanza | 29243 San Cristóbal de Las Casas | Chiapas | México
<www.cesmeca.mx> | <editorial.cesmeca@unicach.mx>

Observatorio de las Democracias: Sur de México y Centroamérica

Bugambilla 30 | Fracc. La Buena Esperanza | 29243 San Cristóbal de Las Casas | Chiapas | México
<<https://observatorio.de.las.democracias.com.mx/>>

Este libro ha sido dictaminado por la Dra. Amaranta Cornejo Hernández, de la Universidad Iberoamericana, y la Dra. Simone Da Silva Ribeiro Gomes, de la Universidad Federal de Pelotas, quienes garantizan su calidad, actualidad y pertinencia.

Cuidado de la edición: María Isabel Rodríguez Ramos
Foto de portada y diseño de portada: Carlos de Jesús Gómez Abarca
Diseño y diagramación de interiores: Salvador López Hernández



Patrocinado por la Agencia Sueca de Desarrollo Internacional Impreso en México

ÍNDICE

Prólogo. Las juventudes latinoamericanas entre las persistencias y las emergencias	13
<i>Pablo Vommaro</i>	
Introducción	19
Capítulo 1. Jóvenes, sociedad y política en Chiapas	35
San Cristóbal de Las Casas	35
Periferia de la periferia	36
Escenario sociopolítico chiapaneco	44
Juventudes activistas en San Cristóbal	55
Capítulo 2. Jóvenes, ciudadanía y movimientos sociales	69
Movimientos estudiantiles	69
Ciudadanías y movimientos juveniles	79
Jóvenes en movimiento(s)	90
Jóvenes, acción colectiva y movimientos	96
Capítulo 3. Juventud y política. Una lectura de la acción colectiva en clave generacional	103
Juventud: un concepto en disputa	103
Lo político y la política en clave generacional	117
La acción colectiva como construcción cultural	133
Capítulo 4. Pluralidad de acciones y ámbitos de acción colectiva	139
El “sexenio de las protestas”	142
Marchas, plantones y ocupaciones	153
Movilidad urbana	159
Arte y cultura	161
Economía local y solidaria	163
Medio ambiente y territorio	165
Memoria colectiva y tejido social	166
Capítulo 5. Actorías juveniles y marcos simbólicos de acción	169
Justicia, democracia y paz	176
Jóvenes, ciudad y ciudadanía	189
Identidades activistas	194
Activismos estudiantiles	198

Capítulo 6. Condicionantes y dilemas de la acción colectiva	209
Organizaciones estudiantiles entre alianzas y desencuentros	209
De colectivos juveniles a organizaciones civiles	217
Entre la debilidad institucional y el papel facilitador de las organizaciones	220
Escenarios violentos y represivos	228
Las otras redes sociales y las acciones conectivas	242
Conclusiones	245
Marcas generacionales de la juventud mexicana	246
Actorías sociopolíticas juveniles	250
Marcos simbólicos e identidades políticas	253
Repertorios de acciones sociopolíticas	256
Chiapas: una lectura situada en clave generacional	261
Referencias	267
Anexos	297
Anexo 1. Lista de siglas y acrónimos	297
Anexo 2. Ocupaciones escolares, 2013	300
Anexo 3. Eventos de protesta, 2013	301
Anexo 4. Eventos de protesta con violencia	302
Anexo 5. Convocatorias de protesta y asamblea estudiantil, 2013	303
Anexo 6. Acción global en la República mexicana, 2014	304
Anexo 7. Acción global en diferentes países, 2014	305
Anexo 8. Narrativas de producciones mixtas de gráfica política, 2010-2013	307
Anexo 9. Muro ciudadano, 2014	310
Anexo 10. Acciones colectivas promovidas en la ciudad, 2014	312

ÍNDICE DE FIGURAS

Figura 1. Grado de marginación por entidad federativa	37
Figura 2. Estructura poblacional en Chiapas	56
Figura 3. Mapa de hablantes de lenguas indígenas en cada entidad mexicana	57
Figura 4. Pirámide poblacional de San Cristóbal de Las Casas, 2005-2015	60
Figura 5. Zonas de San Cristóbal de Las Casas promocionadas como parte del Programa Pueblos Mágicos	64
Figura 6. Tipología del ejercicio de la ciudadanía juvenil	81
Figura 7. Obstáculos que dificultan el ejercicio de la ciudadanía juvenil	82
Figura 8. Transformaciones en las dimensiones de la participación juvenil	87
Figura 9. Dimensiones para el análisis del activismo juvenil	90
Figura 10. Transformaciones en los activismos contemporáneos	93
Figura 11. Transformaciones que influyeron en el modelo de juventud moderno	104
Figura 12. Parámetros importantes en los procesos de transición a la adultez	107
Figura 13. Tendencias en el estudio de los movimientos sociales desde una perspectiva cultural	136
Figura 14. La politicidad desplegada en acciones colectivas	141
Figura 15. Normalistas durante protesta del movimiento magisterial-social, 2013	155
Figura 16. Estudiantes de la Comei durante protesta del movimiento magisterial-social, 2013	158
Figura 17. Taller de música en el barrio del Santuario. Colectivo Jovenarte	162
Figura 18. Exposición fotográfica, Museo de la Memoria	167
Figura 19. Realización de estencil político durante protesta en San Cristóbal	179
Figura 20. Mural en el caracol zapatista La Realidad, Chiapas	182
Figura 21. Iconografía activista en San Cristóbal de Las Casas	183
Figura 22. Gráfica política en San Cristóbal de Las Casas	184
Figura 23. Gráfica política alusiva a la violencia de género en San Cristóbal	186
Figura 24. Gráfica política realizada el 2 de octubre de 2013	187
Figura 25. Participación ciudadana en evento organizado por Rehabilitando la Ciudad, San Cristóbal	193
Figura 26. Protesta del movimiento #Yosoy132, 2012	199
Figura 27. Disposición espacial de los actores durante las protestas	229

Figura 28. La mediatización de las protestas, Ciudad de México, 2014	234
Figura 29. Principales tensiones y paradojas de ser joven en América Latina	247
Figura 30. La cultura en las acciones colectivas contemporáneas	258

A Daniel (†),
quien continúa infundiéndome ánimos.

A Hilda,
por su apoyo incondicional.

A las y los activistas,
cuyas resistencias cotidianas dan sustancia a estas reflexiones.

AGRADECIMIENTOS

En el proceso de realización de este libro son muchas, para mi fortuna, las personas e instituciones que han colaborado. Quiero comenzar agradeciendo a las personas que me brindaron su confianza y me compartieron sus experiencias para dar sustancia a este trabajo. Asimismo, la investigación que da origen a este libro no hubiera sido posible sin el apoyo financiero del Consejo Nacional de Ciencias y Tecnología (Conacyt), como tampoco sin las lecturas minuciosas y recomendaciones de la doctora María del Carmen García y de los doctores Axel Köhler, Jan Rus, José Manuel Valenzuela y Pablo Vommaro.

Fundamentales han sido también los intercambios académicos realizados en el transcurso de este trabajo, por lo cual agradezco a los doctores Jorge Cadena-Roa y Breno Marqués, coordinadores del Laboratorio de Análisis de Organizaciones y Movimientos Sociales (LAOMS) de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y del Grupo de Pesquisas sobre Teoría Social y América Latina (Netsal) de la Universidad Estatal de Rio de Janeiro (UERJ), respectivamente, por su hospitalidad durante las enriquecedoras estancias académicas que tuve la oportunidad de realizar.

Agradezco también a colegas y amigos con los que dialogué en el marco de diferentes encuentros organizados por el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (Clacso) y la Red Nacional de Investigadores sobre la Juventud (Renaij). Los intercambios sostenidos siempre resultaron estimulantes.

El camino que condujo a la publicación de este libro también fue posible recorrerlo gracias a numerosas personas. Mi gratitud a las doctoras Amaranta Cornejo y Simone Gomes por sus acuciosas lecturas y recomendaciones, así como también al trabajo profesional que se desarrolla en las diferentes áreas del Centro de Estudios Superiores de

México y Centroamérica, las cuales posibilitan el ejercicio de la reflexión y la creación intelectual en el instituto. Mi agradecimiento especial a quienes integran el Observatorio de las Democracias: Sur de México y Centroamérica, espacio donde he podido continuar con las reflexiones que quedaron expuestas en este trabajo, así como también al equipo de la Coordinación Editorial, dirigido por Isabel Rodríguez, el cual ha coadyuvado, con el cuidadoso y esforzado trabajo que les caracteriza, para la publicación de esta obra.

En un plano más personal, pero no por eso menos importante, resulta imposible dejar de agradecer a mi familia, mis colegas y mis amigas y amigos por externarme siempre su apoyo y su compañía, sobre todo en los momentos más complicados de este proceso. A Daniel e Hilda, les agradezco particularmente por ser una fuente de inspiración, lectores e interlocutores de muchas de las reflexiones desarrolladas en los últimos años.

Cualquier error remanente, desde luego, es responsabilidad exclusiva del autor.

Prólogo.

Las juventudes latinoamericanas entre las persistencias y las emergencias

Pablo Vommaro*

Elaborar el prólogo de un libro constituye siempre un desafío y una invitación. Compartir algunas líneas que, fieles al cometido de prologar, abran al pensamiento colectivo, interpelen, conviden, provoquen.

En este caso el desafío y el compromiso son dobles ya que, por un lado, se trata de un libro que aborda una temática vigente y relevante como es la participación juvenil en México y en América Latina. Por el otro, esta obra expresa la investigación doctoral que el autor realizó en el marco del Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica (CESMECA) de la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas (UNICACH). Tuve el honor y el gusto de acompañar parte del proceso doctoral como evaluador de la tesis —dirigida por el Dr. Axel Köhler—, junto a la Dra. María del Carmen García, el Dr. Jan Rus y el Dr. José Manuel Valenzuela. Y es doblemente gratificante entonces disfrutar el resultado de esta tesis en forma de libro.

En efecto, la publicación que prologo es una excelente adaptación de esta tesis a una iniciativa editorial que seguro tendrá gran repercusión. Con el autor, además, compartimos diversos espacios de trabajo y reflexión acerca de las juventudes y sus formas de acción y participación, sus innovaciones, sus propuestas y sus luchas. Muchos de estos ámbitos compartidos se realizaron en el marco de

* Profesor e investigador de la Universidad de Buenos Aires, el CONICET y CLACSO. Doctor en Ciencias Sociales y posdoctor en Ciencias Sociales, Niñez y Juventud.

la Red de Posgrados en Infancias y Juventudes (RedINJU-CLACSO) y del Grupo de Trabajo de CLACSO en Infancias y Juventudes.

Esta obra, además, se publica en tiempos difíciles y convulsionados, tiempos de pandemia. Continuar produciendo en esta coyuntura y empujar una publicación de estas características es un esfuerzo que merece la pena ser destacado. Seguir apostando por la ciencia pública, el conocimiento abierto, los reconocimientos, las visibilizaciones, los análisis situados, por recuperar prácticas, innovaciones, propuestas, acciones y lenguajes de las y los jóvenes chiapanecos es digno de felicitación y celebración.

Por todo esto y por los elementos que comentaré enseguida, agradezco al autor de este trabajo y a sus editores el hacer posible que esté presente en estas páginas e introduzca su lectura.

El libro, como su autor lo declara en la introducción, propone un abordaje sociopolítico de Chiapas desde una perspectiva generacional, y en ello radica parte de su potencia: aportar una mirada generacional para comprender los procesos políticos situados en la temporoespacialidad chiapaneca; un punto de vista que no se centra sobre, por o para las juventudes, sino que construye un enfoque de y desde las y los jóvenes.

La relevancia de situar el estudio que sustenta este libro en Chiapas es múltiple. El mismo autor caracteriza esta región como “la periferia de la periferia”. Nosotros agregamos que puede concebirse como una puerta de entrada a y desde Centroamérica, uno de los estados más alejados del monstruo del norte, una construcción en y desde el sur. Pero esta periferia de la periferia ocupó el centro de la escena política mexicana, latinoamericana y, sin exageraciones, de buena parte del mundo a mediados de la década del noventa. Justamente el primer día del año 1994, cuando la agenda política oficial y dominante se aprestaba a anunciar la entrada en vigencia de un tratado de libre comercio entre México, Estados Unidos y Canadá, se hacía visible el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) con sus caracoles y sus configuraciones comunitarias. *Mandar obedeciendo, caminando preguntamos, unidad en la*

diversidad, somos distintos porque somos iguales, lo común en la diferencia, son frases y prácticas que resuenan en muchas iniciativas juveniles en la actualidad, en distintas experiencias organizativas y movimientos de resistencia configurados desde las generaciones emergentes que se despliegan por diferentes territorios latinoamericanos y caribeños.

Entre muchas otras cosas, la experiencia zapatista nos mostró que la producción política surge del entramado entre persistencia y emergencia, entre paciencia y acontecimiento, entre experiencia, tradición e innovación. Y emerge también de las prácticas cotidianas, de la politización de diversas relaciones de afinidad, que no son políticas *a priori*, sino que devienen políticas en el proceso histórico y el conflicto social. La política no es algo excepcional y para pocos, sino que se ubica en el orden de lo cotidiano, cercano, próximo y espacializado, para todos. De esto también nos habla este libro.

Sin dudas, esta obra es también resultado de un profundo y riguroso trabajo de campo que expresa el compromiso del autor con los sujetos y los problemas investigados. Así, no se trata de un texto ascético, con pretensiones de objetivismo e imparcialidad pretendidamente neutrales. Más bien, encontramos un trabajo donde el involucramiento y los afectos se conjugan con la rigurosidad científica y la agudeza analítica e interpretativa mostrando que ciencia y compromiso pueden ir de la mano.

Al abordar las relaciones entre juventudes y políticas desde una mirada generacional, el autor presenta la juventud como un concepto en disputa. Esta frase es por demás polisémica y me detendré un momento en ella. Refiere tanto a las disputas *de* las juventudes como a las disputas *por* las juventudes. Nos recuerda que las juventudes disputan y son disputadas, producen y son producidas. Se configura así una situación ambigua que signa las vidas juveniles en nuestra región. En efecto, las dimensiones que enfoca este libro tienen anclajes localizados, pero no se reducen a lo local, son singularidades que interpelan cuestiones comunes a otras situaciones. Son estudios producidos desde Chiapas, pero que dialogan con realidades nacionales, regionales y globales. Esto nos invita a identificar los elementos en común que podemos trazar a

partir del reconocimiento de las singularidades y diversidades que caracterizan a las juventudes contemporáneas.

Así, podemos decir que diversidades y desigualdades son caras contrastantes que configuran las complejas experiencias juveniles en América Latina y el Caribe actualmente. Las diversidades y singularidades caracterizan a las juventudes hoy no como signos de fragilidad o dispersión, sino como potencia y capacidad de producción de otros modos de vida que proponen alternativas y resistencias a las opresiones y subordinaciones que buscan imponer las sociedades mercantilizadas y desiguales en las que vivimos.

A su vez, son las juventudes las más expuestas y afectadas por las desigualdades que atraviesan al subcontinente más desigual del planeta. Estas desigualdades tienen un insoslayable componente generacional, a partir del cual podemos decir que los jóvenes son uno de los grupos más desiguales dentro de la región más desigual, situación que se agudiza si hablamos de mujeres jóvenes o de jóvenes campesinos, afrodescendientes o indígenas, y también de los jóvenes que habitan las periferias segregadas de las grandes ciudades y las áreas rurales alejadas de las mismas. Así, las desigualdades en las que producen sus mundos de vida las juventudes latinoamericanas no son solo económicas, sino que tienen rasgos multidimensionales, interseccionales, que abarcan aspectos de género, étnicos, territoriales, culturales, laborales y educativos, entre otros.

El desafío, entonces, pasa por construir caminos hacia la igualdad, que si son abordados desde las políticas —componente importante de este libro—, se transforman en políticas públicas y formas de participación y composición hacia la igualdad, que permitan revertir los complejos mecanismos de producción y reproducción de las desigualdades en nuestros países. Tenemos que ser capaces de pensar u actuar estas igualdades desde el reconocimiento de las diversidades, igualdades como lo común en la diversidad, igualdades no unívocas ni homogeneizantes, que no aplanen o borren, sino que reconozcan lo diverso. Construir una igualdad en la diversidad, un común en la diferencia, es uno de los principales desafíos si pensamos en las juventudes latinoamericanas.

americanas hoy. Es decir, hacer que la diferencia no justifique o sustente la desigualdad y que el logro de la igualdad no borre o invisibilice esas diferencias. Sobre esto también trata el libro que tienen entre manos.

Diversidades y desigualdades, como dos caras ambiguas de realidades contrastantes, son rasgos fundamentales de las juventudes en la región. Para avanzar en un panorama que acompañe el recorrido de este libro es preciso introducir también la gran vitalidad de las juventudes organizadas en colectivos, grupalidades y movimientos, que hoy protagonizan buena parte de la dinámica política de los países latinoamericanos y caribeños. En efecto, las y los jóvenes son hoy protagonistas de las principales movilizaciones, impulsando organizaciones y formas de agrupamiento, dinamizando el conflicto social y expresando muchos de los elementos que conforman las agendas públicas de las sociedades contemporáneas.

Todo esto se agudizó y aceleró en tiempos de pandemia. En efecto, la pandemia que aún vivimos profundiza, amplifica y visibiliza procesos y dinámicas sociales que la preexisten. Y entre estas dinámicas sociales que se han agudizado y acelerado en esta coyuntura, las desigualdades son las más relevantes; desigualdades sociales producidas desde las dinámicas generacionales y entramadas con otras dimensiones. Si bien la investigación que fundamenta este libro fue realizada antes de la pandemia, las transformaciones de la actual coyuntura pueden constituir claves sugerentes para su lectura. A este ejercicio creativo también les invitamos para pensar las dinámicas sociales y políticas juveniles en la pandemia y en la sociedad que queremos construir en el mundo por venir.

Habiendo recorrido algunos de los problemas que componen o que evoca este libro, les dejo con los textos que nos comparte el autor. Espero que estas líneas estimulen o al menos no desalienten la lectura de las páginas siguientes, cuyos aportes vale la pena desmenuzar y pensar.

Finalizo este prólogo con una invitación al autor para continuar investigando, publicando y apostando por el compromiso social, científico y político. El camino de las producciones colectivas y las

intervenciones intelectuales situadas seguirá alimentando este campo en construcción, que con esta obra se ha fortalecido. En los capítulos que siguen el lector encontrará aproximaciones a formas de vida y producciones juveniles, a modos de participación y a modalidades de acercamiento a los procesos generacionales que contribuirán a transformar las realidades desiguales en las que vivimos, reconociendo las diversidades y diferencias que caracterizan las juventudes contemporáneas e instituyendo lo común en tanto formas otras de estar juntos.

Los y las invito a emprender estos desafíos juntos.

INTRODUCCIÓN

Cuando volví en el año 2010 al estado de Chiapas, luego de una década de estar fuera de mi terruño, me obsesionó la idea de poder aportar información y conocimiento sobre las incesantes transformaciones económicas, sociales, políticas y culturales que aquí se desarrollan desde, al menos, las últimas cinco décadas. En el transcurso de los años, mis intereses me condujeron a diferentes y apasionantes sendas, algunas de las cuales afortunadamente pudieron converger en este trabajo, el cual borda sobre el comportamiento activo y comprometido de personas jóvenes en asuntos de interés público, social y político.

Recupero, en este trabajo, experiencias enmarcadas en San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, entre 2012 y 2016. No obstante, como podrá observar quien lea este texto, el análisis abre reflexiones que conducen ineludiblemente a experiencias de diferentes espacios geográficos, particularmente latinoamericanos, y a acontecimientos contemporáneos trascendentales de los últimos años. En este sentido, las reflexiones situadas se asumen como punto de partida para reflexionar sobre los activismos juveniles del sur de México y de América Latina.

Estos paralelismos han permitido abrir las acuciantes interrogantes y reflexiones sintetizadas en la compleja relación existente entre juventud y política, relación teórica y práctica que ha venido ganando centralidad en diferentes debates, incluyendo los académicos. Sobre esta diada suelen colocarse tanto en espacios mediáticos como académicos diferentes argumentos, entre los que sobresalen dos premisas subyacentes.

En primer lugar, es del común escuchar que se enfatiza el distanciamiento de la gente joven¹ de *la política*, como parte de un fenómeno

¹ En el trabajo se ha evitado, hasta donde ha sido posible, el uso del masculino con un valor genérico para referirnos a personas y grupos de población. No obstante, se

generalizado de desafección política de los ciudadanos en la mayoría de democracias contemporáneas; es decir, un distanciamiento de todo aquello que se considera político, fundamentado con información estadística que revela la falta de intervención de jóvenes en partidos políticos y otras instancias de participación “tradicionales”.²

Dicha desafección, se argumenta, está estrechamente asociada a los valores que se tienen en torno a *la política*, sobre lo cual diferentes estudios, que buscan captar las percepciones y las prácticas políticas y sociales de la gente joven, coinciden en el escaso interés que provoca la política institucional,³ la fuerte desconfianza hacia *la política*,⁴ y lo complicada que esta le resulta a este sector de la población.⁵

En México, paradójicamente, el papel que desempeñan las personas jóvenes en el campo electoral es potencialmente definitorio. En el

ha mantenido tal uso en el caso de fragmentos de entrevistas y citas textuales, en el título de trabajos referidos en la sección bibliográfica y en los casos que se refiere a un género en específico.

² En un estudio realizado en 2012, por ejemplo, el 95 por ciento de jóvenes señaló que nunca había participado en un partido político o un sindicato, ambos referentes tradicionales de la participación electoral y formal (Gómez, Tejera y Aguilar, 2013). En un estudio más reciente, de 2019, el 13.5 por ciento de las personas jóvenes entrevistadas señaló haberse postulado a un cargo político (Nares *et al.*, 2019). Aunque la información no es contrastable, se abren interrogantes sobre posibles desplazamientos en la percepción sobre las formas de participación.

³ Según la Encuesta Nacional de Valores en Juventud 2012 (Imjuve, IJ y UNAM, 2012), las personas jóvenes mencionaron que les interesa poco (46 por ciento) y nada la política (43.2 por ciento). Según la Encuesta de Jóvenes en México 2019, las respuestas mayoritarias, al preguntar a jóvenes si la política tiene influencia en su vida y si esta podría contribuir a mejorar en la sociedad en la que vive, se encuentra en el centro de la gráfica: “ni de acuerdo, ni en desacuerdo”, con un 37 y 34 por ciento, respectivamente, mientras que un porcentaje similar estaba de acuerdo en ambas preguntas, 34 y 36 por ciento, respectivamente (Nares *et al.*, 2019).

⁴ Mientras que la familia, las universidades públicas, los médicos y los maestros son en quien más confían las personas jóvenes, la policía, los partidos, y los sindicatos son los menos confiables (Imjuve, 2010; Nares *et al.*, 2019). En otro estudio, el 37.4 por ciento de las personas jóvenes entrevistadas consideró que los políticos profesionales son muy deshonestos (Tagle, Tejera y Aguilar, 2012).

⁵ La percepción de una falta de comprensión de los temas políticos ocupa la tercera causa (22.7 por ciento) del aislamiento o la evasión de la política (Imjuve, IJ y UNAM, 2012).

proceso electoral 2017-2018, casi 26 millones de jóvenes entre 18 y 29 años de edad conformaron la lista nominal, lo que representó casi el 30 por ciento de habitantes que, contando con credencial de elector, podían ejercer el voto (INE, 2017). En la jornada electoral de 2018, según datos de Parametría (2018), el voto juvenil favoreció a Andrés Manuel López Obrador. El 55 por ciento de las personas jóvenes entre 18 y 25 años que votó, lo hizo por López Obrador, seguido de Ricardo Anaya (18 por ciento), Jaime Rodríguez (16 por ciento) y José Antonio Meade (11 por ciento).

Antes del 1 de julio de 2018 hubo quienes pensaron que el voto juvenil sería clave para el triunfo de partidos y coaliciones participantes, pero hubo también quienes, echando mano de diferentes estadísticas de procesos electorales pasados, relativizaron la expectativa de esta afirmación, al tratarse de los grupos que han presentado mayor abstencionismo. En retrospectiva, se puede decir que el fenómeno de la “ola morenista” en la mayoría de municipios y entidades del país se vio beneficiado por jóvenes, a pesar de la desconfianza y el desinterés referido.

Una segunda línea argumentativa enfatiza la importancia de la política denominada “no convencional”. Si bien el 70 por ciento de jóvenes entrevistados en la Encuesta Nacional de la Juventud en el año 2010 señaló no haber participado en ningún tipo de organización o grupo político (Imjuve, 2010), en diferentes encuestas se concluye que las personas jóvenes que sí han participado, lo han hecho, principalmente, a través de organizaciones de tipo deportivo, religioso, estudiantil, de beneficencia o cultural y, en un porcentaje menor, en diferentes acciones de protesta, algún foro sobre política, firmando una petición a través de Internet, en paros laborales, marchas y plantones (Gómez, Tejera y Aguilar, 2013; Imjuve, 2010; Nares *et al.*, 2019).

Estos trabajos se sitúan generalmente en un marco más amplio caracterizado por una creciente pluralidad de actores que se posicionan políticamente en las últimas décadas, como también por la reconfiguración de los *repertorios de acción colectiva*. La noción de participación

política, desde una perspectiva ampliada, permite ver más allá del acto de ir a elegir representantes y de la militancia en partidos políticos, ofreciendo posibilidades de análisis sobre la participación en manifestaciones, la contribución en organizaciones políticas, la discusión de sucesos políticos o la presión ejercida sobre un dirigente político, entre otras tantas expresiones colectivas.

De lo anterior se deriva una tercera posición que permite ver que, más allá de la desafección política juvenil, las experiencias políticas en que se involucran las personas jóvenes son un correlato del devenir plural del campo político contemporáneo. Es la gente joven, al estar más distante de los canales institucionales de participación política —ya sea porque no cuenta con los recursos culturales, sociales, económicos y políticos necesarios, porque no se siente identificados con estos o porque desconfía de los mismos—, la que le imprime dinamismo e innovación a las experiencias políticas. El estudio del quehacer político juvenil, desde esta óptica, se abre como un camino importante de indagación sobre la participación juvenil en los procesos de cambio social y los procesos instituyentes en el campo de *la política*.

Entre los principales fenómenos asociados a estos cambios se encuentran: la ampliación hacia la “política del estilo de vida”, donde la línea divisoria entre *lo social* y *lo político* se difumina cada vez más; la controvertida línea divisoria entre la esfera privada y la esfera pública; la importancia de procesos de cambio culturales; la ampliación de *la política* más allá de los referentes del Estado-nación, y el papel de las nuevas tecnologías en los activismos políticos (Galli, 2002; Lechner, 2013a, 2013b; Norris, 2003).

La preocupación por comprender el comportamiento juvenil no es novedosa. Las interrogantes en torno al papel social, reproductor o transformador de las nuevas generaciones fueron impulsadas, por ejemplo, en la segunda mitad del siglo XX, a la luz de un fuerte dinamismo juvenil en movimientos sociales en diferentes partes del

mundo. En América Latina, particularmente, las luchas estudiantiles han sido objeto de reflexión desde diferentes perspectivas analíticas a lo largo de todo el siglo XX, subrayándose el carácter democratizador de las mismas, dentro y fuera de las universidades, y en la década de los noventa la politización juvenil se reconoció más cercana a la multiplicidad de ejes discursivos asociados al indianismo, el ecologismo, los derechos humanos, el zapatismo, las protestas altermundistas y el Foro Social Mundial.

Entrando a la tercera década del siglo XXI, observamos que los espacios educativos, y particularmente las organizaciones estudiantiles, continúan siendo un referente y un espacio importante para la participación política juvenil. Incluso cuando algunas personas creen que se trata de un actor político aletargado, han surgido “oleadas” de episodios de luchas estudiantiles en diferentes países de América Latina que nos recuerdan la capacidad de movilización social y política que pueden desplegar, como estrategia defensiva de meros intereses académicos o de políticas mercantilistas y privatizadoras en la educación, como tendremos oportunidad de revisar más adelante.

En el caso mexicano, los estudiantes son viejos actores de la escena política que han denunciado problemas históricos, tales como la impunidad o la perversión de la clase política, pero también los actuales y crecientes niveles de desigualdad, exclusión social y violencia. Recientemente, han sido parte de movimientos sociales más amplios: en 2011, del Movimiento por la Paz con Justicia y Dignidad, que cuestionó la creciente violencia originada por la supuesta guerra contra el narcotráfico; en 2012, como protagonistas del movimiento #Yosoy132 que demandó la democratización de los medios de comunicación; en 2013, apoyando la lucha que el gremio magisterial encabezó con el objetivo de derogar las reformas estructurales de corte neoliberal, y en 2014, demandando la aparición con vida y justicia para el caso de los 43 estudiantes “desaparecidos” de Ayotzinapa, Guerrero.

Esta serie de protestas podrían entenderse como un ciclo nacional si consideramos las características propuestas por Tarrow. Ha

existido una rápida difusión de la *acción colectiva* de sectores históricamente más organizados y movilizados; han existido formas innovadoras de confrontación y nuevos o actualizados repertorios de protesta; se ha observado la incorporación de sectores de la sociedad que nunca antes habían participado y una intensa interacción entre los manifestantes y las autoridades, que en muchas ocasiones han derivado en acciones violentas (Tarrow, 2018). En todas estas, el papel activo de las personas jóvenes ha sido visible, como protagonistas o como aliados (Cadena-Roa, 2016; Holguín, 2016).

Como todo movimiento social, los movimientos estudiantiles distan mucho de ser entidades homogéneas y estáticas. Una forma de acercarse a su pluralidad es a través de las organizaciones estudiantiles que los componen, caracterizadas por ser actores plurales. Algunas organizaciones estudiantiles persiguen objetivos meramente académicos y circunscriben sus actividades al interior de los centros educativos, mientras otras se vinculan a causas más amplias y buscan establecer alianzas con diferentes organizaciones populares y movimientos sociales fuera de sus espacios educativos. De ahí la pertinencia de reflexionar sobre la transformación o actualización de este tipo de activismos, los sentidos que le imprimen a su participación, las restricciones que encuentran para sus procesos organizativos, sus objetivos y sus interacciones con otras plataformas de participación.

Otro referente importante de participación juvenil en las últimas décadas ha sido el ejercicio de la ciudadanía. Las indagaciones al respecto han identificado, por un lado, una serie de obstáculos que dificultan el ejercicio pleno de la ciudadanía, tales como: la falta de espacios para su ejercicio, la ausencia del apoyo estatal para el análisis y la comunicación de propuestas, la inequidad en las reglas de participación, las formas extremas de gerontocracia y el dominio absoluto de oligarquías provinciales que dan espacio solo a sus sucesores (Durstton, 1999); a estos se suman las carencias y violencias que quienes son jóvenes experimentan en diferentes ámbitos (Marcial, 2009, 2010) y las miradas tutelares y verticales del Estado (Reguillo, 2003).

El reconocimiento de los problemas asociados al ejercicio ciudadano pleno de quienes son jóvenes permitió reconocer también los desafíos en la manera de entender la ciudadanía juvenil. Uno de los principales retos fue considerar a las personas jóvenes como sujetos sociales, en la relación con sus pertenencias y sus proyectos sociopolíticos, para romper con las concepciones formales y esencialistas. Un giro importante en esta concepción de la ciudadanía menos normativa y más cercana a una definición amplia se ha producido gracias al reconocimiento de la dimensión cultural-política de la participación juvenil y de las fases activas o performativas de la ciudadanía (Reguillo, 2003).

Desde esta perspectiva, el estudio de numerosas experiencias asociativas y participativas de jóvenes ha dado cuenta de las diferentes formas en que la gente joven interfiere en la vida pública a través de canales que se encuentran alejados o al margen de los cauces instituidos para la participación. Esto abrió la posibilidad de comprender diferentes manifestaciones de la condición juvenil: sus vínculos asociativos, sus relaciones con el mundo adulto, sus construcciones intersubjetivas y sus construcciones políticas asociadas a la cultura y el arte, a las formas disidentes de utilizar su cuerpo y los espacios públicos y a las formas con que logran articular *lo social* con *lo político* (Alvarado, Borelli y Vommaro, 2012; Herrera y Muñoz, 2008; Reguillo, 2000, 2003).

El reconocimiento de la pluralidad de experiencias políticas en que se inscriben las personas jóvenes también ha dado lugar a tipologías que abonarán a su comprensión en las últimas décadas del siglo XX. Es así como las experiencias políticas juveniles se han analizado como parte de la transición: de los viejos paradigmas de participación anclados en la lucha de clases hacia los nuevos paradigmas de participación asociados a demandas identitarias y los nuevos movimientos sociales, de la política institucional hacia la alternativa, o de las reivindicaciones materialistas a las posmaterialistas (Balardini, 2005; Moreira y Juárez, 2013; Serna, 1998).

En resumen, en las últimas tres décadas se ha invertido mucha energía en la caracterización de la pluralidad de un sujeto juvenil y de sus prácticas sociales y políticas en América Latina y El Caribe. Las actorías políticas, las subjetividades políticas emergentes, los procesos de socialización política y el acompañamiento de jóvenes a diferentes luchas sociales son algunos de los aportes y las discusiones en que se ha venido profundizando en estas regiones. Este libro tiene como propósito abonar al conocimiento de las experiencias políticas juveniles latinoamericanas y al campo de discusiones abierto en los últimos años.

Las reflexiones de este texto emergen en Chiapas, entidad que ofrece un marco analítico extraordinario. Además de ocupar uno de los primeros lugares a nivel nacional en relación con el porcentaje de jóvenes,⁶ se caracteriza por un dinamismo social y político que en las últimas décadas ha llamado la atención más allá de las fronteras nacionales. Entre los procesos sociales y políticos más influyentes destacan aquellos vinculados a la particular transición democrática, la politización de los pueblos indígenas, la emergencia del movimiento magisterial democrático, el creciente activismo en el marco de organizaciones de la sociedad civil, la emergencia y el auge del movimiento feminista, y la gestación del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) y del ulterior movimiento neozapatista.

A pesar de tal dinamismo sociopolítico, los esfuerzos académicos por reconocer el papel de las personas jóvenes en el campo sociopolítico son todavía incipientes. Este trabajo abona a una lectura sociopolítica de Chiapas desde una perspectiva generacional a través de una aproximación analítica a múltiples procesos de compromiso

⁶ De los 5.2 millones de personas que habitan en Chiapas, 1.4 millones tienen entre 15 y 29 años de edad, es decir, el 26.9 por ciento de la población estatal, mientras que a nivel de nacional se estima que hay 30.6 millones (25.7 por ciento) de jóvenes en este mismo rango de edad (INEGI, 2015).

social y político de jóvenes organizados en colectivos con el propósito de tener una incidencia social y política. Se brinda un ejercicio comprensivo de la diversidad de acciones colectivas y *marcos de acción colectiva* a través de los cuales activistas jóvenes están situándose como actores de movimientos más amplios; una interpretación de los procesos de configuración de subjetividades e *identidades políticas activistas*, y una discusión en torno a la relación existente entre activistas y otros actores sociales y políticos.

Durante la realización de este trabajo fue preciso reconocer que, hacia la segunda mitad del siglo XX, particularmente, las conceptualizaciones y los enfoques que han buscado explicar el papel de las personas jóvenes como protagonistas de diferentes fenómenos, incluidos los políticos, se multiplicaron, lo que ha dado lugar al desarrollo de diferentes conceptos y perspectivas analíticas. Los trabajos sobre temas como jóvenes, juventudes, condición juvenil, trayectorias, transiciones al mundo adulto y generaciones dan cuenta del crecimiento de este campo de estudios. En concordancia con el propósito de este trabajo, se optó finalmente por la perspectiva generacional y microsociológica, con el propósito de aproximarme a las generaciones políticas.

En lo que respecta a *la política*, se asume aquí que esta no puede ser definida *a priori*, sino que se trata de una construcción fundamentalmente histórica. Si bien existe una definición hegemónica e institucionalizada de esta —como sucede con la democracia, la participación y otras nociones asociadas—, también, y simultáneamente, se desarrolla a través de diferentes procesos en el plano de *lo social* que la resignifican y sustancializan más allá del plano normativo. En este sentido, la lectura que se hace en esta investigación sobre los activismos juveniles se sitúa más en este plano de la potencia política y menos en el normativo.

Desde esta óptica, los activismos que aquí se refieren son observados en el marco de las tensiones provocadas por las transformaciones de las políticas señaladas líneas arriba, de las cuales una de ellas resulta particularmente importante: la línea divisoria entre *lo*

social y *lo político*, para lo cual resulta de utilidad la distinción desarrollada desde el pensamiento político contemporáneo entre *la política* y *lo político*. Mientras que la primera refiere —en el plano óptico— a un conjunto de prácticas instituidas o cristalizadas como tales en determinado momento histórico, la segunda noción refiere —en el plano ontológico— al proceso instituyente de nuevas experiencias políticas (Mouffe, 2007).

En este sentido, el abordaje de ontologías políticas juveniles, basado en los postulados elementales sobre la distinción entre *lo político* y *la política*, busca ser el puente que conecte el pensamiento político con el análisis de experiencias concretas de acción colectiva, reconociendo el vínculo que mantiene *lo político* con *lo social*, asociado al proceso de socializar la política o politizar lo social, ampliamente documentado en estudios de caso, como se ha planteado anteriormente (Ávalos, 2002:21).

La politicidad, o la condición de ser un sujeto político, es entendida aquí menos como algo inherente al desarrollo de las personas, y más como parte de un proyecto y proceso individual y colectivo. En consecuencia, se sostiene que al hecho de ser joven no le es inherente, “por naturaleza”, ser reproductor de la realidad social, como tampoco promotor de cambio. La constitución de los sujetos políticos se desenvuelve en procesos de (inter)subjetivación y socialización, en los cuales las politicidades de los padres, la escuela, los pares, los colectivos y los medios de comunicación son algunos de los referentes fundamentales.

La comprensión de estos procesos de constitución política amerita un ejercicio hermenéutico para comprender los sentidos de las acciones humanas y la manera en que las personas habitan, experimentan, significan, imaginan y construyen su realidad social y política.⁷

⁷ Al respecto, Dilthey pensaba que las manifestaciones de la vida son expresiones de algo “espiritual” en un mundo sensible. Entre las “manifestaciones de la vida” se encuentran: los conceptos y los juicios, las acciones y las “expresiones de la vida”, siendo esta última de donde puede surgir la comprensión que no se revela, en una primera instancia, a la observación y la reflexión o a la teoría. Dilthey adoptaría, así,

Asumiendo estos puntos de partida y una posición fenomenológica, en este trabajo se parte de que la acción colectiva es producto de un proceso social complejo que permite analíticamente acceder a la constitución de *lo político* y *la política*.

La realización de este trabajo comenzó con la documentación de diferentes experiencias de participación política de grupos compuestos en su totalidad, o mayoritariamente, por jóvenes, es decir: activistas que no se encontraran por arriba de los 29 años de edad. Esta primera etapa, de carácter exploratorio, abrió un amplio panorama de activismos juveniles por el simple hecho de observar que, en la mayoría de experiencias documentadas, la participación de personas jóvenes era una constante, llámense protestas, proyectos culturales, actividades político-culturales o medios de comunicación independientes.

En el análisis, finalmente, se privilegió la información recopilada a través de entrevistas en profundidad realizadas a 25 jóvenes activistas y alrededor de siete entrevistas con representantes de organizaciones civiles e instituciones, cuya agenda se enfoca en cuestiones juveniles. En este conjunto de diálogos, conseguí establecer un intercambio dialógico con quienes participaron en la investigación y, en algunos casos, colaboré activamente en diferentes actividades y proyectos.

En todo momento planteé la pertinencia de un trabajo de investigación realizado desde una perspectiva crítica sobre los activismos juveniles que articulara los procesos locales y globales, los alcances y los límites de estas prácticas. De ahí que mi compromiso con las personas que amablemente ofrecieron su tiempo y sus experiencias no puede ser otro que el de realizar una interpretación que, más allá de mis simpatías con algunos proyectos, permita visibilizar el trabajo de

una visión cercana a la fenomenología basada en las experiencias humanas, concretas y diferentes a través de la historia. Desde esta óptica, lo que interesa es el mundo que se revela a través de las personas y sus manifestaciones, por lo que las ciencias humanas deberían de apoyarse en el sentido y en la historia (Dilthey, [1883]1978a:3-36).

jóvenes activistas y reflexionar sobre sus perspectivas de cambio social, su percepción acerca de *la política* y sus aportaciones a la misma.

Como en toda investigación, existieron metas incumplidas por diferentes motivos. Una de estas tiene que ver con la documentación del papel de los medios independientes de comunicación, pues considero que las personas jóvenes a través de esta vía desempeñan un papel fundamental en las luchas sociales contemporáneas, junto a otras generaciones de activistas en medios de comunicación que les preceden. No obstante, consideré que los diferentes diálogos informales de los que disponía, aunque significativos, resultaban insuficientes para realizar una lectura analítica y en profundidad sobre estas experiencias.

También vale referir diferentes negativas de personas y colectivos. Si bien para algunos jóvenes resulta importante dar a conocer las prácticas que realizan para visibilizar el trabajo que realizan, vincularse con otros actores, posicionarse en el campo organizativo de la ciudad y potenciar sus metas, para otros realizar sus actividades de manera velada es una estrategia que les proporciona una percepción de mayor seguridad, la protección de su identidad y, por lo tanto, la continuidad de sus militancias. Esto es particularmente importante en el contexto mexicano, donde la criminalización, la represión de las disidencias políticas y la contrainsurgencia han sido condicionantes para el desenvolvimiento de los movimientos sociales.

Otras negativas se deben a la actitud crítica que algunos activistas tienen en torno al “extractivismo académico”. Desde esta óptica, al no estar este trabajo planteado en términos de un estudio estrictamente colaborativo, le valió el cierre de algunas puertas. Esto es “natural” si consideramos que en algunos círculos académicos y entre algunas y algunos activistas prevalece una imagen polarizada entre el quehacer científico y el activismo. Las argumentaciones que sustentan tal polarización son sin duda legítimas, pero también impiden visibilizar los diferentes grados de compromiso y vinculación que pueden existir entre un trabajo académico y una colaboración con la sociedad civil.

Después de la etapa exploratoria de la investigación que comenzó en 2010, y de manera más sistemática se concretara en el periodo

2012-2016, dos procesos simultáneos influyeron en la organización y el análisis de la información. Por un lado, en tres años sucesivos (2012, 2013 y 2014) diferentes actores sociales se situaron en un abierto conflicto con el Estado, con la participación masiva de jóvenes en diferentes ciudades del país. Por otro lado, en medio de las diferentes expresiones participativas y organizativas, constaté la emergencia de una incipiente red de agrupaciones juveniles en San Cristóbal (2012-2016), lo que me condujo a definir estas experiencias como un segundo campo de análisis.

Esta diferenciación inicial confirmó la centralidad analítica que podrían tener las acciones colectivas, de la cual derivaba una aparente división entre dos tipos de colectivos. Por un lado, estarían los colectivos estudiantiles, algunos de ellos vinculados con movimientos populares, y, por otro, los colectivos juveniles que reivindicaban una especie de participación ciudadana juvenil. Las acciones desplegadas por los primeros fueron comúnmente acciones de protesta, en el marco de jornadas nacionales de movilización social, con esfuerzos encaminados también a la negociación con autoridades estatales y federales, mientras que, en el segundo conjunto, se trataba generalmente de acciones enfocadas en problemas concretos, impulsando el diálogo con diferentes organizaciones civiles e instancias gubernamentales.

De esta manera, una añeja dicotomía entre activismos sociales y políticos se reanimaba en las primeras reflexiones. Sin embargo, a medida que la investigación avanzaba fue necesario ubicar una tercera posibilidad, acaso situada en el medio de ambos polos de la participación juvenil, que permitiera dar cuenta de los traslapes existentes entre los diferentes activismos. Por ejemplo, algunos activistas eran partícipes en diferentes proyectos colectivos, de diversa índole, y, por su parte, los movimientos sociales incluyen como parte de su repertorio de acciones colectivas tanto acciones contenciosas como también negociaciones con actores institucionales.

Lo anterior demostraba la fragilidad de dichas distinciones y lo infructuoso que resultaría establecer categorías rígidas a pesar de las diferencias existentes entre ambos activismos. En todo caso, se presentaba

el desafío de reconocer los matices y tensiones prácticas y conceptuales. Una salida para la sistematización de la información fue construir una matriz de datos con un conjunto de tópicos, que funcionaron como variables transversales, agrupados en los siguientes dos ejes analíticos: los sujetos colectivos juveniles y las acciones colectivas.

En el eje de los sujetos colectivos se incluyó lo siguiente: la caracterización y la definición de los colectivos, los principales problemas que impulsaron a sus integrantes a participar y organizarse, sus referentes políticos más importantes —la familia, la escuela, la ciudad—, las trayectorias asociativas individuales de quienes accedieron a las entrevistas, la forma en que los colectivos a los que pertenecían se organizaron —inicial y posteriormente—, las identidades colectivas que surgieron, las percepciones de cambio social de las que partían los colectivos y la relación que mantenían con instituciones estatales.

En el eje de las acciones colectivas se agruparon: los diferentes tipos de protestas y acciones colectivas que realizan de manera más o menos constante, las demandas o los objetivos que persiguen tales acciones, la vinculación que mantienen con otros actores sociales y políticos, la importancia y el uso que le dan a las nuevas tecnologías de la información para comunicarse y realizar sus acciones, los obstáculos, los logros y los desafíos que consideran importante en el desarrollo de sus activismos, las formas de violencia que han experimentado en la ejecución de sus acciones y las estrategias que han desplegado frente a posibles procesos represivos.

Una vez organizada la información, se contrastó con la literatura especializada, planteando un análisis cultural de los “marcos de acción colectiva” y los procesos de construcción de “identidades activistas” para indagar en la trama de sentidos y significados sobre los cuales se fundamentan los activismos juveniles contemporáneos. En este análisis se revela que las diferentes percepciones del cambio social muchas veces son motivo de intolerancia y conflicto entre activistas, a pesar de que las acciones que los colectivos realizan guardan más similitudes de las que comúnmente se podría pensar. Dar cuenta de estos matices representa uno de los alcances más significativos de esta investigación.



El libro está organizado en seis capítulos, además de esta introducción y un capítulo conclusivo. En el primero se caracterizan algunas particularidades sociopolíticas de Chiapas que hacen del estado un contexto particularmente importante para el estudio de fenómenos asociativos. Este capítulo permite pensar a esta entidad no solo como un escenario donde transcurren diversas actuaciones sociales, sino más bien como un espacio sociopolítico *sui generis* que propicia la constitución de las dinámicas sociopolíticas, de las cuales son partícipes las generaciones más jóvenes.

En el segundo capítulo se revisan aportaciones realizadas en las últimas décadas en torno al involucramiento de jóvenes en movimientos sociales estudiantiles, y de diverso orden, y en acciones ciudadanas. Se argumenta que no resulta casual el predominio de una visión conflictual respecto a la participación juvenil en esta región, si consideramos el entronque conceptual que predomina desde la segunda década del siglo XX, con teorías de los movimientos sociales y la preponderancia de algunas corrientes del pensamiento social marxistas como propulsoras de cambio en esta región. Se plantea, en este sentido, un análisis transversal de los activismos juveniles en diferentes procesos de cambio social, reconociendo el carácter de conflictividad inherente a *la política*.

En el tercer capítulo se expone la trama conceptual que permite pensar la relación entre la juventud y la política en este trabajo. Por un lado, se registran los conceptos y perspectivas teóricas que han abierto los principales debates en torno a la condición juvenil, decantándonos por el uso de una perspectiva generacional, vinculándola a la construcción de lo político. Por otro, se recurre al binomio conceptual de *la política/lo político*, sosteniendo que *la política* es esencialmente una construcción histórica en actualización permanente. Derivado de estas aproximaciones teóricas se plantea el estudio de las ontologías políticas juveniles, proponiendo dos categorías que permiten un abordaje microsociológico: los marcos de acción colectiva y las identidades colectivas.

En el cuarto capítulo se analiza el repertorio de acciones colectivas registrado entre 2012 y 2016 en la ciudad de San Cristóbal de Las Casas, Chiapas. Estas se sitúan en el “sexenio de las protestas”, entre 2012 y 2018, en el que destacan marchas, plantones y ocupaciones de diferentes espacios educativos así como también acciones vinculadas a la búsqueda de soluciones en materia de movilidad urbana, arte y cultura, economía local y solidaria, medio ambiente y la construcción de memoria colectiva y tejido social.

En el quinto capítulo se ofrece un ejercicio interpretativo de los marcos de acción colectiva a partir de los diagnósticos, los pronósticos y las motivaciones que orientan las acciones y las actorías colectivas registradas. El derecho a la ciudad, la justicia, la paz y la democracia se presentan como grandes marcos que nos permiten agrupar la diversidad de acciones colectivas en que se comprometen las y los jóvenes activistas, en su calidad de ciudadanos o militantes de movimientos sociales más amplios.

En el sexto capítulo se abordan una serie de dilemas, factores y circunstancias que experimentan las y los jóvenes durante su participación en acciones colectivas y organizativas. Mientras que su vinculación con otros actores sociales y políticos, llámense organizaciones civiles, instituciones municipales de la juventud o movimientos sociales, les presenta desafíos, oportunidades y dilemas, otras condicionantes, como los procesos de criminalización y represión focalizados, representan dificultades para el ejercicio de algunas prácticas activistas.

Finalmente, en el último apartado se ofrecen las discusiones, las conclusiones y las consideraciones finales de este trabajo.

Capítulo 1

Jóvenes, sociedad y política en Chiapas

SAN CRISTÓBAL DE LAS CASAS

San Cristóbal de Las Casas es una ciudad con una población aproximada de 210 000 habitantes, considerada por muchas personas como: un “pueblo mágico”, una “ciudad mágica”, una “ciudad cosmopolita”, la “capital de la cultura” en Chiapas, una “ciudad colonial”, un “espacio de resistencias”, sede del “zapaturismo”, un “territorio zapatista”, un “espacio académico” o una “ciudad indianizada”. Se trata de imaginarios varios que revelan algunas de las facetas de esta localidad, de sus riquezas y sus contradicciones.

Es esta ciudad, ubicada en la zona Altos del estado, la que da origen y lugar a las reflexiones que aquí se presentan. Son reflexiones situadas en una población que ha visto transcurrir historias de desigualdad, pobreza y racismo, pero que también ha sido testigo fiel de insurrecciones y resistencias cotidianas que interpelan los ordenamientos hegemónicos. Son, al mismo tiempo, reflexiones compartidas con otras realidades mexicanas, latinoamericanas y globales. En este sentido, hablar de la juventud de San Cristóbal es hablar de la juventud latinoamericana.

Este capítulo de apertura busca trazar los claroscuros en que se desenvuelve esta entrañable ciudad en las últimas décadas del siglo XX y lo que va del XXI, en medio de sus miserias y olvidos históricos, sus gritos de denuncia contemporáneos y un pujante dinamismo social, político y cultural, que la hace cada vez más atractiva e interesante para la mayoría de sus habitantes, los nuevos avecindados y sus visitantes.

PERIFERIA DE LA PERIFERIA

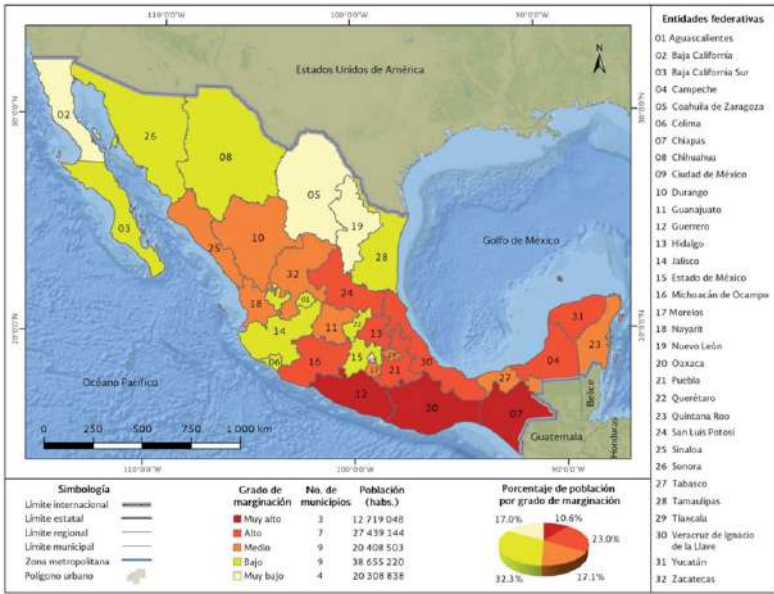
Chiapas se ha convertido en las últimas décadas en un microcosmos atractivo para el estudio de los fenómenos sociales más diversos, viejos y nuevos problemas. La comprensión de la complejidad y del dinamismo sociopolítico de las últimas décadas obliga a quien se acerca a una aproximación a su historia económica, política y social. Historias entroncadas que son, acaso, las que definen un propicio “caldo de cultivo” para diferentes expresiones sociopolíticas.

Este estado sureño forma parte del pacto federal mexicano desde el 14 de septiembre de 1824. Pero su historia política, económica y social tiene características propias que distinguen a esta entidad sureña mexicana de otros estados centrales y nortños. En cuanto al desarrollo, por ejemplo, diversos diagnósticos concluyen que el Estado federalista no ha sido capaz de generar prosperidad conjunta a todos los miembros federados, dando lugar a la construcción de “tres Méxicos”,⁸ siendo la entidad chiapaneca un caso paradigmático del México que tiene los mayores índices de subdesarrollo económico, político y social (García y Basail, 2006; Vilalta, 2010).

En la última década se registraron en Chiapas, Guerrero, Oaxaca y Puebla los mayores niveles de pobreza y pobreza extrema. Según datos del Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo (Coneval), en Chiapas, para el año 2018, el 76.4 por ciento de la población vivía en condiciones de pobreza; de estos, el 46.7 por ciento, aproximadamente 2 551 300 personas, se encontraba en situación de pobreza moderada, y el 29.7 por ciento en situación de pobreza extrema, alrededor de 1 623 300 personas. Dicho de otro modo, tres de cada cuatro habitantes son pobres, y uno de cada tres es pobre extremo (Coneval, 2020). Esta entidad se sitúa en segundo lugar en cuanto al índice de marginación nacional (Conapo, 2015).

⁸ Para un análisis más exhaustivo, ver el trabajo de Angoa, Pérez-Mendoza y Polèse (2009).

FIGURA 1. GRADO DE MARGINACIÓN POR ENTIDAD FEDERATIVA



Fuente: Conapo (2015), con base en datos de INEGI (2015).

La Figura 1 da cuenta de la distribución espacial de la pobreza y de las desigualdades en el país. De manera ilustrativa, destaca el ejercicio analítico sobre la evolución las desigualdades regionales entre 1960 y 2004 de Vilalta (2010), quien recurre a tres periodos y opta por una división en ocho regiones geoeconómicas. Entre sus hallazgos destaca que durante el primer periodo, de 1960 y 1980, en el contexto del “milagro mexicano”, se presentó un incremento del ingreso per cápita (IPC) nacional del 87 por ciento y una reducción de las desigualdades regionales. El segundo periodo, de 1980 a 1993, “la década perdida”, se caracterizó por la recesión económica nacional y la divergencia del ingreso entre las regiones, el IPC retrocedió un 3 por ciento; 13 estados vieron su ingreso retroceder y 19 lo vieron avanzar lentamente. Finalmente, en el tercer periodo, entre 1993 y 2004, hubo una recuperación parcial con vaivenes económicos, el IPC nacional

aumentó en el 15 por ciento y las desigualdades regionales se incrementaron aún más.

En su trabajo Vilalta concluye que, en las últimas décadas, particularmente desde la implementación del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), se asiste a una reconfiguración geoeconómica en la que la región sur se ha visto marginada. En palabras de Vilalta, las regiones del país se hallan lejos de converger económicamente por múltiples y numerosas razones que se relacionan con la relocalización del capital humano, las desigualdades en los niveles de capital humano, así como la creciente dependencia de un modelo de exportación (2010:124).

El escaso crecimiento del sur de México según analistas de la región se comprende revisando las dinámicas económicas en las que se imbrican los estados durante la segunda mitad del siglo XX. Entre 1956 y 1970, con altibajos, la economía chiapaneca mantuvo un crecimiento estable. En el periodo 1950-1960 la tasa de crecimiento fue del 3.4 por ciento, mientras que entre 1960 y 1970 fue del 9.8 por ciento. Se trató de un par de décadas extraordinarias, particularmente esta última, apoyadas en el crecimiento de la ganadería bovina y las plantaciones de café, algodón y granos básicos (Villafuerte, 2003, 2006:9-14).

Este crecimiento extraordinario se dio en el marco del modelo de Industrialización por Sustitución de Importaciones (ISI). No obstante que en Chiapas no existió un proceso de industrialización, en este periodo de relativo crecimiento industrial el campo mexicano fue de suma importancia, pues ofreció alimentos baratos a la población urbana, lo que permitió mantener bajos los salarios, condición atractiva para los inversionistas. Para Villafuerte, la bonanza económica pudo haber sido aprovechada para un impulso desarrollista, pero diferentes factores, tales como la incapacidad de los gobiernos estatales, la ineficacia burocrática y la ausencia de proyectos de largo alcance, representaron fuertes obstáculos (2003, 2006).

En la década de los setenta, la entidad experimentó fuertes transformaciones estructurales. Por un lado, la agricultura y la ganadería

bovina —pilares que habían sostenido la dinámica del sector primario— resultaron impactadas; por otro lado, las actividades con mayor crecimiento fueron las vinculadas a los sectores secundario y terciario, particularmente la minería, el petróleo, el agua y la electricidad. Estos cambios en la estructura económica estuvieron asociados a una mayor integración con el centro del país, los procesos de apertura comercial, la reforma agraria y el impulso en la extracción de hidrocarburos (Villafuerte, 2003, 2006:15-18).

En la década de los ochenta se experimentó un nuevo giro en la economía chiapaneca de manera que el estado terminó por consolidar su rol de proveedor de alimentos y exportador de materias primas en la división social y territorial del trabajo en el contexto nacional. Durante los primeros años de esta década la producción de petróleo no alcanzó ni siquiera la mitad de la producción de 1979, mientras que la agricultura ganó centralidad en la política económica para el crecimiento y desarrollo de la entidad, incluso comenzó a diversificarse —la soya, la caña de azúcar y el cacao expresaron un crecimiento extraordinario—. Durante la segunda mitad de esta década, sin embargo, el estancamiento de la ganadería bovina y el cultivo de granos básicos dejaron ver la fragilidad del sistema productivo chiapaneco, caracterizado por políticas de corto plazo y un insignificante impulso a la industrialización (Villafuerte, 2003, 2006).

A finales de la década de los ochenta también se observó una creciente dinámica de la actividad comercial y de servicios, particularmente del sector de comunicaciones y transportes. La población, por su parte, lejos de observar una mejora sustancial en niveles de bienestar, comenzó a experimentar más agudamente los problemas estructurales del empleo y la distribución de ingresos. En el medio rural los problemas fueron aún más graves; durante estos años se presentaron demandas de tierra, movimientos sociales, problemas de comercialización, falta de asistencia técnica e insuficiencia crediticia (López y Núñez, 2015; Villafuerte, 2003, 2006).

En el marco de la globalización, como en diferentes países latinoamericanos, el desarrollo en México tomaría nuevos matices. En medio

de la crisis de la deuda externa de 1982 y el fin del modelo ISI, en 1983 se inauguró la implementación gradual del modelo neoliberal.⁹ Las consecuencias para la economía mexicana fueron múltiples: se convirtió en una de las más abiertas del mundo; el comercio exterior de manufacturas creció en las últimas dos décadas, más de la mitad de las exportaciones manufactureras son de maquiladoras; los cambios en el sistema productivo y en la estructura industrial de México han sido determinados, fundamentalmente por los movimientos del capital extranjero; la profundización de la integración económica ha provocado un profundo proceso de destrucción-reestructuración-desarticulación del sistema productivo de México; el sector exportador funciona como una suerte de enclave, y se agravó el viejo problema del dualismo estructural, característico del subdesarrollo (Guillén, 2007).

En este marco de transformaciones estructurales en Chiapas, la entrada a la década de los noventa estuvo marcada por la agudización de problemas económicos en el estado. La caída de los precios internacionales de los principales productos, la disminución de apoyos crediticios y de inversión en infraestructura productiva, revelaron grandes debilidades de la estructura económica, su carácter extractivo y la ausencia de inversiones públicas y privadas. A este panorama de crisis se le sumaron la devaluación de la economía mexicana y el levantamiento armado del EZLN (López y Núñez, 2015; Villafuerte, 2003, 2006:19-27).

Chiapas, analizado desde una perspectiva estructural, parece estar condenada a la peor parte resultante de las relaciones con el centro del país. El escaso crecimiento de las últimas décadas no se ha traducido en una mejor distribución y, a diferencia de otros estados, no se ha fomentado la industrialización. Así, el concepto centro/periferia, de abolengo cepalino, que explica la desigualdad

⁹ El neoliberal es un modelo de economía abierta caracterizado por la conversión de la exportación de manufacturas en el eje del régimen de acumulación y por la importancia del Consenso de Washington, desde donde surgieron diez medidas de política económica que iban desde la disciplina fiscal hasta la liberación comercial y financiera, lo que derivaría, en México, en el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN).

de las relaciones económicas internacionales y la heterogeneidad de las estructuras productivas, se puede aplicar al caso chiapaneco, lo que conduce a pensar la situación de subdesarrollo de la economía chiapaneca como parte constitutiva de las crisis latinoamericanas provocadas por el modelo de acumulación vigente y de la posición de los países latinoamericanos en la distribución internacional del trabajo (Guillén, 2007).

Para Santos, la división internacional del trabajo es un proceso que tiene como resultado la división territorial del trabajo. Esta atribuye, en cada movimiento histórico, un nuevo contenido y una nueva función a los lugares, y es a partir de estas distribuciones progresivas como las personas y los espacios van cambiando (Santos, 2002). En las últimas décadas del siglo XX, la entidad chiapaneca vio ratificado su papel de proveedora de alimentos y materias primas en la división social y territorial del trabajo en el contexto nacional, lo cual resulta de suma importancia para comprender la desigualdad social que predomina y la emergencia de actores y movimientos sociales.

Así, la condición periférica de la economía chiapaneca se explica, en buena medida, por la desarticulación que la caracteriza entre el sector secundario —que se ha definido por un incipiente desarrollo tecnológico y la proliferación de micro y pequeñas industrias— y el sector primario (Villafuerte, 2003, 2006) y por la ausencia de efectos integradores entre los diferentes sectores que la componen, la desigualdades sectoriales en la productividad y la dependencia que se mantuvo del exterior (Amin, 1999; Guillén, 2007), principalmente con el Estado, que fue el que inyectó capital en diferentes ramas, como la agricultura y la explotación de hidrocarburos.

En resumen, se observa que el crecimiento desigual de los estados de la República responde de forma diferenciada a los desafíos y las oportunidades que les plantea la reinserción de México en la economía mundial y en el mercado de América del Norte (Guillén, 2007). En Chiapas el modelo neoliberal, lejos de ayudar a superar las restricciones internas y a corregir los desequilibrios anteriores, profundizó los

desequilibrios productivos y las dependencias del subdesarrollo al tener que importar para satisfacer necesidades, propiciando con ello una mayor desconexión del sector exportador del resto del sistema productivo (López y Núñez, 2015; Villafuerte, 2003, 2006:19-27).

Las expresiones más visibles de estos desequilibrios son: un escaso desarrollo laboral, altas tasas de desempleo, crecimiento de la economía informal y la agudización de los flujos de migración. Estos procesos han llevado a analistas como López y Núñez a señalar cierta “democratización de la pobreza” (2015:63), en un contexto en el que los programas sociales no han podido disminuir la pobreza, por el contrario, han ayudado a democratizarla (2015:79).

La “democratización de la pobreza” y los crecientes fenómenos de desigualdad, delincuencia, inseguridad ciudadana, deterioro del medio ambiente y detrimento de la calidad de vida han obligado a repensar los enfoques y proyectos desarrollistas. En América Latina, la crítica sobre las visiones hegemónicas del desarrollo (neoclásicas y keynesianas) ha venido en aumento, en buena medida por su fuerte carácter economicista y unidimensional, además del fuerte sentido extractivista y colonialista expresado en sus principales teorías.

Como propuesta alternativa, han surgido diferentes propuestas que han redefinido el desarrollo como un proceso multidimensional que reclama una estrategia deliberada y la acción organizada de las instituciones y de la sociedad. Desde la década de los ochenta, como parte de un giro conceptual y práctico sobre el desarrollo, se destaca la centralidad de la escala local y regional. Esto ha propiciado factores como: voltear a la expresión local de las desigualdades, la descentralización de la economía, la revaloración de componentes territoriales del desarrollo y del papel de actores locales, los análisis empíricos y el enfoque en los factores socioeconómicos, políticos y sociales que pueden potenciar el desarrollo (Chauca, 2008).¹⁰

¹⁰ Entre los principales desplazamientos en la forma de pensar el desarrollo se encuentran: pasar de ver los efectos exógenos a endógenos (por ejemplo, capacidades sociales, organizativas y recursos); pasar de ver perdedores-ganadores y comenzar

Lo anterior se traduce en un conjunto de propuestas concretas. Entre las más conocidas se encuentran: la reestructuración del sistema productivo; procurar la productividad y la competitividad, pero también la equidad y la ecología; el fortalecimiento de la capacidad organizativa; la estimulación de la capacidad empresarial; la transferencia de recursos (humanos o tecnológicos, por ejemplo), y la procuración de respuestas eficientes (uso de recursos) y eficaces (seguimiento), enfatizando la analogía de la ciudad con la empresa o el “empreendedorismo” (Chauca, 2008).

Asimismo, en las últimas décadas también se han impulsado proyectos definidos, genéricamente, como posdesarrollistas. La “buena vida”, el “buen vivir”, la “sustentabilidad”, la “ecología política”, la “autonomía”, la “reinención de territorios” y el “desarrollo alternativo” son algunas nociones que surgen en los intentos de “reformular” el desarrollo. Entre las características principales de estos impulsos destacan: un fuerte cuestionamiento a la destrucción que define los modelos desarrollistas en la modernidad; la realización de acciones y productos aparentemente ingenuos pero con un gran sentido de innovación política; la participación en redes antisistémicas y proyectos de autogestión y democracia participativa; la centralidad del poder social en el control de los territorios, la organización social y la producción de conocimiento sobre la realidad; y el empoderamiento de zonas liberadas, que van desde la casa, los barrios y la articulación de los mismos (Esteva, 2009; Porto-Gonçalves, 2009; Toledo, 2009).

En suma, los modelos de desarrollo, incluyendo sus enclaves de desarrollo/subdesarrollo y los cuestionamientos a los mismos, se tornan un eje central de explicación de múltiples problemáticas sociales, como

a ver la búsqueda de ventajas competitivas, se buscan empresas del territorio y no en el territorio; en vez de analizar el desarrollo desde arriba (por ejemplo, plan nacional, estatal, local), se privilegia el desarrollo desde abajo; en vez de observar solo un Estado central eficiente, se considera la redefinición del papel estatal, y pasar de una nueva forma de administración a una nueva forma de gobernar y tomar decisiones (Chauca, 2008).

hemos visto con el caso del escaso crecimiento que se experimenta en Chiapas. Asimismo, los análisis del desarrollo y el subdesarrollo en diferentes regiones permiten explicar problemas contemporáneos tales como el extractivismo minero y procesos de expoliación, depredación y recolonización efectuados por empresas transnacionales, la mitad de estas de origen canadiense, que se extienden hasta Centroamérica (Martínez, 2016).

En Chiapas, simultáneamente, también hay ejemplos de resistencias a estos modelos extractivos de desarrollo y proyectos alternativos de desarrollo. Por mencionar algunos, encontramos: los proyectos de autonomía realizados en clave local en territorios zapatistas, los proyectos de organización política autogestiva en comunidades del norte de Chiapas, y la ejecución de pequeños proyectos emprendidos por diferentes organizaciones civiles en la esfera local, que colocan al sujeto en el centro, apoyados en la capacitación administrativa, la capacitación técnico agrícola y la gestión de recursos financieros.

Pese a estos esfuerzos, los diferentes diagnósticos revisados revelan que no existe una articulación de un proyecto de desarrollo de largo aliento que permita superar las limitaciones estructurales de desarrollo. En la construcción de un proyecto de tal envergadura, sugiere Villafuerte (2003, 2006) que se deberían considerar, al menos, las necesidades reales de la población y abrir la discusión con los sectores económicos, sociales y políticos sobre el destino de los proyectos de desarrollo social.

ESCENARIO SOCIOPOLÍTICO CHIAPANECO

El levantamiento armado del EZLN del 1 de enero de 1994, y el ulterior movimiento social zapatista, marcan un momento de inflexión en la historia contemporánea de Chiapas, México y el mundo. Tras la emergencia de estos, la histórica marginación de las poblaciones indígenas cobró visibilidad a nivel internacional, se colocó sobre la

mesa de negociaciones la necesidad de una Ley sobre Derechos y Cultura Indígenas, las siglas de organizaciones no gubernamentales, nacionales e internacionales se multiplicaron, y se dieron cita en la entidad muchas otras asociaciones con la intención de apoyar al movimiento zapatista, que a su vez fueron dando lugar a redes amplias de solidaridad y activismos transnacionales.

El movimiento surgió en una de las entidades más pobres del país. Sin embargo, como se ha confirmado en diferentes estudios sobre movimientos sociales, las causas estructurales no son suficientes para la emergencia de una rebelión, de allí que las explicaciones sobre las causas, las repercusiones y los procesos en que ha decantado el movimiento sean abundantes y diversas. Resultan interesantes, en este sentido, las ocho principales causas de la aparición del EZLN en Chiapas señaladas por González-Casanova en 1995: una herencia rebelde, la crisis de la hacienda tradicional, la acción pastoral, los estudiantes del 68, menos tierras para más “pobres”, la politización de los “pueblos indígenas”, la violencia y la ley, y la violencia negociada con pérdidas y ganancias (González-Casanova, 1995).

Abona a esta reflexión sobre los orígenes asociativos del levantamiento zapatista la caracterización que Leyva y Sonnleitner realizaron en el año 2000 del “neozapatismo”, al que definieron como “un proceso multifacético, dinámico y complejo, producto de la convergencia de movimientos populares, políticos y ciudadanos, con uno socio-político y militar” (Leyva y Sonnleitner, 2000:169). El neozapatismo, según estos autores, estaría compuesto por una vertiente agrarista, una democrática-electoral, una indianista-autonomista y una internacionalista-antineoliberal. La identidad neozapatista abarcaría, al menos, estos campos, aunque en la práctica sus actores apelan a uno u otro significado, y a partir de estos formulan sus reivindicaciones e inventan identidades específicas (2000:175).

No es la intención en este trabajo revisar exhaustivamente las tesis explicativas sobre el zapatismo, pero identificar la compleja composición de este movimiento ofrece pistas para trazar *grosso modo* el devenir del escenario sociopolítico chiapaneco contemporáneo, remitiendo a un

entramado de actores, de acciones, de organizaciones, de historias y de geografías que se sintetizan en lo que Santos (2002, 2008) define como “espacio social”. Ante tal pluralidad sociopolítica, recupero acontecimientos y procesos de la historia contemporánea que han dinamizado la vida asociativa y política de la entidad en las últimas décadas.

Es importante enmarcar este devenir asociativo en las últimas cuatro décadas del siglo XX, periodo en que México fue escenario de importantes transformaciones asociadas a la apertura política del régimen y la institucionalización democrática. En estos procesos, fue clave que el sindicalismo independiente, las luchas populares, los movimientos campesinos y estudiantiles, y las guerrillas urbanas y rurales cuestionaran la continuidad del ordenamiento corporativo, populista y autoritario de origen posrevolucionario; al tiempo que las tensiones internas del orden estatal fueran abriendo espacios para encauzar la movilización, la participación social y política y la organización social, a través de un proceso de liberalización democrática (Reyes, 2013).

Como resultado de estos procesos, en Chiapas, como en el resto del país, se transitó paulatinamente de un sistema de partido hegemónico hacia un sistema político plural y multipartidista. Hacia finales del siglo XX se realizaron en esta entidad las reformas constitucionales siguiendo el patrón de las reformas federales. Desde los sesenta, los partidos políticos fueron multiplicándose como oposición política, pero el anclaje estatista de muchos de estos y la fragmentación de los partidos de izquierda dieron lugar al control de las reformas electorales por el régimen y el partido oficial, lo que hizo imposible una competencia electoral efectiva (García, 2003).

La vida sociopolítica de Chiapas marca, además, una excepcionalidad en estos procesos con respecto al resto de las entidades. A pesar de que en la década de los ochenta se manifestaron diferentes cambios políticos y una pérdida de la hegemonía del partido oficial, el Partido Revolucionario Institucional (PRI) mantuvo por más tiempo el control de las reformas políticas, apoyado en una estructura corporativa, clientelar, y en prácticas electorales fuera de la norma (García, 2003). Esto le valió para que diferentes analistas caracterizaran

Chiapas como el “granero electoral del PRI” (Sonnleitner, 2012), y el municipio de Chamula como epicentro de los experimentos del partido de Estado, al que definieron como una “comunidad revolucionaria institucional” (Rus, 1995).

Tuvieron que pasar varios años para que los mecanismos tradicionales evidenciaran su agotamiento. En este lapso de tiempo, la sociedad política se tornó más activa, las tensiones del sistema político local se intensificaron, se acrecentó la pérdida de legitimidad del mismo, aumentó el abstencionismo en los comicios locales y el partido en el gobierno incrementó su pérdida de alcaldías en los comicios. En enero de 1994, con la aparición del neozapatismo, el gobierno federal se encargó, finalmente, de concluir las reformas básicas del sistema electoral mexicano, atendiendo la demanda de “ciudadanizar” el sistema electoral (García, 2003; Leyva y Sonnleitner, 2000).

Entre 1991 y 1998 la conformación del poder se fue haciendo más plural. Si bien el PRI siguió siendo la primera fuerza partidista en los comicios, nuevas fuerzas políticas compitieron y contendieron con resultados que les otorgaron el triunfo o estuvieron cerca de alcanzarlo. En el caso de las elecciones municipales, los resultados fueron abriendo paso a una alternancia legitimada en las urnas, la cual ocurriría finalmente en 2000 (García, 2003; Leyva y Sonnleitner, 2000), cuando además de las elecciones federales se realizaron elecciones para renovar el Poder Ejecutivo estatal. En este proceso se dio la convergencia de ocho partidos en Alianza por Chiapas, que buscaron dar paso a la alternancia de poder —Partido de la Revolución Democrática (PRD), Partido de Acción Nacional (PAN), Partido del Trabajo (PT), Partido Verde Ecologista de México (PVEM), Partido del Centro Democrático (PCD), Partido Alianza Social (PAS), Partido de la Sociedad Nacionalista (PSN)—. Con el 51.50 por ciento en la elección del gobernador, se venció al PRI con el 46.68 por ciento de los votos, lo que marcó una ruptura en la competencia electoral en el estado (García, 2003; Solís, 2016).

Con la transición de gobierno estatal de 2000, que convergió con la transición del gobierno federal del mismo año, se vislumbraron nuevos aires democráticos. Se asumió un cierre de ciclo de la transición democrática, se atestiguaba la creación de un campo de disputa electoral sustentado por la competencia y pluralidad partidista, se tenía cierta confianza en el papel que desempeñarían los órganos electorales “ciudadanizados” en la última década del siglo XX y se esperaba una relación de diferente naturaleza entre el nuevo gobierno de Pablo Salazar con las organizaciones de la sociedad civil (Solís, 2016; Burguete, 2017).

La estrategia aliancista que había dado tan buenos resultados se observó en posteriores procesos electorales. En 2006, la Alianza por el Bien de Todos —integrada por el PRD, PT y Convergencia— postuló a Juan Sabines a la gubernatura del estado, quien ganó con el 48.55 por ciento del total de votos, seguida de Alianza por Chiapas —conformada por PRI y PVEM— con el 48 por ciento. En 2012 se registró una nueva transición, esta vez la coalición del PVEM, el PRI y el Partido Nueva Alianza (PANAL) postuló a Manuel Velasco Coello a la gubernatura, quien ganó con el 67.14 por ciento (García, Solís y Pérez, 2014; Solís, 2016:248-249).

Después de estos procesos, las amplias expectativas de consolidación democrática se vieron frustradas. Entre 2001 y 2012 se registró un salto importante en los puestos de representación ganados por el PVEM, y en 2012 obtuvo el 53 por ciento de las presidencias municipales de un total de 122 y sumó el 70.73 por ciento del total de escaños. Estos dos hechos parecen explicar la situación que se produjo: 1) una “debilidad institucional” en la que las reglas, normas e instituciones políticas son subvertidas por el poder ejecutivo local, y 2) la falta de equidad en la competencia electoral. En suma, se observó la “proliferación de grupos de intereses que persiguen sus fines valiéndose del campo multipartidista” (García, Solís y Pérez, 2014; Solís, 2016:249).

Los procesos electorales subsecuentes terminaron por liquidar las altas expectativas democráticas. En 2015 se registraron en Chiapas dos

procesos electorales, el 7 de junio el de diputados federales, y el 19 de julio uno local para renovar alcaldías y diputaciones locales. En el primer proceso comicial participaron nueve partidos políticos, siete con registro nacional —PRI, PAN, PRD, PT, PVEM, PANAL, Movimiento Ciudadano (MC)— y dos de reciente creación, con registro local —Partido de Chiapas Unido (PCU) y Partido Mover a Chiapas (PMC). Para el caso de la renovación de alcaldía fueron cuatro coaliciones registradas: PVEM-PANAL, PRI-PVEM-PCU, PANAL, PRI-PVEM-PANAL y PRI-PCU (García *et al.*, 2016).

Revisar las características de lo acontecido en 2015 permite identificar algunas continuidades y rupturas importantes. En aquel año ninguno de los partidos de oposición —PAN, PRD, PT, MC— formó alianzas, se registraron hechos de violencia en al menos diez municipios, y el PVEM se mantuvo como la principal fuerza política al ganar 59 alcaldías, 15 como partido unitario y 42 coaligado con el PAN, uno en coalición con el PRI y el PANAL y otro en alianza con el PRI. Todo esto cobra relevancia si se considera que los partidos del gobierno estatal en funciones y los partidos recientemente creados afines al Ejecutivo se constituyeron como gobierno. En suma, se observaron gobiernos de composición multipartidista pero con un mismo perfil político-doctrinario (Solís, 2016:252-253; García *et al.*, 2016).

El 1 de julio de 2018 marcó un hito en la historia política de México. El candidato que representaba la izquierda institucional en México, Andrés Manuel López Obrador, resultó elegido para ocupar la presidencia de la República de manera abrumadora, arrasando con municipalidades, gubernaturas y la representación en los congresos, colocándose, así, como la primera fuerza política del país. En Chiapas, Rutilio Escandón Cadenas, de la coalición partidista integrada por Morena, PT y Encuentro Social, resultó ganador de las elecciones para la gubernatura del estado con cerca del 40 por ciento de los votos, posicionándose como primera fuerza política del estado con 38 alcaldías. A las continuidades y rupturas que se venían registrando, en el marco de la “Cuarta Transformación” del nuevo gobierno, deberán sumarse nuevas variables en los análisis en profundidad posteriores.

Más allá del proceso de liberalización política analizado en clave “transicional” de la democracia que se experimentó en Chiapas y de las ulteriores dinámicas electorales, resulta necesario señalar que en las últimas cuatro décadas del siglo XX se impulsó en el país el desarrollo de intermediaciones políticas —sindicatos, organizaciones gremiales y clasistas, organizaciones populares, partidos políticos, asociaciones civiles, entre otros— como parte las exigencias de participación política de fuerzas sociales hasta entonces excluidas.

En Chiapas, durante las décadas de los sesenta, setenta y ochenta las voces disidentes se expresaron con fuerza en el ámbito rural. Debido a la vigencia de una estructura de dominación y poder tradicional reducida que chocaba con el discurso desarrollista y a una presencia institucional reducida al control corporativo y caciquil, se propició un espacio atractivo y fértil para distintas creencias e idearios políticos de diferentes actores políticos (García, 2003; González, 2004, 2007; González-Casanova, 1995; Meyer, 2000).

Como en diferentes partes de América Latina, algunos sectores de la Iglesia católica realizaron un trabajo organizativo importante en el estado de Chiapas desde la década de los sesenta. En Chiapas, estos trabajos fueron impulsados por la diócesis de San Cristóbal, a través de la acción pastoral del Concilio Vaticano II y de la II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, realizada en Medellín, que impulsó el desarrollo económico mediante proyectos sociales en las líneas de salud, educación popular, producción y servicios (González, 2004; González-Casanova, 1995; Meyer, 2000).

Por otra parte, en la década de los setenta se registró el surgimiento de organizaciones de corte campesino. Entre las organizaciones de este tipo de cobertura nacional destacan: aquellas que nacieron en el contexto de la izquierda mexicana, las que fueron creadas en el contexto de la política agrícola a partir de programas especiales de desarrollo rural, las que estaban articuladas a la estructura corporativa de la Confederación Nacional Campesina

(CNC) y las organizaciones del sector privado que datan de 1932, surgidas tras la promulgación de la Ley de Asociaciones Agrícolas (González, 2004; García, 2003).

En otra vertiente asociativa, sobrevivientes de la “masacre de Tlatelolco” empezaron a llegar a Chiapas.¹¹ Se integraron a las organizaciones populares y coadyuvaron a su organización social y a la toma de conciencia para llevar adelante sus luchas. Los exlíderes del 68 plantearon la necesidad de la unión y organización de todos los “obreros, campesinos, colonos, estudiantes, pequeños comerciantes, empleados, profesionales”, y propusieron elaborar un programa de luchas por tierras y salarios, por escuelas y clínicas y, en general, por mejores condiciones de vida (González-Casanova, 1995).

Otro acontecimiento importante se produjo a comienzos de la década de los ochenta en el marco de los derechos humanos, cuando activistas abanderaron la defensa de los derechos de los grupos de refugiados guatemaltecos asentados en el territorio chiapaneco y en otros estados de la frontera sur debido a la guerra que se desarrollaba en su país. A finales de 1982 arribaron a Chiapas miles de refugiados guatemaltecos, y la grave situación en que se encontraban alentó a la Iglesia y a diversos servicios de salud a organizarse y emprender acciones solidarias en los campamentos que se instalaron en la frontera entre Chiapas y Guatemala. La salud, la producción y la capacitación fueron temas centrales de estas acciones (García, 2003; González, 2004).

Es importante mencionar que a finales de la década de los ochenta y comienzos de los noventa —1988-1992, periodo de gobierno de Patrocinio González Garrido— se suscitaron reveses autoritarios en materia constitucional que revelaban o recordaban el espíritu autori-

¹¹ Después de la Masacre de Tlatelolco (ver Capítulo 2) los líderes estudiantes siguieron muchos caminos. Algunos se incorporaron al sistema, otros se involucraron en diferentes organizaciones urbanas y populares, contribuyeron a formar partidos políticos (como el PRD) y otros a organizar movimientos campesinos o a participar en las guerrillas (en sonora, Chihuahua y Guerrero, por ejemplo).

tario del Estado mexicano. La Reforma consistía en declarar, de nueva cuenta, el delito de la disolución social en los casos en que se reunieran grupos con aparente causa de subversión.¹² Estas acciones iban dirigidas, principalmente, en contra de actividades políticas del magisterio y el movimiento indígena, lo que provocó al menos dos reacciones: la constitución de nuevas organizaciones, como el Centro de Derechos Humanos Fray Bartolomé de las Casas (CDHFBC), como también la reactivación de movimientos sociales (González, 2004).

Los movimientos campesino y magisterial emergieron una década antes de estos sucesos, en los años setenta y ochenta, posicionándose como dos de las expresiones de lucha más significativas de los sectores populares en la entidad. Ambos fueron portadores de profundas tensiones y ambivalencias debido a una dependencia con respecto a pautas políticas e ideológicas de las fuerzas sociales y políticas del centro del país, y a tensiones derivadas de los contextos e intereses locales respecto a los intereses y a las estrategias de acción política diseñadas desde el centro del país (García, 2003; Sosa, 2000).

En el caso del movimiento campesino, las experiencias concretas aluden a un accionar sociopolítico diferenciado territorialmente que exige pensar en plural “los movimientos campesinos”. García distingue, al menos, tres experiencias, social y geográficamente dife-

¹² El delito de disolución social estuvo consagrado en el artículo 145 del Código Penal Federal, vigente entre las décadas de 1940 y 1970. Surgida en el contexto de la Segunda Guerra Mundial, este tipo penal pretendió originalmente “Este tipo penal pretendía desincentivar la propaganda y difusión de ideologías totalitarias que desestabilizaran el orden social y, asimismo, aquellas conductas que facilitarían la invasión”. No obstante, en un contexto marcado por el presidencialismo, lo que se observó fue la subordinación de la Suprema Corte frente al Ejecutivo, permitiendo que el titular del Ejecutivo tomara decisiones arbitrarias, justificándolas con formas legales existentes o creadas *ad hoc*. Esto propició que, en los hechos, el tipo penal de disolución social fue utilizado para mantener la estabilidad del régimen autoritario, a través de la eliminación de cualquier movimiento o manifestación de inconformidad en contra del mismo (Martínez, 2020).

renciadas, en las regiones Norte, Centro y Selva (2003). Conviene mencionar que en 1974 existió un punto de inflexión en el desarrollo político del campo chiapaneco marcado por la relación entre religión y política: la organización del Primer Congreso Indígena, que dejó ver la centralidad de la diócesis de San Cristóbal con la presentación de un proyecto en construcción que la colocaría en una situación de poder frente a las y los militantes de organizaciones políticas y sociales de cobertura nacional que arribaron a tierras chiapanecas (Morales, 1991).

Por su parte, el movimiento de los trabajadores de la educación tiene sus raíces en Chiapas; emergió en el segundo semestre de 1978 con una demanda salarial ante el encarecimiento de los productos y servicios básicos. Dado que sus demandas fueron obstaculizadas, ignoradas y rechazadas, se dio paso a movilizaciones, en mayo de 1979, con una huelga de maestros. La creación del Concejo Central de Lucha, instancia reconocida por su autonomía respecto a las estructuras sindicales oficiales, fue el punto culminante de esta primera etapa, en la que se pasó de una demanda salarial a una de tipo sindical. Las demandas económicas se transformaron en políticas y la lucha sindical se tradujo en objetivos de poder y control político (García, 2003; Sosa, 2000).

Una mención importante y necesaria es la del papel que han desempeñado los diferentes grupos feministas en Chiapas. Para Mercedes Olivera, las mujeres han estado siempre involucradas en los movimientos sociales, pero no fue hasta la década de los ochenta cuando su presencia en los movimientos sociales irrumpió con más fuerza, volviéndose masiva. Es en el sector magisterial, en las organizaciones campesinas y en sus propias organizaciones o movimientos de mujeres donde participan activamente (Olivera, 1994, citada en González, 2004:21). Recientemente, las colectivas de mujeres feministas han hecho importantes movilizaciones en América Latina, siendo México en general, y Chiapas en particular, un epicentro importante de estas movilizaciones.

Como puede observarse, para 1994 el escenario sociopolítico chiapaneco mostraba ya un dinamismo particular, con un crecimiento exponencial en el número de organizaciones sociales difícil de cuantificar. Un registro aproximado de estas organizaciones, entre Comitán y San Cristóbal, apuntaba un poco más de 500 organizaciones. El levantamiento zapatista fue el eje sobre el que se articularon organizaciones sociales, en muchas de las cuales fue visible el papel de actores externos que tendieron a colocarse como la expresión organizativa gestora de un nuevo paradigma social. Esto se observó, según García (2003, 2005), particularmente en actores que desplazaron sus agendas a los campos de los derechos humanos de tercera generación —género, etnia y otras “identidades restringidas”—.

En resumen, en el transcurso de la segunda mitad del siglo XX se registró un incremento cuantitativo y cualitativo de experiencias asociativas. A comienzos del siglo XXI, es posible identificar al menos dos procesos importantes que trastocaron el campo asociativo. Por un lado, se experimentó una crisis en el seno de las organizaciones campesinas y rurales de Chiapas, tanto en aquellas ancladas en el corporativismo estatista, como también en las que, aunque autónomas, dependían de la derrama de recursos del gobierno (García, 2003, 2005); y, por otro lado, las agendas de las organizaciones sociales fueron modificándose, en buena medida influenciadas por los lineamientos de las agencias de financiamiento internacional (Evangelista, 2013; Benessaieh, 2004).

Como resultado de todos estos cambios, los ámbitos de acción de las organizaciones civiles son hoy en día diversos: género, agroecología, derechos, ciudadanía, gobiernos locales, mercados alternos, autogestión y proyectos productivos forman parte de las agendas. Se observa, por un lado, que el potencial transformador de la sociedad civil mantiene un correlato con las necesidades económicas, políticas y sociales de la sociedad chiapaneca, y, simultáneamente, con la agenda marcada por la cooperación internacional, las fundaciones privadas, las agencias de cooperación paragubernamentales y las multila-

terales, que se sitúan con reglas de interlocución cada vez más exigentes, como la “adecuación de ejes de acción” de las asociaciones, el fortalecimiento institucional de los actores y el “cofinanciamiento” con el Estado (Benessaieh, 2004).

Así, en esta entidad asistimos en las últimas décadas a una serie de procesos económicos, sociales y políticos que han venido definiendo un campo organizativo y sociopolítico *sui generis*. En este contexto, no sorprende que los sectores juveniles mantengan una participación activa en diferentes movimientos populares, pero también en sus propias organizaciones juveniles. En lo que resta del capítulo sitúo estos procesos participativos en el ámbito municipal de San Cristóbal, espacio urbano que resulta de particular importancia no solo por las características de su población, sino también por el papel estratégico que ejerce para diferentes organizaciones sociales que realizan actividades en las regiones de Chiapas.

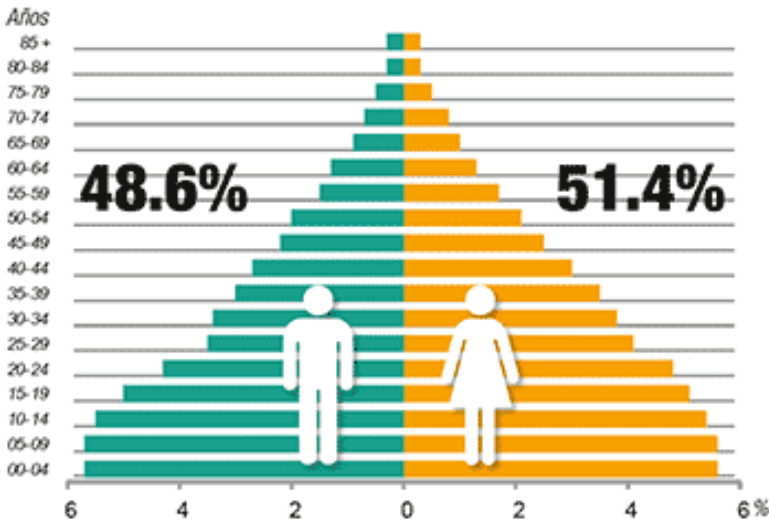
JUVENTUDES ACTIVISTAS EN SAN CRISTÓBAL

Se estima que la población chiapaneca para el año 2015 era de 5 217 908 habitantes, por lo cual ocupa el séptimo lugar a nivel nacional en cuanto a número de habitantes por estado, siendo Tuxtla Gutiérrez, Tapachula y San Cristóbal las ciudades más pobladas. La tasa de crecimiento de la población chiapaneca fue bastante irregular en el siglo XX. En las últimas cuatro décadas del siglo pasado y la primera del siglo XXI la población se ha cuadruplicado (INEGI, 2015). Cabe mencionar que, pese a los procesos de urbanización acelerados, para 2010 la población chiapaneca continuaba siendo mayoritariamente rural (51 por ciento). La población urbana representa el 49 por ciento, porcentaje muy por debajo del 78 por ciento de la población urbana a nivel nacional (Conapo, 2010).

La estructura poblacional chiapaneca es un reflejo de la nacional, en la cual el grueso de la población se concentra en la base de la

pirámide, con un gradual desplazamiento hacia el centro. En 2015, el 26.9 por ciento de la población estaba compuesta por jóvenes de entre 15 y 29 años, situándose por arriba del promedio nacional en este grupo etario (25.7 por ciento). Por este motivo Chiapas es una de las entidades con mayor porcentaje de población joven del país (INEGI, 2015) (ver Figura 2).

FIGURA 2. ESTRUCTURA POBLACIONAL EN CHIAPAS



Fuente: INEGI (2015).

Simultáneamente, Chiapas, junto con Oaxaca y Yucatán, concentran el mayor porcentaje de hablantes de alguna lengua indígena en México, siendo esta población predominantemente infantil y joven, por lo que puede deducirse que estos estados también concentran la mayor proporción de jóvenes indígenas de todo el país (INEGI, 2015) (ver Figura 3).

FIGURA 3. MAPA DE HABLANTES DE LENGUAS INDÍGENAS EN CADA ENTIDAD MEXICANA



Fuente: INEGI, Encuesta Intercensal 2015.

En correspondencia con el diagnóstico en materia de (sub)desarrollo expuesto líneas arriba, la población juvenil chiapaneca se ve afectada por las características de los empleos que se ofrecen en Chiapas, lo que les dificulta acceder a mejores condiciones de vida. En esta entidad el trabajo no asalariado es dominante en la economía, el desempleo es considerablemente alto y el sector terciario presenta el mayor grado de penetración, seguido del secundario y la agricultura (López, y Núñez, 2015:69). Como producto de la abundante mano de obra y la falta de dinamismo en los sectores productivos, las personas recurren a la economía informal, a actividades de baja productividad, al subempleo y a actividades paralegales.

El excedente de esta mano de obra está conformado en buena medida por jóvenes, muchos de ellos indígenas, con bajo nivel de capacitación, ubicados en el ámbito rural (López y Núñez, 2015; Villafuerte, 2003, 2006), siendo este sector el que encabeza los procesos migratorios hacia otros estados de norte del país (como Quintana Roo) y a Estados Unidos (siendo California uno de los principales polos de atracción). Esta historia contemporánea de las migraciones en Chiapas se registra, según Porraz, en tres fases: la primera se define

por las migraciones internas que se sostuvieron hasta prácticamente la primera mitad del siglo XX, la segunda corresponde a la migración interestatal que empezó a cobrar importancia en la segunda mitad del mismo siglo, y la tercera fase es la migración internacional, principalmente hacia Estados Unidos, que se registra de manera emergente en las últimas dos décadas del siglo XX y en el presente siglo (Porraz, 2016:74).

Este contexto chiapaneco, brevemente caracterizado en su dinámica sociopolítica, económica y demográfica, y los viejos y nuevos problemas estructurales, es el escenario que se encuentra detrás del activismo analizado en este trabajo. A este rodeo explicativo es necesario sumar una serie de elementos que hacen que Chiapas, en general, y San Cristóbal, en particular, sean considerados como el epicentro de muchas de las acciones y formas asociativas que aquí se refieren.

San Cristóbal se ubica en la Región V Altos-Tsotsil-Tseltal del estado. Esta región, compuesta por 17 municipios,¹³ se caracteriza por una riqueza cultural amplia, con importante población tsotsil y tseltal, y por poseer un conjunto de características sociales que la diferencian del resto, tales como: la continuidad de los asentamientos humanos y las identidades locales de origen colonial, la permanencia de instituciones políticas denominadas tradicionales, el predominio de población indígena, la densidad elevada de población y la escasez de recursos naturales de alta calidad (Viqueira, 2002:25). A comienzos del siglo XXI podrían agregarse la agudización de los procesos migratorios, el agravamiento de problemas por razones territoriales y diferentes conflictos poselectorales, entre otros fenómenos.

Históricamente, la ciudad de San Cristóbal ha sido el centro rector político y económico de la región alteña desde la llegada de los colonos españoles. En 1528 fue redactada el acta fundacional de la

¹³ Los municipios que conforman la Región V Altos-Tsotsil-Tseltal son 17: Aldama, Amatenango del Valle, Chalchihuitán, Chamula, Chanal, Chenalhó, Huixtán, San Andrés Larráinzar, Mitontic, Oxchuc, Pantelhó, San Cristóbal de Las Casas, San Juan Cancuc, Santiago El Pinar, Tenejapa, Teopisca y Zinacantán (Ceieg, 2021).

ciudad, que en lo sucesivo se caracterizaría por una relación entre indígenas y españoles, y posteriormente indígenas y criollos, e indígenas y mestizos, definida por las relaciones sociales y de poder, lo que coloca a los primeros en una relación de subalternidad frente a los segundos. Se definió, así, un ordenamiento socioespacial dual en el que, por ejemplo, los indígenas tenían prohibido estar en el centro de la ciudad a altas horas de la noche (Aubry, 1991) a pesar de que fueron las manos indígenas las que construyeron la mayoría de los edificios emblemáticos de la ciudad (Inaremac, 1988).

Hacia comienzos del siglo XX la base económica de San Cristóbal todavía dependía del control que sus élites ejercían sobre la mano de obra indígena que se “enganchaba” para trabajar en las fincas cafetaleras. En 1936 el presidente Lázaro Cárdenas puso en marcha el Sindicato de Trabajadores Indígenas (STI) como parte de las políticas sociales y corporativas, el cual no se trataba exactamente de un sindicato, sino más bien de un organismo encargado de las contrataciones para el Soconusco. No obstante, el STI influyó para que las migraciones de poblaciones indígenas y el sistema de enganche llegara a su fin —y también con ello el modelo que sustentaba la renovación urbana— (Viqueira, 2002, 2009).

San Cristóbal se ha transformado profundamente desde las últimas décadas del siglo XX y lo que va del XXI. Entre los procesos que han delineado estos cambios se encuentran: las diferentes oleadas masivas de migración forzada de indígenas tsotsiles que se mudaron a la ciudad por motivos político-religiosos —en los setenta— y por la crisis en el campo —en los ochenta— (Rus, 2012); el asentamiento de organizaciones civiles en la ciudad desde la década de los ochenta, como lugar estratégico para sus actividades en la región (González Figueroa, 2007); el levantamiento del movimiento zapatista en la década de los noventa y los impactos que este produjo en diferentes escalas espaciales (Viqueira, 2002) y el impulso al sector turismo, promovido desde el año 2001 por la Secretaría de Turismo como bandera de desarrollo social.

Basta observar el crecimiento exponencial de la población entre 1960 (cuando se estimaban 25 000 habitantes) y 2015 (con 200 000

habitantes) (Aubry, 1991; Rus, 2009, 2012) para darse una idea de la intensidad de estos cambios. La población se ha multiplicado, al menos, por diez en los últimos 50 años y se ha diversificado, dando como resultado una población multicultural, todavía con fuertes obstáculos para la convivencia social por la continuidad de relaciones sociales basadas en la desigualdad por género, origen étnico, edad y otras categorías y condiciones sociales.

Las personas jóvenes en San Cristóbal continúan siendo, como en el resto de América Latina, un sector demográfico amplio, como puede observarse en la Figura 4. De los 209 591 habitantes, 123 689, que representan el 59 por ciento, tienen menos de 30 años, y 60 258 (28.75 por ciento) personas se encuentran entre los 15 y 29 años (INEGI, 2015).

FIGURA 4. PIRÁMIDE POBLACIONAL DE SAN CRISTÓBAL DE LAS CASAS, 2005-2015



Fuente: Elaboración propia con base en INEGI (2005, 2010, 2015).

Como en otros municipios del estado, en San Cristóbal la economía se ha diversificado, pero aún está lejos de ofrecer equidad de oportunidades y condiciones a sus habitantes, particularmente para hacer frente a las necesidades de su población joven. En materia laboral, según datos del INEGI (2015), el 46.9 por ciento de la población sancristobalense se dedica a actividades comerciales y servicios diversos, el 29.41 por ciento son funcionarios, profesionistas, técnicos y administrativos, el 18 por ciento son trabajadores de la industria y el 5 por ciento trabajadores agropecuarios. Destaca en este contexto la importancia del sector turístico, considerado punta de lanza del desarrollo urbanístico.

El turismo está en el centro del nuevo impulso con que se echó a andar la economía en 1970. En buena medida esto se consiguió aprovechando las características “coloniales” de sus construcciones y la presencia de los indígenas tsotsiles y tseltales de la región quienes, debido a su marginación, no se habían integrado a la vida urbana y hasta entonces mantenían muchas de sus prácticas tradicionales (Inaremac, 1988; Viqueira, 2009). Asimismo, esta ciudad se ha convertido en un lugar estratégico para muchos turistas que se dirigen a otros puntos del estado —como Palenque o Comitán—, a otros lugares turísticos del país —como la denominada Riviera Maya— o a Centroamérica.

Desde el año 2003 San Cristóbal forma parte, junto con otras 49 localidades, del Programa Federal Pueblos Mágicos que, según la página oficial de la Secretaría de Turismo, persigue despuntar el valor turístico de las localidades del interior del país, mediante la estructuración de “una oferta turística innovadora y original, que atienda a una demanda naciente de cultura, tradiciones, aventura y deporte extremo en escenarios naturales, o la simple, pero única cotidianidad de la vida rural” (Sectur, 2015).

Este proyecto ha sido impulsado por el Gobierno Federal mexicano con el fin de fomentar un turismo sustentable según los acuerdos de la Agenda 21, la cual ha sido producto de las diferentes cumbres mundiales sobre Turismo Sustentable. Con esto se pretende, además, mejorar

la imagen urbana y la economía local y regional. No obstante, Rojo y Llanes (2009), quienes realizaron un análisis de este programa en otras localidades del país, señalan que se trata de una nueva tendencia en México que carece de una visión sustentable, argumentando que existen tres riesgos.

El primer riesgo es la hipermercantilización del patrimonio. El turista promedio viene a comprobar lo que ha visto en los medios masivos, por lo tanto, existe una suplantación de lo real por medio de escenografías, como sugiere Augé (1998). Algo aparentemente inocuo puede llegar a ser peligroso si consideramos que al privilegiar la imagen turística se pueden implementar medidas que pueden atentar contra los derechos fundamentales de sus habitantes, tal como sucedió en 2009, cuando se evidenció la criminalización de la práctica del *graffiti*. En ese año fue asesinado en San Cristóbal de Las Casas un joven *graffitero* al que sorprendieron pintando, y se generó una serie de arbitrariedades en la detención de otros jóvenes bajo la consigna sostenida por la administración de mantener limpias las paredes del centro de la ciudad y conservar el reconocimiento de “Pueblo más mágico de los pueblos mágicos” en dicho programa federal (Melel Xojobal e Inicia, 2011; Gómez-Abarca, 2014).

Un segundo riesgo está asociado con la reducción del patrimonio intangible a la dinámica consumista. La identidad y la memoria se presentan como un espectáculo para el consumo cada vez más globalizado; se trata de una tendencia mundial. Durante la Cumbre Internacional de Aventura realizada en San Cristóbal en 2014, “con el objetivo de que las comunidades salgan de la pobreza” (según palabras del entonces presidente de la República, Felipe Calderón), se presentó una mirada exotizada de la diversidad cultural de Chiapas, fundamentalmente de los pueblos indígenas de la zona, lo que dio lugar a una “limpieza” social en algunos espacios de la ciudad, principalmente dirigida hacia los vendedores ambulantes, a quienes intimidaron u ofrecieron una compensación

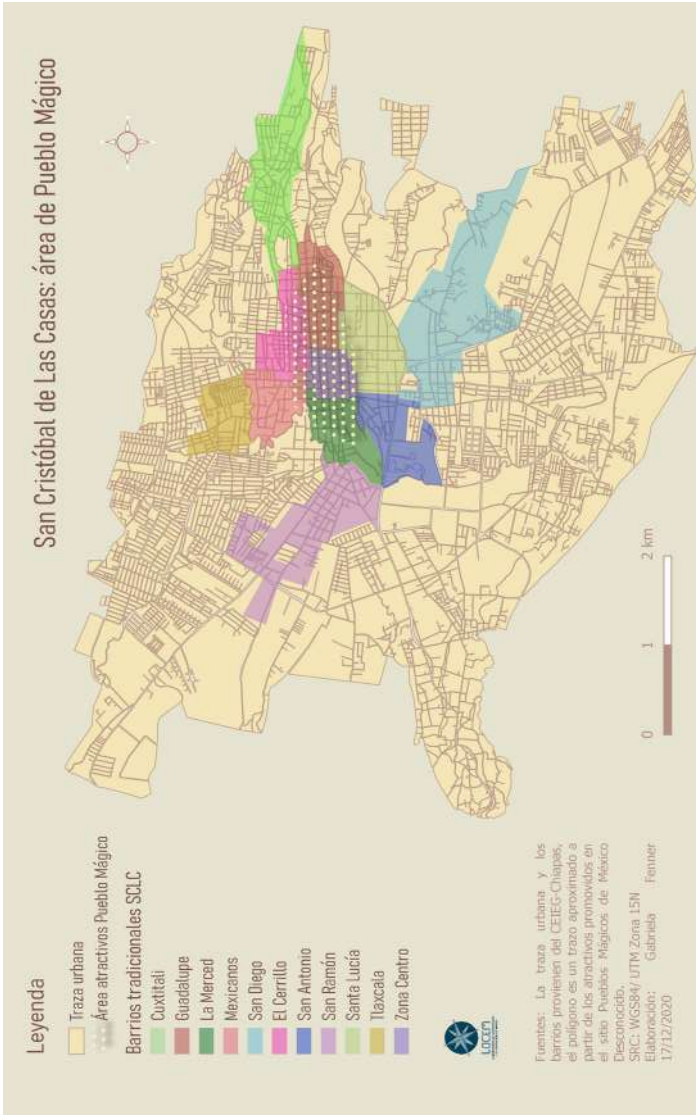
para que se alejaran del centro de la ciudad durante los días en que se realizó dicha cumbre.¹⁴

Un tercer riesgo se ubica en algunas localidades que se vuelven atractivos turísticos; los edificios históricos entran al mercado inmobiliario, lo que provoca que la “población nativa” se traslade a la periferia. Al respecto puede decirse que, en la ciudad, desde el año 1994 el precio de los inmuebles y la renta de los mismos muestran un aumento sobresaliente en comparación con otras ciudades de la entidad. Los barrios centrales que en otro tiempo fueron habitados por grupos indígenas, y posteriormente por mestizos, cada vez son más caros y difíciles de pagar para un habitante con ingresos promedio, y las casonas coloniales del centro ahora se han tornado espacios donde se concentran establecimientos comerciales.

Otro problema deriva de los recursos destinados a las ciudades desde el Programa Pueblos Mágicos. Estos generalmente son aplicados exclusivamente a las áreas turísticas, lo que provoca que las otras sean relegadas y se estimule así el fenómeno de la dualidad entre centro y periferia. En San Cristóbal se observa la exacerbación de la diferencia entre el centro y los cuadros periféricos. Mientras que los espacios centrales gozan de todos los servicios, una oferta cultural amplia y recursos extraordinarios, las periferias, donde no llega el turismo, siguen experimentando problemas en cuanto a carencia de servicios básicos. Esta problemática es resentida por muchos jóvenes de la periferia, que no pueden desplazarse fácilmente hacia espacios culturales del centro de la ciudad.

¹⁴ Ver pronunciamiento del Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica (CESMECA) sobre la Cumbre Internacional de Turismo de Aventura 2014 en <http://www.pozol.org/?p=3268>

FIGURA 5. ZONAS DE SAN CRISTÓBAL DE LAS CASAS PROMOCIONADAS COMO PARTE DEL PROGRAMA PUEBLOS MÁGICOS



Fuente: Laboratorio de Cartografía y Elaboración de Mapas del CESMECA, con base en información oficial de la Secretaría de Turismo.

Por las particularidades económicas, políticas, culturales y socioespaciales que presenta Chiapas en general, y la ciudad de San Cristóbal en particular, el estado es un territorio ampliamente estudiado desde diferentes ramas y disciplinas científicas, de modo que se muestra como una especie de “laboratorio social” idóneo para el estudio de diferentes fenómenos sociales. Este texto da cuenta del resultado de una investigación que trata sobre temas entroncados, tales como los procesos de urbanización y las diferentes expresiones sociopolíticas juveniles registrados y analizados entre 2012 y 2016.

En las exploraciones iniciales se constató en San Cristóbal una diversidad de acciones colectivas: enunciativas, contenciosas y performativas, organizadas por grupos de voluntarios, organizaciones sociales, colectivos culturales-artísticos-políticos, organizaciones ciudadanas y movimientos sociales. Jóvenes activistas chiapanecos, mexicanos y extranjeros son partícipes de múltiples proyectos asociativos en San Cristóbal, experiencias todas que nutren las reflexiones de este libro, a pesar de que en el camino se haya colocado el foco de análisis en grupos específicos y se haya privilegiado la mirada de la población local y estatal.

Como se ha dicho, el año 1994 representa un punto de inflexión en la historia de Chiapas. Desde entonces, aumentó la confluencia de jóvenes activistas de diferentes partes del mundo que tenían el objetivo de conocer, compartir o solidarizarse con el movimiento zapatista. Este movimiento se convertiría en uno de los referentes políticos de lucha más importantes para las militancias políticas de muchos jóvenes en diferentes latitudes de América Latina y el mundo. Chiapas pasó a ser, así, el punto de encuentro de una nueva generación de actores colectivos que, según Rovira (2015), configuraron redes de activistas y podrían caracterizarse por estar dispersos geográficamente, ser multiétnicos, intermitentes y no organizados formalmente.

La apertura del movimiento zapatista con la “sociedad civil” y otros sectores de la sociedad ha sido intermitente, pero en los momentos en que se ha abierto, la solidaridad de nuevas generaciones

con el movimiento zapatista ha sido ratificada. Entre los meses de agosto y diciembre de 2013 y enero de 2014, por ejemplo, se llevaron a cabo los cursos del primer nivel de la Escuelita Zapatista en comunidades autónomas del estado de Chiapas.¹⁵ Jóvenes de diferentes partes del mundo arribaron a San Cristóbal, en representación de diferentes organizaciones sociales y políticas o de manera independiente, para dirigirse a los caracoles zapatistas¹⁶ que los recibirían. En estos encuentros también fue posible constatar la existencia de un amplio sector de jóvenes en las comunidades autónomas, muchos de los cuales no experimentaron la fase armada, pero que hoy dan cuenta de una renovación generacional dentro del movimiento.

Por otro lado, encontramos el activismo político que las y los estudiantes despliegan dentro y fuera de las escuelas públicas en San Cristóbal. Los colectivos estudiantiles son muy diversos y persiguen diferentes demandas. Asimismo, como en otros espacios latinoamericanos, hay colectivos que establecen alianzas y colaboraciones con diferentes grupos y movimientos sociales. El movimiento #Yosoy132, en 2012, la primera etapa del movimiento magisterial contra las reformas educativas, en 2013, y las movilizaciones surgidas tras la “desaparición” de estudiantes normalistas en Guerrero, en 2014 dan muestra del protagonismo del activismo estudiantil.

¹⁵ En el año 2013 se llevó a cabo la Escuelita Zapatista, un esfuerzo colectivo del movimiento zapatista para dar a conocer el trabajo autónomico que se viene gestando desde hace algunas décadas, desde su etapa clandestina, el levantamiento armado y la guerra de “baja intensidad”. Sus participantes estudiaron temas vinculados a la libertad, la resistencia, la educación y la autonomía zapatista en diferentes comunidades zapatistas. Para Raul Zibeche, se trató del despliegue de una pedagogía en la que particularmente se aprende trabajando, conviviendo, sintiendo y dialogando (Zibeche, 2013).

¹⁶ Los caracoles zapatistas son, en un sentido general, centros de gobierno autónomico que surgieron en 2003 como producto de una reestructuración en la organización social y política de los pueblos, permitiendo articular redes de gobiernos municipales autónomos. Los caracoles han sido espacios de encuentro entre las comunidades indígenas zapatistas, organizaciones de la sociedad civil y simpatizantes del movimiento. Para un análisis al respecto pueden consultarse los trabajos de Manuel Martínez (2006) y Pablo González-Casanova (2009).

En otro espectro del activismo juvenil se encuentra la emergencia de diferentes colectivos “juveniles” orientados a solucionar o atenuar problemas que experimenta la sociedad local. Entre las principales preocupaciones de estos colectivos se halla la falta de servicios y oferta cultural que se ofrece en los barrios alejados del centro de la ciudad. Resulta también interesante observar la construcción de una emergente red de colectivos juveniles con el objetivo de potenciar su trabajo, generar alianzas y profesionalizar las intervenciones sociales que realizan.

Las tres vías enunciadas abren campos de indagación empírica diversos y complejos que una investigación como la que se planteó no agota. Es importante reconocer anticipadamente que las personas jóvenes se involucran de manera activa en espacios de interacción muchas veces caracterizados por dinámicas intergeneracionales. En este trabajo se realiza un encuadre metodológico para analizar el papel de la gente joven en estos espacios participativos, sin dejar de reconocer la pluralidad de idearios y proyecciones sociopolíticas que orientan sus repertorios de acción colectiva.

Cabe decir que, si bien desde hace una década otras temáticas asociadas a las personas adolescentes y jóvenes de Chiapas han estado presentes, —tales como la sexualidad y el erotismo entre adolescentes,¹⁷ las afiliaciones, prácticas e *identidades religiosas* entre las personas jóvenes,¹⁸ la emergencia o la transformación de la juventud indígena en contextos de urbanos¹⁹ y la interculturalidad desplegada en los espacios escolares²⁰— el tema del activismo desplegado por personas jóvenes está todavía relativamente inexplorado. Entre las investigaciones pioneras, se encuentran: el abordaje de la participación ciudadana de

¹⁷ Destacan: Cruz Pérez (2006), Reartes (2007), Hernández Maldonado, (2013) y Jiménez y Evangelista (2008).

¹⁸ Tal es el caso de Corpus (2008) y Llanos (2014).

¹⁹ Sobre el tema, encontramos los siguientes trabajos: Corpus (2009), Cruz Salazar (2012), Díaz (2013), Serrano (2016) y Zebadúa (2011).

²⁰ Ver los siguientes trabajos: Esparza (2015), Gómez López (2014), Ortelli y Sartorello (2011), Peña (2012) y Sartorello y Cruz (2013).

jóvenes en la promoción y defensa de los derechos sexuales y reproductivos en San Cristóbal (Evangelista, 2013); las prácticas sociales y políticas de colectivos juveniles en San Cristóbal (Gómez-Abarca, 2014, 2016, 2018, 2019); y la participación de jóvenes indígenas en Chalhuitán (García, 2017). Este libro busca abonar a este subcampo de estudios, ofreciendo pistas para comprender el importante papel de la juventud en el campo de *lo social y lo político*.

Capítulo 2

Jóvenes, ciudadanía y movimientos sociales

MOVIMIENTOS ESTUDIANTILES

Los movimientos sociales pueden ser concebidos como “desafíos colectivos planteados por personas que comparten objetivos comunes y solidaridad en una interacción mantenida con las élites, los oponentes y las autoridades” (Tarrow, 2018:37) o bien como “una oleada reiterada de acciones colectivas que de manera sostenida presentan demandas a otros, mediante el uso de uno o varios repertorios de protestas en lugares públicos y momentos determinados” (Cadena-Roa, 2016:3), que surgen como una alternativa para influir en la vida política de la sociedad, principalmente cuando otros canales no ofrecen una respuesta favorable a las demandas de los ciudadanos.

Se puede sostener, en un sentido general, que las luchas estudiantiles eventualmente derivan en movimientos sociales estudiantiles. De hecho, desde la década de los sesenta del siglo XX, el surgimiento de diversos movimientos sociales en Estados Unidos y Europa, tales como el movimiento por los derechos civiles, el movimiento estudiantil, el movimiento pacifista y el movimiento feminista, obligaron a los analistas a desarrollar nuevos modelos teóricos para explicar el comportamiento colectivo.

Una posibilidad analítica para interpretar algunas de estas luchas sociales surgió con la teoría de los “nuevos movimientos sociales” (NMS),²¹ definidos como un conjunto de “novedosas” formas

²¹ Alain Touraine (1998), Alberto Melucci (1999), Alessandro Pizzorno (1978) y Claus Offe (1985) son algunos de los impulsores de una diferenciación ya clásica entre los “viejos” y “nuevos” movimientos. Proporcionan una explicación alternativa de movimientos emergentes en la década de los sesenta, cuando las teorías estructuralistas y mecanicistas parecían no ofrecer una respuesta favorable. La

del conflicto social, caracterizados por emprender acciones colectivas con una composición “multiclase” y reivindicaciones no-materiales. Desde una aproximación de corte cultural, histórica e identitaria se pretendió, entonces, explicar, en términos generales, las características de los movimientos estudiantiles (Alexander, 1998; Touraine, 1998).

Para Aranda, las teorías de los NMS ofrecen una aproximación importante a los movimientos estudiantiles, pero su uso descuidado conlleva el riesgo de soslayar la naturaleza histórica en que nace esta conceptualización y las características históricas de la relación entre sociedad y Estado en América Latina. La propuesta es, en todo caso, hacer uso de este enfoque sin dejar “de considerar el carácter estructural del papel del Estado en la organización social, así como las relaciones de este con la sociedad civil en los países que la integran” (Aranda, 2000:248).

De esta manera, sin dejar de tomar las cauciones necesarias al realizar análisis de casos concretos, es posible valorar algunas consideraciones teóricas que definen los movimientos estudiantiles distinguiéndolos de otros movimientos. Los trabajos de Garretón y Martínez (1985), Aranda (2000) y Bringel (2006) ofrecen algunos de estos elementos constitutivos: la condición estudiantil de sus bases, la variable generacional, los objetivos que persiguen sus integrantes, las identidades que se construyen, las demandas, el componente ideológico y sus formas organizativas.

Los movimientos estudiantiles están compuestos principalmente por jóvenes universitarios, profesionales y técnicos jóvenes, intelectuales y estudiantes secundarios. Con respecto a sus protagonistas, las y los estudiantes pueden ser considerados como fuerza de trabajo intelectual en proceso de formación y, por lo tanto, son sensibles a los problemas de la estructura de trabajo y a la falta de movilidad social;

novedad de estos movimientos está asociada a la emergencia de una fase avanzada de capitalismo, nuevos valores posmaterialistas, nuevas preocupaciones y nuevas formas de acción política.

son un grupo heterogéneo que se da cita en la universidad, un lugar de encuentro generacional, y proceden predominantemente de clases medias (Garretón y Martínez, 1985:32-33).

La condición de estudiante, en tanto etapa de formación, propicia cierta libertad que incentiva al estudiantado a estar en primera línea de las protestas, las rebeliones y las revoluciones, para cuestionar las normatividades que consideran que no dan cuenta de las necesidades de las nuevas generaciones (González y Sánchez, 2011). Asimismo, los estudiantes se encuentran cerca de la producción de conocimientos, lo cual los acerca al método científico y los prepara para integrarse a los cuadros profesionales, por lo que su forma de asumir los problemas de la realidad ya no es ingenua y del todo “colonizada” por el Estado, sino más cercana a la reflexión y a una visión crítica sobre la realidad y su futuro laboral (Garretón y Martínez, 1985:32-33; Aranda, 2000).²²

La condición estudiantil, sin embargo, tiene un carácter transitorio para las personas, lo que puede representar ventajas y desventajas. Entre las ventajas se encuentra el hecho de que las diferentes generaciones de estudiantes brindan una oportunidad para enriquecer constantemente las propuestas, la participación y la fuerza del movimiento. Entre las desventajas está la transitoriedad de la condición estudiantil, que dificulta que los movimientos estudiantiles dispongan de un “capital militante” duradero, a diferencia de otras militancias y anclajes sociales; asimismo, los estudiantes están muy influenciados por el ritmo de los calendarios escolares, por lo que los fines de estos periodos, los días feriados o las vacaciones se tornan

²² Si la década de los sesenta representa un hito en el protagonismo del activismo estudiantil en diferentes países del mundo, durante las décadas de los setenta y ochenta, el contexto de crisis económica internacional, los regímenes dictatoriales en América Latina y los movimientos insurgentes de liberación en Centroamérica influyeron en las diferentes formas de resistencia juvenil-estudiantil. El rol de la juventud sandinista en 1983 fue paradigmático; con aproximadamente 40 000 miembros, se dio a la tarea de defender la Revolución sandinista con armas y educación (Martí, 1997; Ramírez, 2015).

elementos desmovilizadores (Aranda, 2000; Bringel, 2009; Garretón y Martínez, 1985:31).

Los movimientos estudiantiles están compuestos principalmente por sectores de “clase media”, lo que los distingue de otras luchas y movimientos en los que son los sectores más excluidos de la población quienes se organizan. Esta identificación con los grupos medios se puede leer a partir de la identificación ideológica de muchos estudiantes que aspiran a la movilidad social. No obstante, resulta necesario tomar en cuenta esta aseveración en un sentido histórico y considerar la heterogeneidad de los grupos medios (Garretón y Martínez, 1985:36).

En su composición, puede hacerse una distinción entre las personas que participan ocasionalmente y los grupos de activistas. Si bien los primeros son fundamentales para hacer crecer las protestas, los últimos tienen un importante papel dado que realizan un trabajo de base, permanente, para mantener con vida el movimiento, que incluye: a) conservar y actualizar la memoria colectiva del movimiento, b) mantener una actitud vigilante ante los acontecimientos, sosteniendo las predemandas del movimiento, c) advertir a las masas de estudiantes sobre los problemas, sugerir acciones y organizar las movilizaciones, d) plantear las demandas, e) formular el discurso de la protesta estudiantil, y f) el mantenimiento material e ideológico del movimiento (Aranda, 2000; Bringel, 2009).

En cuanto a los objetivos, generalmente estos son a corto plazo, dado que se trata de una fuerza social coyuntural, lo que evidentemente no impide que existan horizontes de mediano y largo alcance. Estos, dependiendo de las demandas que el movimiento plantee, pueden tener un carácter interno o externo, gremial o político. Las demandas internas o “gremiales” se vinculan con las problemáticas que enfrenta el estudiantado en las diferentes escuelas; las externas o políticas van más allá de las demandas de tipo estudiantil y se dirigen a cuestiones más amplias del campo político local, nacional o global. No es fácil su distinción, pues generalmente se superponen mutuamente (Aranda, 2000; Bringel, 2009).

En cuanto a la organización, no existe un formato único para realizar el trabajo colectivo, sino diferentes formatos. En términos generales, la organización articula al menos dos niveles: en el primero se encuentra la asamblea general, como máxima autoridad del movimiento en la cual se encuentran representados todos los integrantes, y, en el segundo, las asambleas de las diferentes escuelas que lo componen. En ambos se privilegian procedimientos en los que se garantiza que la voluntad colectiva se encuentre por encima de otros intereses, dando pie a formas de democracia directa (Aranda, 2000; Bringel, 2009) y a la construcción de “espacios liberados” del control directo de los grupos dominantes (Polleta, 1999).

La identidad del movimiento está fuertemente vinculada a distintos referentes, entre los que destacan: el papel de la asamblea en la integración de los diferentes colectivos; los problemas compartidos, definidos como generacionales, sobre los cuales definen sus construcciones del agravio; el clima hostil y excluyente que se experimenta en sus diferentes ámbitos de la vida; las “subculturas” o referentes contraculturales que permean entre los estudiantes, y la ruptura generacional que existe en el terreno de *la política*, cuestionando valores autoritarios (Aranda, 2000).

Resulta importante, además, no considerar los movimientos estudiantiles como sujetos unitarios, dado que en estos converge un amplio espectro ideológico en el que pueden reconocerse desde la socialdemocracia, hasta izquierdas con perspectivas más radicales (Bringel, 2009). En principio esto puede ser positivo por tener la capacidad de albergar un número amplio de simpatizantes que en común expresan los ideales y principios éticos que guían las acciones. Sin embargo, la toma de decisiones sobre asuntos concretos, como puede ser la definición de las acciones y el futuro del movimiento, puede ser más difícil de lo que se espera.

Los logros y los alcances de los movimientos estudiantiles pueden medirse por su capacidad tanto para transformar las estructuras universitarias, como para generar el descontento y la multiplicación de otros movimientos y para acompañar y motivar la movilización y la

politización de otros sectores de la sociedad (Aranda, 2000; Garretón y Martínez, 1985:39; Melucci, 1999). En suma, estamos ante un sujeto colectivo con un gran dinamismo y eventualmente con una amplia capacidad de convocatoria.

A esta serie de cualidades genéricas, que resultan cuestionables a la luz de diferentes estudios de caso, habría que añadir algunas características del sujeto estudiantil en América Latina. En este subcontinente, las y los estudiantes han participado activamente a lo largo de todo el siglo XX acompañando a los diferentes movimientos campesinos, urbanos, obreros e indígenas, entre otros, posicionándose como una fuerza democratizadora, tanto en los espacios universitarios como fuera de estos, luchando contra el autoritarismo, las políticas de privatización y la desregulación de los proyectos neoliberales (Favela-Gavía, 2011; Guzmán-Concha, 2016; Reyes, 2013).

Los contextos políticos latinoamericanos han propiciado características específicas de los movimientos estudiantiles. La primera es que ha prevalecido la idea, desde la lógica de los estudiantes, pero también desde el Estado, de que las universidades deben jugar un rol importante en el proyecto nacional de manera autónoma. Esto explica, al menos en parte, por qué los espacios universitarios se han convertido en arenas políticas donde coexisten tendencias polarizadas (Guzmán-Concha, 2016) entre la funcionalidad y el sentido crítico.

Una segunda característica es el concepto de autonomía universitaria (Garretón y Martínez, 1985; Guzmán-Concha, 2016; Marsiske, 2010). La autonomía universitaria, según Marsiske, tiene tres aspectos: el de autogobierno, el académico y el financiero.

El primero de ellos permite que la universidad legisle sobre sus propios asuntos, se organice como le parezca mejor y elija a sus autoridades y al rector según los requisitos que ellos mismos señalen. La parte académica de la autonomía universitaria implica que la universidad puede nombrar y remover su personal académico según los procedimientos convenidos, seleccionar a los alumnos según los exámenes que ella

misma aplica, elaborar sus planes de estudio, expedir certificados, etc. También garantiza la libertad de cátedra, cuestión que no se debe confundir con la autonomía misma. El aspecto financiero permite la libre disposición que de su patrimonio tiene la universidad, así como la elaboración y el control de su propio presupuesto (Marsiske, 2010:10).

La autonomía, concebida en uno u otro sentido, ha sido una preocupación universitaria desde comienzos del siglo XX. Constituye un referente fundamental la autonomía universitaria conseguida con el movimiento estudiantil de Córdoba, Argentina, en 1918, que posteriormente se extendió por toda América Latina. Entre los factores que han influido en esta preocupación se encuentra la interdependencia de lo político con lo educativo, debido a la centralidad de las universidades para los grupos minoritarios que aspiran al poder y al papel de acceso y ascenso social que ocupa en América Latina (Marsiske, 2010; Solari, 1972).

Los movimientos estudiantiles en América Latina han situado sus reclamos ante las estructuras universitarias, el Estado y la sociedad en general (Guzmán-Concha, 2016; Marsiske, 2010). De esta manera, el concepto de autonomía universitaria en América Latina se asocia sobre todo con la idea de libertad en los territorios universitarios y de conciencia crítica frente a estructuras cerradas que se considera que deben ser cambiadas. Sin embargo, esta no se trata solamente de una cuestión histórica que termina con el reconocimiento del estatus autónomo de las universidades, sino de un debate y un desafío abierto, y actualizado hoy en día por las transformaciones globales y la relación existente entre ciencia y democracia (Marsiske, 2010).

Los movimientos autonomistas universitarios no han tenido el mismo desarrollo ni el mismo sentido en todos los países. El mismo Marsiske señala que, en México, el movimiento estudiantil surgido en el centro del país en 1929 se dirigió contra el Estado revolucionario de reciente institucionalización, resultado de la lucha armada de

1910 a 1920. Si bien la autonomía universitaria no estaba en el centro de sus demandas, la reforma universitaria surgió como una especie de reforma social que buscaba la defensa y ampliación de las prestaciones políticas y sociales de las clases medias,²³ en medio de un conjunto de transformaciones políticas y religiosas, la represión del Estado y después de una década de discusiones en torno a la autonomía (Marsiske, 2010).

Además de la autonomía, otra ruptura importante en los movimientos estudiantiles de América Latina, como en el resto del mundo, se suscitó en la segunda mitad del siglo XX, la cual trajo consigo profundos cambios en la sociedad y en *la política*. En México, el estudiantado estuvo influenciado por un clima de acontecimientos culturales y políticos que ocurrían en diferentes partes del mundo: la guerra de Vietnam, el movimiento de los derechos civiles en Estados Unidos, la revolución cultural china, las guerrilleras latinoamericanas, los movimientos estudiantiles que se realizaban en Praga y París, la Revolución cubana y diferentes referentes contraculturales (Pozas, 2001).

El movimiento estudiantil de 1968 en la Ciudad de México marcaría un punto de inflexión en el papel político del estudiantado debido al contexto nacional e internacional en que se presentó, pero también por la aceptación que tuvo entre la sociedad y la ulterior matanza de estudiantes en la plaza de las Tres Culturas. En aquel entonces, en el contexto preolímpico, en el que se organizaron los XIX Juegos Olímpicos, se tenía el objetivo de dar a conocer a México ante el mundo como un país próspero, en desarrollo y pacífico. Sin embargo, un sector educado en el sistema público de la educación desarrollaría una visión crítica del régimen político autoritario y su sistema corporativo de control y subordinación política (Reyes, 2013), encabezado por el entonces presidente de la República Gustavo Díaz Ordaz.

²³ Uno de los defensores de la autonomía universidad en México fue Justo Sierra (ver Sierra, 1974) .

En ese año, 1968, diferentes protestas y acontecimientos se fueron presentando en la Ciudad de México.²⁴ Después de diferentes acciones frustradas para detener las resistencias estudiantiles —entre las que se incluyeron las amenazas, la invasión a Ciudad Universitaria y el intento por desacreditar y expulsar al rector de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM)—, el gobierno de Díaz Ordaz continuó con acciones de provocación e infiltración al movimiento. El 2 de octubre se extremó el uso de la violencia de Estado en un mitin realizado en la Plaza de las Tres Culturas, en Tlatelolco (Aguayo, 1998).²⁵

La represión marcó el final de las movilizaciones del 68 y la participación estudiantil se fue desdibujando en los espacios públicos. El aparente reflujó de los activismos derivó en algunos casos en militancias alejadas de toda institucionalidad, como fue el caso de las guerrillas. Desde entonces los cuestionamientos al orden estatal mexicano y a su sistema político aumentaron, evidenciándose las contradicciones entre un orden concentrado en salvaguardar una lógica de relaciones sociales y políticas corporativas, en el contexto de una sociedad que ya había cambiado y que demandaba la construcción de nuevas pautas de sociabilidad más dialógicas y horizontales (Reyes, 2013).

Otro referente de las luchas estudiantiles en México es el movimiento democrático surgido entre 1986 y 1987. Estudiantes organizados en torno

²⁴ Algunos de estos hechos fueron: el 23 de julio, una disputa entre estudiantes de preparatorias del Instituto Politécnico Nacional (IPN) y de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) en la cual intervinieron cuerpos policíacos; el 26 de julio coincidieron una manifestación en contra de la violencia policial con otra en apoyo a la Revolución cubana; el 30 de julio, la intromisión del Ejército utilizando una bazuca en la Preparatoria No. 1 generó diferentes manifestaciones en contra de la violación de la autonomía universitaria, en las cuales destacó el papel crítico y el apoyo del entonces rector de la UNAM, Barros Sierra, encabezando el 1 de agosto una marcha y colocando la bandera a media asta.

²⁵ La bibliografía sobre el movimiento del 68 es extensa, siendo las crónicas, los testimonios, la novela, la poesía y los ensayos, algunos géneros mediante los que se ofrecieron diferentes miradas sobre estos acontecimientos.

al Consejo Estudiantil Universitario (CEU) realizaron una huelga parcialmente exitosa de veinte días en contra de los intentos de que el rector Jorge Carpizo impusiera en la UNAM una serie de reformas neoliberales que, entre otras cuestiones, contemplaba el aumento de las cuotas. Tiempo después, el CEU se convirtió en un brazo político del PRD, el partido opositor recién surgido (Romero y Santos, 2014).

Poco más de una década después se suscitaba otro movimiento importante: la “huelga de fin de siglo”, que se gestó en la UNAM (1999-2000), heredero de las movilizaciones de 1968, 1970 y de 1986 a 1987. Entre sus principales demandas se encontraban: la gratuidad efectiva, echar atrás las reformas de 1997 que reducían el tiempo de terminación y dificultaban la permanencia de estudiantes que estudiaban y trabajaban, el rompimiento de la UNAM con el Centro Nacional de Evaluación para la Educación Superior (Ceneval) —organismo privado que se encargaba de los exámenes únicos de ingreso y egreso—, la exigencia de un Congreso Universitario Democrático y Resolutivo donde los alumnos fueran partícipes de los cambios, el desmantelamiento del aparato policiaco y de los grupos de choque que vigilan, “fichan”, intimidan y golpean a los alumnos, la anulación de actas y castigos para las y los militantes del movimiento, y el reajuste del calendario escolar para que todo el estudiantado concluyera el semestre (Oprinari, 2014).

La Asamblea Estudiantil Universitaria, una vez estallada la huelga, se convirtió en el Consejo General de Huelga (CGH), asumiendo la representación y organización del movimiento. Este consejo, a decir de activistas que participaron en el movimiento, fue retomado del movimiento estudiantil de 1968, cuando surgió el Consejo Nacional de Huelga (CNH) como una alternativa de organización y representación legítima entre los estudiantes. En el CGH los estudiantes escogían a cinco delegados de cada una de las escuelas para asistir a las asambleas, y los cargos eran rotativos y revocables (Romero y Santos, 2014).

El CGH fue crucial para el movimiento. A decir de algunas y algunos de sus integrantes, entre sus fortalezas se encontraba la base social, en la que las y los estudiantes mismos tomaban decisiones,

ejerciendo su capacidad de análisis y reflexión, convirtiéndose en un espacio de politización muy importante. Una de sus principales dificultades, sin embargo, fue establecer vínculos con otros sectores, en particular con la clase obrera, en parte por las diferencias internas. A pesar de esto, el CGH planteó un firme cuestionamiento a la transición democrática institucional, un proceso de reforma que concluyó con la alternancia política en el año 2000, con el triunfo de Vicente Fox, entonces candidato del PAN (Romero y Santos, 2014).

Como producto del movimiento, el gobierno reemplazó a Francisco Barnés por Juan Ramón de la Fuente, frenando la imposición de cuotas y cimbrando las estructuras universitarias y priistas, lo que representó un triunfo parcial. Después de los intentos fallidos de negociación, en los que el gobierno no estuvo dispuesto a ceder en todos los puntos (y el CGH tampoco), la rectoría y el gobierno enviaron cuerpos represivos el 6 de febrero para ocupar la universidad con casi 5 000 elementos policíacos (Oprinari, 2014; Romero y Santos, 2014).

Entre los logros parciales y las reacciones represivas parece moverse cíclicamente el movimiento estudiantil. Una revisión histórica escapa a los objetivos de este trabajo. Quienes se interesen en el tema, pueden acercarse a algunos de los hitos más importantes de la lucha estudiantil en la obra colectiva coordinada por González y Sánchez (2011) titulada *154 años de movimientos estudiantiles en Iberoamérica*, producto de tres simposios internacionales. Se trata, como tantas, de una historia viva a la que le faltan muchos fragmentos. Aspiramos en este trabajo a colocar un eslabón más en esta historia.

CIUDADANÍAS Y MOVIMIENTOS JUVENILES

En otra vertiente analítica del activismo juvenil se encuentran los estudios sobre la ciudadana juvenil y los movimientos juveniles, explorados en buena medida en la década de los noventa por analistas de América Latina. Estas investigaciones visibilizaron prácticas

asociativas que se encontraban alejadas de la institucionalidad por dos motivos. Por un lado, se diagnosticó que la gente joven experimentaba un inconcluso ejercicio ciudadano en las democracias liberales y, por otro lado, desde una visión sustantiva y alejada del plano normativo se registraban “novedosos” canales de participación política juvenil.

En un contexto marcado por el retorno de las democracias, la ciudadanía fue una de las categorías utilizadas para dar explicación a diversas expresiones de participación juvenil.²⁶ Durston (1999) enfatizaba que el enorme potencial que representaba la participación plena de las personas jóvenes se veía obstaculizado de diferentes maneras. De allí la necesidad del reconocimiento de todos los derechos de todas las personas, crear espacios para su ejercicio, apoyar a las personas en el análisis y la comunicación de sus propuestas, y establecer reglas que permitan que todos ejerzan la ciudadanía plenamente.

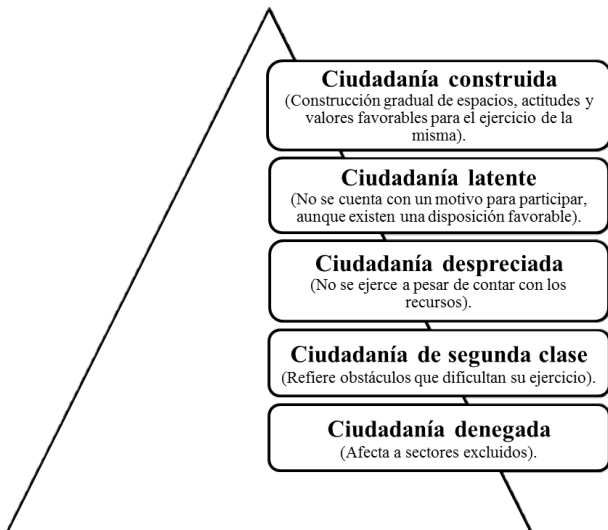
Entre los principales obstáculos que las personas jóvenes enfrentaban para el ejercicio de la ciudadanía plena, según este autor, se encontraban las formas extremas de gerontocracia y el dominio absoluto de oligarquías provinciales que limitaban el espacio para el ejercicio de una ciudadanía de primera clase. En consecuencia, se registraban, al menos, cinco formas graduadas de ejercer una ciudadanía juvenil, que iban desde la ciudadanía denegada hasta la construida

²⁶ Recordemos que la ciudadanía, en tanto vínculo entre el ciudadano y una comunidad política, ha devenido en las tradiciones republicana y liberal, que a su vez inspiran dos concepciones: la minimalista y la ampliada. La primera de estas es entendida en términos formales como un estatus legal o jurídico, asentado en un conjunto de derechos y deberes que se realizan en el espacio de una comunidad política a la que pertenece, en tanto espacio común que propicia y crea identidad individual y colectiva, y la segunda se entiende, en términos culturales y políticos, como un ejercicio activo en el que el ciudadano es consciente de su pertenencia a una comunidad humana, no limitada a un país, compartiendo un conjunto de valores y comportamientos, obligaciones y responsabilidades, a la vez que participa activamente en todos los asuntos de la comunidad. El desarrollo histórico de la modernidad ha decantado sobre todo en una concepción liberal y minimalista, pues aun cuando en el plano legal se reconozcan un conjunto de derechos para los ciudadanos, estos no encuentran condiciones reales para su ejercicio pleno (Tamayo, 2010; Reyes, 2013).

gradualmente, pasando por la ciudadanía de segunda clase, la despreciada y la latente. Dicho de otro modo, podía hablarse de una tipología gradual que va desde la negación institucional hacia los procesos incipientes de construcción ciudadana *de facto* (ver Figura 6).

Durston (1999) abre, así, un mapa general sobre las condicionantes que definen en la práctica la participación ciudadana, concluyendo que los primeros y más graves tipos de ciudadanía limitada deberían ser los prioritarios para el Estado, mientras que los últimos abrían esperanzas de consolidación a través del vínculo entre individuo, sociedad civil y Estado. Se trata de una perspectiva centrada en los espacios, los canales y las posibilidades que el Estado propicia para la participación ciudadana, los diferentes grados de compromiso y de motivaciones que las personas jóvenes tienen para participar, y los obstáculos estructurales vinculados a la condición de clase, de género, etnicidad y otras categorías sociales, en las ciudadanía más limitadas (ver Figura 6).

FIGURA 6. TIPOLOGÍA DEL EJERCICIO DE LA CIUDADANÍA JUVENIL

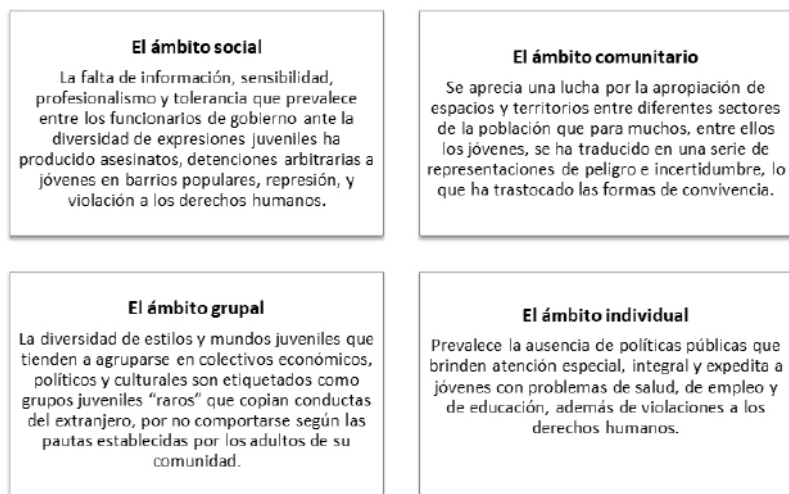


Fuente: Elaboración propia con base en Durston (1999).

Otros estudios de caso han abonado a caracterizar las condicionantes para el ejercicio de la ciudadanía juvenil. Marcial (2009 y 2010), por ejemplo, propuso identificar los diferentes tipos de violencia que experimentan las personas jóvenes. Para este autor, a la juventud de Jalisco, México, no se le permite expresarse y discernir, tampoco se le apoya con políticas inteligentes de empleo juvenil y, en la mayoría de los casos, se le niega el acceso a la educación.

Para este autor, comprender la democracia exige analizar los procesos y relaciones de convivencia en ámbitos políticos, culturales y sociales, dado que la democracia es algo que se experimenta cotidianamente y es indispensable rescatar las voces de quienes la construyen. Marcial (2010) identifica, a partir de sus trabajos, las carencias que sufren, categorizándolas en cuatro ámbitos: el social, el comunitario, el grupal y el individual, los cuales de manera entrelazada permiten conjeturar sobre el tipo de ciudadanía que se experimenta (ver Figura 7).

FIGURA 7. OBSTÁCULOS QUE DIFICULTAN EL EJERCICIO DE LA CIUDADANÍA JUVENIL



Fuente: Elaboración propia con base en Marcial (2009 y 2010).

La conclusión a la que llega Marcial (2010) es muy cercana a la de Durston (1999): la ciudadanía que se dispone para las personas jóvenes es muy limitada o incompleta, dado que a este sector de la población se le exige que cumpla sus obligaciones, pero no se consideran sus derechos y no se le ofrece una “ciudadanía de primera”. La violencia contra amplios sectores juveniles, incluso, no representa un caso aislado, sino una constante que tiene como fin ser el “chivo expiatorio” de una política de seguridad que se ve desbordada por los nuevos frentes de violencia (el narcotráfico, el crimen organizado o la delincuencia común) (Reguillo, 2003; Marcial, 2009).

Por su parte, Reguillo (2003) recuperó la noción de ciudadanía para pensar los cambios en la participación juvenil en dos vías. Por un lado, analizó la insuficiencia de la ciudadanía moderna para enfrentar las transformaciones planetarias y la situación por la que atraviesan las personas jóvenes y, por otro lado, propuso salir de una visión formal y pensar la ciudadanía como un proceso dinámico, capaz de recoger la multidimensionalidad y complejidad de los procesos de pertenencia en las sociedades contemporáneas en general, y en las sociedades latinoamericanas en particular.

Para esta autora, dado que la ciudadanía moderna ha operado con fuertes exclusiones, la participación juvenil se enfrenta a una serie de tensiones entre la ciudadanía normativa y la efectiva. Entre las principales tensiones que Reguillo (2003) identificaba a comienzos del siglo XXI se encuentran:

- Las personas jóvenes son una fuerza electoral cuantitativamente importante, pero los partidos políticos parecen no tener capacidad para interpellarlas eficientemente.
- Los Estados nacionales han dejado a un lado las políticas niveladoras dando paso a políticas que buscan erradicar la conflictividad social.
- Los derechos humanos son uno de los discursos y prácticas que interpelan a la juventud, pero parecen ser escasamente respetados por los Estados latinoamericanos.

- La globalización pone en ventaja a quienes tienen mayor capacidad de adaptación, tal como las personas jóvenes, pero paradójicamente excluye a quienes no tienen las posibilidades de estar conectados, pues el acceso y manejo de las nuevas tecnologías abre una nueva brecha digital.
- La ciudadanía sigue anclada a Estados-nacionales, aun cuando los flujos migratorios producen desplazamientos que exigen una redefinición de los marcos de inclusión ciudadana.

La lectura “tensional” con que Reguillo reflexionaba sobre la participación juvenil buscaba visibilizar la enorme dificultad social y política de pensar a esta población como “agentes”, manteniéndolos como receptores pasivos de un conjunto de derechos y obligaciones definidos *a priori* y “desde arriba”. Este problema se asocia a los esfuerzos “nominativos” y clasificatorios, los cuales consumen buena parte de los debates y de las energías del pensamiento, en detrimento del reconocimiento de las fases activas o performativas de la ciudadanía en la contemporaneidad (Reguillo, 2003). La “ciudadanía policéntrica”, sugerida por esta autora, enfoca a los sujetos sociales en relación con sus pertenencias y sus proyectos sociopolíticos, para deshacerse de las concepciones formales y esencialistas.

La performatividad o la puesta en escena de la ciudadanía cobra relevancia en esta apuesta teórica, en la cual convergieron diferentes analistas de América Latina. Las investigaciones apuntan a que existen nuevas formas de inserción en el espacio público, por lo cual, sin desconsiderar los análisis sobre las cuestiones estructurales, es importante prestar atención a los territorios de la vida cotidiana donde se despliegan novedosas formas de resistencia o participación. La música, las expresiones culturales, las formas de trabajo autogestivo, los frentes de solidaridad que convocan su atención, el uso del cuerpo y la toma del espacio público a través de manifestaciones artísticas, son modos de contestar al orden vigente y de insertarse

socialmente (Alvarado, Borelli y Vommaro, 2012; Reguillo, 2003; Valenzuela Fuentes, 2007).

Resulta importante contextualizar estos trabajos a comienzos del siglo XXI, en medio de un conjunto de debates sobre los derechos culturales, ante el reconocimiento de exclusiones históricas que ha propiciado la ciudadanía de tipo universalista. La ciudadanía cultural emergía como central en los análisis sobre la ciudadanía juvenil, siendo un marco político que permitiría articular el derecho a la organización, el derecho a la expresión y el derecho a la participación, a partir de las pertenencias y los diversos anclajes culturales (el género, la etnia, la religión, las opciones sexuales o las múltiples adscripciones identitarias, entre otras). Desde la ciudadanía cultural se incorporaban: a) la dimensión civil, en la necesidad de revisar su estatuto nacional, b) la dimensión política, en la necesidad de rearticular sus constitutivos culturales y sociales y su relación con las políticas de seguridad, y c) la dimensión social, en la necesidad de revisar las políticas públicas de cara a las transformaciones del mundo y las necesidades de los propios actores sociales (Reguillo, 2003).

En esta línea argumentativa se inscriben diferentes trabajos como los de Muñoz y Muñoz (2008) y Herrera y Muñoz (2008), para quienes la ciudadanía juvenil, entendida como ciudadanía cultural, permitía también visibilizar la existencia de las múltiples manifestaciones del hecho social de estar joven, sus vínculos en cuanto congéneres y sus relaciones con el mundo adulto, sus maneras de subjetivarse y sus discusiones acerca de su despolitización y desinstitucionalización. La propuesta de estos autores consistía en plantear un cuestionamiento a las formas tradicionales en que se han venido edificando la cultura, la sociedad y la política.

Estos investigadores propusieron entender la ciudadanía juvenil desde tres dimensiones: 1) el reconocimiento, considerando la diferencia, los marcos valorativos de autoafirmación y el potencial humano universal, 2) la subjetividad política, identificando los sentimientos, los contenidos y el ejercicio del juicio político, y 3) la acción

política, que incluye: las formas de participación ciudadana, el ejercicio de poder, la redefinición de los espacios y las expresiones discursivas de lo político. Con esta propuesta, las y los autores procuraron trascender el concepto generalizado de precidadanía juvenil, valorando el potencial de reflexividad, fiabilidad, agencia, libertad, performatividad y decisión de las personas jóvenes en la construcción de su futuro.

De esta forma, la adjetivación juvenil de la ciudadanía, asociada a la ciudadanía cultural —en ocasiones usadas como sinónimos— marcaron una contribución importante al estudio de la participación juvenil, confirmando la necesidad de ampliar el canon democrático establecido por la teoría liberal, de afianzar los principios de la democracia participativa y de consolidar un modelo societario donde puedan coexistir experiencias y prácticas sociales diversas, lo que representaría ampliar el espacio de lo político. Esta propuesta se situaba, de alguna manera, cercana a un debate más amplio, en el cual destacan las políticas del reconocimiento y la ciudadanía multicultural desarrolladas desde tradiciones liberales (Kymlicka, 1996) y comunitaristas (Taylor, 2009), debate que ha cobrado diferentes matices dependiendo de la geografía en que se ha situado (Yudice, 2002:37).

Conviene reconocer, por otro lado, ciertas limitaciones de dicha propuesta. Si bien existe un relativo consenso en que los derechos culturales de individuos, grupos y comunidades incluyen la libertad de participar en las actividades culturales, hablar en el idioma de elección, enseñar a los hijos la lengua y cultura propias, conocer los derechos humanos y obtener ayuda pública para salvaguardar los derechos, su definición en el plano normativo continúa siendo ambigua, y en la práctica existen tensiones en su aplicación, dado que se privilegian generalmente los derechos individuales. Lo anterior ha implicado, como señala Fierlbeck, que los derechos culturales sigan siendo considerados como “la cenicienta de los derechos” (1996, citado en Yudice, 2002:37).

FIGURA 8. TRANSFORMACIONES EN LAS DIMENSIONES DE LA PARTICIPACIÓN JUVENIL

Dimensiones	Viejo paradigma	Nuevo paradigma
Identidades colectivas	Basadas en parámetros socioeconómicos y político-ideológicos.	Basadas en parámetros ético-existenciales.
Orientación		
Cambio social	La modificación de la estructura cambia al individuo.	El cambio personal se orienta a modificar las condiciones de vida colectiva.
Espacialidad	Epicentro local, trincheras globales.	Epicentro global, trincheras locales.
Temporalidad de las acciones	Se busca efectividad de largo plazo, metas en soluciones futuras.	Se busca efectividad a corto y mediano plazo; metas palpables.
Organización		
Estructura	Piramidal institucionalizada.	Horizontal, redes vinculantes y flexibles.
Rol	Centralizador representativo	Facilitador, mediador con respecto a la diversidad.
Acción	Colectiva, masificada, hegemónica, burocrática.	Coordinaciones transitorias, reivindicación de la participación individual débilmente institucionalizada.

Fuente: Serna (1998).

En otra vertiente analítica, a finales del siglo XX se retomaron los planteamientos de la teoría de los “nuevos movimientos sociales” para caracterizar y analizar la participación política juvenil más allá de los referentes universitarios y las producciones socioculturales. Entre los resultados de estas investigaciones destacan diferentes tipologías recuperadas para situar lo “novedoso” de las formas de participación y

la organización política juvenil. Serna (1998) destacaba, entonces, entre las causas: la defensa del medio ambiente, los derechos humanos y los derechos sexuales y reproductivos; y entre las formas: la priorización de la acción inmediata, orientada a la resolución pronta y efectiva de las situaciones que enfrentan las personas jóvenes, y la recuperación de la importancia del individuo en una organización, así como también identificaba un énfasis en la horizontalidad y autonomía en los procesos de coordinación de los colectivos juveniles (ver Figura 8).

La distinción entre viejos y nuevos paradigmas abrió la posibilidad de pensar las características de ambos modelos militantes con que se comprometían las personas más jóvenes. Krauskopf (1998) y Balardini (2005) retomaron esta tipología para sus propios trabajos sobre la participación política juvenil, enfatizando los cambios propiciados por los procesos de globalización neoliberal. En otras palabras, se incorporaban al análisis de las militancias los impactos de la globalización neoliberal en la juventud —en coincidencia con Serna (1998)—, incluyendo la precarización del empleo, los altos índices de desempleo y la exclusión del sistema educativo.

A partir de las tramas establecidas entre militancias juveniles y su relación directa con los contextos latinoamericanos, Balardini (2005) haría énfasis en explicar la transición de las militancias hacia la participación. La primera podría ser entendida desde una lógica más jerárquica, disciplinada, vertical, cerrada y asociada al sacrificio, en donde se planteaban antagonismos radicalmente desde la lógica amigo/enemigo, y la segunda, entendida como una participación en ámbitos y organizaciones informales o no tradicionales, con una fuerte carga ética, estética, en aspectos lúdicos y centrada en aspectos expresivos-comunicativos que hablaban de una innovadora cultura juvenil en el campo de la política.

Desde esta perspectiva, las generaciones más jóvenes se alejan de una visión tradicional de “militancia”, de la imagen del militante sufrido, con cargas y responsabilidades que no dan cabida a aspectos lúdicos. Cabe mencionar que el uso de este modelo explicativo no pretendía sobreestimar, ni subestimar, el trabajo de una u otra

forma organizativo, sino de reconocer los cambios en las prácticas a través de las cuales las personas jóvenes se posicionan como actores sociales y políticos.

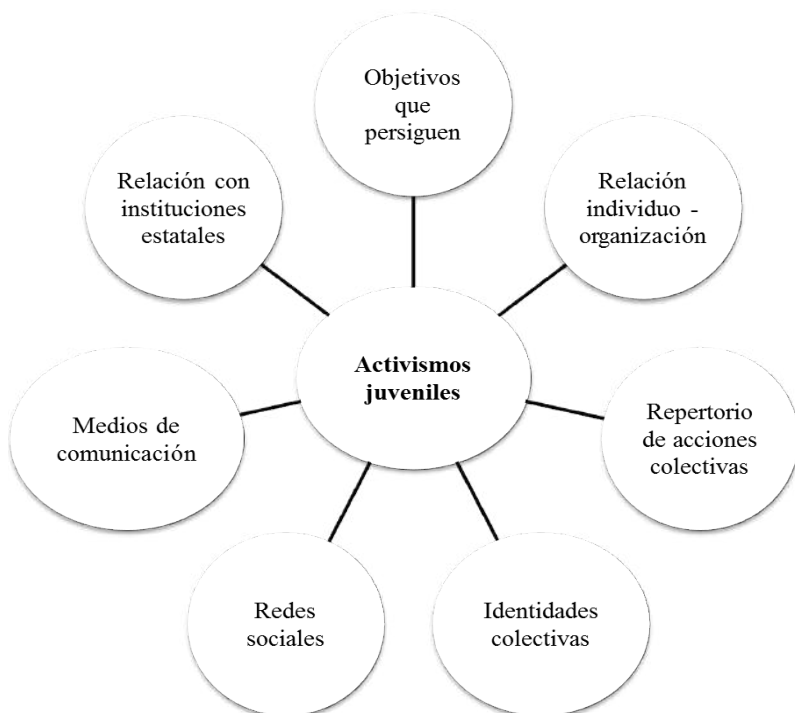
Acorde a los trabajos anteriores, para Zárzuri (2005), en las manifestaciones culturales y políticas que han irrumpido en la sociedad se vislumbra un sujeto plural que no puede definirse unívocamente. En un intento de agrupar o caracterizar dichas manifestaciones para su análisis, refiere la existencia de tres grupos, entre los cuales las fronteras no son cerradas, debido a que existe una tendencia a la multimilitancia o al multiactivismo: el primero estaría compuesto por diversos colectivos urbanos culturales (sociales y políticos), que muchas veces transitan a contrapelo del sistema dominante, pero no necesariamente en contraposición (a veces pueden dialogar con la institucionalidad o recibir financiamiento); en segundo lugar se encontrarían los colectivos políticos autónomos, que tienen como objetivo la generación de nuevas formas de hacer política conscientemente; y en tercer lugar aquellas agrupaciones ligadas a la política tradicional con pretensiones partidistas.

En otro esfuerzo por conceptualizar la pluralidad de experiencias políticas juveniles, se encuentran las reflexiones de Rodríguez (2012) quien plantea la existencia de dos tipos de nuevos movimientos juveniles (que en algunos espacios coexisten). Por un lado, los alternativos, que instituyen otro tipo de prácticas y espacios alejados relativamente de las vías institucionales conocidas de *la política* e ingresan en la vida cotidiana, y, por otro lado, las organizaciones que se constituyen desde o en diálogo fluido con el Estado y encuentran en las políticas públicas de ciertos gobiernos latinoamericanos espacios fértiles de acción y desarrollo de sus propuestas.

En resumen, a partir de las diferentes investigaciones consultadas sobre la participación política juvenil, la ciudadanía juvenil y los movimientos (sociales) juveniles en América Latina, es posible sostener que existen una serie de desplazamientos empíricos y conceptuales. La Figura 9 sintetiza las principales dimensiones explicativas utilizadas en diferentes investigaciones para el estudio de la

participación juvenil o los activismos juveniles, las cuales consideramos que deben ser tomadas en cuenta como punto de partida para la investigación en campo con jóvenes activistas.

FIGURA 9. DIMENSIONES PARA EL ANÁLISIS DEL ACTIVISMO JUVENIL



Fuente: Elaboración propia.

JÓVENES EN MOVIMIENTO(S)

En América Latina existe un particular y renovado interés en el estudio de los movimientos estudiantiles. Una de las principales razones es el surgimiento de diferentes movilizaciones en lo que va del siglo XXI, entre las que se encuentran: las experiencias de estudiantes secundarios en

Argentina, la Mesa Amplia Nacional Estudiantil (MANE) en Colombia, el caso de los estudiantes secundarios (denominados Pingüinos) y universitarios en Chile, el movimiento #Yosoy132 en México y el movimiento #Ocupaescuelas en Brasil. Como ha sucedido en la historia de los movimientos estudiantiles, más allá de sus características particulares es posible identificar algunas semejanzas entre estos.

En Chile, entre los años 2006 y 2012 los estudiantes exigieron una transformación de fondo en la educación. En 2006, los estudiantes secundarios protagonizaron la denominada Revolución de los Pingüinos, en la que demandaban la modificación de la Ley Orgánica Constitucional de Enseñanza (LOCE), la gratuidad en el transporte y en la Prueba de Selección Universitaria y la derogación de la Jornada Escolar Completa. En 2010 y 2011, las movilizaciones fueron impulsadas por los estudiantes universitarios cuyos reclamos incluían la gratuidad en el transporte y los ingresos a la universidad, así como también plantearon un fuerte cuestionamiento a la reforma educativa chilena y a los fundamentos del sistema escolar en este país (Rivera, 2015; Vommaro, 2013, 2015).

En poco tiempo, lo que comenzó como una manifestación meramente estudiantil se convirtió en un movimiento social de mayor alcance. Dejaron de ser los estudiantes quienes convocaron a las manifestaciones, articulándose en una red social con distintas organizaciones, como fue el caso de la Central Unitaria de Trabajadores en Chile (CUT), trabajadores de la educación, de la salud y una gran cantidad de gremios. Las demandas fueron extendiéndose hasta convertirse en motivo de acontecimientos sociales, políticos y culturales que impactaron en la sociedad chilena en su conjunto (Rivera, 2015; Vommaro, 2013, 2015).

A mediados de 2011, en Colombia nació la Mesa Amplia Nacional Estudiantil (MANE) con la convocatoria a un paro nacional estudiantil en rechazo a la política educativa llevada adelante por el gobierno. El detonador del conflicto fue el intento de reforma de la

denominada Ley 30,²⁷ que rige la educación superior de Colombia desde 1992. Los cambios que se pretendían hacer en la legislación buscaban profundizar la privatización y la mercantilización de la educación superior en ese país (Vommaro, 2013).

Como en el caso chileno, en 2011 la MANE emprendió un movimiento con el objetivo de construir un modelo alternativo de educación, cuyo criterio central no fuera la capacidad de pago de los colombianos, sino la universalidad, la calidad y la gratuidad en la educación superior. El movimiento sostiene la necesidad de “construir una educación como un derecho fundamental y no como una mercancía” y de lograr “una ley alternativa de educación superior que sea democrática y cualificada, además de concertada con todos los sectores democráticos del país”.²⁸

En otro capítulo de las luchas estudiantiles, entre marzo y abril de 2016, ochenta escuelas secundarias aproximadamente, en Río de Janeiro, Brasil, fueron ocupadas. Las ocupaciones, entendidas como parte de un repertorio de acciones colectivas, no son nuevas en el contexto carioca, pero anteriormente se restringían a las ocupaciones conocidas como *squats*.²⁹ A mediados de 2016, la ocupación de escuelas se extendió como una serie de protestas coordinadas por estudiantes de secundaria en las que exigían una educación pública de calidad. La invitación a la acción colectiva fue expresada mediante *hashtags* en las

²⁷ La Ley 30 de diciembre 28 de 1992, en Colombia, reglamentaba el servicio público de la educación superior. Su contenido está disponible en http://www.mineducacion.gov.co/1621/articles-85860_archivo_pdf.pdf, consultado el 1 de octubre de 2016.

²⁸ “Declaración política del primer comité de impulso del encuentro nacional de estudiantes de educación superior”. Disponible en <http://manecolombia.blogspot.com.ar>

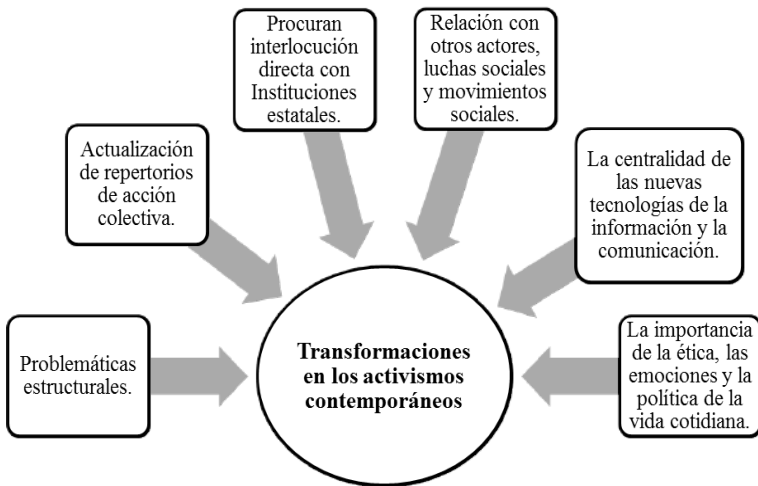
²⁹ Aunque las ocupaciones no son nuevas en el contexto carioca, anteriormente estas se restringían a los *squats*, asociados en Brasil a las ocupaciones para vivienda efectuadas por diferentes movimientos sociales. En términos de repertorios de protesta, las ocupaciones se relacionan frecuentemente con las tradiciones anarquistas y anarcosindicalistas de acción directa, así como los movimientos cívicos en ocupaciones de oficinas públicas o casas-habitación por parte de movimientos de inquilinos.

diferentes redes sociales (por ejemplo #Ocupaescuela y #Ocupatudo), donde cada escuela se identificó con un *hashtag* propio (por ejemplo, #Ocupaiepic, #Ocupamendes) (Gomes y Gómez-Abarca, 2018).

Más allá de sus diferencias, todos estos movimientos colocaron en el centro de sus demandas la calidad de la educación, cuestionando el carácter excluyente y la creciente mercantilización de esta. Con logros parciales con respecto a sus pliegos petitorios, sus alcances tienen que leerse en una perspectiva más amplia. Lo que es un hecho es que la resonancia que han tenido en diferentes geografías ha evidenciado los problemas de los diferentes modelos educativos de la región.

Asimismo, a través de estas diferentes experiencias se observa la actualización de los repertorios de acciones colectivas, la interlocución directa que se busca con el Estado, el importante papel que se asigna a las nuevas tecnologías y el fuerte componente ético. En suma, la actualización de las militancias contemporáneas, en general, y de las militancias estudiantiles en particular (ver Figura 10).

FIGURA 10. TRANSFORMACIONES EN LOS ACTIVISMOS CONTEMPORÁNEOS



Fuente: Elaboración propia con base en: Cubides (2016), Jasper (2014), Reguillo (2015) y Vommaro (2013, 2015).

De manera paralela a los movimientos estudiantiles que han surgido en América Latina en las últimas dos décadas, hemos presenciado un conjunto de movilizaciones en diferentes regiones del mundo, entre los que podemos recordar: aquellos que propiciaron la caída de distintos gobiernos en África del Norte, múltiples colectivos que se agrupan bajo la denominación de Indignados en Europa (en España, sobre todo) y Estados Unidos, y las jornadas de junio que llenaron las calles de Brasil en 2013. Algunos analistas las consideran, en conjunto, como la apertura de un nuevo ciclo global de protestas.³⁰ Más allá de lo discutible que resulte esta aseveración, las articulaciones existentes entre estas movilizaciones han reanimado reflexiones y debates en diferentes ámbitos.

Las semejanzas entre los actores, las demandas, las acciones y las formas organizativas orientan el trabajo de diferentes investigadores de movimientos sociales. El carácter “democratizador”, el amplio componente juvenil en las protestas y el uso estratégico de los medios de comunicación, entre otras características, son algunas de las aristas analizadas. En este sentido, cobra importancia la idea de Vommaro (2015) sobre la relevancia del análisis de la participación política juvenil para comprender las características, las dinámicas y los sentidos de los movimientos sociales y las formas de producción política contemporáneas.

Desde esta óptica, la participación política juvenil se sitúa, y debe comprenderse, como parte de movimientos más amplios, lo que representa un desplazamiento conceptual importante. Es deseable dejar de pensar de manera aislada en cómo los grupos juveniles actúan al margen de los espacios producidos por y para los adultos, y concebir la participación política juvenil como un elemento relacional y transversal en las diferentes luchas populares y los movimientos sociales de la región, tales como las luchas en defensa del territorio, los movimientos urbanos, estudiantiles, ecologistas, feministas y los medios de comunicación independientes.

³⁰ Ver, por ejemplo, Soares (2012).

Las investigaciones realizadas por el Grupo de Pesquisa de Movimientos Sociais y Teoría Social sobre las protestas de Junio (Jornadas de Junho) en el año 2013 en Brasil, mientras la Copa Confederaciones de fútbol se realizaba en ese país, dan cuenta de la transversalidad del componente juvenil en las protestas. En 2013, la importancia de los activismos juveniles se hizo patente en diferentes organizaciones vinculadas a los movimientos sociales, tales como el Movimiento Pase Libre, la Marcha Mundial de las Mujeres, Mediactivistas, el Comité contra la Copa Mundial y las Olimpiadas, la Juventud Partidaria y los Grupos de Abogados Populares.³¹

Otra propuesta que deja ver el carácter relacional, intergeneracional o intercontextual aparece en el libro *Generaciones en movimientos y movimientos generacionales. Escribanías hechas a varias manos, varios pasos y co-razones* (Botero et al., 2020), obra en la que se analizan luchas intersectoriales, multiformes, plurales, intergeneracionales e intergenéricas que se despliegan a través de colectivos y movimientos sociales en América Latina. Los textos compilados son producto de ejercicios de escritura que pretenden desjerarquizar el conocimiento producido desde la academia, ofreciendo interpretaciones y co-teorizaciones colectivas en las que se aprecia la diversidad étnica, racial, sexual, territorial y etaria de América Latina, y al mismo tiempo las dimensiones estética, política, filmográfica y académica de las luchas sociales del continente.

En suma, el análisis del compromiso social y político juvenil en el marco de colectivos y movimientos sociales exige tener una mira más amplia. Tal es el espíritu que ha orientado las reflexiones de este trabajo, toda vez que entre 2012 y 2016 se presentó un escenario movimientista en México que permitió visibilizar la importancia de las nuevas generaciones en el plano político.³² Particularmente, 2012-2014

³¹ Esta información fue obtenida en mi participación en el Grupo de Pesquisa de Movimientos Sociais y Teoría Social de la Universidade do Estado de Rio de Janeiro, en una estancia doctoral que realicé entre marzo y junio de 2016.

³² Ver, por ejemplo, Cadena-Roa (2016) y Holguín (2016).

representó un periodo de intensas movilizaciones sociales que marcaron de algún modo la trayectoria que tendría el gobierno federal en turno, en un contexto caracterizado por un creciente hartazgo de la sociedad por el PRI.

JÓVENES, ACCIÓN COLECTIVA Y MOVIMIENTOS

En definitiva, con base en el balance realizado sobre el estudio de la participación de jóvenes en diferentes tipos de acción colectiva y movimientos sociales en México y América Latina, y tomando en cuenta los principales desplazamientos conceptuales recorridos por diferentes analistas, es posible sostener la importancia de visibilizar y comprender la participación juvenil sin soslayar la diversidad de actores políticos, de acciones colectivas, de demandas, de idearios políticos, de espacios de actuación y de formas de interlocución con otros actores sociales.

A diferencia de otras tradiciones académicas, como la estadounidense, los trabajos en América Latina han sido principalmente de corte cualitativo y han hecho énfasis en la capacidad de las personas jóvenes para establecer rupturas mediante su participación y para propiciar situaciones de conflicto en las que cuestionan el orden establecido. En este sentido, se ha revelado la falta de sincronía entre las instituciones dispuestas para la participación política, por un lado, y las formas emergentes de participación juvenil, por el otro, lo que ha permitido cuestionar las perspectivas normativas de la ciudadanía liberal y sus límites para considerar la incorporación de formas sustanciales y emergentes de participación.

No extraña el carácter “rupturista” de las investigaciones sobre participación juvenil en América Latina si consideramos el entronque conceptual con las teorías de los movimientos sociales, particularmente con enfoques provenientes del marxismo y con los nuevos movimientos sociales. Por otro lado, la asociación de amplios sectores juveniles con el surgimiento y desarrollo de los recientes ciclos de protestas ha estimulado las discusiones sobre el papel de las personas

jóvenes en la constitución de los movimientos sociales o su participación en ellos. En este trabajo he buscado ofrecer conocimiento que pueda contribuir a este ámbito de reflexión en el que convergen estos campos de estudio.

La noción de movimientos juveniles quizá sea la que con más claridad expresa la preocupación de diferentes analistas por pensar el activismo juvenil como parte de un conjunto plural de acciones y procesos políticos más amplios. No obstante, considero que el carácter genérico de esta noción no ofrece muchas ventajas analíticas. Se buscó, en cambio, dialogar con algunas de las teorías de los movimientos sociales desarrolladas en las últimas décadas y tomar prestadas una serie de herramientas analíticas.

Los movimientos sociales se convirtieron en un objeto de estudio de las instituciones académicas en la década de los sesenta del siglo XX. Desde entonces, varias teorías y paradigmas han abordado el tema desde diferentes perspectivas. Las teorías europeas y la estadounidense se han colocado como dos referentes importantes que han orientado buena parte de estos estudios. Entre las perspectivas con mayor desarrollo se encuentran aquellas que recuperan abordajes marxistas, la referida a los nuevos movimientos sociales, las teorías de movilización de recursos y de la movilización política, y el enfoque de las estructuras de oportunidades políticas (Combes, Tamayo y Voegtli, 2015; Gohn y Bringel, 2012), y más recientemente, trabajos centrados en las dimensiones simbólicas y las emociones, así como en el análisis de eventos de protesta, han ganado centralidad (Oliver, Cadena-Roa y Straw, 2003).

En América Latina las perspectivas que han tenido mayor aceptación entre los estudiosos de los movimientos sociales son las que recuperan los aportes del marxismo y las teorías de los nuevos movimientos sociales (Favela-Gavía, 2005; Goirand, 2015).³³ El análisis

³³ El análisis que Favela-Gavía realizó sobre el caso mexicano es ilustrativo de cómo la noción de movimientos sociales ha servido para designar una serie de acciones colectivas, especialmente provenientes de los sectores populares, y las principales dificultades teóricas y metodológicas relacionadas con este campo de estudios (2005).

de los actores sociales y sus prácticas ha sido un tema fundamental en la sociología mexicana desde la década de los setenta por el influjo del marxismo. Es decir, se consideraban los movimientos como una mera respuesta a las contradicciones estructurales o bien como parte de la esencia de los actores sociales. Los indígenas, los campesinos y los colonos serían los grupos más estudiados, seguidos de los ciudadanos y las mujeres, siendo los obreros, los estudiantes y los ecologistas los menos analizados. La sectorización en los análisis parece ser desde entonces un sesgo en este campo de estudios (Favela-Gavia, 2005).

Explica Favela-Gavia que la orientación de estas prácticas fue establecida bajo la dicotomía revolución/reformismo. No obstante, en la década de los ochenta existió un punto de inflexión en el estudio de los movimientos sociales en México, pues comenzaron a ser estudiados de manera sistemática con cada vez más referencias a Alain Touraine y Alberto Melucci, a la vez que la preocupación por el cambio social radical continuó siendo central hasta el retorno de los regímenes representativos. Más tarde, en los años noventa, la bibliografía estaría marcada fuertemente por objetivos históricos y “genéticos”, por falta de precisión teórica, sin diálogo con tradiciones anglosajonas, y se caracterizaría por un reduccionismo objetivista y la invisibilización de la cultura (Favela-Gavia, 2005).

Asimismo, la noción de movimientos populares parece tener una importancia particular en América Latina. Esta permitía incluir una serie de actores políticos que hacían política “desde abajo”: clases medias, campesinos, habitantes de barrios pobres. La amplitud de esta definición permitía ir más allá de la noción de pueblo o proletariado asociada a la de las clases y la lucha de clases en su acepción marxista; al mismo tiempo posibilitó incluir una heterogeneidad de demandas en torno a cuestiones de la vida cotidiana, servicios públicos y derechos sociales (Goirand, 2015).

A pesar de estos desplazamientos teóricos en la segunda mitad del siglo XX, han existido tendencias en América Latina que limitaron la construcción de un campo de estudios propio con diálogo directo con

otras tradiciones. Para el caso mexicano, Favela-Gavia argumenta que esto ha sido un problema vinculado con el desarrollo de la sociología en este país, pues en el deseo de coadyuvar al desarrollo nacional de los investigadores, “los sociólogos muchas veces se dedicaron a justificar o a criticar al régimen, convirtiendo la enunciación de juicios sobre éste en su principal tarea” (Favela-Gavia, 2005:150) y pocas veces a debatir sobre cuestiones epistémicas y metodológicas.

Así, el campo de los movimientos sociales no estuvo exento de estas tendencias que se expresan en la sociología mexicana. A partir de la revisión de la bibliografía sobre el tema en la década de los noventa, Favela-Gavia concluye que, en vez de consolidar un conjunto de saberes propios, se impulsó el análisis social que venían haciendo los europeos, con una tendencia a la interpretación cualitativa, y no existió la preocupación de emprender desarrollos teóricos surgidos de investigaciones comparativas o de estudios de caso, siendo una práctica común los trabajos que no estaban desarrollados con una perspectiva teórica clara o con un carácter meramente descriptivo (2005).

Entre las décadas de los setenta y noventa, diversos factores propiciaron nuevas formas de pensar el vínculo entre sociedad y Estado en América Latina. Conviene destacar el papel que desempeñaron las Iglesias católicas en factores como: la estructuración de una oposición a regímenes autoritarios y la formación y politización de jóvenes en las organizaciones locales de los movimientos sociales, la emergencia de nuevas y heterogéneas formas de organización³⁴ que propiciaron que asociaciones y organizaciones no gubernamentales se transformaran en canales importantes de participación social y política para clases medias y populares, y la multiplicidad de microorganizaciones con fuertes dimensiones territoriales y sociales de luchas populares (Goirand, 2015).

Dicho de otro modo, en los últimos años se atestigua con la emergencia de movimientos sociales la pluralidad de los actores políticos

³⁴ Asociadas al auge de un liberalismo progresivo, el desgaste de ideologías y grupos revolucionarios y el desmantelamiento del corporativismo.

contemporáneos (Arditi, 2005). El dinamismo de este campo político se refleja, entre otros elementos, a través de factores como: la emergencia de un activismo internacional y transnacional multiescalar, una renovación de actores sociales que se diferencian de generaciones de militantes de décadas previas, la extensión del campo participativo institucional y de una “paradoja democrática”, cambios significativos en el escenario internacional y regional, y una creciente tendencia a la articulación de críticas al eurocentrismo y “occidentocentrismo”. En América Latina se reconstruyeron teorías poscoloniales, se recuperó la teoría de la movilización política, y el debate ha sido alimentado por una diversidad de pensamientos tales como la crítica feminista, los estudios poscoloniales, la pedagogía freiriana y la tradición ensayística latinoamericana (Gohn y Bringel, 2012).

En resumen, no existe una sola teoría o agenda sobre movimientos sociales como objeto de estudio desde las ciencias sociales, sino múltiples posibilidades analíticas. Esto ha conducido a un eclecticismo en las interpretaciones contemporáneas, que optan por incluir diversos focos de análisis —culturalistas, materialistas, poscoloniales, institucionales, etcétera— provenientes de diferentes paradigmas. Como en otros campos de las ciencias sociales, existe el reto de unificar analíticamente falsos dilemas que atraviesan la historia de esta disciplina: cuantitativo/cualitativo, estructural/constructorista, macro/micro, entre otras.

Cadena-Roa (2016), por ejemplo, asumiendo que las condiciones estructurales no bastan para explicar acciones colectivas vinculadas a movimientos sociales o la relación entre el potencial de las protestas y las protestas registradas, señala que se requiere una teoría de movilización que explique cómo y cuándo ese potencial logra traducirse en protestas. Para ello, es necesario echar mano de diferentes perspectivas que enfoquen las organizaciones y los recursos necesarios para remontar los obstáculos a la acción colectiva, las condiciones del entorno sociopolítico relevante y las oportunidades y amenazas que facilitan o inhiben la movilización, así como también los procesos de diagnóstico de la situación y las prescripciones a las que se llega colectivamente.

En resumen, considerando los desarrollos contemporáneos en torno a la participación juvenil y los movimientos sociales, en la propuesta analítica de este trabajo se procura la integración de contribuciones de ambos campos. Desde una perspectiva cercana a la sociología y la antropología política, enfocada en el sujeto, se pretende reconocer el papel del activismo juvenil en diferentes acciones colectivas y movimientos sociales, prestando especial atención a las construcciones simbólicas, sin descuidar el papel de otros actores y factores que incentivan o desincentivan las acciones colectivas.

Con estas premisas en mente, se registraron entre 2012 y 2016 dos fenómenos que permitieron definir con mayor claridad el horizonte de esta investigación. Por un lado, un conjunto de movilizaciones con resonancia nacional e internacional acontecidas durante el periodo denominado recientemente por el Frente por la Libertad de Expresión y Protesta Social (Fleps), “el sexenio de las resistencias” —el del peñismo, 2012-2018—, (Fleps, 2018), en el que colectivos estudiantiles tuvieron cierto protagonismo, y, por otro, la emergencia de una red de colectivos juveniles caracterizados por un fuerte anclaje urbano y ciudadano. Las y los jóvenes, en edades entre los 15 y 30 años, que colaboraron en este trabajo formaban parte de algún colectivo en el periodo 2012-2016 en San Cristóbal.

Capítulo 3

Juventud y política. Una lectura de la acción colectiva en clave generacional

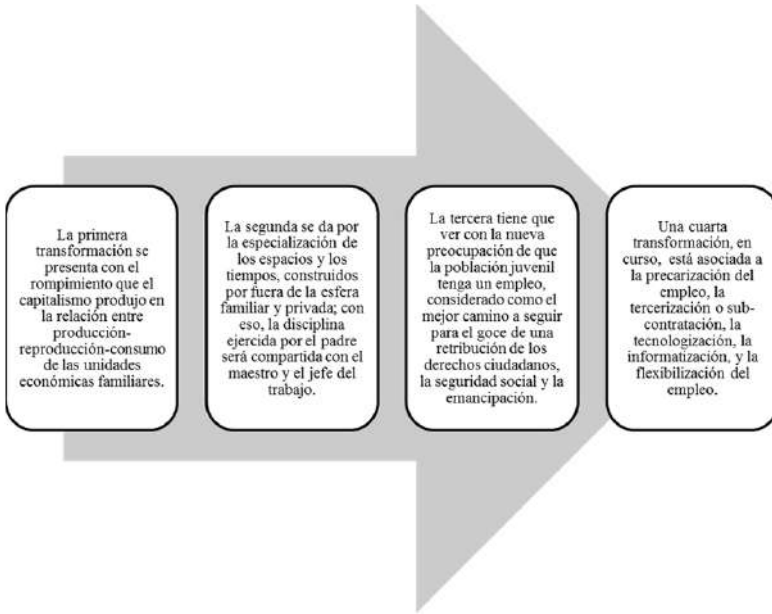
JUVENTUD: UN CONCEPTO EN DISPUTA

La aproximación analítica a fenómenos en los que la juventud desempeña un papel preponderante obliga a reconocer, en principio, el modelo de juventud al que nos referimos cotidianamente bajo coordenadas históricas determinadas. Pérez-Islas (2009) sitúa, en este sentido, el carácter fundacional que tuvo la transición del feudalismo al capitalismo para la construcción social de un modelo de juventud moderno, propiciando las condiciones mínimas a través de cambios ocurridos en tres instituciones: la escuela, el empleo y la familia (ver Figura II).

Desde esta perspectiva, la construcción de la condición juvenil en México puede situarse a partir del acceso a la educación a finales del siglo XIX y comienzos del XX, y posteriormente esta sería fortalecida con los cambios en los mercados laborales a partir de la segunda mitad del siglo XX (Pérez-Islas, 2010). En este proceso fueron también importantes: el impulso del proyecto liberal y la Reforma, fenómenos que consideraban fundamental la educación del pueblo, sobre todo la de su juventud; el estatuto jurídico de los “menores de edad” en el Código Civil, que declaró sujetos de tutela a los menores de 21 años, y la reforma del Código de 1883, en el que el Estado explicitó su interés por la educación de las personas jóvenes en profesiones liberales y su participación en el trabajo, concediéndoles su emancipación entre los 18 y 20 años de edad (Urteaga, 2011).³⁵

³⁵ Como parte de la delimitación del comportamiento del nuevo sujeto, los legisladores definieron el comienzo de la pubertad a los 14 años para los hombres y a los 12 para las mujeres, y el final alrededor de los 21 años; la ciudadanía fue otorgada a los 21 años, y a los 18 a quienes contrajeran matrimonio, tanto a hombres como a mujeres, aunque a estas últimas se les restringió el voto (Urteaga, 2011).

FIGURA II. TRANSFORMACIONES QUE INFLUYERON
EN EL MODELO DE JUVENTUD MODERNO



Fuente: Elaboración propia con base en Pérez-Islas (2009).

De particular relevancia fue el hecho de que, durante el porfiriato, los sistemas jurídico y educativo, en su carácter nacional, fortalecieron el proyecto liberal al convertirse en aparatos ideológicos que buscaron imponerse al conjunto de la sociedad. Entrado el siglo XX, Justo Sierra sería uno de los impulsores de la educación positivista, considerada como piedra angular del cambio en la mentalidad mexicana. Desde 1921 hasta 1925 se debatió la extensión de los periodos educativos, bajo la premisa de que estos representaban la base para la incorporación del joven en el mundo adulto, lo que dio como resultado la creación del “ciclo secundario” en la Escuela Nacional Preparatoria (Urteaga, 2011).

De esta manera, la condición juvenil se fundó sobre la condición de estudiante en el seno de las familias burguesas y clases acomodadas, donde fue posible apostar por un periodo largo de transición entre la infancia y la vida adulta. La noción de juventud, se ha definido, en este sentido, como un periodo en el que se esperaba la adquisición de “capitales” entre las personas para cumplir con ciertos ritos de paso: el paso al mundo adulto se daba para los varones con la entrada al mundo del trabajo y la obtención de una posición socioeconómica, y, para ambos sexos, con el matrimonio (Urteaga, 2011).

Asociada a esta idea de juventud atravesada por referentes socio-culturales que definen los ritos de paso se encuentra la noción de “ciclo vital”, como una etapa intermedia entre la niñez y la vida adulta. Desde la sociología del ciclo vital se consideraron cuatro etapas de desarrollo: la infancia, la juventud, la vida adulta y la vejez. A estas, posteriormente, se incorporaron algunas divisiones intermedias. Los estadios de las personas y el ciclo de la reproducción familiar, vinculados a la psicología evolutiva y la sociología de la familia, respectivamente, fueron los principales referentes disciplinares de esta perspectiva (Casal, Merino y García, 2011).

En un sentido general, desde la sociología del ciclo vital se ha analizado cómo los eventos históricos, los cambios económicos y los cambios demográficos, sociales y culturales configuran las vidas individuales, así como también los agregados, denominados cohortes o generaciones. Según el estado del arte realizado exhaustivamente por Blanco (2011), este enfoque se consolidó en Estados Unidos en la década de los setenta, y desde la década de los noventa se incorporó a los análisis realizados en América Latina.

Los procesos sociales que las personas jóvenes experimentan, considerando diferentes cohortes sociodemográficas, son pensados en el marco de su transición hacia el mundo adulto. Desde el punto de vista metodológico se apuesta por un enfoque biográfico y longitudinal; desde el punto de vista teórico, se vincula a la tesis de la segmentación sobre el mercado de trabajo, entroncado con las

transiciones laboral y familiar, sobre todo en la perspectiva de los itinerarios de transición y las trayectorias sociales (Casal, Merino y García, 2011:1150).

La transición se entendería, en esta línea argumentativa, como un “conjunto de procesos biográficos de socialización que, de forma interrelacionada, intervienen en la vida de las personas desde la pubertad y que proyectan al joven hacia las emancipaciones de tipo profesional y familiar, como también a la adquisición de posiciones sociales” (Casal, Merino y García, 2011:1154). Ambas transiciones —la profesional y la familiar— son complejas por definición y exponen una determinación de la política sobre lo social, en el ámbito profesional, por ejemplo, está fuertemente vinculado a las condiciones históricas de pleno empleo o desempleo (2011:1150).

Quienes impulsan este enfoque sostienen que con el estudio de las transiciones es posible analizar la diferenciación interna de la población juvenil evitando inferencias de tipo globalizante o esencializante, y, al mismo tiempo, conseguir un tratamiento temporal, histórico e incluso biográfico del “ser joven”. La juventud se entiende, así, como un tramo dentro de la biografía de una persona que va desde la emergencia de la pubertad hasta la adquisición de la emancipación familiar plena, y desde la salida del sistema escolar hasta la inserción laboral (Casal, Masjoan y Planas, 1998; Casal, Merino y García, 2011). La transición hacia el mundo adulto se vincula fuertemente al proceso social de “autonomía económica” y de “emancipación familiar plena” que tiene lugar en un determinado tramo biográfico (“la edad en que se es joven”).

Los procesos de transición son considerados como desiguales, evitando pensar en procesos unidireccionales. De ahí que el elemento biográfico es un componente esencial para conocer estos múltiples itinerarios juveniles (Casal, Masjoan y Planas, 1998). En esta perspectiva es central prestar atención a los momentos cumbres que definen el comienzo, el proceso y el final de estas transiciones, tales como: el paso de la escuela primaria a la secundaria o a la no escuela,

el paso de la escuela a la búsqueda de empleo, la inserción laboral y la adquisición del estatus de libertad familiar, entre otros.³⁶

Desde esta perspectiva, la sociología de la juventud permitiría identificar los itinerarios que describen a las personas jóvenes, en los diferentes procesos de emancipación, junto con las probabilidades de éxito o fracaso social. Dos nociones cobran relevancia en estos procesos: el itinerario, entendido como un camino realizado, y la trayectoria, entendida como un futuro anunciado (Casal, Merino y García, 2011). Uno de los mayores intereses entre los estudiosos de las transiciones al mundo adulto radica en explicar por qué las formas de transición “típicas” han ido modificándose y ya no son las únicas, lo que ha dado lugar a nuevas formas de transición. En estos cambios destaca la centralidad que ocupa la crisis del trabajo de las últimas décadas, que a su vez propicia la segmentación de las trayectorias juveniles y las consecuentes percepciones de inseguridad, fracaso, desconfianza y desinterés entre las realidades juveniles (Bermúdez-Lobera, 2010; Echarri y Pérez, 2007).

FIGURA 12. PARÁMETROS IMPORTANTES EN LOS PROCESOS DE TRANSICIÓN A LA ADULTEZ

- El análisis de las fases de la transición.
- La identificación de estructuras económicas y sociales que influyen en esta transición.
- El reconocimiento de las desigualdades propiciadas a partir del territorio.
- Las expectativas sociales y los choques con la realidad concreta.
- La identificación de espacios en donde se desarrollan las transiciones (escuela, casa, trabajo, etcétera).

³⁶ La adscripción (como resultado de la socialización), el enclasmamiento (resultado de la estratificación social) y la emancipación plena (como la disposición de un domicilio propio) son algunos elementos conceptuales importantes (Casal, Merino y García, 2011).

- La recuperación de la dimensión biográfica y de los aspectos transicionales permiten recuperar elementos diacrónicos y dinámicos.
- Las condicionantes sociales que concurren en las fases de transición ofrecen luz sobre la diferenciación social entre quienes son jóvenes.
- El meollo de la cuestión juvenil debe buscarse en los procesos y trayectorias de transición, lo que puede dar orientación a las políticas de juventud.

Fuente: Casal, Masjoan y Planas (1998).

Por otra parte, uno de los enfoques más desarrollados en México es el que ha abrevado de corrientes sociohistóricas y culturales. En el siglo XX, el crecimiento urbano acelerado, la masificación de la educación escolarizada, la industrialización y los nuevos medios de comunicación y transporte transformarían los espacios de encuentro y socialización de la juventud, propiciando que emergieran “nuevos espacios cargados de sentido para los jóvenes, quienes irrumpirán en el espacio público con una gran cantidad de propuestas y estilos” (Valenzuela Arce, 2010:328). Sobre la socialización de las personas jóvenes en los espacios urbanos se concentrarían una buena parte de los “estudios de juventud”.

Desde esta óptica, se analizó la coexistencia de “modelos” juveniles institucionales vinculados al modelo hegemónico de juventud ya descrito y, simultáneamente, a las juventudes “disidentes”. Entre los primeras encontramos la imagen del estudiantado, caracterizado por la obediencia, la disciplina y el sometimiento, factores considerados como la esperanza del futuro por estar asociados a la transición lineal hacia el mundo adulto; por otra parte, entre los segundos sobresalen los “pachucos”, los “olvidados” y las “palomillas” (Valenzuela Arce, 2010).

Estos estudios dieron cuenta de cómo las personas jóvenes se posicionaron como protagonistas en el espacio público, por ejemplo:

en la década de los sesenta, cuando se revelaba la figura de los jóvenes estudiantes de izquierda, onderos y jipitecas, vinculados a ideas libertarias, revolucionarias y la transformación interior; en la década de los ochenta, con la aparición de las bandas juveniles que ofrecían un fuerte sentido de pertenencia y territorialidad en las colonias marginadas de las grandes ciudades, y en la década de los noventa, con la emergencia de las culturas juveniles, en las que las identidades individuales y colectivas giraban principalmente en torno a las producciones culturales (Marcial, 2010; Reguillo, 2000; Urteaga, 2010, 2011).

De esta suerte, desde una perspectiva sociocultural se pretendía conocer al nuevo sujeto en la escena pública, en espacios alternativos a los tradicionales, y visibilizar cómo la juventud se volvía protagonista de cambio, principalmente a través de sus producciones y subjetividades vinculadas a la contracultura. Se trataba de enfocar a un sector de la juventud inconforme con el mundo adulto y con una sociedad tecnocrática que reprimía la libertad y la creatividad (Rozak, [1969]1981), que se manifestaba a través de “una serie de movimientos y expresiones culturales, usualmente juveniles que rebasan, rechazan, se marginan, se enfrentan o trascienden la cultura institucional” (Agustín, 1996:129).

Este enfoque socioantropológico se sostiene en la asunción de una diversidad de experiencias que componen al sector juvenil de la población. Una pieza conceptual clave en estas reflexiones fue la noción de “juventud”, una palabra englobante de una diversidad de formas y significados que entraña ser joven en el terreno empírico, de forma similar a lo que ocurre con la edad o el sexo, criterios utilizados en distintas sociedades para la clasificación y jerarquización social, a través de las cuales se asigna socialmente un lugar a cada uno de sus miembros (Bourdieu, 1990).

“Juventud” se entiende como una palabra contenedora de significados que permite la delimitación de determinadas prácticas sociales, definidas históricamente en una constante confrontación entre

las personas más jóvenes y las de mayor edad, relación que no está exenta de medidas coercitivas, de normativas legales y de procesos de negociación (Valenzuela Arce, 2009). En este sentido, se entiende como “juventud” la conciencia sobre la naturaleza de caracteres que distinguen al joven del niño y del adulto, mientras que la noción de “joven” se refiere al sujeto joven empírico que experimenta su condición juvenil de maneras muy diversas, siempre en relación con un conjunto de variables estructurales y de categorías sociales como el género o el origen étnico, entre otras, que cambian de un espacio-tiempo a otro (Urteaga, 2011).

Los trabajos realizados desde esta perspectiva han tenido como horizonte abonar a la comprensión de la pluralidad de formas de experimentar la juventud a través de las diferentes *identidades y culturas juveniles*. Este último término se popularizó y permitió conocer muchas expresiones juveniles diversas, entendiéndolas como expresiones sociales juveniles, visibles a través de los estilos y localizadas fundamentalmente en el tiempo libre o en espacios intersticiales de las instituciones. A los colectivos juveniles se les consideraba como microsociedades juveniles con grados significativos de autonomía respecto a las instituciones adultas, que se configuraron históricamente en los países occidentales desde la Segunda Guerra Mundial, coincidiendo con grandes procesos de cambio social en los terrenos educativo, económico, laboral e ideológico (Feixa, 1999:84).

Feixa (1999) abonó a la perspectiva sociocultural, recuperando aportes importantes de la Escuela de Chicago³⁷ y de la Escuela de

³⁷ Se denomina así a un conjunto de trabajos en las ciencias sociales, particularmente en la sociología urbana, realizados por investigadores y estudiantes en un contexto posterior a la Primera Guerra Mundial, cuando la ciudad de Chicago recibía oleadas importantes de migrantes provenientes de Europa y de otros lugares pauperizados de Estados Unidos; muchos de ellos no sabían hablar inglés, por lo que se consideraba que erosionaban las formas tradicionales. Por otro lado, muchos de los hijos de estos grupos migrantes organizaban su vida en un lugar intersticial entre la sociedad estadounidense y la educación de sus padres, en las bandas juveniles (Urteaga, 2009, 2011).

Birmingham³⁸ para pensar los actuales agrupamientos y expresiones juveniles. Así, junto con las etnografías experimentales sobre grupos juveniles, que ya se venían desarrollando en México en torno a los “cholos” y los “chavos banda” en la década de los ochenta, la definición de Feixa fue incorporada para analizar los universos simbólicos juveniles o “espacios sociales juveniles” (Urteaga, 2010). La juventud, desde esta perspectiva, implica considerar a un actor juvenil protagonista de su vida que principalmente, desde el tiempo libre y el ocio, construye agrupaciones, estéticas, hablas, cuerpos, músicas, producciones culturales, formas agregativas o modos de estar juntos e *identidades individuales y colectivas*.

En el mismo sentido, Reguillo propuso entender las culturas juveniles como un conjunto heterogéneo de expresiones y prácticas socioculturales juveniles, de formas organizativas que, desde la década de los ochenta, se caracterizan por ser autogestivas, separadas de las formas de organización tradicional, y con una concepción social alejada del autoritarismo. Dicho de otra forma, formas organizacionales que, hacia el exterior, un orden que excluye, protegen, y hacia el interior funcionan como espacios de pertenencia y adscripción identitaria (Reguillo, 2000, 2010).

Los “grupos de pertenencia” e “identidades” fueron estudiados también, lo que marcó un camino importante para pensar las diferentes agrupaciones juveniles. Los procesos de construcción de las *identidades juveniles* fueron definidos por Valenzuela Arce como la conformación de “umbrales semantizados y simbolizados de adscripción y diferenciación que no se encuentran en ámbitos intersticiales entre la infancia y la adultez, sino que son adscripciones inscritas en sistemas

³⁸ Los estudios culturales de Birmingham dieron importancia al contexto y a la adquisición de los significados por parte de actores creativos, permitiendo visibilizar un lugar más activo de las personas en la construcción de la sociedad. Desde este centro, Dick Hebdige y el teórico cultural de nacionalidad jamaicana y británica Stuart Hall propusieron un nuevo modelo para estudiar grupos juveniles a través del término “subcultura”, entendida como una operación de resistencia juvenil de la clase trabajadora (Arce, 2008; Hebdige, 2004).

clasificatorios, en los que la edad posee un papel referencial” (Valenzuela Arce, 2010:341).

Estas identidades serían, en este sentido, representadas y hetero-representadas entre jóvenes y adultos, y mediadas por otras adscripciones identitarias de tipo estructural, medios de comunicación e industrias culturales. Las identidades pueden ser diferentes tipos: *proscritas*, entendidas como aquellas formas de identificación rechazadas por los sectores dominantes; *toleradas*, vinculadas a prácticas de los grupos tolerados que no incomodan a los guardianes de la integridad moral o ideología dominante, o *fomentadas*, las cuales son apoyadas y estimuladas por los grupos dominantes para legitimar y reproducir la misma lógica. Además, encontramos a los grupos *estigmatizados*, para quienes la fuerza del estigma conlleva la posibilidad de conformar procesos apropiados de identificación a pesar de que los grupos dominantes busquen evitarlo (Valenzuela Arce, 2009:42; ver también Giménez, 2005).

Otra noción que tuvo fuerte penetración en los medios masivos de comunicación fue la de *tribus urbanas*, particularmente en la primera década de este siglo. La paternidad del concepto suele atribuirse a Michel Maffesoli y a Costa Pérez Tornero y Tropea, siendo la definición del primero la más divulgada. Maffesoli propone, desde una mirada posmoderna, el regreso de las sociedades a un tribalismo posmoderno o neotribalismo, entendido como un fenómeno estrictamente cultural, centrado en lo espiritual, los sentimientos y la alegoría de la vida primitiva (Maffesoli, 2002:227).

Desde esta perspectiva, los grupos de jóvenes se reúnen por el placer de estar juntos, para experimentar la intensidad del momento y el goce del mundo, para tomar en serio las fantasías comunes, las experiencias oníricas y lúdicas (Maffesoli, 2002:227). La metáfora de “tribu” que ofrece Maffesoli busca explicar los procesos de “desindividualización” o pérdida de objetivos precisos que experimentan las sociedades posmodernas occidentales. Las “tribus urbanas” son muestra de la necesidad de una socialidad empática y emociones compartidas, lo cual expresa, en palabras del autor, la saturación de

las “identidades individuales” y una fuerte búsqueda por una socialidad comunitaria.

El éxito que este concepto ha obtenido en México se debe al eco que tiene entre aquellos amplios sectores que asocian a los diferentes estilos o identidades juveniles actos irracionales y anormalidades. En las críticas que se le hacen a Maffesoli se encuentra el papel estereotipante que tiende a considerar a las personas jóvenes como salvajes, atrasados, bárbaros, irracionales, desde una visión eurocéntrica a la que se recurre para explicar las sociedades “hispanas”, así como la incapacidad para reconocer, desde este punto de vista, los procesos socioestructurales (Valenzuela Arce, 2010).

Finalmente, otra de las nociones extendidas en el estudio de la condición juvenil es la *generación*, que es al mismo tiempo una perspectiva ampliamente discutida desde diferentes campos, entre los que se incluyen la crítica literaria, la psicología, el ámbito comunicacional y la sociología. En este trabajo ha sido de importancia recuperar los principales aportes sobre este tema provenientes de las ciencias sociales, y particularmente los desarrollados desde una perspectiva sociológica.

Por “generación” nos referimos básicamente a un conjunto de personas que, por pertenecer a cohortes de edad iguales o cercanas y, por lo tanto, haber nacido en el mismo periodo histórico, han recibido estímulos culturales y sociales que codeterminan, junto a otros componentes (como la clase, el género o los grupos), su personalidad, actitudes y hábitos de vida (Caballero y Baigorri, 2013:5). De ahí que la perspectiva generacional ha sido frecuentemente utilizada para comprender el comportamiento de las nuevas generaciones.

Los desarrollos iniciales del concepto se localizan en el siglo XIX, en la escuela positivista francesa de Auguste Comte, quien consideraba las generaciones como aquellas sucesiones generacionales de treinta años enmarcadas mecánicamente en un proceso de continuidad en el cual el progreso sería el resultado de dichos relevos (Comte, 1830-1842). Se trataba, entonces, de una definición de carácter biológico del proceso de evolución social. De esta concepción derivaron diversos

estudios con proyecciones estadísticas (Caballero y Baigorri, 2013, Leccardi y Feixa, 2011).

Un segundo referente en la construcción moderna de las generaciones proviene de Alemania, de la tradición histórico-romántica, en la que surgió una reivindicación del carácter discontinuo del devenir histórico. La sucesión mecánica y lineal de las generaciones que caracterizaba la teoría de Comte fue cuestionada, para colocar en el centro del análisis la calidad de los vínculos que unen a los miembros de una generación (Caballero y Baigorri, 2013; Leccardi y Feixa, 2011). Dilthey argumentó que las generaciones eran, más bien, un conjunto de individuos que han compartido las mismas experiencias en los años maleables de su existencia, experiencias definidas en función de hechos históricos compartidos ([1883]1978).

Los enfoques teóricos de Comte y Dilthey, desde el siglo XIX, establecieron bases para posteriores desarrollos analíticos, a pesar de que en sus trabajos no plantearon abiertamente el tema de las nuevas generaciones, de la juventud, como sí lo hicieron más tarde, en los albores del siglo XX, José Ortega y Gasset y Karl Mannheim (Caballero y Baigorri, 2013).

Para Ortega y Gasset, las transformaciones de orden material son consecuencias de ideas y preferencias, pero, al mismo tiempo, la ideología y la moralidad son resultado de cómo se siente la existencia, de la sensibilidad vital que varía en función de la época ([1923]1966). Por lo tanto, las variaciones en la sensibilidad vital se presentan bajo formas generacionales. “La generación, compromiso dinámico entre masa e individuo, es el concepto más importante de la historia, y por así decirlo, el soporte sobre la que ésta ejecuta sus movimientos” (Ortega y Gasset, [1923]1966:147).

Las sucesiones generacionales, en este sentido, son expresiones vitales de la evolución de un pueblo que se mueve para recibir lo vivido por la generación antecedente y para dejar fluir su propia espontaneidad. Cuando existe suficiente homogeneidad entre dos generaciones contiguas, se experimentan épocas acumulativas, mientras que cuando existen grandes diferencias se viven tiempos

de ruptura. Las épocas podrían estar dirigidas por los ancianos o bien podrían ser tiempos de jóvenes, edades de iniciación y beligerancia constructiva. Esta definición incluye cinco periodos de quince años: la niñez, la juventud, la iniciación, el predominio y la vejez (Ortega y Gasset, [1923]1966, [1933]1970).

Entre las principales críticas que se hicieron a esta propuesta se encuentra la determinación de quince años como medida cuantitativa de generación y la constancia que supone la sucesión de estas etapas (Martínez de Codes, 1982). No obstante, esta propuesta ha sido ampliamente trabajada y expone avances para pensar desde una perspectiva histórica las generaciones. Otros autores la retomarían para complementarla con otros ejes analíticos de corte biologicista y mecanicista. Bauman (2007), por ejemplo, apuntó que el principal mérito en la propuesta de Ortega y Gasset era destacar la superposición entre diferentes generaciones.

Mannheim, por su parte, aportó elementos innovadores a las teorías de las generaciones, marcando un punto de inflexión en la historia sociológica del concepto (Leccardi y Feixa, 2011). Rechazó las formulaciones matemáticas que buscaban establecer el cambio generacional de manera lineal y cronológica, y enfatizó el peso de los factores estructurales en la configuración del pensamiento y el conocimiento humano. Mannheim consideró la generación como un factor analítico importante para el estudio de las dinámicas de cambio social, mientras al mismo tiempo las generaciones se consideraban como producto del cambio (Caballero y Baigorri, 2013; Leccardi y Feixa, 2011).

La construcción del concepto de generación, según Mannheim, podría entenderse en tres dimensiones:

- La *posición generacional*, fundamentada en la existencia del ritmo biológico, vinculado a la edad, en la que los individuos están sujetos a las mismas fuerzas determinantes sociohistóricas.
- La *conexión generacional*, de vinculación concreta, como una participación en el destino común de esta unidad sociohistórica, en el espíritu de la época.

- La *unidad generacional*, siendo más concreta que la conexión generacional, la cual se localiza en relaciones internas en los grupos que implican vivencias, sentimientos y actitudes diversas en un mismo momento histórico real (Mannheim, 1993).

Entre las principales críticas a la perspectiva mannheimiana se argumenta que existe una sustitución del conflicto de clases por el conflicto generacional. Esta crítica no sorprende si recordamos que durante las décadas de los sesenta y setenta la *perspectiva generacional* experimentó un resurgimiento importante para explicar la aparición de fuertes transformaciones impulsadas por jóvenes, poseedores de otras formas de entender el mundo, lo que se traduce en el deseo de romper los esquemas construidos por generaciones anteriores (Caballero y Baigorri, 2013).

En el siglo XXI, si bien se atestigua un relativo “abandono” de la *perspectiva generacional*, esta mantiene vigencia y ofrece ejes analíticos importantes para comprender los fenómenos juveniles contemporáneos. La emergencia de una generación global, por ejemplo, planteada por Beck y Beck-Gernsheim (2008), en la que los autores consideraban las conexiones que existen entre diferentes grupos de jóvenes en distintas geografías, de tipo universal y cosmopolita, ha decantado en el uso de la noción de “constelaciones generacionales cruzadas”, en vez de generaciones. Dichas constelaciones pueden observarse en generaciones marcadas por la migración, el empleo precario y la hibridación cultural. En este sentido, este concepto ha representado un aporte fundamental para entender las variaciones en el tiempo de las formas de producción de los sujetos, sus condiciones materiales y sociales (Pérez-Islas, 2008), y coincido con Leccardi y Feixa (2011) y Longa (2017) en que se trata de un enfoque con suficiente vigencia para ser utilizado.

A este breve recorrido por algunas de las nociones y perspectivas que han colocado en el centro de la discusión los problemas “juveniles”, conviene añadir el papel de diferentes organismos internacionales en

las últimas décadas del siglo XX, que han visibilizado la oportunidad y los desafíos que planteaba el *bono demográfico* en América Latina. El bono demográfico es entendido como un fenómeno que se presenta cuando la población en edad de trabajar, que se ubica entre 14 y 59 años, es mayor a la población dependiente (niños y ancianos), por lo que, entre otros factores, implicaba la posibilidad de un mayor desarrollo por contar con el mayor número de personas económicamente activas. Estas expectativas, está de más decir, han sido frustradas.

Asimismo, en las últimas décadas los trabajos sobre juventud se han ampliado cuantitativa y cualitativamente, y nuevas temáticas son hoy en día abordadas desde diferentes enfoques. Los procesos migratorios, los sistemas de justicia para adolescentes, la participación política y las diferentes formas en que las personas jóvenes experimentan la violencia son algunos de los temas que se han venido consolidando.

LO POLÍTICO Y LA POLÍTICA EN CLAVE GENERACIONAL

La palabra “política” es polisémica. No existe una sola definición estática de esta. Sus diferentes significados obedecen a las transformaciones que la raíz griega *polis* (*politeia*) ha experimentado en las principales lenguas occidentales, a los usos que diferentes actores le asignan en contextos distintos y a las técnicas disponibles para su realización (Dal Lago, 1990; Lechner, 2013a). No es la intención en este texto plantear una genealogía exhaustiva de un concepto tan polisémico desde los orígenes de la filosofía política moderna para luego analizar fenómenos contemporáneos, pero sí situar elementos cardinales que permitan orientar la reflexión hacia una perspectiva con miras más amplias.

En ese sentido, es significativo el hecho de que la noción *polis* de manera primigenia refería a “la comunidad de hombres libres”, mientras que *politeia* hacía referencia al estilo de vida público en el ámbito de la *polis*. Con el paso del tiempo, el significado de la primera se transformó

en algo parecido a “comunidad política” en sentido universal, y la segunda referiría a “los ciudadanos”. Las nociones de *polis* y *politeia* describen así una “polarización originaria”, entre el ideal de la comunidad, un “nosotros”, en el que la actividad crearía su propio espacio autónomo, sin la posibilidad ni la necesidad de mediaciones, y la efectividad de un poder que, a partir de la fundación de la comunidad, sustrae de esta la autonomía, por el bien de ella, para fines superiores (Dal Lago, 1990:167-171).

Los dos polos se involucran en este momento fundacional. A partir del instante en que *la política* nace de la presencia y el interés común de los sujetos, tiende a cristalizarse, a convertirse en un objeto, en poder, en el fundamento del *arte regio* o de lo posible. En esta polarización originaria, el sujeto y el objeto de *la política* se involucran y se diferencian; en consecuencia, la terminología política se torna ambigua: *politeia* y *arte regio*, *política* y *policía*, *institución* y *acción*, no pudieron existir por separado. Esta dependencia originaria ha atravesado la filosofía política moderna y llega hasta nuestros días (Dal Lago, 1990).

En un salto hacia el iusnaturalismo moderno, vemos cómo el presupuesto filosófico del Estado moderno liberal expresa dicha polarización originaria en el paso del estado de naturaleza (condición no política) al estado civil (situación política) mediante el contrato social. Hobbes, Locke y Rousseau, representantes del iusnaturalismo moderno, consideraron que, en principio, existe un sujeto irracional, “bueno” o “malo”, con intereses y pasiones, pero una vez establecido el pacto o contrato social, la razón y la utilidad se encaminan al bien común. El objetivo del contrato sería, entonces, proteger a los asociados y permitir el ejercicio de la libertad civil. El “hombre” pierde así su libertad natural y obtiene a cambio su libertad civil (Hobbes, [1651]2014; Locke, [1689-1690]1997; Rousseau, [1762]2007).

Estos principios han delineado la política liberal moderna de manera sustancial, general y abstracta, definiéndola como una serie de prácticas humanas en las que reside un saber específico orientado a la práctica del gobernar o ser gobernado. Se busca, desde esta perspectiva, gobernar a los pueblos para la conservación y disfrute de la

vida, con el objetivo de que los sujetos comunitarios alcancen la realización de sus potenciales humanos.

Se trata de un saber fundamentalmente práctico desde el que se han privilegiado dos posiciones: 1) la búsqueda de la prudencia, entendida como una virtud de quien gobierna o 2) el objetivo de conseguir el buen funcionamiento de una “máquina”. Esta segunda acepción es la que ha dominado y se ha expandido. *La política*, de la mano de la racionalidad utilitaria, ha sufrido un desplazamiento conceptual que la reubica como un saber de carácter meramente técnico, uno de los sucesos más significativos en *la política* moderna. La tecnocracia orienta las decisiones políticas en los Estados modernos, siendo una de las más claras expresiones de la racionalidad instrumental en *la política* (Ávalos, 2002; Lechner, 2013a, 2013b).

Entre los precursores de la teoría tecnocrática se encuentran Francis Bacon, Saint-Simon, Auguste Comte, Thorstein Veblen y James Burnham. Cada uno de estos pensadores, más allá de sus divergencias y de contextos, impulsaron una idea común: la identificación de una élite del conocimiento que debe ocupar el poder político para beneficio de toda la sociedad (Valencia Sáiz, 1995). Aunque la noción de tecnocracia no está exenta de ambigüedades en relación con la identidad de sus actores, las prefiguraciones históricas de la misma, y la naturaleza del *kratos* del que son detentadores los especialistas, en las sociedades modernas se refiere, en términos generales, al ejercicio de poder de técnicos especializados en economía o administración que privilegian la implementación de soluciones eficaces por encima de otras consideraciones ideológicas y políticas.³⁹

³⁹ En México, la reorganización del capitalismo de finales del siglo XX definió el rumbo de las instituciones. En el proceso de liberalización y apertura del régimen político, un grupo de tecnócratas asociados al gobierno de Miguel de la Madrid desempeñaron un papel importante entre los años 1982 y 1988. Los tecnócratas ya estaban presentes desde los años sesenta como una minoría en el gobierno mexicano, pero fue en las últimas décadas del siglo XX cuando comenzaron a dominar posiciones importantes en organismos con mayor responsabilidad en la asignación de ingresos federales para afrontar los problemas económicos y sociales.

Estos cambios imprimieron a *la política* un carácter elitista y estatista que hoy en día prevalece a través de la idea de que se trata de una actividad propia de los gobernantes, políticos y dirigentes, en la que los ciudadanos y grupos subalternos no participan o lo hacen marginalmente. Es decir, *la política* ha sido identificada con las actividades que se desenvuelven en el ámbito estatal (los espacios de gobierno, los parlamentos, los partidos políticos y las elecciones). *La política* se ha remitido al Estado nacional, soberano y territorialmente delimitado (para destruirlo, dirigirlo o coparlo), como parte del imaginario político de la modernidad (Lechner, 2013a; Roux, 2002).

Esta centralización de derechos, administración, economía y poder es legitimada, finalmente, por una dirección civil y moral, o por una hegemonía cultural y política, mediante un conjunto de instituciones. Esta ideología abarca desde el arte hasta las ciencias, las definiciones del mundo entre todas las capas sociales, y funciona como dirección ideológica de la sociedad. Se extiende desde la filosofía hasta el folclore de un periodo determinado. El aparato encargado de difundir la ideología dominante está constituido por las organizaciones escolares o religiosas, la prensa o los clubes (Gramsci, 1970; Lechner, 2013b).

Así, la centralización de *la política* se ha valido de la exclusión de una buena parte de la población. A pesar de que la libertad natural, la igualdad entre las personas, la voluntad y la razón dieron origen a la comunidad política moderna, el ejercicio de *la política* siguió dependiendo de la superación de las exigencias propias de la reproducción material de la vida, de manera que las condiciones de la ciudadanía y la participación política se fueron asociando en el discurso liberal con la propiedad: “anclada en la socialidad abstracta del mercado capitalista, la comunidad civil moderna hizo a todos los individuos miembros del Estado, pero no a todos partícipes de la política” (Roux, 2002:238).

Pensar *la política* en América Latina exige identificar las especificidades de cada región. En las últimas décadas observamos un contexto general marcado por la tendencia recesiva de la economía

mundial y la transición hacia las políticas económicas neoliberales (Adelantado y Scherer, 2008), en el que los diferentes países de la región retomaban el camino a la democracia. La hegemonía político-ideológica del modelo liberal democrático colocaría al mercado como principio orientador de la economía, y al discurso de lo democrático, con un sentido mínimo o procedimental, como orientador de *la política*, lo que ha provocado grandes y desfavorables efectos para la economía y los derechos humanos, culturales, sociales y políticos, de la mano de una reconfiguración de los Estados-nación y de sus funciones.⁴⁰

De estos cambios estructurales se derivan cambios de carácter global en *la política* contemporánea. Por un lado, se encuentra la reorganización general de la *espacialidad de la política*, expresada en las conexiones entre las diferentes escalas en que se desenvuelven los fenómenos políticos, la redefinición de las fronteras y la transformación de las distancias. y, por otro lado, la tensión entre cambio y continuidad de la política contemporánea, caracterizada por “presentismo” y contingencia, es decir, por el aprovechamiento de las oportunidades del momento y la ausencia de proyectos políticos a largo plazo (Galli, 2002; Lechner, 2013b).

Más allá de estos procesos y mutaciones en el ámbito de la política económica y la política social, el neoliberalismo implica un proyecto ideológico-cultural vinculado a la naturalización de *lo social* bajo una lógica mercantilista. Es decir, establece la mercantilización de la vida como principio organizativo de la vida social y una configuración de la subjetividad social profundamente “antipolítica” (Lechner, 2013b). La cultura en el neoliberalismo se apoya en una lógica de mercado para imponer la cultura del consumo, donde toda actividad humana parece ser secuestrada (Miyagui, 2009) y donde los ciudadanos son pensados como consumidores.

⁴⁰ Mucha tinta se ha empleado para describir y discutir los efectos del neoliberalismo en América Latina. Se sugiere revisar los textos de Adelantado y Scherer (2008), Barba (2009) y Monedero (2003).

La exacerbación de esta lógica mercantil en las últimas décadas, aunada a condiciones estructurales de pobreza y desigualdad en diferentes territorios latinoamericanos, explica, en parte, la creciente violencia que se experimenta en México. Sayak Valencia (2016) refiere el rol que tiene la violencia y su espectacularización, como parte de la resignificación del modelo hegemónico global neoliberal que deviene en un “capitalismo gore”, y más recientemente, *snuff*. Las prácticas del crimen organizado alimentan la economía transnacional, mientras que la política, secuestrada por el predominio de la razón instrumental *moderna* y de la técnica sobre *la política*, carente de criterios éticos y morales, procura gestionar la violencia.

El reconocimiento de estas tendencias históricas de *la política* revela la importancia de repensar otras formas de construcción política desplegadas desde el plano de lo social por grupos humanos históricamente invisibilizados, tales como las mujeres, los grupos indígenas, la población afrodescendiente y las personas jóvenes. Hannah Arendt y Karl Schmitt son dos autores clave para repensar *la política* contemporánea.

Arendt, sitúa una buena parte de su pensamiento político en la acción, atendiendo los problemas irresueltos de *la política*, la libertad y la imprevisibilidad que lo constituyen. En este esfuerzo, la autora va más allá de la filosofía política para mirar lo temporal y lo contingente. Desde esta perspectiva, *la política* se localiza en el espacio que se encuentra entre la pluralidad de los hombres [*sic*], sugiriendo que siempre que dos personas se reúnen surge entre ellas un espacio que las une y a la vez las separa. Cada uno de estos espacios tiene su propia estructura, que cambia con el tiempo y que se da a conocer en lo privado (en los usos, *lo social* y las convenciones) y en lo público (a través de leyes, constituciones, estatutos y similares) (Arendt, 1995).

Para Arendt, *la política* no tiene como fin la libertad, sino que la segunda es parte constitutiva de la primera. La actividad más importante para el ser libre se ha desplazado del actuar al hablar, del acto libre a la palabra libre. La libertad de expresar opiniones y el derecho a escuchar las opiniones de los demás y a ser escuchado todavía constituyen

para nosotros un componente inalienable de libertad política. Así, la libertad de acción es considerada como fundacional, dado que representa el comienzo de algo, por lo cual en el hecho de poder comenzar reside el significado político de esta libertad. La libertad misma es algo político, no el fin supremo de los medios políticos (Arendt, 1995).

Siguiendo esta perspectiva, en un sentido óntico (relativo a la existencia en sí de las cosas) *la política* se considera un campo particular de la actividad humana y, en un sentido ontológico (relativo a la esencia de las cosas), se refiere al momento de institución del espacio público. Este último se trata de un espacio “milagroso” y único que no puede perpetuarse y debe dar lugar a otra política (acotada al diálogo y el actuar). La expansión de espacios públicos permitiría preservar los ámbitos de libertad para los seres humanos, los cuales requieren algún tipo de institucionalización (Arendt, 1995; Retamozo, 2009).

En relación con *lo político*, Schmitt introdujo categorías y movimientos conceptuales para pensar *la política-lo político* y el orden social. Para este autor, ha sido un error identificar *lo político* con lo estatal, argumentando que, por un lado, se trata de una confusión teórica que supone asimilar una categoría abstracta —*lo político*— con una forma histórica de la unidad política —el Estado nacional— y, por otro lado, las transformaciones históricas operadas en el Estado moderno, con el quiebre del Estado liberal y el ascenso del Estado corporativo —“el Estado total”— advertían sobre el fin de la época de la estatalidad, del Estado como titular del monopolio de la decisión política (Retamozo, 2009; Roux, 2002; Schmitt, 2009).

Mouffe define *lo político* como la dimensión del antagonismo, constitutiva de las sociedades humanas, y *la política* como el conjunto de prácticas e instituciones a través de las cuales se crea un determinado orden, organizando así la coexistencia humana —en el marco de la conflictividad derivada de *lo político*—. A partir de esta definición, señala la necesidad de pensar las cuestiones políticas más allá de decisiones técnicas que requieren tomar decisiones entre posiciones en conflicto. Desde el pensamiento liberal se ha ignorado la construcción

de identidades políticas. Sin embargo, es en esta distinción nosotros/ellos donde reside la posibilidad de formación de identidades políticas, que eventualmente pueden convertirse en el espacio del antagonismo (Mouffe, 2007).

La propuesta de esta politóloga belga es encontrar la forma para que la legitimidad del conflicto no rompa la asociación política o el punto común entre las partes en conflicto. Esta modalidad recibe el nombre de *política agonista*, la cual permite la permanencia del carácter conflictivo del antagonismo y, al mismo tiempo, cierta “domesticación” del mismo.

Mientras que el antagonismo constituye una relación nosotros/ellos en la cual las dos partes son enemigas que no comparten ninguna base común, el agonismo establece una relación nosotros/ellos en la que las partes en conflicto, si bien admitiendo que no existe una solución racional a su conflicto, reconocen sin embargo la legitimidad de sus oponentes. La tarea de la democracia es transformar el antagonismo en agonismo. Es por eso que “el adversario” constituye una categoría crucial para la política democrática (Mouffe, 2007:26).

Desde esta perspectiva, la relación amigo/enemigo se relativiza y puede ser concebida como una de las posibilidades en que pueden derivar algunos antagonismos (Mouffe, 2007). Asimismo, se abre la posibilidad para pensar el carácter contingente y conflictivo de *la política*, así como también los proyectos políticos que buscan imponer su hegemonía en el orden social. Lo ontológico de *la política*, desde esta perspectiva, recupera su fuerte vinculación con la construcción de *lo social* y, en consecuencia, con el papel de los sujetos que forman parte de esta.

Podríamos decir que “la política” se refiere al nivel óntico, mientras que “lo político” al nivel ontológico. Esto significa que lo óntico tiene que ver con la multitud de prácticas de

la política convencional, mientras que lo ontológico con el modo mismo en que se instituye la sociedad (Mouffe, 2007:15).

Más allá de esta distinción fundamental entre *lo político* y *la política*, el pensamiento posfundacional ofrece pistas para interrogar *la política*. En el trabajo de Oliver Marchart destacan cinco características principales: 1) la diferencia entre *la política* y *lo político*, por la imposibilidad de establecer un fundamento último de *la política* (debilitamiento de su estatus ontológico); 2) sus pensadores (aquellos que asumen el posfundacionalismo como lente para leer *la política*) adoptan las figuras de la contingencia, la infundabilidad o la incertidumbre como recursos del pensamiento político; 3) *la política* es un proceso con final abierto; 4) mientras tanto *lo político*, como momento ontológico, tiene las características de un fundar, aunque no es un fundamento único, sino un fundar efímero, contingente y parcial; 5) el pensamiento político posfundacional no necesariamente se reconoce como posmoderno, pero sí emerge como una postura deconstructivista y problematizadora en un cierto sentido foucaultiano (Marchart, 2009:25-55).

Marchart formula la diferencia entre *la política* y *lo político* tomando distancia del antifundacionalismo posmoderno en el que todo vale, pero coloca en el centro la interrogación de *la política* como ámbito instituido cuestionando, así, las figuras metafísicas fundacionales como la totalidad, la esencia, la universalidad y el fundamento. No se trata, a decir de este autor, de borrar del todo estas figuras, sino de debilitar su estatuto ontológico (2009:15). Es en este sentido que nociones como el acontecimiento, la disrupción y la incertidumbre se tornan centrales para pensar los procesos instituyentes de *la política*.

Cabe mencionar que el debilitamiento ontológico del fundamento no conduce al supuesto de la ausencia total de todos los fundamentos, pero sí a suponer la imposibilidad de

un fundamento último, lo cual es algo distinto, pues implica mantener la conciencia, por un lado, de la contingencia y, por el otro, de *lo político* como el momento fundador parcial y, en definitiva, siempre fallido (Marchart, 2009:15).

En suma, estos aportes sobre el pensamiento político resultan orientadores para la comprensión de los actos políticos contemporáneos, particularmente de las prácticas políticas que han documentado el compromiso político-cultural de jóvenes activistas, procesos en que *lo social* se encuentra estrechamente vinculado a *lo político*. Sin soslayar el hecho de que son las personas jóvenes las que se encuentran definiendo también disputas de la política institucional, son también ellas las que, estando más lejanas de los canales institucionales de participación política —ya sea porque no cuentan con los recursos culturales, sociales, económicos y políticos necesarios, porque no se sienten interpeladas por estos o porque desconfían de los mismos—, imprimen cierto dinamismo e innovación a las experiencias políticas convencionales. El estudio del quehacer político juvenil es, por tanto, un camino fructífero de indagación para la comprensión de *la política* y *lo político* contemporáneos.

El estudio del comportamiento político tomando como referencia la edad no es novedoso. Tratándose de una categoría central en los ordenamientos sociales, la edad ha sido uno de los ejes sobre los que se ha estudiado una diversidad de fenómenos sociales. Una de las más antiguas preocupaciones ha sido descubrir cómo se transmiten de mejor forma las lealtades y los comportamientos políticos que favorecen los diferentes ordenamientos sociales y políticos (Benedicto, 1995). La diversidad de aproximaciones analíticas derivadas de la edad de las personas ha implicado también diferentes abordajes de *la política* y la juventud.

Desde el siglo XVIII coexisten, al menos, dos perspectivas que vinculan la edad y el comportamiento sociopolítico. Por un lado, desde una corriente positivista se ha subrayado la importancia de los ciclos de vida y del desarrollo humano, al señalarse que los in-

cumplimientos o fracasos en los mismos condicionaban las experiencias de cambio social y el desarrollo histórico. Por otro lado, recuperando los aportes de la escuela romántico-histórica, se han enfatizado los factores culturales e históricos para comprender la estabilidad social y el cambio debido a que estructuran la dependencia de una generación, enlazando a sus miembros y separando a las nuevas generaciones (Braungart y Braungart 1986).

Estas dos perspectivas continúan siendo el referente de dos formas diferenciadas de comprender el vínculo entre la edad y *la política*, en general, y lo juvenil y *la política* en particular. Mientras que desde la primera modalidad se privilegia el curso de la vida, desde la segunda se privilegian las influencias sociohistóricas y las consecuencias de la pertenencia a los grupos de edad. Si bien dichas perspectivas no son excluyentes, se han desarrollado de manera independiente en buena parte del siglo XX (Braungart y Braungart 1986).

La política, estudiada desde el punto de vista del ciclo de la vida, ha dado importantes contribuciones. Considerando que a medida que los individuos crecen experimentan ciertos cambios cualitativos en relación con la fisiología, el funcionamiento cognitivo, los patrones emocionales y las necesidades sociales, se han identificado los caminos característicos del pensamiento y el comportamiento político en las diversas etapas de la vida, lo que ha revelado ciertos patrones en cada etapa y los cambios en el curso de la vida (Braungart y Braungart, 1986).

Cabe decir que no fue hasta una segunda oleada de investigaciones, con la convergencia de diferentes movimientos sociales durante la década de los sesenta del siglo XX, cuando se enfocó la etapa final de la adolescencia y el comienzo de la etapa de jóvenes-adultos como un periodo de la vida importante (Easton y Hess, 1962; Flanagan y Sherrod, 1998). A comienzos del siglo XX, en una primera oleada de investigaciones, se consideraba todavía a los niños y a los “adolescentes” como personas pasivas en los procesos de socialización política.

La investigación del desarrollo infantil, bajo la influencia de la teoría de Piaget, reveló que en la infancia existía una dificultad para

conceptualizar nociones políticas, pero también que ya existían en los niños ciertas identificaciones políticas, como las figuras del presidente, la bandera y el himno nacional, las cuales, gradualmente, durante la adolescencia se irían complejizando. Asimismo, se reconoció que la “calidad” del pensamiento político estaría influenciada por diferentes factores: la inteligencia, el marco familiar, el género, la referencia étnica o la clase social, mientras que la orientación política se veía influenciada por los grupos de socialización como la familia, los amigos, los maestros y los medios de comunicación (Adelson, 1971).

En una buena parte de los estudios, desde entonces, se ha considerado que el tiempo de transición entre la adolescencia y el mundo adulto es un periodo propicio para el examen de las cuestiones sociales. Los cambios cognoscitivos ofrecen la posibilidad de la generación de una conciencia política y de una mayor capacidad crítica, al mismo tiempo que es una etapa en la que se buscan la independencia, la identidad formal y la relación entre el yo y la sociedad. Todo esto sería interpretado como cierta predisposición de las personas jóvenes al conflicto generacional, a la rebelión o a la revolución (Flanagan y Sherrod, 1998).

De esta manera, la consideración del activismo juvenil con temas políticos es un aspecto importante para la comprensión de los comportamientos políticos contemporáneos. Aunque hay un consenso en que otras experiencias del sujeto, en cualquier momento de su vida, influyen fuertemente en la forma en que se configura su perspectiva sobre el campo social y político (Flanagan y Sherrod, 1998), en definitiva se reconoce que las primeras etapas de la vida tienen mucha importancia.

Por otro lado se encuentra el desarrollo del análisis político desde un abordaje generacional, desde el que se pueden distinguir tres significados de *generación*: a) como *linaje* o descendencia (por ejemplo, la generación de los padres), b) como *cohorte* o grupo etario (por ejemplo, la cohorte de 1999), y c) como *generación política* o grupo etario especial que se une para trabajar por el cambio social y político (por ejemplo, la generación del 68) (Braungart y Braungart, 1986; Cutler, 1976).

Cabe mencionar que no siempre ha existido una distinción clara entre estos modelos, de ahí que uno de los principales problemas en cuanto al uso de tales nociones sea que en cada estudio se refiere un conjunto de variables diferentes y, en ocasiones, no se alcanzan a distinguir las diferencias entre las perspectivas que subyacen a cada estudio. En la explicación sobre los impactos generales de la generación *gap*⁴¹ de los sesenta, por ejemplo, siempre se mantuvieron en tensión dos perspectivas, la del *linaje* y la de las *cohortes* (Cutler, 1976).

Muy cercano a estas explicaciones, particularmente del enfoque de los linajes y el de las cohortes, se encuentra el estudio de la *socialización política*, que podría entenderse como el proceso que las personas experimentan desde la niñez y que se desarrolla a lo largo de toda la vida, mediante el cual aprenden normas, valores y códigos del grupo al que pertenecen en un ámbito de interacción social. Este enfoque dio margen a la realización de investigaciones de desarrollo humano y de psicología política, que consistían básicamente en realizar comparaciones entre los adolescentes más jóvenes y los mayores a partir de un prototipo de comportamiento individual (Cutler, 1976).

La socialización política fue ganando cada vez mayor centralidad en estos estudios, considerada como una parte de la adaptación que atraviesa los procesos de socialización, aunque no necesariamente específica o separada del resto de aprendizajes. La socialización sería política en la medida que consigue explicar una predisposición a comportamientos considerados políticos. En una definición más amplia, la *socialización política* puede ser definida como un conjunto de principios, normas, valores, actitudes, creencias, conocimientos políticos, modelos de comportamiento y tendencias en el comportamiento de los sujetos, vigentes para el sistema político, en particular, y para la vida política de su sociedad, en general (Alvarado, Ospina y García, 2012; Benedicto, 1995).

⁴¹ Generación *gap* o brecha generacional hace referencia a dos formas de pensar el mundo basadas en las diferencias generacionales, entre hijos y padres, por ejemplo, que dificultan la mutua comprensión.

En estas derivas analíticas, el reconocimiento de los agentes de socialización fue fundamental. Particularmente, se ha hecho énfasis en el papel de la familia como transmisora de valores políticos al tener el “monopolio” sobre la educación del niño durante los primeros años de vida; específicamente en el estatus socioeconómico y las prácticas de participación política de los padres y su influencia en el comportamiento político de los adultos jóvenes. Asimismo, la escuela se ha reconocido como una fuente de socialización importante (Brauen y Newcomber, 1977; Cutler, 1976).⁴²

En la actualidad, también se reconoce la importancia de cambios en los referentes de socialización modernos y la emergencia de nuevos referentes. La reestructuración de la institución familiar y de los sistemas de educación ha provocado la redefinición de su importancia en diferentes contextos. Al mismo tiempo, se reconoce el rol protagónico que juegan los espacios de socialización que se configuran en el grupo de pares, a través del cual se generan opiniones, se ejercen derechos, se tramitan conflictos y se construyen puentes de comunicación con otros sectores de la sociedad, como también la fuerte influencia que ejercen los medios de comunicación en la *política contemporánea* (Benedicto, 1995).

Entre la diversidad de posiciones que han surgido a partir del enfoque de la socialización política destacan tres: 1) las que enfatizan la continuidad del orden, 2) las que subrayan la posibilidad de cambio permanente de los individuos que son expuestos a los procesos de socialización, y 3) las posturas intermedias que buscan dar cuenta de la tensión existente entre la continuidad y el cambio (Benedicto, 1995).

⁴² En las investigaciones sobre socialización política se pueden identificar tres formas de caracterizar el concepto, como proceso, producto y mecanismo. En cuanto mecanismo, la socialización política “se refiere a las formas de reproducir, mantener y transformar una determinada cultura política, a través de las generaciones” (Alvarado, Ospina y García, 2012:250). Benedicto (1995) coincide en buena medida con estos tres últimos aspectos, a los que denomina: contenidos, etapas y agentes.

Por otra parte se encuentran los estudios políticos apoyados en la noción de *generaciones políticas*. Una *cohorte* se transforma en una *generación política* cuando muchos de sus miembros se dan cuenta de que están obligados a obtener una conciencia de grupo de edad compartida y movilizarse como fuerza activa para el cambio político. En una analogía con el concepto de clase, las *cohortes de edad* representarían la “clase en sí”, y las *generaciones políticas* “la clase para sí” (Braungart y Braungart 1986).

Las *generaciones políticas* pueden asociarse, en este sentido, a la perspectiva generacional desarrollada por Dilthey y Mannheim referidas en la primera parte de este capítulo. Según Braungart y Braungart, una *generación política* surge cuando un grupo rechaza el orden existente, se reúne e intenta reorientar el curso de *la política* como su misión generacional (1986). En tal sentido, la noción de *generaciones políticas* ofrece luz sobre el sentido generacional que las personas jóvenes le imprimen a su participación en diferentes tipos de activismos.

Cabe decir que quienes asumen esta perspectiva han sido cuestionados por la marginación del papel de los individuos y las transformaciones que estos experimentan. Sin embargo, para fines de un análisis situado sobre la relación entre colectivos sociopolíticos y la influencia de los procesos históricos resulta de utilidad. Otras perspectivas generacionales más cercanas a la demografía basan su potencial analítico en la selección de muestras en un amplio número de registros sobre diferentes cortes etarios para generar grandes generalizaciones.

El análisis del comportamiento político, vinculado a la edad en la investigación empírica, ha experimentado un gran desarrollo en cuanto a la perspectiva cuantitativa en Estados Unidos. Sin embargo, no existe metodológicamente una restricción evidente para trasladar estas nociones al terreno de la investigación cualitativa. De hecho, la tradición sociohistórica de la que surge hace patente la necesidad de hacer énfasis en los sentidos que los actores asignan a sus procesos de constitución política.

Vale hacer mención a que las *generaciones políticas* que se considerarán en este estudio tienen como referente un corte etario. Las y los activistas entrevistados tenían al momento de su colaboración una edad que oscilaba entre 15 y 30 años. Se procuró que el rango general fuera de un aproximado de 15 años, aunque dado que los registros y las entrevistas sistematizadas fueron realizadas entre 2012 y 2016, estamos hablando de jóvenes que nacieron entre 1982 y 2001, es decir, de jóvenes nacidos en las últimas dos décadas del siglo XX.

El recorte de edad de los “informantes” de esta investigación tiene un sentido referencial y será, en todo caso, arbitrario, dado que las generaciones están siempre siendo sobrepuestas en una misma línea de tiempo. De tal suerte, la referencia de edad de quienes han brindado testimonio en este trabajo los sitúa en una condición de contemporaneidad, pero desde la perspectiva que venimos desarrollando no se garantiza que constituyan una sola generación.

En todo caso, se planteó como hipótesis de trabajo inicial la existencia de una serie de conexiones generacionales en un sentido manheimiano, que gira en torno a las múltiples vinculaciones establecidas sobre sus experiencias, diagnósticos, idearios y formas de acción colectiva. De ahí que un criterio elemental utilizado en la selección de los sujetos referidos en esta investigación haya sido su participación en diferentes acciones colectivas y formas organizativas enfocadas al cambio social en un sentido amplio.

Por cuestiones de método, los colectivos estudiados pueden dividirse en dos grandes campos. Por un lado, el de “colectivos ciudadanos” y, por otro, el de “colectivos estudiantiles” que constituyen, recurrentemente, parte de una política contenciosa más amplia asociada a los movimientos sociales. Esto conduce a pensar en dos *unidades políticas generacionales*. No obstante, como veremos adelante, con la caracterización e interpretación de los idearios, los actores y las acciones sociopolíticas, se problematiza tal distinción, lo que permite identificar matices y ofrecer nuevas interpretaciones.

LA ACCIÓN COLECTIVA COMO CONSTRUCCIÓN CULTURAL

La participación política en sus diversas modalidades se asume en este texto como un proceso en el cual las personas (jóvenes) interactúan para “incidir o auto-determinar su existencia en relación con las condiciones de vida sociales y públicas” (Botero, Torres y Alvarado, 2008:584) estableciendo, así, un vínculo directo entre el sistema político y la sociedad. Desde esta óptica se ha observado una diversidad de procesos de involucramiento y compromiso político juvenil sobre la cual resulta necesario señalar algunas precisiones.

Una precisión importante es que la participación política va más allá de los diferentes espacios dispuestos institucionalmente para ello en las democracias representativas y, por tanto, las personas participan en un conjunto de arenas políticas diversas, siendo particularmente las generaciones más jóvenes las que tienden a asociarse a formas emergentes de participación política (Norris, 2003). Las acciones de jóvenes activistas en diferentes colectivos, que además forman parte de redes y movimientos más amplios, han sido un referente clave para pensar el activismo en América Latina.

Otra distinción importante es la que existe entre las acciones colectivas y los movimientos sociales. Las acciones colectivas son parte constitutiva de los movimientos sociales, dado que se refieren al “hacer”, “poner en movimiento” y “conducir” acciones por más de una persona para conseguir un objetivo. No obstante, las acciones colectivas no constituyen en sí mismas movimientos porque no necesariamente se prolongan en el tiempo ni constituyen redes de acción más o menos organizadas (Cadena-Roa, 2016). La búsqueda por explicar cómo y por qué surgen algunas acciones ha sido incesante, sobre todo cuando estas derivan en un movimiento social.

Una tercera anotación refiere al consenso sobre la idea de que las acciones colectivas no emergen de manera “automática” como reacción a las condiciones estructurales tal como se presentaba en visiones estructuralistas y teleológicas. Esto exige dirigir el análisis hacia otro tipo de explicaciones: la disponibilidad de los recursos entre

las personas, la capacidad organizativa de las mismas, las condiciones ofrecidas por el contexto y las identidades construidas en el seno de los colectivos son algunos de los factores analizados por diferentes teorías de los movimientos sociales.

Por lo anterior, este trabajo ofrece una indagación de tipo comprensivo sobre las acciones colectivas políticas de jóvenes comprometidos social y políticamente con diferentes causas. De manera más específica, se ha optado por una perspectiva cultural para pensar las actorías juveniles y las acciones colectivas que, ocasionalmente, forman parte de movimientos sociales. Es a través de este enfoque que es posible explicar el papel que desempeña la evaluación de las múltiples situaciones en que se encuentran las personas, a partir de las cuales, eventualmente, deciden movilizarse para cambiarlas o conservarlas, seleccionando o reuniendo los medios adecuados para conseguirlo (Cadena-Roa, 2016).

La idea que subyace en esta propuesta interpretativa es que las experiencias de activismo juvenil, en sus diferentes modalidades, están constituidas por procesos culturales que son susceptibles de ser interpretados. En todas las etapas de la investigación la cultura se ha revelado como un “componente” central de las experiencias participativas y organizativas, y, en consecuencia, del análisis de las mismas. Esto revela la pertinencia de realizar un análisis que ayude a comprender la dimensión simbólica de la movilización social juvenil.

En *El recurso de la cultura*, George Yudice (2002) plantea la centralidad de la cultura en la contemporaneidad, que se expresa en una diversidad de usos y significaciones. Son importantes desde el mercado, pero también desde los actores que promueven tanto la reproducción del orden como el cambio social. En esta misma obra, Yudice advierte sobre la necesidad de ir más allá de las definiciones parceladas y esencialistas de la cultura, elaborando análisis culturales que capten el carácter transterritorial de la cultura en la contemporaneidad.⁴³ Tomando estas

⁴³ Quien tenga interés en una crítica a las perspectivas culturales que devienen esencializaciones de diferentes grupos sociales puede consultar la obra de Grimson (2011).

notas como caución, no se ha pretendido en este trabajo partir de supuestas unidades culturales generacionales *a priori*, sino advertir sobre la presencia de ciertas unidades simbólicas en las que confluyen las y los activistas, en medio de sus complejos procesos de constitución como actores sociales y políticos.

El análisis de la relación entre cultura y política no es nuevo, como tampoco lo son los abordajes que enfocan la relación entre cultura y movimientos sociales. En México, el estudio de tal relación ha estado influido por dos vertientes: la influencia de la politología y ciencia política anglosajona, promovida en buena medida por el uso de las encuestas, y la reflexión sobre las posibilidades y los límites para la implantación de la democracia en la sociedad latinoamericana, influida por los postulados marxistas y gramscianos (Tejera, 2009). Con una menor influencia en México que en otros países latinoamericanos, en la segunda parte del siglo XX habría que añadir la importancia de las teorías de los *nuevos movimientos sociales*.

Pese a estos desarrollos analíticos, la cultura ha tenido un uso marginal en los andamiajes teóricos. No sería hasta la segunda mitad del siglo XX cuando la cultura iría ganando centralidad en el estudio de los movimientos sociales (Della Porta y Diani, 2006; Jasper, 2014; Ulrich, Daphi y Baumgarten, 2014). La década de los sesenta marcaría un punto de inflexión en torno a los debates sobre la cultura. En el centro de las acciones colectivas y los movimientos sociales que emergieron en diferentes partes del mundo se expresaban, por un lado, los fracasos de los valores de mercado, y, por otro, la emergencia de un nuevo sistema de valores (Della Porta y Diani, 2006).⁴⁴

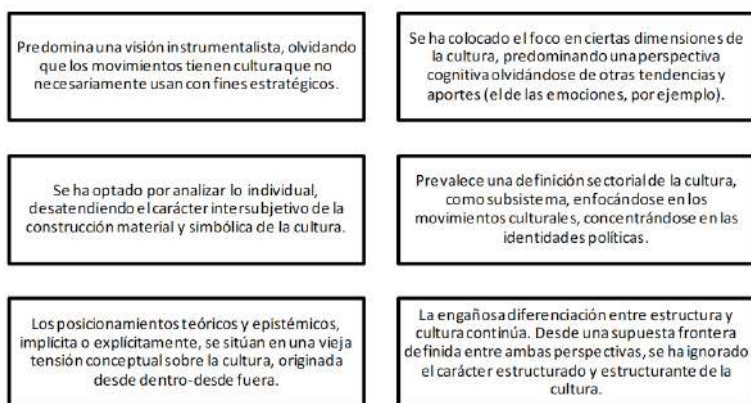
En los últimos años se ha observado una aproximación diferente al vínculo entre valores y *acción colectiva*. Se ha cuestionado la reducción de la cultura al plano de los valores y se han incluido en la definición

⁴⁴ Las demandas en torno a la justicia social, los derechos humanos y la preservación del medio ambiente, junto con la emergencia de nuevas formas de hacer política, expresaban para algunos analistas un desplazamiento de valores materialistas hacia valores posmaterialistas.

de cultura los repertorios o conjuntos de herramientas, hábitos, habilidades y estilos a partir de las cuales las personas construyen estrategias de acción (Swidler, 1986:273). En Estados Unidos, la teoría de los encuadres (*framing analysis*) impulsada por Snow, Benford y otros analistas, y la incorporación de variables culturales en diferentes modelos teóricos “estructuralistas” han contribuido al reconocimiento de otras dimensiones simbólicas.

El enfoque cultural en el análisis de los movimientos sociales aún muestra tensiones e insuficiencias. A saber: se ha colocado el foco en ciertas dimensiones de la cultura; se ha optado por analizar principalmente lo individual; se parte de una definición acotada de cultura; el uso de definiciones amplias de cultura aún es marginal, y se continúa reproduciendo la dualidad estructura/agencia. La propuesta analítica de esta investigación busca contribuir, en este sentido, a la perspectiva cultural en el estudio de las actorías juveniles, las acciones colectivas y los movimientos sociales, atendiendo algunas insuficiencias conceptuales identificadas (ver Figura 13).

FIGURA 13. TENDENCIAS EN EL ESTUDIO DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES DESDE UNA PERSPECTIVA CULTURAL



Fuente: Elaboración propia con base en Della Porta y Diani (2006), Swidler (1986) y Ulrich, Daphi y Baumgarten (2014).

Para situar este trabajo entre las tendencias analíticas contemporáneas es necesario identificar tres perspectivas en el estudio del vínculo entre la cultura y los movimientos sociales. La primera tiene que ver con pensar la cultura como el marco de referencia y la condición necesaria para la emergencia de los movimientos sociales; desde la segunda se pretende abordar la cultura interna de los movimientos sociales en relación con las acciones del movimiento y la forma en que estas se retroalimentan; y desde la tercera perspectiva se analiza la relación entre cultura y cambio cultural como resultado de los movimientos sociales (Ulrich, Daphi y Baumgarten, 2014). En esta investigación se abona sobre todo a las primeras dos.

Desde un enfoque interpretativo,⁴⁵ se ha pretendido comprender el sentido de la *acción colectiva*, en una perspectiva relacional, considerando los actores protagonistas de dichas acciones y las relaciones sociales en que se encuentran inmersos (Swidler, 1986; Ulrich, Daphi y Baumgarten, 2014). Para tales fines, se proponen dos análisis interconectados. En los capítulos 4 y 5 se caracteriza la diversidad de acciones colectivas y se ofrece una interpretación de los marcos simbólicos en que se apoyan las mismas, respectivamente, y en el capítulo 6 se identifican construcciones identitarias activistas y sus vinculaciones con organizaciones civiles, instituciones municipales y movimientos sociales.

Se busca con esto abonar a la comprensión de los activismos juveniles contemporáneos, que ha estado atravesada, como hemos revisado al comienzo del capítulo, por perspectivas muy disímiles que oscilan entre lo micro y lo macro, entre lo estructural y lo cultural, entre lo relacional y lo individual. Más allá de sus diferencias, estos enfoques han captado las parcialidades de “lo juvenil”, una condición efímera,

⁴⁵ En una definición tradicional de la antropología, Geertz plantea que el hombre [sic] es un animal inserto en tramas de significación que él mismo ha tejido, considerando que la cultura es esa urdimbre y que el análisis de la cultura ha de ser por tanto, no una ciencia experimental en busca de leyes, sino una ciencia interpretativa en busca de significaciones que son enigmáticas en su superficie (2003:20).

situada y cambiante, reproduciendo o marcando tensiones que no son exclusivas de este campo de estudios, sino que, como reconoce Pérez Islas, atraviesan, en general, a las ciencias sociales.

Bajo estas consideraciones, en este trabajo se recupera una perspectiva que podría considerarse tradicional en los estudios de juventud, la generacional, para identificar la forma en que los activismos juveniles son producto y productores de su historia y su política, reconociendo las influencias de las condiciones históricas y estructurales. ¿Es una buena elección apostar por la actualización de estas viejas herramientas conceptuales para fenómenos contemporáneos? Considero que sí, en tanto que cubre las necesidades investigativas planteadas, pero evidentemente no agota las posibilidades de indagación.

Así, la comprensión de las acciones colectivas en las que se involucran actores jóvenes ha sido la vía para conocer los procesos de constitución de sujetos sociales y políticos, de jóvenes organizados en colectivos, que permite visibilizar transformaciones políticas más amplias. Dada la centralidad de la cultura en las acciones colectivas, en los siguientes capítulos se abordan los diferentes repertorios de acciones colectivas y los sentidos y usos que se asignan a estas.

Capítulo 4

Pluralidad de acciones y ámbitos de acción colectiva

Una *acción colectiva* puede ser entendida como cualquier actividad concertada por dos o más individuos que comparten una misma orientación, pudiendo adquirir formas diversas a partir de los acuerdos sobre el qué hacer y cómo hacerlo (Tavera, 2000:450). Algunas acciones colectivas tienen un sentido racional orientado desde una lógica de “medios-fines”, pero no necesariamente todas se explican por esta dinámica. De ahí que las teorías de la movilización se hayan venido abriendo paso como herramientas analíticas que permiten explicar bajo qué circunstancias las personas deciden organizarse para producir bienes colectivos (Cadena-Roa, 2016).

Se ha optado por la aproximación analítica de las acciones colectivas, sin soslayar la asociación que existe en torno a una diferenciación tradicional que puede encontrarse tanto en la literatura sobre participación política como en la de movimientos sociales entre dos tipos de participación: por un lado, la “participación política convencional” y, por otro, la “no convencional”. A través de la primera, las y los ciudadanos buscan influir, directa o indirectamente en la democracia representativa a través de la actividad en elecciones, la votación en las mismas, la participación en campañas políticas y la gestión de demandas a través del contacto con representantes elegidos o funcionarios (Norris, 2003).

Por otro lado, en el marco de la participación no convencional se sitúan usualmente las acciones colectivas contenciosas desplegadas por los movimientos sociales, las cuales son muy diversas e históricamente han venido transformándose.⁴⁶ Tilly ha historizado

⁴⁶ En el periodo preindustrial eran frecuentemente utilizados motines, asaltos de viviendas y propiedades, ocupaciones de tierras, incendios, barricadas,

profusamente los *repertorios de protestas*, definiéndolos como el conjunto de rutinas usadas convencionalmente por los demandantes para llamar la atención sobre sus demandas y exigir su cumplimiento. Una de sus características principales es que se trata de conductas que se encuentran fuera de las vías institucionales, desafían e introducen incertidumbre en las actividades de otros (Tarrow, 2018; Tilly, 1978) e implican cierta permanencia temporal (Cadena-Roa, 2016).

El trabajo de Tilly se convirtió en un referente del análisis en torno a la morfología y el sentido de las acciones colectivas. En este trabajo se recupera el espíritu de esta definición, pero consideramos que existen razones importantes para el ensanchamiento de la noción de repertorios, lo que nos conduce a plantear la idea de *repertorios de acciones colectivas* o *repertorios de activismo*. Una de las razones más importantes es que los movimientos sociales contemporáneos suelen adoptar estrategias mixtas de acción, que combinan tanto una variedad de acciones “tradicionales” como prácticas “alternativas”, “convencionales” y “no convencionales” (Gadea, 2015; Norris, 2003).⁴⁷

Otros cambios a considerar para la ampliación de tal concepto son las mismas transformaciones en los *repertorios de acción* acontecidos desde la segunda mitad del siglo XX. Algunos de los más importantes son: la paulatina difuminación de la línea divisoria entre *lo social* y *lo político*; lo controvertida que resulta la línea divisoria entre la esfera privada y la esfera pública; la orientación preponderantemente cultural de algunos movimientos sociales; la ampliación de *la*

bandolerismo o furtivismo en el campo; en el período industrial la manifestación, el mitin y la huelga, y en el período posindustrial se observan tácticas disruptivas o provocadoras en respuesta al “excesivo” control o la institucionalización de la protesta, otras más buscan publicidad y propaganda a través de grandes marchas, sentadas y ocupaciones, acciones espectaculares, terrorismo, etcétera.

⁴⁷ En México, por ejemplo, el corporativismo que ha constituido al Estado se ha relacionado muy estrechamente con la forma en que los movimientos establecen sus demandas y buscan soluciones por vías institucionales y no institucionales (Leyva y Sonnleitner, 2000).

política más allá de los referentes del Estado-nación, y el papel de las nuevas tecnologías en los activismos políticos (Galli, 2002; Lechner, 2013a, 2013b; Norris, 2003).

A estas consideraciones se suma la importante participación de jóvenes activistas registrada en las últimas décadas del siglo XX, lo que ha permitido cuestionar, o al menos relativizar, la apatía política que se les asocia en discursos dominantes y, al mismo tiempo, visibilizar una multiplicidad de formas en que la gente joven se involucra en la vida pública, desplegando prácticas creativas y autonomías significativas de organización de una diversidad de espacios de interacción política, de producción simbólica, de discusión pública, de participación y resistencia, tal como sugieren los ejemplos de la Figura 14.

FIGURA 14. LA POLITICIDAD DESPLEGADA EN ACCIONES COLECTIVAS

La politicidad de las acciones colectivas que despliegan los jóvenes chilenos se localiza en la instalación de capacidades de distintas actorías para incidir sobre su propio territorio, en el descubrir de nuevos espacios de intervención, el cuerpo, la propia subjetividad, la subjetividad de los otros, la amistad, el ciberespacio, la esquina, la plaza, cuando se ensayan las viejas y las nuevas modalidades de acción [...] en la intersección de viejas y nuevas formas de organización, en las múltiples maneras de entender la asamblea, las representaciones y las vocerías; más aún, en la conciencia profunda de la necesidad de acciones coordinadas con otros, en el ejercicio crítico de estas mismas acciones colectivas. El lugar de la politicidad está dado hacia sí mismos en tanto subjetividad, hacia el colectivo de pertenencia, en tanto sociabilidades, y hacia el campo específico de acción, en tanto capacidad de irradiación hacia otros.

En Belo Horizonte (Brasil) se constató que las formas de participación política contemporáneas se encuentran en: carnavales de protesta en las calles, paseos en bicicleta contra el monopolio del uso de los automóviles, ocupaciones de edificios abandonados con su posterior transformación en centros sociales y hogares colectivos, realización de ferias del libre comercio, construcción de estaciones de radio libres, la creación de

iniciativas colectivas de diversa índole, la organización de “días sin compras”, la organización de poblaciones sin hogar, las luchas en defensa de los derechos de los animales, las luchas contra la prisión y en contra de los hospitales/prisiones psiquiátricos, el bloqueo de las calles en reuniones de los grandes gerentes en las organizaciones internacionales de capitales, el movimiento del *software* libre, el activismo en la web en todo el mundo, pequeños sabotajes contra las grandes “marcas”, las múltiples ocupaciones de los espacios públicos de las ciudades con el objetivo de hacer visibles los problemas y conflictos sociales, el uso de las nuevas tecnologías de la comunicación/información para crear medios de comunicación alternativos y la creación, reproducción y difusión de los bienes culturales de la disidencia, folletos, videos, sonidos, textos, imágenes, etcétera.

Fuente: Gamboa y Pincheira (2007:149) y traducción propia de Ludd (2002), Ortellado y Ryoky (2004) y Sousa (2002, 2005), citados en Moreira y Juárez (2013).

El número monográfico de la *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud* (2014, año 12, número 2) y los aportes desarrollados en el marco de la Red Iberoamericana de Postgrados en Infancia y Juventud (RedINJU), entre otros esfuerzos colectivos vinculados al Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (Clacso), han ayudado a comprender este mosaico de experiencias de participación y organización juveniles en América Latina. Estos estudios han sido referencia obligada para la aproximación a las expresiones de acción colectiva registrada *in situ* en este trabajo.

EL “SEXENIO DE LAS PROTESTAS”

Es de destacar el papel que las y los jóvenes sostuvieron protestando en las calles de México entre 2012 y 2014. En 2012, rondaba una vez más el fantasma del fraude electoral, la imposición mediática y, con esto, el regreso del PRI, ahora en alianza con el Partido Verde de México (PVEM). El candidato priista, Enrique Peña Nieto, después de varios tropiezos cometidos ante los medios, el 11 de mayo acudió

a la Universidad Iberoamericana con fines proselitistas. Tras diferentes intervenciones y cuestionamientos que le realizaron algunos alumnos, asumió la total responsabilidad en las acciones represoras en el caso Atenco⁴⁸ en plena conferencia:

Antes de concluir, aunque ya lo había hecho, voy a responder a este cuestionamiento sobre el tema de Atenco, hecho que ustedes conocieron, y que sin duda, dejó muy claro la firme determinación del gobierno de hacer respetar los derechos de la población del estado de México, que cuando se vieron afectados por intereses particulares, tomé la decisión de emplear el uso de la fuerza pública para restablecer el orden y la paz, y que en el tema, lamentablemente hubo incidentes que fueron debidamente sancionados, y que los responsables de los hechos fueron consignados ante el poder judicial; pero, reitero, fue una acción determinada personalmente, que asumo personalmente, para restablecer el orden y la paz, en el legítimo derecho que tiene el Estado mexicano de hacer uso de la fuerza pública, como además debo decirlo, fue validado por la Suprema Corte de Justicia de la Nación (respuesta de Enrique Peña Nieto ante los cuestionamientos, García, 2013).

Esta respuesta desencadenó la indignación de las y los estudiantes. El evento concluyó de manera sorpresiva con el candidato saliendo por la puerta trasera en medio de un operativo de seguridad. Tras estos

⁴⁸ En 2006, en San Salvador Atenco, Estado de México, se presentaron disturbios entre la Policía Federal Preventiva de México, la Agencia de Seguridad Estatal del Estado de México, habitantes del pueblo, militantes del Frente de Pueblos en Defensa de la Tierra y otras resistencias. En el centro de la disputa estaba la ocupación de tierras para la construcción de un nuevo aeropuerto. Diferentes testimonios y, posteriormente, la Comisión Nacional de Derechos Humanos, la Comisión Interamericana de Derechos Humanos y otras instancias, dan cuenta de múltiples violaciones graves a los derechos humanos de los pobladores y activistas.

hechos, en pronunciamiento de diversos actores políticos y medios de comunicación se calificó a los protestantes de acarreados y porros.⁴⁹

Hay un grupo de —no quiero decir jóvenes, ya estaban mayorcitos, calculo de 30 a 35 años para arriba—, incitando. No pasaban de 20 personas. La información que se nos da, al final, es que grupos cercanos a Andrés Manuel López Obrador estuvieron promoviendo y organizando este tipo de actos (Arturo Escobar y Vega, entonces vocero del PVEM, transcripción de García, 2013).

Como respuesta a estas declaraciones, 131 jóvenes replicaron más tarde, a través de la plataforma de videos en Internet YouTube, afirmando que eran estudiantes, identificándose como tales y desvinculándose de cualquier partido político: “Estimados Joaquín Coldwell, Arturo Escobar, Emilio Gamboa, así como medios de comunicación de dudosa neutralidad: usamos nuestro derecho de réplica para desmentirlos, somos estudiantes de la Ibero, no acarreados, no porros, y nadie nos entrenó para nada” (García, 2013).

Tras esta secuencia de acciones y declaraciones, miles de jóvenes manifestaron su apoyo a través de las redes sociales bajo la etiqueta o *hashtag* #Yosoy132, dando lugar a un movimiento conformado principalmente por estudiantes de universidades públicas y privadas, organizados por células por casi toda la República mexicana, al cual se fueron sumando profesores, académicos, niños, padres de familia, activistas y otros actores sociales.

La exigencia central radicaba en la democratización de los medios de comunicación como paso indispensable para la democratización del país. Esta demanda dio origen al Grupo de Trabajo por la

⁴⁹ “Acarreados” se denomina en México a las personas que son trasladadas a eventos políticos a cambio de favores políticos o pagos específicos. Los “porros” son personas que, aun cuando forman parte de alguna organización estudiantil, persiguen intereses particulares económicos o políticos, fungiendo como grupos de choque.

Democratización de los Medios, constituido como un espacio plural e interdisciplinario que tenía el propósito de realizar un diagnóstico sobre el sistema y modelo de medios en México para generar una propuesta que estableciera la creación de un sistema democrático de medios acorde a las necesidades de la sociedad actual. Producto de este trabajo colectivo, en la presentación de este grupo, se definieron seis ejes fundamentales para la democratización de los medios de comunicación:

1. Establecer un modelo de medios constituido por tres sectores: comercial, público y social comunitario. En este se debería limitar al primero, recuperar al segundo y ofrecer condiciones necesarias para el tercero.
2. Las telecomunicaciones y la radiodifusión deben reconocerse como servicio público que permitiera el fortalecimiento del sector público y una asignación equilibrada del espectro radioeléctrico al sector social comunitario, así como la difusión de contenidos educativos y culturales en cualquiera de los tres sectores.
3. La democratización de los medios implica la obligación del Estado de garantizar las condiciones para el ejercicio de la libertad de expresión.
4. El Estado deberá favorecer presupuestal y jurídicamente los proyectos autónomos locales y comunitarios.
5. Adecuar la legislación nacional a los tratados internacionales en materia de medios de comunicación. A su vez, la legislación deberá retomar los principales criterios jurisprudenciales del sistema interamericano de derechos humanos en el tema.
6. Alfabetización mediática con miras a eliminar la brecha cognitiva a la par de la digital.⁵⁰

⁵⁰ El documento completo puede consultarse en https://es.scribd.com/document/106286630/Presentacion-del-Grupo-de-Democratizacion-de-los-Medios-de-Comunicacion#download&from_embed

En cuanto a su composición, Pineda (2012) identificó en el movimiento #Yosoy132 una inteligente, pero tensa, unidad entre un variopinto espectro de ideologías y posiciones políticas. Para este analista, la pluralidad de los grupos incluía: los que reivindicaban una ideología liberal progresista (dominante frente a los medios de comunicación), los asociados al “lopezobradorismo”, los que asumían una orientación socialista, los vinculados a asambleas populares callejeras, los que buscaban tender puentes con los pueblos indios y sus luchas y los que se posicionaban como “indignados”, es decir, jóvenes no organizados, hartos de la situación del país, que encontraron en #Yosoy132 la posibilidad de expresarse.

En el contexto preelectoral del año 2012 se desplegaron diversas acciones colectivas entre las que destacan las numerosas marchas en casi todas las entidades del país en donde el movimiento #Yosoy132 contaba con grupos organizados, denominadas “células”. Las manifestaciones contaron con un fuerte componente emotivo, artístico y cultural. Entre las acciones se incluyeron: las acampadas en diferentes espacios públicos, los “acordonamientos” de edificios, los mítines, los conciertos, la promoción del voto informado y la organización del tercer debate entre los candidatos a la presidencia de la República. Durante la jornada electoral se organizaron comisiones de vigilancia ciudadana para registrar fotográficamente el resultado de las casillas, subirlas a una página de Internet y sistematizar las irregularidades del proceso.

Cuando por la tarde del 1 de julio se declaró como virtual ganador de las elecciones a Enrique Peña Nieto la frustración se vio reflejada en las marchas, pero también en un cambio de objetivo en las movilizaciones del país. Como parte de la agenda poselectoral, #Yosoy132 realizó un contrainforme presidencial y convocó a diferentes grupos⁵¹ como medida de protesta contra la imposición del candidato del PRI

⁵¹ Entre ellos la Unión de la Juventud Revolucionaria de México (UJRM), el Frente Popular Revolucionario (FPR), el Partido Comunista de México-Marxista Leninista (PCMML), la Asamblea Popular de los Pueblos de Oaxaca (APPO) y el Movimiento Regeneración Nacional (Morena).

el 1 de diciembre (IDMX), quien ganó con un proceso plagado de irregularidades. Si bien las respuestas del gobierno federal y el duopolio televisivo fueron incapaces de frenar el crecimiento del movimiento #Yosoy132, el primer día de diciembre se apostó por la represión de los manifestantes utilizando equipos antimotines, lo que dio como resultado 14 detenidos y muchos lesionados, con la ulterior disminución del movimiento.

En términos generales, el movimiento #Yosoy132 se posicionó como producto de una larga historia de agravios cometidos contra el pueblo mexicano, definiéndose como un movimiento apartidista, pacífico, de base estudiantil, laico, plural, de carácter social, político, humanista, autónomo, permanente y antineoliberal. En uno de los primeros pronunciamientos se reivindicaron las luchas obreras, urbanas, indígenas, campesinas y estudiantiles, como también se cuestionaba el creciente clima de violencia que se vive en el territorio mexicano y la coyuntura electoral manipulada por los medios.

Por otro lado, aunque sin reconocerlo muchas veces, el movimiento se constituyó con un fuerte sentido antipriista. En la mayoría de las consignas se expresaba un fuerte rechazo al pasado priista: “Antes lo dijo Díaz Ordaz: ‘Hemos sido tolerantes, hasta excesos criticados’. Ahora lo decimos nosotros”; “Es obsoleto, pero le llaman NEO; es opresor, pero le llaman liberalismo”; “Revolución no es el nombre de una calle”. Otras consignas expresaban la desesperanza de una generación: “Ya nos quitaron los sueños, entonces despertemos”. “No más minutos de silencio”. “Los muertos no pudieron venir, yo sí”. “¿Miedo? Sólo al silencio”; “NI les creo, NI les creeré”. “Yo tenía un país”. Otras más expresaban un posicionamiento ante el poder: “Y a ellos ¿quién los gobierna?”; “Ellos no van a cambiar, entonces hay que cambiarlos”; “La tele no nos quiere ver, estamos a mano”; “El Ejército en las calles: muchos cabos sueltos”.⁵²

⁵² Estas consignas fueron retomadas del “Banco de Consignas” —ahora inactivo— que integrantes del movimiento pusieron a disposición en Internet.

En el año 2013, semanas previas a la aprobación de la reforma educativa, se registraron diferentes movilizaciones de profesores. Cabe recordar que la reforma laboral firmada a finales del sexenio de Felipe Calderón (2006-2012) abrió el camino hacia una mayor precarización, flexibilización y desestabilidad laboral. Con la reforma educativa³³ se vieron afectados particularmente los derechos del gremio magisterial, entre otros factores por la posibilidad de suspensión de sus contratos laborales a partir de una evaluación punitiva y estandarizada que, sin importar los diferentes contextos en donde se realice, definiría el futuro laboral del profesorado. Si bien ante la reforma laboral las resistencias fueron escasas, con la educativa sucedió todo lo contrario.

El movimiento magisterial protagonizado por el gremio de profesores de la Coordinadora Nacional de los Trabajadores de la Educación (CNTE) surgió en 2013 con el objetivo de frenar la implementación de la “reforma educativa”. Entre los estados de la República que tuvieron mayores contingentes y mayor participación en estas movilizaciones se encontraban Oaxaca, Guerrero y Chiapas. Aunado a estos grupos masivos, que fueron la base del nuevo ciclo de movilizaciones magisteriales, se solidarizaron desde esta primera fase del movimiento diversos grupos estudiantiles, padres de familia, organizaciones y movimientos sociales.

El movimiento magisterial realizó, como suele observarse en los últimos años, la movilización de amplios contingentes provenientes principalmente de las entidades de Oaxaca y Chiapas hacia la Ciudad de México para realizar en el Zócalo ocupaciones por tiempo indeterminado, también denominados “plantones”. Las acciones de este tipo, junto a las marchas y la toma temporal de carreteras y predios

³³ Esta política forma parte de un paquete más amplio de reformas estructurales en diferentes materias: energética, de telecomunicaciones, competencia económica, financiera, hacendaria, laboral, procedimientos penales, política-electoral y transparencia.

federales, forman parte de su repertorio tradicional de acciones.⁵⁴ La ocupación encabezada por la CNTE tardó poco más de veinte días, hasta que fue desalojada violentamente por cuerpos policiacos, como se explica más adelante.

El eje sobre el cual se articuló el conflicto entre el movimiento y el Estado fue la reforma educativa. La versión oficial planteaba que esta reforma tenía por objetivo: elevar la calidad de la educación pública, siendo respetuosa con los derechos magisteriales, no era impuesta por organismos internacionales, no privatizaría la educación y no consideraba que la baja calidad educativa fuera responsabilidad exclusiva del profesorado; el Estado recuperaría la rectoría de la educación; se utilizaría una evaluación justa para atender las necesidades de los maestros, y se fortalecería el derecho de los mexicanos a la educación de calidad.⁵⁵

Entre las voces críticas se advertía la reforma educativa como la culminación de una serie de reformas educativas neoliberales que desde hacía más de veinte años obedecían a un pacto político-empresarial impositivo, cupular y antipopular. Con la reforma educativa de 2013 se consumaron las reformas estructurales pendientes, las cuales tienen un sentido centralista, mercantil y privatizador. Esta, como otras reformas neoliberales, ha tenido consecuencias graves de empobrecimiento y exclusión entre los niños y jóvenes mexicanos, y ha cancelado la posibilidad de que alcancen un futuro mejor, a la vez que los derechos de los trabajadores de la educación se fueron perdiendo en forma paulatina (López Aguilar, 2014). “No a la reforma educativa” fue la consigna central del movimiento.

⁵⁴ El centro de la ciudad de Oaxaca, en el sur de México, por ejemplo, ha sido un espacio en el que periódicamente se observa este tipo de manifestaciones: en mayo de 2006, sectores del magisterio iniciaron un plantón por tiempo indefinido. El 14 de junio, los cuerpos policiacos intentaron desalojar a los campamentos, lo que detonó el conflicto. En consecuencia, surgió la Asamblea Popular de los Pueblos Organizados (APPO), conformada por un conjunto de más de 300 organizaciones, sindicatos, comunidades y otros sectores de la sociedad civil que se solidarizaron con el gremio magisterial.

⁵⁵ Ver: <http://reformas.gob.mx/reforma-educativa/que-es>

Dado que la reforma educativa llegó acompañada por una serie de reformas estructurales, el movimiento magisterial se tornó el centro de un movimiento más amplio al que gradualmente se fueron sumando organizaciones estudiantiles, campesinas y movimientos populares. La consigna se hizo, entonces, mayor: “no a las reformas estructurales”. De esta manera, además de las demandas gremiales, existió una preocupación de los diferentes actores por la privatización de la educación y de los recursos energéticos, y por las consecuencias del “paquete” de reformas.

Por otro lado, jóvenes organizados, muchos de ellos en colectivos estudiantiles, participaron en las movilizaciones que surgieron por los acontecimientos de la noche del 26 de septiembre y la madrugada del 27 de septiembre de 2014, cuando cuerpos policíacos y grupos del crimen organizado ejecutaron un operativo en contra de un grupo de estudiantes de la Normal Rural “Isidro Burgos” de Ayotzinapa, Guerrero. En estos hechos fueron asesinados tres de los normalistas y otras tres personas, se hirió a 25 y se secuestró a 43 estudiantes. Estos acontecimientos no representan un hecho aislado; Guerrero se caracteriza por una profunda tradición de luchas populares, pero también por la gran represión que sufrió desde la Guerra Sucia, entre las décadas de los sesenta y setenta, cuando acumuló cientos de desaparecidos y asesinatos.⁵⁶

En 2014, durante las manifestaciones por los estudiantes desaparecidos, participaron los actores movilizadores durante los últimos años en México (estudiantes, maestros y autodefensas). La Coordinadora Estatal de los Trabajadores de la Educación en Guerrero (Ceteg) se encargó de llevar en Guerrero la batuta, junto a los estudiantes de Iguala y los padres de los desaparecidos. Se sumaron también la Federación de Estudiantes Campesinos y Socialistas de México (FECSM)

⁵⁶ En el contexto nacional, en esas fechas salió a la luz información sobre hechos ocurridos el 30 de junio de 2014, en Tlatlaya, Estado de México, en la que se evidenciaba que el Ejército mexicano ejecutó a 22 presuntos delincuentes, los cuales ya se habían rendido, y posteriormente montó la escena de un falso enfrentamiento sembrando armas en los cuerpos abatidos. Solo bajo presión las autoridades reconocieron que se trataba de un caso turbio que debería ser aclarado (Carrasco, 2014).

y otros grupos estudiantiles de Guerrero, la Unión de Pueblos y Organizaciones del Estado de Guerrero (UPOEG), la Asamblea Nacional Popular (ANP), las policías comunitarias vinculadas a la Coordinadora Regional de Autoridades Comunitarias, de la Policía Comunitaria (CRAC-PC), y muchos otros actores nacionales e internacionales.

En las movilizaciones de 2014 que comenzaron en Guerrero, las y los activistas contemplaron entre sus acciones marchas y repertorios violentos de acción. Algunos de estos concluyeron con agresiones a edificios públicos, la toma temporal de las instalaciones de la Procuraduría General de Justicia del estado y el ataque al palacio nacional en la ciudad de Tlapa de Comomfort (Illades, 2015). Con el paso de los días, entre septiembre y diciembre de 2014, la desaparición de los jóvenes normalistas y la incapacidad del Estado mexicano para dar una explicación congruente de lo sucedido y deslindarse de los sucesos provocaron que el movimiento se expandiera en diferentes direcciones en el país.⁵⁷

Durante los meses siguientes el movimiento sería alimentado con manifestaciones masivas en diferentes puntos del país. El 8 de octubre, por ejemplo, el movimiento tuvo eco en al menos 25 estados. Las protestas tuvieron lugar desde en ciudades pequeñas, donde se reunieron algunos cientos de personas, hasta en grandes centros urbanos como Guadalajara, donde se reunieron alrededor de 7 000 personas. En San Cristóbal de Las Casas ese día se registró una marcha con cerca de 20 000 zapatistas. Entre los repertorios de las manifestaciones se incluyeron: plantones, toma de oficinas públicas, destrucción de inmuebles gubernamentales, “acciones globales de protesta”,⁵⁸

⁵⁷ Entre los factores que provocaron la movilización de muchos sectores sociales se encuentran: la declaración oficial en la que se reconoce la participación de policías municipales en los actos violentos; la desaparición del exalcalde de Iguala José Luis Abarca y de su esposa, quienes estuvieron ilocalizables poco más de un mes después del 26 de septiembre; y el encuentro de más de 20 fosas con cadáveres que no correspondían a los estudiantes.

⁵⁸ Por acciones globales se entiende un conjunto de acciones colectivas (por ejemplo, marchas, mítines, actos de cabildeo, fiestas, denuncias de violencia o protestas en Internet) desplegadas simultáneamente en diferentes partes del mundo. Para Rovira (2015) un referente de las acciones globales que se desarrollan

paros en las escuelas, asambleas universitarias e interuniversitarias, bloqueos de avenidas y autopistas, jornadas de reflexión, *performances* políticos, marchas, eventos culturales y actos de difusión de información en las calles y los medios de comunicación.

En este movimiento tuvieron un papel importante diferentes organismos de derechos humanos, que condenaron la desaparición de los estudiantes y la violencia de que fueron víctimas y demandaron al gobierno mexicano que tomara las medidas necesarias para su localización y protección. Algunas de estos organismos fueron la Organización de las Naciones Unidas (ONU), la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH), la Comisión Nacional de Derechos Humanos (CNDH), la Organización de Estados Americanos (OEA) y Human Rights Watch (HRW).

Particularmente importante fue la colaboración del Grupo Interdisciplinario de Expertos Independientes (GIEI). A través de dos informes, resultado de sus investigaciones sobre la desaparición de los 43 estudiantes en Ayotzinapa, brindó recomendaciones al Estado mexicano en materia de desaparición forzada. Entre sus conclusiones, el GIEI señala que no existen evidencias que apoyen la hipótesis generada, con base en testimonios, de que los cuerpos de los 43 estudiantes fueron cremados en el basurero municipal de Cocula.⁵⁹

En 2014, entre los meses de octubre y diciembre, “Vivos se los llevaron, vivos los queremos” fue la principal consigna del movimiento. Esta consigna, recordemos, fue compartida por militantes en Argentina en el contexto de la dictadura militar en 1977 ante el incremento de desaparecidos por el régimen, lo que provocó protestas de los familiares

hoy en día fue la protesta el 12 de enero de 1998 con motivo de la matanza de Acteal, en Chiapas. Posteriormente, el movimiento altermundista y diferentes redes de activistas transnacionales convocaron a nuevas acciones. Los primeros días de septiembre de 2017, familiares de los 43 estudiantes de Ayotzinapa y organizaciones sociales convocaron a la realización de la “36 Acción Global por Ayotzinapa”.

⁵⁹ Para consultar los informes y otros materiales en torno a las investigaciones del GIEI, ver <http://prensagieiaiyotzi.wixsite.com/giei-ayotzinapa/materiales>, consultado el 1 de octubre de 2017.

en la Plaza de Mayo, en Buenos Aires, cada jueves, y por el comité Eureka, en el ya referido contexto mexicano, marcado por la ofensiva del Estado contrainsurgente denominado “guerra sucia”. Esta consigna, emblemática de la criminalización y represión hacia los movimientos sociales en América Latina, fue el eje en torno al cual se movilizaron cientos de miles de personas tras los eventos de Ayotzinapa

MARCHAS, PLANTONES Y OCUPACIONES

En el variopinto mosaico de acciones colectivas registradas durante el “sexenio de las protestas” en México es indudable el protagonismo de jóvenes activistas.⁶⁰ Los *repertorios de acción colectiva* en los movimientos sociales son también diversos y experimentan innovaciones constantemente. En México, estos comprenden principalmente marchas, tomas de los centros educativos, paros cívicos, festivales culturales, mítines, jornadas de información en diferentes espacios y modalidades, boteos para reunir fondos, ocupación de casetas de cobro de autopistas, bloqueo de avenidas y carreteras, plantones en espacios públicos, elaboración de gráfica política y *performances*.⁶¹

Sin duda, las protestas en las calles son una de las acciones colectivas más recurrentes en las jornadas de movilización social debido

⁶⁰ Aunque en este análisis me he distanciado de la dicotomía que separa rígidamente las acciones colectivas tradicionales de las novedosas, no es mi objetivo soslayar las diferencias evidentes entre las distintas acciones. Resulta útil la noción *movimientos sociales de protesta* que Jasper (2014) utiliza para distinguir a los movimientos que recurren a prácticas en las que los actores se sitúan en una posición abierta de conflicto, lo que también se ha definido tradicionalmente como política contenciosa.

⁶¹ De acuerdo con el catálogo de LAOMS, los repertorios pueden ser de tipo pacífico —acciones artísticas y simbólicas diferentes, acciones dramáticas, bloqueos, boicots, brigadeo, cadenas humanas, campamentos, caravanas, ciberactivismo, cierre de negocios, desnudos parciales, desobediencia civil, huelgas de hambre, etcétera— o de tipo violento —agresiones verbales y provocaciones, ataques a civiles, ataques a uniformados, autoagresiones, destrucción de bienes privados, destrucción de bienes públicos, retención de civiles, retención de funcionarios, entre otras—.

a que son las que menor costo implican a las y los activistas y simpatizantes del movimiento. Las protestas suelen desarrollarse de manera pacífica, pero dado que en estas se concentra un conjunto heterogéneo de actores sociales, los desenlaces no siempre son predecibles. Prueba de esto es que en los últimos años la violencia policial ha sido recurrente, aunque como veremos más adelante, esta se ha presentado en circunstancias particulares.

Entre 2012 y 2014, jóvenes de Chiapas mostraron su apoyo al movimiento #Yosoy132, al movimiento magisterial-social y al movimiento por Ayotzinapa, saliendo a marchar en las calles de las principales ciudades del estado masivamente, ante lo cual en los últimos años se ha acuñado en los medios de comunicación el término “megamarcha”, que hace referencia, como su nombre lo indica, a concentraciones grandes o importantes en las que generalmente participan cientos de miles de asistentes.

Entre estas acciones, es importante detenerse en los eventos suscitados en las jornadas de protesta en el marco del movimiento magisterial, entre el 16 y el 19 de septiembre del año 2013, cuando se registró un incremento significativo en el número de manifestaciones y en la dimensión de estas en diferentes puntos del país. Si bien el apoyo al gremio magisterial existía en diferentes regiones, el hecho de que el plantón que el profesorado mantenía en el Zócalo de la Ciudad de México fuera desalojado con violencia provocó la indignación de la ciudadanía y de grupos organizados, que se fueron sumando a las protestas en contra de las reformas estructurales.

El 27 de septiembre, en Tuxtla Gutiérrez se realizó la primera “megamarcha” en apoyo al magisterio, protesta replicada también en San Cristóbal. En esta última ciudad, el Movimiento Popular Magisterial de los Altos de Chiapas (MPMACH), el Frente de Padres de Familia, estudiantes de diferentes escuelas de educación media superior, superior y de posgrado, la Asamblea Ciudadana del Pueblo de San Cristóbal (ACPSC), la Confederación Independiente de Obreros Agrícolas y Campesinos Histórica (Cioac), diferentes Delegaciones sindicales, el Frente normalista, el Movimiento de Regeneración Na-

cional (Morena) y la Organización Campesina Emiliano Zapata (OCEZ), entre otras organizaciones y ciudadanos independientes, encabezaron las movilizaciones.

El 2 de octubre, fecha emblemática por la conmemoración de la matanza de estudiantes en Tlatelolco, a pocos días de que se aprobaran las reformas energéticas, fue el momento cumbre de las movilizaciones magisteriales-sociales, que se extendieron a, por lo menos, 14 entidades del país. En San Cristóbal se trató de un evento sin precedentes debido a que, por la cantidad de personas que se movilizaron en la ciudad, las actividades fueron suspendidas durante algunas horas. En la Ciudad de México se había desbordado nuevamente la represión policial y, como tendremos oportunidad de argumentar más adelante, el manejo mediático de la misma se redujo a las acciones violentas.

FIGURA 15. NORMALISTAS DURANTE PROTESTA DEL MOVIMIENTO MAGISTERIAL-SOCIAL, 2013



Fuente: Archivo del autor.

Es importante mencionar que el plantón, junto a los paros de actividades y las marchas, se ha convertido en una *acción colectiva* recurrente

te del gremio magisterial.⁶² Este tipo de acciones se han realizado en los últimos años en diferentes ciudades (por ejemplo en la Ciudad de México y en las capitales de los estados de Guerrero, Oaxaca y Chiapas). En 2013, en el marco del movimiento magisterial-social, los estudiantes en general, y los normalistas en particular, se solidarizaron con el gremio magisterial fortaleciendo estas y otras acciones colectivas. Una alumna normalista narró la “vida” del plantón realizado en la capital del estado como una experiencia que propició una diversidad de actitudes entre los mismos manifestantes.

Desde el primer día nos pudimos percatar cómo eran las distintas visiones. Mientras que en unas zonas algunos maestros estaban poniendo volantes, poniendo mamparas y pegaban muchos boletines informativos y resolutivos, otros maestros amanecían con los cartones de cerveza... Eran muy diversos los motivos para ir. Encontrábamos maestros que ponían su campamento y después se rebelaban, como que intentaban romper el movimiento (Karla, comunicación personal, 24 de enero de 2014).

A decir de integrantes de la Coordinadora de Estudiantes Normalistas del Estado de Chiapas (Cenech), la experiencia de estar moviliados fue cambiando a medida que el tiempo avanzaba, en tanto que cada día representaba un mayor desgaste en diferentes sentidos. En términos de subsistencia, los recursos iban menguando, lo que obligaba a los manifestantes a adaptarse a los recursos disponibles. Así lo planteó la misma estudiante normalista.

⁶² El centro de la ciudad de Oaxaca, en el sur de México, por ejemplo, ha sido un espacio en el que periódicamente se observan este tipo de manifestaciones: en mayo de 2006, sectores del magisterio iniciaron un plantón por tiempo indefinido. El 14 de junio, los cuerpos policíacos intentaron desalojar a los campamentos, lo que detonó el conflicto. En consecuencia, surgió la Asamblea Popular de los Pueblos Organizados (APPO), conformada por un conjunto de más de 300 organizaciones, sindicatos, comunidades y otros sectores de la sociedad civil que se solidarizaron con el gremio magisterial.

Al principio fue un poco desorganizado, fueron de las mejores partes porque eran los momentos en los que hasta te dabas tu lujito de ir a comer en restaurant, pagabas tu baño, algunos pagaban su cuartito de hotel para irse a bañar, regresar y todo. [Después] nos teníamos que quedar de vez en cuando en el paro indefinido en Tuxtla por las famosas “permanentes”. Al principio, todos comprando botellas de agua y la gran contaminación. [Después] a aguantarse porque parecía más cloro que agua lo que venía en los garrafones [llenados por la mesa centralizadora]; de comer pollos asados o pizza, pasamos a comer saladitas con atún o sardina; cada vez llegaba menos el apoyo por parte de la dirección, los directivos iban a dejarnos pan cada dos días; después los directivos fueron desapareciendo (Karla, comunicación personal, 24 de enero de 2014).

Las enfermedades se sumaron a las dificultades de sostener la movilización. Así lo expresó una de las activistas involucradas: “Yo estuve internada, otras líderes también, por que se descuida uno mucho dentro del movimiento, se preocupa uno más por otras cuestiones. No ir al baño y cosas así afectan mucho física y mentalmente porque son un desgaste” (Rosa, comunicación personal, 7 de marzo de 2014).

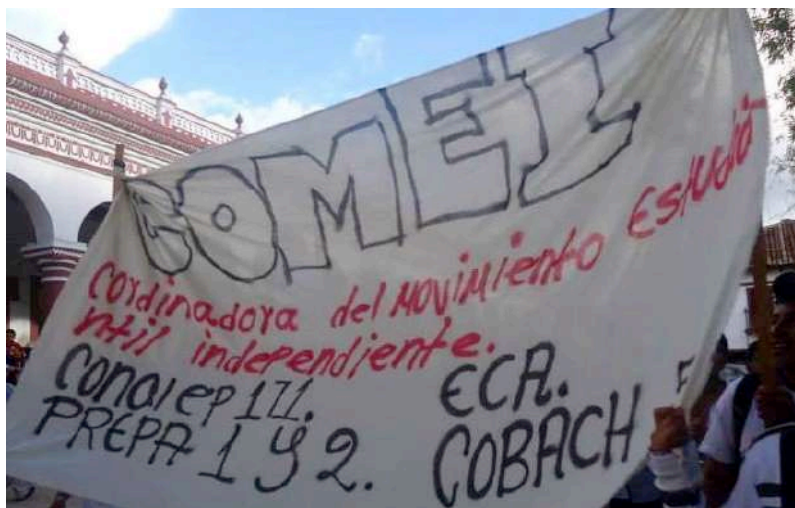
Por otro lado, las ocupaciones de las escuelas fueron otra modalidad de *acción colectiva* ejecutada por los estudiantes de preparatoria. El 1 de octubre se conformó en San Cristóbal el Primer Frente Estudiantil de Bachilleres, integrado por alumnos de los planteles 58 y 11, de ambos turnos, del Colegio de Bachilleres de Chiapas (Cobach), quienes en el mismo día de su conformación realizaron una marcha que partió del sur al centro de la ciudad. Durante el recorrido, los contingentes de estudiantes detonaron fuegos artificiales, quitaron propaganda publicitaria de eventos conmemorativos al mes patrio y anunciaron que participarían en las manifestaciones del 2 de octubre (Gómez-Abarca, 2019).

El 3 de octubre, junto con la ocupación de diferentes escuelas, se dio a conocer la formación de la Coordinadora del Movimiento Estudiantil Independiente (Comei). Esta estuvo integrada por algunos estudiantes

organizados adscritos a las preparatorias del Estado 1 y 2, al Colegio Nacional de Educación Profesional Técnica (Conalep), al Colegio de Bachilleres de Chiapas (Cobach) 11 y 58, a la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Autónoma de Chiapas (Unach) y a la Universidad Intercultural de Chiapas (Unich) (Hernández, 2013) (ver Figura 16.) La Comei se posicionó en un primer comunicado como:

Una organización de estudiantes de diferentes preparatorias y universidades que busca defender los derechos de los alumnos conjuntamente y solidarizarse con el movimiento del magisterio popular para sumar esfuerzos y luchar contra las reformas neoliberales. Estas reformas, perjudican a todos los sectores de la población, pero particularmente a los trabajadores y a nosotros mismos, cuando tengamos que pagar por nuestra educación.⁶³

FIGURA 16. ESTUDIANTES DE LA COMEI DURANTE PROTESTA DEL MOVIMIENTO MAGISTERIAL-SOCIAL, 2013



Fuente: Página de Comei en Facebook.

⁶³ Fuente: <https://www.facebook.com/comei.movimientostudiantil?fref=ts>

Como pudo constatarse, entre la diversidad de sujetos colectivos que forman parte de los movimientos sociales de los últimos años destacan las organizaciones estudiantiles. La defensa de los derechos en materia de educación, la gratuidad, pero también la exclusión del sistema educativo, han sido ejes centrales en la arena de conflicto. No obstante, entre 2012 y 2014, las movilizaciones sociales colocaron, además, otros temas de alcance más amplio, tales como: la democratización de los medios de comunicación, la derogación de las reformas estructurales y la exigencia de justicia y aparición con vida de los normalistas de Guerrero, lo que puso en evidencia algunos de los graves problemas que aquejan a la sociedad mexicana.

MOVILIDAD URBANA

Como en diferentes partes del mundo, ante el incremento exponencial de los automóviles y las dificultades que esto genera para desplazarse por la ciudad, en San Cristóbal el número de personas y organizaciones sociales que promueven el uso de la bicicleta ha crecido. Con el paso del tiempo los paseos en bicicleta, también denominados “rodadas”, son organizados con mayor frecuencia por diferentes colectivos. Estas también se vuelven más amplias, compartidas por hombres y mujeres de todas las edades, y también eventualmente plantean objetivos concretos en materia de políticas públicas municipales.

El fomento del uso de la bicicleta como medio de transporte alternativo, según algunos de sus impulsores, conlleva diferentes beneficios más allá del plano deportivo, lo que ha despertado el interés de diferentes grupos organizados. Uno de los primeros colectivos que organizaron “rodadas” fue Pedalazo, pero con el paso del tiempo han surgido otros grupos. Por ejemplo, ocho mujeres iniciaron su propio proyecto de “rodadas”, adoptando el nombre de Insolentes, sumándose a un grupo nacido en la Ciudad de México con el mismo nombre. Este grupo, cuyo “concepto” es que más mujeres hagan uso

de la bicicleta por la ciudad para transmitir la idea de que es un medio de transporte eficaz, de uso cotidiano, se ha extendido hacia el norte, el centro y el sur del país.

El grupo realizaba “rodadas” por la ciudad una vez por semana y, ocasionalmente, convocaba hasta a sesenta personas, quienes procuraban usar chalecos reflejantes como medida de seguridad. Para la fundadora de este grupo, con las rodadas se han alcanzado algunos logros que tienen que ver con el impacto sobre el ambiente, y sobre la opinión de los ciudadanos de la ciudad y de algunos funcionarios públicos que parecen mostrarse sensibles al tema.

La semilla que sembramos está dando frutos, pues ya no solo estamos impactando socialmente a ciudadanos normales que transitamos en San Cristóbal, sino que los funcionarios públicos también se han interesado en este tema y se han ido sumando a la gente que está sacando su bicicleta, que sale a relajarse un martes por la noche. Se están implementando proyectos en beneficio al ciclista, al respeto en las calles, al respeto vial [y a los] motociclistas. Ahorita se tiene un proyecto con Vialidad junto con Prevención del Delito, precisamente para fomentar el respeto al ciclista en las calles, y también se despliega ordenamiento urbano para destinar espacios para cada vehículo, y también estamos impactando ecológicamente (Kony, comunicación personal, 19 de agosto de 2014).

Entre las organizaciones que fomentan el uso de la bicicleta se comienzan a buscar estrategias para que los ciclistas cuenten con espacios más seguros para transitar por la ciudad, tales como la construcción de ciclovías o ciclopistas para hacer más eficiente el traslado en bicicletas y la generación de conciencia social sobre una cultura en la que se respete al ciclista. Algunas organizaciones consideran que es necesaria una agenda más amplia de movilidad urbana en la que se considere el uso indiscriminado del automóvil y sus consecuencias ecológicas, y la urgencia de una reorganización de las

rutas de transporte colectivo. Así lo plantea una integrante de Ciudadanos en Movimiento.

En la cuestión ambiental le apostamos a la ecomovilidad, a la bicicleta como medio de transporte. Sobre todo en San Cristóbal, que es superchiquito, es incoherente que llegues al centro en automóvil, dejarlo a unas cuadras y si caminas más ya estás en tu casa. Entonces ¿por qué no tomar una bicicleta, caminar, o incluso apostarle al transporte público? Esto lo queremos elevar a un rango de política pública, que se den más concesiones para rutas de transporte, revisar lo de los horarios. Esperamos que se discuta como parte de la agenda pública, [para ello] estamos dialogando con el secretario de Transporte Público (Annel, comunicación personal, 20 de agosto de 2014).

ARTE Y CULTURA

La relación existente entre el arte, la cultura y *la política* se ha abordado de diferentes formas. Desde la teoría de los *nuevos movimientos sociales* se ha colocado la cultura en el centro del conflicto y del cambio social; en América Latina se ha recuperado esta idea, y se ha considerado la cultura como arena donde se dirimen conflictos; asimismo, desde los estudios de juventud se ha hecho énfasis en la *culturalización de la política* y *la politización de la cultura*.

En la práctica el arte y la cultura han sido estrategias usadas por diferentes colectivos. El Colectivo Jovenarte, por ejemplo, surgió entre 2009 y 2010, cuando sus cinco integrantes constituyeron un grupo musical, de tipo rondalla, para trabajar y poder continuar sus estudios. En 2014 sus integrantes realizaron un diagnóstico de los principales problemas y las carencias existentes en su barrio, entre los que encontraron: el difícil acceso a la oferta cultural, los bajos índices de escolaridad de los habitantes, los problemas ecológicos, la desatención familiar, el incremento de la inseguridad y el aumento en el consumo de drogas.

FIGURA 17. TALLER DE MÚSICA EN EL BARRIO DEL SANTUARIO. COLECTIVO JOVENARTE



Fuente: Archivo personal del autor.

El principal objetivo de este colectivo fue, entonces, aprovechar el arte para invitar a más jóvenes a convertirse en *agentes de cambio social* en el barrio periférico de El Santuario (ver Figura 17). Recientemente han incorporado entre sus metas la incidencia en políticas públicas en materia de prevención de la violencia, lo que los ha colocado en un proceso de aprendizaje colectivo y les ha impulsado a mantener relaciones con diferentes instituciones del Estado, organizaciones civiles y organismos internacionales enfocados en promover la incidencia en políticas públicas.

Tal como ocurre en otras ciudades latinoamericanas, el arte y la cultura se han convertido en canales privilegiados, a través de los cuales activistas jóvenes se constituyen en sujetos políticos. Las acciones que realizan desde los diferentes colectivos y organizaciones sociales, a pesar de las discrepancias ideológicas, mantienen puntos de coincidencia en este sentido: el cine, el teatro, los malabares, la lectura y muchas otras expresiones culturales son pensadas y accionadas como herramientas de desarrollo humano, que permitan alejar a jóvenes de la violencia, desarrollar capacidad crítica y contribuir a la reconstrucción del tejido social.

Para ilustrar lo anterior, podemos referir los casos de: Hablemos Chiapas, colectivo que incursionó en la radio y el cine con el objetivo de abrir la discusión crítica sobre diferentes temas; Pedalazo, Insolentes y otros colectivos que organizan rodadas en la búsqueda un

cambio cultural orientado a la movilidad urbana; y Viva Tlaxcala, que asume la cultura y el arte como “herramientas” fundamentales de cambio social. Así lo expresa uno de los fundadores de este último colectivo:

En el caso de los proyectos que echamos a andar, los trabajamos con la cultura, creemos que es una herramienta no solo de desarrollo humano, sino que permite a los individuos convivir de una manera más armónica. El arte es un lenguaje que hace que todos convivan en paz. Me refiero con cultura a la música, las canciones en otros idiomas, teatro, formación actoral, el arte (Darinel, comunicación personal, 8 de septiembre de 2014).

Como puede observarse, incluso en organizaciones cuyos objetivos son la construcción de ciudadanía y el medio ambiente, la cultura se sitúa como uno de los temas transversales. Así, los talleres culturales que se ofrecen en barrios periféricos, las funciones de cine que se llevan a cabo al aire libre y las actividades de fomento a la lectura, pueden entenderse como acciones que “democratizan” sustancialmente el acceso a la cultura, ante la concentración de actividades culturales en el centro histórico de la ciudad.

ECONOMÍA LOCAL Y SOLIDARIA

Otra línea de acción de los colectivos a los que nos acercamos tiene que ver con el impulso a la economía local y solidaria, la cual se puede entender como un conjunto de actividades comerciales, de producción, de transformación y de comercialización de productos y servicios promovidas colectivamente por diferentes grupos. Entre estos se pueden identificar *identidades*, asociaciones, cooperativas, comunidades y otro tipo de expresiones asociativas que tienen en

común la meta de mejorar las condiciones de vida individual, pero que también buscan tener un impacto en sus localidades.

Los proyectos de economía local y solidaria dan lugar a un circuito de agrupaciones que han venido ganando reconocimiento y terreno en diferentes partes del mundo. Entre los objetivos principales de estos circuitos se encuentra generar una competencia comercial mediante principios de equidad, solidaridad, reciprocidad y apoyo mutuo, colocando en el centro al ser humano y cuestionando los procesos de acumulación capitalista a gran escala, que sitúan en el centro al mercado, lo que provoca desigualdad, pobreza y exclusión entre quienes no consiguen subirse al “tren de las dinámicas de mercado” (Tapia, 2012).

En los proyectos de este tipo se busca incentivar el uso de los recursos materiales y humanos de la localidad mediante diferentes estrategias. En San Cristóbal, las actividades comerciales de esta naturaleza son emprendidas por diferentes grupos, muchos de los cuales están integrados principalmente por jóvenes. Para ejemplificar estas acciones traigo a colación dos casos concretos que he documentado. Por un lado, la organización Viva Voluntariado realiza acciones de diferentes tipos en conjunto con otras organizaciones para producir objetos de uso diario con materiales reciclados, incentivando la elaboración y venta de productos locales (por ejemplo, dulces o mochilas con material reciclado).

El colectivo Raíces, por su parte, tiene como objetivo fundamental la difusión y el mejoramiento de la economía local, estatal y nacional, a través de la realización de eventos en los que se comercializan productos, diseños, servicios, arte y manufactura mexicana; se busca que los emprendedores locales y estatales impulsen sus actividades económicas. Sus acciones se concentran en generar espacios de trueque, compra y venta, incluyentes, donde se ofrecen una diversidad de productos y servicios de calidad. El colectivo está compuesto por tres mujeres creadoras, como ellas mismas se denominan, y su organización se define como independiente, autónoma, anticapitalista y alejada de cualquier tipo de institucionalidad.

MEDIO AMBIENTE Y TERRITORIO

Entre los denominados *nuevos movimientos sociales* que surgieron en la década de los sesenta se encuentra el movimiento ecologista, también conocido como ambientalista, que busca la protección y defensa del medio ambiente y del planeta. En el centro de las preocupaciones de este movimiento se encuentra la importancia de los ecosistemas y las distintas especies, humanas o no, cuestionando el antropocentrismo que ha caracterizado los procesos de desarrollo modernos.

Las acciones de los movimientos ambientalistas, también denominados verdes, han operado desde tres ejes temáticos básicamente: la conservación y regeneración de los recursos naturales, la preservación de la vida silvestre, y la reducción de la contaminación junto con la mejora de la vida urbana. En las últimas décadas, otras problemáticas han sido incorporadas como eje de las acciones, entre las que se encuentran: la sustentabilidad, el agujero de ozono y el cambio climático. Asimismo, unos movimientos se han articulado con otros con causas afines: a favor de la paz, los derechos humanos y los derechos de los animales, o contra las armas nucleares y la energía nuclear (López Mendoza, 2012).

El movimiento ecologista tiene presencia en México desde la década de los ochenta. En la práctica, el movimiento se caracteriza porque en él se enmarcan una gran diversidad de asociaciones, de líneas y sublíneas temáticas, con acciones también diversas. Algunos grupos buscan profesionalizarse y establecer vinculaciones con las instituciones para tener mayor incidencia en políticas públicas en materia de protección al ambiente.⁶⁴ En San Cristóbal, las y los jóvenes que participan en este movimiento han desempeñado papeles como interlocutores de foros y de programas institucionales, a la vez que han emprendido acciones sin ninguna vinculación institucional.

Cuando nos acercamos a los colectivos que colaboraron en esta investigación, los temas ambientales se situaban como objetivos

⁶⁴ Ver <http://movimientos--sociales.blogspot.mx/2008/12/movimiento-ecologista-en-el-mundo-y-en.html>

transversales en algunos de sus proyectos. Entre las acciones que explícitamente abonan a estos objetivos encontramos: las actividades de reforestación, los foros interinstitucionales, el reciclaje de productos, las campañas de información sobre la importancia de humedales y las “rodadas” en bicicleta. Asimismo, durante el proceso de investigación algunas asociaciones locales o redes de asociaciones realizaron un giro en su problematización, integrándose a las luchas por el territorio, uno de los principales ejes de lucha contemporáneos.

MEMORIA COLECTIVA Y TEJIDO SOCIAL

La construcción de la memoria es un proceso fundamental para recuperar la historia de la comunidad, reconstruir los lazos sociales y proyectar horizontes colectivos. El *Museo de la Memoria, una mirada al pasado que nos identifica*, por ejemplo, es un proyecto que tiene como finalidad rescatar las raíces identitarias del barrio de Tlaxcala, ubicado en el norte de la ciudad de San Cristóbal, y la construcción de la memoria colectiva en este barrio por sus mismos habitantes. El proyecto surgió a partir de la idea y la gestión de varios jóvenes chiapanecos, quienes accedieron, mediante concurso, a un fondo estatal del Programa de Apoyo a las Culturas Municipales y Comunitarias (Pacmyc).

No sin dificultades burocráticas y retrasos, el recurso finalmente fue otorgado en el mes de marzo de 2014, por lo cual fue en esta fecha cuando se comenzaron a realizar las diferentes acciones que darían vida al museo. Entre las actividades que se tenían contempladas se encontraba la realización de fotografías y biografías de personas del barrio que se dedican a oficios “tradicionales” como los siguientes: la elaboración de dulces regionales, la panadería, la peletería, la docencia, la reparación de automóviles, el servicio de rezos y la elaboración de tortillas. Estas fueron algunas de las actividades “retradas” en el proyecto.

En un principio, el proyecto pretendió rehabilitar un espacio que fue abandonado, después de haber sido sede de una clínica, para la

creación de un museo comunitario que incluiría la exposición de los materiales visuales y de los objetos de uso cotidiano, así como también de material impreso relacionado con los oficios e historias de vida de los habitantes del barrio. Este museo se planeó como el lugar en donde los oficios tradicionales fueran reconocidos por su importancia en la construcción de una identidad y en la aportación al desarrollo económico de cada familia y, por ende, de la ciudad.

Adicionalmente, en el proyecto se pretendía que los habitantes se apropiaran de este un espacio subutilizado del barrio, y que los habitantes de la ciudad y los visitantes se acercaran a un entorno del cual se conoce poco o nada, a pesar de ser uno de los barrios más antiguos de la ciudad. En el proceso se fue descubriendo que el proyecto tenía potencialmente otras virtudes, como la posibilidad de tejer lazos generacionales basados en la memoria colectiva. Otro de los objetivos fue el de fomentar la participación ciudadana de niños, jóvenes y adultos de este barrio para la conservación de este espacio.

En el proceso, los escasos recursos económicos y “humanos” impidieron alcanzar todos los objetivos planteados; por ejemplo, el espacio que se pretendía rehabilitar exigía la inversión de más recursos, ante lo cual se optó, como un primer paso, por la realización de una exposición fotográfica temporal en un espacio comunitario del mismo barrio (ver Figura 18).

FIGURA 18. EXPOSICIÓN FOTGRÁFICA, MUSEO DE LA MEMORIA



Fuente: Archivo del autor.

El día 20 de marzo de 2016 se inauguró la exposición fotográfica en el salón de usos múltiples del barrio de Tlaxcala. En un ambiente festivo, acompañado por comida tradicional y música tradicional de marimba, y con la asistencia de personas vinculadas con los oficios fotografiados, se expusieron los resultados de la intervención. El material recopilado es una fuente importante de historia oral que se esperaba que fuera recuperada en etapas futuras, para así dar continuidad a este proyecto mediante uno más amplio, permanente y autosustentable como el que se planteó inicialmente.

En suma, los repertorios de acciones colectivas expuestos permiten observar las dos formas de canalizar las necesidades sociales que la gente joven experimenta en su vida cotidiana. Nos referimos a las acciones contenciosas realizadas en el marco de jornadas de movilización social nacionales y en el seno de colectivos locales con diferentes objetivos específicos. No obstante, más allá del carácter contencioso que distingue a unas de otras, ¿es posible encontrar conexiones y afinidades entre estas?

Hay elementos que permiten cuestionar las diferencias tajantes entre las diferentes acciones colectivas: 1) componentes como la cultura y el arte que refieren a la culturalización de *la política* o a la *politicización de la cultura* se encuentran presentes en la mayoría de experiencias colectivas, 2) existen evidencias de que activistas de diferentes movimientos sociales emplean acciones de distintos tipos dependiendo de la coyuntura y del clima político en que se encuentren, y 3) los múltiples activismos que algunas personas jóvenes ejercen las sitúan en diferentes canales de participación.

Capítulo 5

Actorías juveniles y marcos simbólicos de acción

Hemos argumentado en capítulos anteriores la importancia de la cultura en los movimientos sociales y la perspectiva cultural en el análisis de los mismos.⁶⁵ Esta relación se expresa en un sentido instrumental de la cultura, como “instrumento” de transformación social, pero también como parte constitutiva del activismo contemporáneo y de sus interacciones sociales. De ahí que resulta fundamental descifrar algunos componentes simbólicos de la acción.

Un punto de partida epistemológico para tal abordaje es que los problemas no son algo externo a los actores, y que el reconocimiento de los problemas no se presenta de manera automática, sino que se elabora de manera simbólica y cultural en las interacciones sociales (Della Porta y Diani, 2006:65-66). En ese sentido, los aspectos cognitivos nos permiten comprender los procesos de problematización que los actores producen sobre sus realidades específicas y también revelan un conjunto de hábitos, “herramientas” o habilidades con las cuales definen sus estrategias de acción (Swidler, 1986:273).

El enfoque de los *encuadres* (*frame analysis*) o esquemas de interpretación, dado a conocer por Benford, Snow y otros analistas en las últimas décadas del siglo XX, cobra relevancia en este ejercicio interpretativo. Estos autores, apoyados en Goffman ([1974]2006), han propuesto comprender a los actores del movimiento como agentes que participan activamente en la producción y el mantenimiento de significados, definiendo este trabajo como *encuadre* (*framing*), mientras que

⁶⁵ La información que aparece en este capítulo relativa al análisis de la gráfica política ha sido publicada con anterioridad en el artículo denominado “La gráfica política y los marcos de acción colectiva en San Cristóbal de Las Casas, Chiapas (2010-2013)” (Gómez-Abarca, 2018).

a los productos resultantes de este *encuadre* se les denomina *marcos de acción colectiva*. Estos últimos permiten el reconocimiento del mundo y la orientación de las experiencias hacia el futuro (Cadena-Roa, 2002; Johnston, 2005).

Esta perspectiva se distingue de otras cercanas al constructivismo por definir los *marcos de acción* no como agregados de las actitudes y percepciones individuales, sino como el resultado de la negociación de significados compartidos entre diferentes personas o grupos. De la problematización de las y los actores se deriva el planteamiento de un cambio, la asignación de responsabilidades y la elaboración de acuerdos para generar acciones que impulsen dicho cambio. Si bien es cierto que las personas no orientan estos procesos desde una lógica lineal, a través de la construcción de los marcos analíticamente es posible indagar en tres partes constitutivas de este proceso: el *marco de diagnóstico*, el *marco de pronóstico* y el *marco motivacional* (Benford y Snow, 2000).

El *marco de diagnóstico* refiere a la forma en que un conjunto de personas define una realidad como problemática, la cual anteriormente había pasado desapercibida, había sido naturalizada o se atribuía a factores naturales o a responsabilidades individuales (Della Porta y Diani, 2006:74). Vale decir que la definición del problema no está exenta de polémicas, pues siempre existen actores que buscan imponer su definición o su diagnóstico de la problemática sobre el resto de actores.

Un paso fundamental en la construcción de los esquemas de interpretación es la identificación de los responsables de la situación en que se encuentra la población agraviada. La identificación del agravio y los responsables está atravesada por un fuerte componente moral, caracterizado como un conjunto de principios de justicia que orientan las acciones de manera explícita y como principios que generalmente son sentidos, en vez de ser explícitamente formulados (Jasper, 2014:26; Meneses, 2016).

En esta línea argumentativa, Jasper plantea la importancia que tienen los *choques morales*, entendidos como eventos o información

perturbadora que provoca que las personas que no se dedican de tiempo completo a *la política* sean reclutadas, lo cual da un fuerte impulso a los movimientos (2014:93). De esta forma, frecuentemente la acción política es resultado de la actitud de desesperanza, y posteriormente las y los activistas intentan generar transformaciones morales por medio de su propia propaganda, por ejemplo, a través de imágenes alarmantes o historias de crueldad y opresión (Jasper, 2014:125).

Por su parte, Meneses (2016) destaca la importancia del sentimiento de agravio como un elemento clave para comprender los “resortes” de la *acción colectiva*. Si bien los agravios morales no explican ni determinan del todo la *acción colectiva*, son argumentos esgrimidos por los actores movilizados en favor de sus propios argumentos y acciones de defensa. Recientemente, en el plano internacional la indignación de amplios sectores de la población movilizada en las calles —en muchos casos por primera vez— revela la importancia de los agravios que derivan en una acción colectiva. La consigna *We are the 99%*, usada inicialmente por el movimiento Occupy Wall Street, es una expresión de la desigualdad que se experimenta a nivel global,⁶⁶ la cual resultó exitosa como puente comunicativo construido entre activistas que se sumaron al movimiento y entre audiencias más amplias que simpatizaron con este.

Lo anterior es también ejemplo de cómo los marcos constituyen también las narrativas voluntariamente elaboradas por actores dirigidas hacia otras audiencias para legitimar sus demandas y facilitar las acciones colectivas, narrativas que pueden variar en el éxito obtenido. Los marcos exitosos se caracterizan, entre otros factores, por la credibilidad, por la coherencia argumentativa y la reputación de los actores, y por el alineamiento que las y los activistas del movimiento consigan

⁶⁶ En este lema, el 1 por ciento de la población mundial está representado por un conjunto de organismos internacionales como el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional y la Organización del Tratado del Atlántico Norte, por la hegemonía económica estadounidense y por las empresas transnacionales, instancias a las que se les atribuye la desigualdad económica.

en determinado momento con las poblaciones que buscan movilizar a través de puentes comunicativos, particularmente en casos en los que las conexiones pueden no ser siempre evidentes (Della Porta y Diani, 2006:82-85; Snow *et al.*, 1986).

En cuanto a la búsqueda de soluciones para la construcción de nuevas formas de relacionarse y de ejercer el poder promovidas por las y los actores movilizados, se observa, además de una lógica racional medios-fines, aspiraciones utópicas, apertura de nuevos espacios e imaginación para ubicar nuevos escenarios políticos. Entre los horizontes tan diversos, que pueden definirse como *marcos de pronósticos*, existen por ejemplo grupos que plantean formas radicales para echar abajo la dominación capitalista, y otros grupos que proponen modalidades de adaptación con una perspectiva de mayor justicia distributiva y con proyectos socialmente responsables (Della Porta y Diani, 2006:77).

Finalmente, con respecto a la motivación y a los incentivos que la gente tiene para dar paso a acciones colectivas, si bien existe un cálculo medios-fines en relación con los costos que podría implicar una acción, particularmente en el caso de las acciones contenciosas, ¿qué es lo que hace que una persona decida involucrarse en tales acciones? La solidaridad y las *identidades colectivas* son un referente importante para rastrear la motivación de activistas.

En resumen, con base en estas distinciones analíticas elementales, la teoría de *los marcos* y *los procesos de encuadre* ha proporcionado una manera de comprender las construcciones simbólicas en los movimientos sociales y su vinculación con procesos organizativos y políticos más amplios. No obstante, quienes optan por esta perspectiva acusan diferentes críticas entre las que se encuentran: la constante reducción de la riqueza de los movimientos sociales a las estrategias de reclutamiento (Jasper, 1997:76); una limitada visión estática (Steinberg, 1998); su empleo en cualquier cuestión ideológica vinculada a los movimientos sociales (Benford, 1997); su uso como sinónimo o sustituto de la ideología (Oliver y Johnston, 2000),

y la dependencia de los procesos cognitivos en desmedro de otras consideraciones más emotivas.

Destaca la crítica referente al desplazamiento de la *ideología* por los *marcos*, por lo que conviene señalar sus diferencias principales y sus conexiones. La ideología fue acuñada por el francés A.L.C. Destutt de Tracy en 1796, quien en su obra *Science of Ideas* enfatizaba los sentidos humanos para la verificación del conocimiento y apoyaba la creación de un sistema democrático, racional y científico. El uso del término *ideología* posteriormente estuvo marcado por tintes peyorativos, siendo asociado a la burguesía, al marxismo y a otras oposiciones políticas (Oliver y Johnston, 2000:5-6).

En el siglo XX, el término *ideología* se hizo común en la literatura sobre la política y las ciencias sociales y adquirió una gran diversidad de significados, en ocasiones contrapuestos. Pese a las diferencias, una definición parece marcar el espíritu del término cuando no se usa peyorativamente; la *ideología* puede ser entendida como “un sistema de significados que empareja afirmaciones y teorías sobre la naturaleza de la vida social con valores y normas relevantes para promover o resistir el cambio social” (Oliver y Johnston, 2000:5-6). Dicho de otro modo, una *ideología* vincula una teoría sobre la sociedad con un conjunto de valores sobre lo que está bien y mal, así como las normas sobre qué hacer.

Como puede observarse, *marcos* e *ideologías* guardan diferencias y similitudes en cuanto a la cuestión de las ideas y a los referentes empíricos que tratan. Por ejemplo, refieren a dimensiones diferentes en la construcción social. Mientras los *marcos* se vinculan con procesos lingüísticos y extralingüísticos intencionales con los cuales los actores buscan representar los diagnósticos, los pronósticos y las motivaciones del movimiento, las ideologías refieren a sistemas enteros de creencias y a las múltiples dimensiones en que estas creencias están relacionadas entre sí (Oliver y Johnston, 2000:8-9).

Por otro lado, hay algunas conexiones entre ambas nociones que es importante destacar. Los *marcos maestros* expresan de manera más

evidente esta cercanía conceptual. El concepto de *marco maestro*, acuñado por Snow y Benford (1992), refiere al hecho de que los movimientos y los conflictos no se presentan de manera aislada, sino que tienden a concentrarse en periodos políticos e históricos particulares, lo que influye en su elaboración simbólica y en el discurso de los movimientos particulares.

Se puede hablar de dos tipos de *marcos maestros*. Por un lado, aquellos que son *dominantes*, cuyos componentes son muy generales e inclusivos, que suelen ser utilizados por otros grupos agraviados (por ejemplo, la definición de los conflictos a través de la lucha de clases en el siglo XX). Por otro, se puede hablar de marcos generales que no siempre están asociados con el agrupamiento de movimientos; se trata de procesos genéricos de encuadre que pueden aplicarse en diferentes contextos históricos y espaciales (como los *marcos de injusticia*). En este sentido, es común que los *marcos* provengan de ideologías y, en otros casos, pueden afectar a las ideologías (Della Porta y Diani, 2006:81; Oliver y Johnston, 2000).

La construcción analítica de los *marcos*, por lo tanto, revela la vinculación de movimientos con *marcos movimientistas* e ideologías más amplias (Snow y Benford, 1992). Esta conexión ha propiciado que, en muchos casos, se reemplacen acriticamente las *ideologías* por los *marcos*. Sin embargo, no hay que olvidar que estos últimos son producciones culturales más flexibles, más específicas y genéricas que una ideología, y no refieren a un conjunto coherente de principios integrados (Della Porta y Diani, 2006:81).

Por otro lado, una de las críticas más recientes que se han hecho al enfoque de los *marcos de acción colectiva* se refiere a la dependencia excesiva de la parte cognitiva de la cultura y a la subestimación de otras consideraciones que recientemente se han incluido en distintos análisis de los movimientos sociales, tales como el papel de las emociones y los sentimientos. Tal crítica es hasta cierto punto innegable, pero no se debe dejar de considerar que hasta hace algunas décadas las emociones solían no ser consideradas por ser opuestas al pensamiento.

En la actualidad, está demostrado que las emociones también nos envían señales y nos ayudan a procesar información, evaluar nuestras situaciones y comenzar a formular métodos de acción. Las emociones también pueden ser consideradas como un componente de la cultura porque aprendemos dónde y cuándo mostrarlas y cómo denominarlas. Su influencia en los procesos de cognición es innegable: “las emociones dan vida a narrativas, hacen que nos preocupemos con *identidades colectivas*, nos ayudan a odiar a ‘los villanos’ y tener piedad de ‘las víctimas’, y a movilizarlos ante diferentes circunstancias que consideramos injustas” (Jasper, 2014:26).

En los últimos años se observa la gradual incorporación de las emociones y los sentimientos en el análisis de acciones colectivas. Las primeras suelen ser consideradas como reacciones emocionales breves, inmediatas, espontáneas e intensas en el cuerpo. Los sentimientos, en cambio, se caracterizan por tener una mayor duración de tiempo e implican tener en mente una idea, articulando la parte emocional, cognitiva y perceptiva, un contexto cultural y sociohistórico, y su durabilidad permite nombrarlos e interpretarlos (Fernández, 2014; Poma y Gravante, 2017).

El análisis de las emociones en el movimiento #Yosoy132, por ejemplo, ha revelado la importancia que tiene incluir esta perspectiva en los análisis. En dicho movimiento, según Fernández, hubo enojo-indignación, apoyo-solidaridad, surgió esperanza y alegría, apareció también miedo y tristeza, para finalmente devenir en espera, todo esto en un *continuum* emocional, que intercalaba percepciones, emociones, sentimientos, necesidades, y acciones (2014:13). De tal manera, el estudio de las emociones se presenta como un desafío analítico de las acciones colectivas.

Tomando como referencias estos planteamientos conceptuales, y bajo las cauciones anunciadas, en lo que resta del capítulo se analizan los *marcos de acción colectiva* con base en los discursos registrados en torno a las acciones colectivas descritas. Se retoma la noción de *polifonía* como una metáfora que permite expresar con cierta claridad cómo, a

pesar de las diferencias puntuales a las que refieren los diferentes *marcos simbólicos* que subyacen en las acciones, marcos semánticos más amplios, acaso tipos ideales, eventualmente consiguen armonizarse en lo que hemos definido como *marcos maestros de acción colectiva*.

JUSTICIA, DEMOCRACIA Y PAZ

Los significados encuentran formas y medios diversos para transmitirse. Los significados políticos, en particular, se pueden rastrear en medios tradicionales, como son los libros, las revistas, los fanzines,⁶⁷ las pancartas y las consignas; o en medios más novedosos, apoyados en las nuevas tecnologías, tales como los blogs, las redes sociales cibernéticas y las revistas electrónicas. En todos los casos, la palabra expresada en sus múltiples modalidades resulta un canal privilegiado para la comunicación de las y los activistas; y a esta se sumaría en las últimas décadas la imagen, como una potente plataforma para la transmisión de contenidos (Benedicto, 1995).

Para este trabajo, uno de los medios expresivos que se ha documentado y analizado ha sido la gráfica política elaborada durante diferentes protestas, asumiendo que se trata de un canal para acceder a los diagnósticos, horizontes y guías de acción activistas. Las intervenciones de este tipo han venido ganando centralidad a partir de la segunda mitad del siglo XX, y un nuevo impulso hacia finales de ese mismo siglo, con el mayor acceso a Tecnologías de la Información y la Comunicación (TIC) y el consecuente incremento en los intercambios culturales en el planeta.

De esta manera, las producciones contemporáneas se alimentan de diferentes componentes globales, nacionales y locales, lo que las convierte en producciones complejas, a las que se suman

⁶⁷ Los fanzines son publicaciones autogestionadas y caracterizadas por ser temáticas, elaboradas con escasos recursos y con poco tiraje, elaboradas sin el propósito de involucrarse en la lógica comercial.

especificidades en cada espacio que se presentan. El análisis que se ofrece en este capítulo se basa en las producciones visuales registradas en San Cristóbal entre los años 2010 y 2013, pero que, como veremos, ofrece una ruta de análisis que puedes ser aplicada a intervenciones actuales.

La gráfica política es utilizada por diferentes movimientos sociales y populares en distintos lugares del mundo como parte de sus repertorios de acción, y puede ser considerada como una acción de militancia comunicacional o cultural (Marcial, 2012). Cabe decir que, a diferencia de otras intervenciones visuales analizadas en México,⁶⁸ el análisis de esta tiene escaso desarrollo. No obstante, las plantillas, estarcidos o estenciles que se registraron para este trabajo no se deben comprender como una expresión pura, sino que se encuentran vinculados a otras técnicas de intervención denominadas genéricamente como muralismo, arte urbano o *street art*,⁶⁹ *graffiti*⁷⁰ o *postgraffiti*,⁷¹ palabras sobre cuyas definiciones no siempre existen acuerdos.

⁶⁸ En México se han registrado y analizado, por ejemplo, los códigos lingüísticos que se desarrollaron con fines territoriales entre bandas de barrios marginales en la década de los ochenta (como es el caso del cholismo en la frontera norte de México y los chavos banda en la Ciudad de México), y el llamado *graffiti hip-hop*, surgido con el movimiento de *taggers* que se inició en diferentes ciudades estadounidenses y se desarrolló en el seno de la cultura del gueto por grupos latinoamericanos y afrodescendientes.

⁶⁹ Se refiere a un conjunto de intervenciones estéticas en los espacios públicos que incluyen estampas *stickers* o pegatinas, murales o plantillas.

⁷⁰ Los *graffiti hip-hop* son una modalidad que ha tenido mayor centralidad en los análisis desde las ciencias sociales, por lo cual se han venido conociendo sus múltiples aristas. Se ha argumentado que, además de ser en muchos casos un ilícito, pueden definirse como un acto comunicativo (Sánchez, 2002), un medio sincrético y transcultural (García-Canclini, 2009), una transgresión al ordenamiento social-espacial, lingüístico, político y económico (Rama, 1998; Valenzuela, 1997), una identidad juvenil (Cruz Salazar, 2010; Mendoza Olvera, 2011; Valenzuela, 2009), una cultura juvenil (Feixa, 1999; Reguillo, 2000), un discurso gráfico de la disidencia juvenil (Marcial, 2012) o una práctica ciudadana emergente (Aguilera, 2010; Reguillo, 2000).

⁷¹ Algunos definen el arte callejero como *postgraffiti*, es decir, una etapa nueva del *graffiti*, pues muchos *graffiteros* trasladan y combinan los estilos del *graffiti hip-hop* con las técnicas del arte urbano.

No es posible asignar una fecha de nacimiento a las intervenciones visuales con contenido político que aquí nos competen. Sin embargo, sus orígenes parecen rastrearse en las “pintas” o consignas políticas (que generalmente incluyen solo texto) que se han venido elaborando desde finales de los años setenta y comienzos de los ochenta; y a estas se les sumarían, años después, las expresiones de apoyo al movimiento zapatista y las denuncias realizadas por diferentes actores políticos.

En la actualidad, la gráfica política comprende *graffitis*, murales, estenciles y afiches, siendo casos de estas dos últimas modalidades los que se han analizado en este trabajo. Estos se caracterizan por contener temáticas diversas y, en cuanto a composición, se distinguen básicamente por contener imágenes, texto o una combinación de ambos, y porque están realizados en un solo color y en “pequeño formato” —que en la mayoría de los casos no superan los noventa centímetros cuadrados—. Se pueden observar estas intervenciones en diferentes espacios de San Cristóbal de Las Casas, aunque se concentran en las calles que rodean el primer cuadro y en el histórico barrio de El Cerrillo.

En la ciudad, las inscripciones urbanas son realizadas por activistas adscritos a diferentes colectivos y organizaciones sociales, muchas veces en eventos de protesta. Para Morales-Vargas (2013), estas obras expresan simbólicamente una postura política. Por su parte, Samuel, activista en una organización estudiantil, argumenta que “las pintas solidarias son políticas puesto que van dirigidas a la lucha” (comunicación personal, 12 de marzo de 2016). En este trabajo, con base en los aportes revisados sobre las emergentes formas de participación política, se puede sostener que las producciones urbanas no son solamente un medio expresivo de las disidencias sociales, sino también una *acción colectiva* en sí misma y parte constitutiva de algunos movimientos.

FIGURA 19. REALIZACIÓN DE ESTÉNCIL POLÍTICO DURANTE PROTESTA EN SAN CRISTÓBAL



Fuente: Archivo del autor.

Se trata, dicho sea de paso, de una acción colectiva sobre la que no todas las personas involucradas en una manifestación están de acuerdo. Esto se ve reflejado en las palabras de Rosa, integrante de uno de los colectivos estudiantiles:

Creo que también tendría que haber un cierto margen de respeto hacia los demás. Por ejemplo, aquí no eran normalistas, pero algunos eran estudiantes, y se supone que una persona que está estudiada no debería de hacer ese tipo de actos. En el caso de los normalistas se dio también situaciones donde pasaba eso. Se hablaba en asamblea que debería haber respeto hacia los patrimonios de San Cristóbal, porque si bien generan una riqueza para unos cuantos, también es una riqueza cultural. [...] [Algunas intervenciones] no

tienen un fin. ¿De qué me sirve que diga en la pared “puto Peña Nieto”, si no tiene un fin, un fundamento, nada con lo cual defenderse? A eso voy: que si voy a realizar ese acto que tenga un trasfondo... algún escrito o algo... porque de esa forma dejas una mala imagen, empiezas a echar a perder todo un movimiento, a generar muchas críticas (Rosa, comunicación personal, 7 de marzo de 2014).

Como puede observarse, una de las razones para rechazar las acciones de este tipo entre algunas y algunos activistas es que son interpretadas como acciones violentas que, en consecuencia, son utilizadas como argumentos por quienes desean desvirtuar el movimiento. Las diferentes percepciones que se detectaron sobre las pintas realizadas durante las protestas también revelan una polarización más amplia en torno a la legitimidad de las acciones que se consideran violentas, acciones que además pueden ser leídas como provocaciones hacia cuerpos policíacos. Este tema da pauta a cuestionamientos y debates en el interior de los mismos colectivos, pues no siempre hay consenso al respecto.

Más allá de las opiniones divididas, existen fuertes razones para el estudio de estas producciones visuales callejeras. La imagen tiene un papel preponderante en la experiencia sociocultural contemporánea, a través de sus complejos procesos de elaboración y del poder de la misma desplegada a través de diferentes medios (Benedicto, 1995; Sartori, 1998). De esta forma, el “poder de la imagen” o “la imagen del poder” permite reflexionar en torno al vínculo entre información, imagen y poder (Benedicto, 1995; Sartori, 1998). Para ejemplificar esta relación, podemos referir por ejemplo la importancia que cobran hoy en día los asesores de imagen en la *política partidista* y el uso de los medios masivos de comunicación en los procesos de criminalización de la protesta, “machacando” narrativas audiovisuales

cargadas de violencia.⁷² A estas prácticas comunicativas se suma la vigilancia con cámaras de seguridad y el espionaje electrónico, lo que propicia una especie de “panóptico contemporáneo” (Lizarazo, 2007:12).

Ante el uso político y hegemónico de los universos iconográficos contemporáneos, las imágenes de protesta son una vía para cuestionar el sentido ético, estético y político con que las intervenciones han sido realizadas, y los contextos en que se encuentran inmersas. De esta forma, es posible reconocer que algunos “grupos culturales son capaces de actos interpretativos, con cierto margen de libertad” (Lazo, 2007:57), al expresar disidencias creativas en el ordenamiento visual, lingüístico y socioespacial, y al interpelar con ello a los transeúntes (Lizarazo, 2007:12).

El uso crítico de las intervenciones visuales puede leerse, en este sentido, como una práctica contrahegemónica, toda vez que, en las últimas décadas, los activismos sociales se han reformulado tanto en sus idearios políticos como en sus repertorios de acciones colectivas. Ejemplo de esto es el interesante muralismo que se encuentra en territorios zapatistas chiapanecos (ver Figura 20) y otras intervenciones con un tamiz comunitario-social donde se aprecia cómo la cultura, el arte y la política hacen parte de los repertorios de acción colectiva mediante la habilitación de espacios de representación, la apropiación de los espacios públicos, el uso de canales de concientización social y la reelaboración de una memoria.

⁷² En los medios de comunicación hegemónicos usualmente se emiten comentarios negativos sobre los manifestantes, descalificando las causas y las acciones de la protesta. Con esto, se provoca en la construcción de la opinión pública que las protestas se vean reducidas a acciones de violencia mediatizadas, ocultando las causas y el resto de las acciones colectivas y justificando así los eventos represivos que se cometan contra estas.

FIGURA 20. MURAL EN EL CARACOL ZAPATISTA LA REALIDAD, CHIAPAS



Fuente: Archivo del autor.

De esta forma, es posible rastrear los *marcos de diagnóstico* y *marcos de pronóstico* de activistas a través del significado de la gráfica política. Se realizó un análisis de una muestra de 63 producciones callejeras, principalmente estenciles y posters ubicados en los primeros cuadros de la ciudad de San Cristóbal. Estas producciones fueron organizadas y sistematizadas considerando diferentes tópicos: las figuras, los personajes, las temáticas, los tiempos/espacios a los que hacen referencia, los objetos y la relación de las figuras con los objetos. Asimismo, se obtuvieron frecuencias básicas sin pretensión de representatividad estadística, lo que permitió observar que la mayoría, el 68.3 por ciento de la muestra, se trató de producciones “mixtas”, conformadas por dos elementos lingüísticos, el textual y el icónico; el 23.8 por ciento eran producciones icónicas, conformadas únicamente por imágenes, y el resto, el 7.9 por ciento, constaban solamente de texto.

FIGURA 21. ICONOGRAFÍA ACTIVISTA EN SAN CRISTÓBAL DE LAS CASAS



Fuente: Archivo del autor.

Las producciones fundamentalmente icónicas se componen en la mayoría de los casos de imágenes de sujetos históricos que suelen ser reconocidos, como Ernesto “Che” Guevara, Emiliano Zapata, el subcomandante Marcos (ver Figura 21), los hermanos Flores Magón, Mahatma Gandhi, Felipe Calderón, Vicente Fox, George W. Bush, Bruce Lee, Cantinflas, Charles Chaplin, Frida Kahlo o Tin Tan, pero también aparecen presos políticos, activistas asesinados o encapuchados zapatistas anónimos (ver Figura 22). La exaltación de unos y la sátira de otros es materia interesante de análisis para comprender la iconografía activista. No obstante, presentan una mayor abstracción y muchas veces no cuentan con un texto que delimite su interpretación, por lo cual fueron excluidas del análisis.

FIGURA 22. GRÁFICA POLÍTICA EN SAN CRISTÓBAL DE LAS CASAS



Fuente: Archivo del autor.

En las producciones “mixtas” se revelan personajes que apelan a categorías sociales diversas. Los personajes sugieren en ocasiones múltiples actorías, roles y condiciones humanas: luchadores o luchadoras sociales, indígenas, mujeres, jóvenes, niños, negros o estudiantes, y en otros ejemplos se hace visible el papel de los cuerpos policíacos, que principalmente se muestran como antagonistas. En muchos de estos casos es común que el texto termine por dar centralidad a una de estas *identidades*, lo que favorece su análisis y evita el riesgo de sobreinterpretaciones.

Con respecto a las producciones activistas, Jasper (2014) refiere que es usual que estas revelen una lógica binaria de “héroes” y “villanos”, metáfora que, aunque podría ser calificada de reduccionista, ofrece una clave para comprender las históricas condiciones de exclusión y dominación que denuncian las producciones mixtas de las que hablamos en este trabajo.

En el plano temático se pueden leer, explícita o implícitamente, acciones o acontecimientos significativos, tales como: la comunicación de los medios —tanto oficiales como independientes—, la libertad, la

militarización, el capitalismo, el neoliberalismo, la producción de alimentos, la violencia, el sistema político hegemónico, la migración, las reformas estructurales neoliberales, la revolución y el *graffiti*, entre otros. Sin embargo, en las producciones no solo se plantean estas temáticas generales, sino que contienen posicionamientos morales sobre las mismas.

Después de reconocer los patrones de forma y de contenido de dichas producciones, se realizó una lectura articulada entre las diferentes unidades de sentido: los personajes —héroes y villanos—, las condiciones sociales y los posicionamientos morales. Orgánicamente surgió una estructura de tres tiempos o etapas: el tiempo de las memorias (de deudas históricas), el presente (con condiciones no deseadas) y el futuro (como promesa de lo posible).

1. El primer plano refiere la existencia de un fuerte cuestionamiento y de denuncia de déficits democráticos, vinculados a la libertad y la representación efectiva —viejas promesas de las democracias liberales—.
2. En el plano del presente se pueden interpretar diferentes coyunturas y causas de movilización social en los últimos años, tales como el incremento de la violencia, el uso de transgénicos y las reformas estructurales.
3. El plano del futuro remite a diferentes actuaciones sociales y políticas en aras de un futuro posible, expresadas en los siguientes términos: “revolución”, “acción directa”, “resistencia”, “anticapitalismo”, “toma la palabra”, “levanta la voz”, “recupera la memoria” y “autonomía”.

¿Pueden leerse estas discursividades como *marcos de acción colectiva*? En conjunto, es posible entender la construcción del sentido discursivo de la gráfica analizada como una lectura crítica del pasado, una problematización más concreta del presente, y la proyección hacia futuros deseables y posibles. En suma, puede hablarse de, al menos, dos componentes simbólicos que orientan la acción: *los marcos de diagnóstico y los marcos de pronóstico*.

Los significados no pueden interpretarse de manera aislada. Un lector medianamente enterado puede reconocer que los *marcos* expuestos no están exclusivamente asociados al plano local. Se percibe la vinculación de estas expresiones con movilizaciones sociales más amplias acontecidas en México durante los últimos años, tales como las movilizaciones por la paz en un contexto de creciente violencia, las manifestaciones en repudio a los feminicidios y las protestas contra las reformas estructurales, pero también pueden establecerse conexiones con movimientos con gran presencia, más allá de las fronteras nacionales, como el feminista.

Con respecto al carácter local-nacional de las producciones callejeras expongo dos casos particulares: el primero vinculado a la denuncia y el repudio de la violencia de género cotidiana que existe en las calles de San Cristóbal, situación que se agrava en la vida cotidiana de muchas mujeres jóvenes e indígenas (ver Figura 23), y, en segundo lugar, la gráfica política realizada por manifestantes en el marco del primer capítulo de las protestas del movimiento magisterial-social contra las reformas estructurales de corte neoliberal en el año 2013 (ver Figura 24).

FIGURA 23. GRÁFICA POLÍTICA ALUSIVA A LA VIOLENCIA DE GÉNERO EN SAN CRISTÓBAL



Fuente: Archivo del autor.

FIGURA 24. GRÁFICA POLÍTICA REALIZADA EL 2 DE OCTUBRE DE 2013



Fuente: Archivo del autor.

La creciente violencia que se observa en México es experimentada de manera particularmente intensa por mujeres jóvenes. Los feminicidios son la condición límite de la violencia contra las mujeres, anclada en estructuras patriarcales y en ámbitos de impunidad que definen la condición sacrificial de una parte de la población, cuya vulnerabilidad se construye desde categorías de género, juventud, pobreza, precariedad social, degradación de la justicia y corrupción institucional (Valenzuela Arce, 2012). De acuerdo con cifras proporcionadas por Open Society Foundations (2016), en México se cometieron 4 306 feminicidios entre los años 2006 y 2012.

En San Cristóbal, la violencia de género es un problema cotidiano y en los últimos años la cantidad de feminicidios ha escalado, lo que ha provocado que diferentes grupos feministas alcen la voz mediante mítines, marchas, foros e intervenciones en los espacios públicos para denunciar estos acontecimientos y exigir justicia. “Ke no te token, ke no te kallen” es la sentencia que acompaña uno de los

esténciles en los que se pone de manifiesto la violencia de género. Esta intervención se suma a otras para expresar posicionamientos en defensa de la igualdad, y por el respeto a la diferencia, la dignidad y la libertad humana.

El segundo ejemplo refiere a la primera jornada de protestas organizadas por el movimiento magisterial-social en el año 2013. El eje sobre el cual se articuló el conflicto con el Estado fue la reforma educativa. Debido a que esta reforma llegó acompañada por una serie de reformas estructurales, el movimiento se tornó en el centro de otro más amplio al que gradualmente se sumaron organizaciones estudiantiles, campesinas y movimientos populares, de modo que la consigna, entonces, se amplió para decir “No a las reformas estructurales”. El apoyo estudiantil se expresó en diversas intervenciones de los muros con gráfica política (Gómez-Abarca, 2018).

En suma, la interpretación realizada sobre la gráfica política no agota el sentido de las producciones visuales, sino se pretende ofrecer al lector una mirada crítica sobre las mismas. Las motivaciones que impulsan a los actores a participar y a organizarse colectivamente no se revelan en las producciones de gráfica política, por lo cual es necesario recurrir a las entrevistas y a otro tipo de información empírica.

Una interpretación crítica de las producciones de gráfica política ha implicado el reconocimiento de la histórica desigualdad y exclusión que continúan enfrentando amplios sectores y grupos sociales. La gráfica política analizada debe ser entendida como resultado de prácticas sociales y políticas que van más allá de la definición jurídica y estatal, y nos remiten a espacios públicos y políticos conquistados por ciudadanos que colocan los asuntos de interés público, enuncian los viejos y los nuevos problemas, demandan soluciones y plantean alternativas.

Los esténciles, el arte callejero, el arte urbano o el *posgraffiti* constituyen parte de la experiencia visual urbana contemporánea. Es innegable que una lectura atenta y analítica permite rastrear un universo de significados sociales y políticos que, en algunos casos,

pueden definirse como el eco de lo que múltiples y amplios sectores de la sociedad demandan: justicia, libertad, dignidad, igualdad, paz y democracia, pero también como marcos que orientan proyectos políticos puestos en marcha.

JÓVENES, CIUDAD Y CIUDADANÍA

Entre los principales problemas que enfrentan las personas jóvenes en la ciudad se encuentran: la discriminación, la violencia, los estigmas sociales, la criminalización de diferentes prácticas culturales “alternativas”, los abusos sexuales, los problemas de drogadicción y la falta de espacios dignos para diferentes prácticas culturales y deportivas, a decir de algunos estudios enfocados en la juventud sancristobalense (Gómez-Abarca, 2014, 2016, 2019; Serrano, 2016) y de una entrevista sostenida con la titular de la Coordinación de la Juventud, que depende directamente de la Secretaría de Desarrollo Económico y Social (realizada en 2014).

¿Las personas jóvenes asumen estos problemas como tales? De ser así, ¿cómo les hacen frente? En el acercamiento con diferentes grupos juveniles o mayoritariamente compuestos por jóvenes, pudimos observar la preocupación por la agudización de dichas problemáticas. En otras palabras, se constató la incorporación de estos problemas como parte de sus *marcos de diagnóstico* elaborados colectivamente en sus organizaciones, lo que ha dado lugar a diferentes proyectos de intervención social y política.

Las y los activistas entrevistados parten de la identificación de problemas concretos y, posteriormente, a partir de sus propias indagaciones sitúan estos problemas en el marco general de las problemáticas que está experimentando la gente joven. Entre las principales fuentes de preocupación destacan las siguientes: el incremento de robos a transeúntes, la contaminación de los ríos de la ciudad, las rondas de militares y el hostigamiento que realizan sobre algunos jóvenes, la violencia intrafamiliar, la violencia de género, y la falta de

conocimiento de los derechos y obligaciones que tienen los ciudadanos. Aunque estos problemas no alcanzan la magnitud de otras ciudades en el país, resulta necesario reconocer la complejidad de los mismos y las múltiples causas que los originan.

Los *marcos simbólicos* analizados no representan casos aislados, sino que son expresiones locales de problemas de mayor complejidad y de *marcos maestros* sobre los que se discute en diferentes latitudes. Las agendas de las organizaciones juveniles que colaboraron en este trabajo están fuertemente asociadas a las nuevas características que definen la exclusión social en América Latina. Según la ONU, el 54 por ciento de la población mundial reside en áreas urbanas y se prevé que para 2050 llegará al 65 por ciento (Naciones Unidas, 2014), un proceso de urbanización marcado por la concentración de la renta y el poder, la depredación del ambiente, la segregación socioespacial y la privatización de los bienes comunes y del espacio público, en el marco de un proceso de urbanización mundial (Carta Mundial por el Derecho a la Ciudad, 2012:1).

Los procesos de desigualdad y exclusión social, sin embargo, han evidenciado la necesidad de discutir el desafío de construir una ciudad y una vida urbana diferentes a las que el modelo hegemónico neoliberal ha impuesto en los modelos de urbanización. Producto de estas preocupaciones, y con el trabajo de diferentes organizaciones sociales urbanas, se ha recuperado una de las reflexiones del intelectual Henri Lefebvre, quien se ha referido al derecho a la ciudad como “un derecho a la vida urbana, transformada y renovada” (Lefebvre, 1968:138), lo que en la práctica dio lugar a la elaboración de la Carta Mundial por el Derecho a la Ciudad, cuyo objetivo es buscar:

Un modelo sustentable de ciudad y vida urbana basada en principios de solidaridad, libertad, equidad, dignidad, justicia social, fundamentado en el respeto a las diferentes culturas urbanas y el equilibrio entre lo urbano y lo rural [...] Por su origen y significado social, la Carta Mundial del Derecho a la Ciudad es, ante todo, un instrumento dirigido a

fortalecer los procesos, reivindicaciones y luchas urbanas (Carta Mundial..., 2012:1).

La Carta puede ser considerada como un instrumento político avalado por una red de organizaciones civiles y políticas, gobiernos locales e intelectuales a nivel mundial, en el que se proponen mecanismos ciudadanos para participar activamente no solo en el diseño urbanístico, sino en la producción de espacios habitables que cumplan con intereses colectivos (Mendoza y Enríquez, 2011). Pero, para que este instrumento funcione, las medidas deben ser asumidas por la sociedad civil, los gobiernos locales y nacionales, parlamentarios y organismos internacionales.

Entre los intereses colectivos se pretende que todas las personas, incluyendo las que poseen menos recursos económicos y se encuentran en situación de vulnerabilidad, vivan con dignidad en nuestras ciudades. Las estrategias planteadas incluyen: la promoción de la justa distribución de los beneficios y responsabilidades resultantes del proceso de urbanización, el cumplimiento de la función social de la ciudad y de la propiedad, la distribución de la renta urbana y la democratización del acceso a la tierra y a los servicios públicos (Carta Mundial por el Derecho a la Ciudad, 2012:1).

En al menos tres países de Latinoamérica (México, Ecuador y Brasil) se han presentado movilizaciones que han derivado en la implementación de políticas públicas relativas al derecho a la ciudad. En México, la Carta se firmó en julio de 2010 bajo el título de Carta de la Ciudad de México por el Derecho a la Ciudad. Más allá de las dificultades de aplicación efectiva, es importante reconocer, como sugiere Viera (2012), que se generó en el seno de un intercambio multilateral entre organizaciones, académicos, ciudadanía en general y el Gobierno del Distrito Federal.

Cabe decir que, aun cuando a primera vista parece ser una declaración de intenciones, la Carta abona a la reflexión sobre la posibilidad de considerar un tipo de derecho dirigido a la gran mayoría de la población del mundo excluida de los procesos de urbanización basados

en una lógica neoliberal. La discusión y la promoción de la Carta de la Ciudad de México por el Derecho a la Ciudad representan, de entrada, la oportunidad de construir un puente de comunicación entre saberes de organizaciones no gubernamentales, movimientos urbanos, organizaciones sociales y otros actores.

Los derechos de la ciudad también han sido retomados por organismos internacionales como Naciones Unidas. En Hábitat III, como se conoce la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Vivienda y Desarrollo Urbano Sostenible que se desarrolló en Quito, Ecuador, en octubre de 2016, se planteó como principal objetivo fortalecer el compromiso político global en favor del desarrollo sostenible de pueblos, ciudades y otros asentamientos humanos. Producto de estos intercambios surgió la “Nueva agenda urbana”, que establece estrategias globales en torno a la urbanización para las próximas dos décadas. La pobreza, la calidad de vida, la degradación ambiental, el cambio climático y las ventajas económicas, sociales y de creatividad ofrecidas por las ciudades, fueron algunas de las cuestiones recuperadas por los actores globales que participaron, quienes procuraron establecer vínculos y compromisos colectivos.⁷³

Evidentemente no todo deriva en consensos. Como sostienen Schiavo, Gelfuso y Vera (2017), las diferentes enunciaciones del derecho a la ciudad, movilizadas por una multiplicidad de actores y movimientos, buscan enmarcar y dar sentido a una serie heterogénea de intervenciones y prácticas constituidas por diversas intencionalidades y posiciones políticas, muchas veces antagónicas. Para estos autores, resulta necesario situar este debate en una perspectiva latinoamericana, o desde el sur, en un contexto de transformaciones estatales, y debe revisarse la forma en que esto derivado en formas alternativas de participar y luchar por transformar la realidad urbana contemporánea.

Este rodeo resulta fundamental para analizar las acciones colectivas que, a pesar de su escaso interés y de su reducida capacidad para transformar problemas estructurales, procuran mejorar espacios

⁷³ Ver: <http://citiscopes.org/>

urbanos a través de una multiplicidad de formas de usar, percibir y habitar la ciudad. En San Cristóbal se han abierto una serie de discusiones en foros y espacios ciudadanos para pensar las problemáticas actuales de la ciudad y las posibles soluciones para las mismas. La participación de personas jóvenes organizadas, en este sentido, habla sobre los esfuerzos de “reconquistar los espacios de la ciudad” a través del fomento de la bicicleta como medio de movilidad alternativo, la construcción de espacios de cultura y arte independientes relativamente lejanos del centro de la ciudad, y el impulso de la construcción de espacios urbanos más verdes, son algunos ejemplos concretos.

FIGURA 25. PARTICIPACIÓN CIUDADANA EN EVENTO ORGANIZADO POR REHABILITANDO LA CIUDAD, SAN CRISTÓBAL



Fuente: Archivo del autor.

Otro ejemplo de la forma en que este tipo de discusiones se ha extendido como una gramática que orienta prácticas de jóvenes, pertenecientes a diferentes organismos sociales, es La Casa de los Barrios del Sur, proyecto presentado por Reconstruyendo la Ciudad, una red compuesta por un conjunto de actores de la sociedad civil con la finalidad de hacer frente a los problemas ciudadanos más urgentes (ver Figura 25). La fotografía se enmarca en un conjunto actividades que incluían la elaboración de un mural, diálogos al aire libre y la proyección de un documental para reflexionar y discutir sobre el cambio de uso de un inmueble, administrado por el ayuntamiento municipal, que actualmente funciona como Rastro Municipal.

Estas acciones dan continuidad a una serie de estrategias que han desplegado los vecinos organizados de las colonias aledañas a dicho rastro, cuya ubicación e inadecuada infraestructura, actualmente, conlleva altos riesgos sanitarios. Ante la falta de éxito de los colonos en su gestión con las autoridades, la actividad organizada por este conjunto de actores sociales representó la posibilidad de abrir la discusión colectiva en torno a un problema común, y poder proyectar la creación de un centro cultural que responda a las necesidades de la comunidad o algún otro espacio colectivo.

IDENTIDADES ACTIVISTAS

Hemos dicho que las experiencias colectivas nacen de la preocupación de personas sobre alguna situación que les afecta y para lo cual buscan organizarse y actuar colectivamente. En concreto, las y los jóvenes entrevistados señalaron que el resorte que los impulsó a la organización radicaba en diferentes experiencias, concretas y cotidianas, tales como: experimentar la dificultad en la movilidad urbana, la ausencia de espacios culturales, el incremento de la violencia en las periferias de la ciudad, la preocupación por construir una ciudadanía activa e incidir en las políticas públicas, los déficits democráticos y la impunidad que prevalece en el país.

Tomar conciencia de dichos problemas los ha llevado a experimentar diferentes caminos organizativos. Recuperando la metáfora de Jasper (2014) sobre la existencia de una “batería moral”, podría decirse que en el polo negativo se encuentra la identificación de los problemas que las y los aquejan cotidianamente, mientras que, por otro lado, se aprecian múltiples horizontes comunes. Estos posibles lugares comunes permiten que sus demandas, sus formas de acción y sus vínculos con otros actores se potencien y ellos puedan ser considerados como parte de movimientos más amplios.

El papel de las personas jóvenes en acciones y movimientos sociales de diferente orden no puede ser comprendido sin abordar la conformación de los sujetos colectivos o actores sociales. Su constitución se produce en un proceso que atraviesa las subjetividades, las *identidades* y la realización o puesta en marcha de determinado proyecto de intervención. De ahí que los procesos de construcción de *subjetividades* e *identidades colectivas* cobran un espacio de indagación importante (Cubides, 2016; Vila, 2012).

Los procesos de subjetivación y constitución identitaria colectiva por mucho tiempo estuvieron ausentes en el pensamiento social debido, en buena medida, a la orientación cartesiana que enfatizó el carácter racional del sujeto, a la atribución de la objetividad al saber, despojándolo de su carácter subjetivo, y al pragmatismo norteamericano, que contribuyó con una visión más instrumentalista de la ciencia y del saber (González, 2012). Hoy en día se reconoce que la *subjetividad política* es una clave para conocer las relaciones de fuerza que buscan poder, expresan tensiones (conflictivas o no) sobre lo instituido y tienen la facultad de instituir (Hernández, 2013), por ejemplo, formas de participación.

La política incluye múltiples sujetos políticos en escenarios de contradicción y polémica con diferentes proyectos (González Rey, 2012), y la forma en que se resignifica en la práctica está estrechamente vinculada a las subjetividades en contextos determinados. Dicho de otro modo, las configuraciones intersubjetivas resultan esenciales para comprender el curso de las prácticas políticas, las cuales

pueden, incluso, expresar un quiebre en las subjetividades y prácticas hegemónicas. En este sentido, es posible situar nuestra reflexión, utilizando palabras de Zemelman (2012), más en el orden de lo posible y de la potencia que representan la conciencia crítica de los sujetos sociales en la definición de políticas alternativas e instituyentes, y menos en el plano normativo, sin perder de vista que tal división es más bien dinámica y contingente.

Analíticamente, la subjetividad social está de forma muy estrecha asociada a los procesos de *socialización* y de *individuación*, campo de reflexión que abona a la comprensión de la relación existente entre el fenómeno político y el psico-sociológico. Aunque identificar las características, los elementos y los factores que influyen en el comportamiento y en la acción política de los sujetos es una tarea compleja y multidimensional, es indudable la importancia que tienen los procesos sociales en que se configura el conjunto de creencias, normas, valores y predisposiciones de los individuos hacia *la política* (Benedicto, 1995). De allí que una de las vías para desentrañar estos procesos sea el análisis de las tramas organizativas de los colectivos.

En este trabajo nos contentaremos con abrir camino en la reflexión sobre las identidades activistas, cuyo estudio en el campo de las acciones colectivas ha tenido un fuerte desarrollo. Para Alberto Melucci, uno de sus impulsores, la identidad tiene una importancia fundamental para comprender los movimientos, ya que una de las principales fuentes de conflictos sociales en las sociedades complejas atraviesa por la esfera de la producción de significados (1999:16-17). En términos analíticos, la *acción colectiva* no es un punto de partida, sino el resultado de una interacción entre objetivos, recursos y obstáculos, como una orientación intencional que se establece dentro de un sistema de oportunidades y coerciones. Desde esta perspectiva, la *acción colectiva* solo existe porque los actores colectivos son capaces de definirse a sí mismos y al campo de su acción, en medio de relaciones con otros actores, cierta disponibilidad de recursos, oportunidades y limitaciones (Melucci, 1999:43).

La *identidad colectiva*, situada en medio de esta trama de sentidos, relaciones, recursos y limitaciones, se vuelve un referente importante para comprender las diferentes modalidades de *acción colectiva*. La *identidad* se refiere a un proceso de construcción de un reconocimiento propio, de un “nosotros colectivo” (más o menos estable e integrado de acuerdo con el tipo de acción) que experimentan los individuos, y a un reconocimiento de los “otros”, en el que se van desarrollando vínculos emocionales (Melucci, 1999:43; Polleta y Jasper, 2001).

La *identidad* refiere a un proceso dinámico y permanente en el que los actores van compartiendo y se van ajustando con el paso del tiempo. Esto sucede en, por lo menos, tres tipos de orientaciones relacionadas con: 1) los *finés de acción*, como el sentido que tiene la acción para el actor, 2) las *vinculadas con los medios*, como las posibilidades y límites de la acción, y, finalmente, 3) las referidas a las *relaciones con el ambiente*, o bien el campo en el que tiene lugar la acción (Melucci, 1999:43).

Estas orientaciones permiten plantear tres dimensiones analíticas que en la realidad se entretajan: 1) la formulación de las estructuras cognoscitivas relativas a los fines, medios y ámbitos de acción, 2) la activación de las relaciones entre los actores, quienes interactúan, se comunican, negocian y adoptan decisiones, y 3) la realización de inversiones emocionales que permiten a los individuos reconocerse (Melucci, 1999:66). En lo que va del capítulo hemos tenido la oportunidad de desarrollar la primera dimensión sobre los fines, medios y ámbitos de acción. En lo que resta, ofrecemos otros elementos en torno al mismo punto, agregando información para explorar el segundo y el tercero, cuestionando la supuesta unidad de los movimientos y revelando la pluralidad de las orientaciones y la relación establecida entre jóvenes activistas y otros actores.

ACTIVISMOS ESTUDIANTILES

Los movimientos están constituidos por personas y grupos heterogéneos. En consecuencia, no se trata de entidades unitarias, sin divisiones ni fisuras entre sus participantes (Cadena-Roa, 2016; Melucci, 1999), de ahí la necesidad de distinguir entre los movimientos sociales y las organizaciones que los conforman, una distinción desarrollada ampliamente por las teorías de la movilización de recursos (McCarthy y Zald, 1977; Zald y Ash, 1966).

Colocar el foco de análisis en los colectivos permite profundizar en la parte constitutiva de los movimientos sociales sin dejar de ver articulaciones más amplias, así como también permite comprender por qué los movimientos sociales son distintos en términos de su composición, continuidad, capacidad organizativa, reconocimiento, profesionalización e institucionalización. En el caso del movimiento estudiantil mexicano, por ejemplo, a pesar de que no se llevaron a cabo eventos de protestas visibles durante largos periodos de tiempo, las organizaciones estudiantiles trabajan “subterráneamente”, y en determinadas coyunturas son capaces de inundar las calles, tal como ocurrió en el caso del movimiento #Yosoy132 (Cadena-Roa, 2016:5-6).

Para Kaldor y Selchow, los movimientos estudiantiles realizan permanentemente *política subterránea*, caracterizada, entre otros factores, por llevar la democracia a las plazas, a Internet y a otros lugares (2013:78). Los registros realizados, y el seguimiento que realiza el Laboratorio de Organizaciones y Movimientos Sociales (LAOMS), confirman cómo las organizaciones estudiantiles han asumido un papel protagónico en los últimos años (Cadena-Roa, 2016; Holguín, 2016). En algunos casos han sido protagonistas, como en el caso del #Yosoy132, y en otras ocasiones han colaborado con otros movimientos sociales, como ocurrió en el movimiento contra las reformas neoliberales y las movilizaciones generadas tras los acontecimientos de Ayotzinapa, Guerrero.

En el año 2012, en Chiapas, como en muchos estados del país, el apoyo y acompañamiento del movimiento #Yosoy132 se expresó en

la construcción de grupos de activistas, denominados “células”, en diferentes ciudades de la entidad —Tapachula, Tuxtla Gutiérrez y San Cristóbal (ver Figura 26)—, a través de las cuales acompañaron con relativa autonomía las diferentes acciones que se realizaron a nivel nacional. La articulación entre jóvenes estudiantes de diferentes estratos socioeconómicos, escuelas e idearios políticos propició una acelerada expansión del movimiento, al que pronto se sumaron profesores, organizaciones civiles, académicos y otros sectores de la sociedad civil.

FIGURA 26. PROTESTA DEL MOVIMIENTO #YOSOY132, 2012



Fuente: Autor desconocido, tomada de redes sociales.

Un año después, entre los meses de agosto y noviembre de 2013, en las jornadas de movilización del movimiento magisterial, este fue paulatinamente recibiendo el apoyo de diferentes sectores sociales. En San Cristóbal, varias organizaciones estudiantiles respondieron tempranamente al llamado de la CNTE. A saber, colectivos de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Autónoma de Chiapas

(Unach), de la Escuela Normal Lic. Manuel Larrainzar, de la Escuela Normal Experimental “Fray Matías de Córdova” y de la Escuela Normal Indígena Intercultural bilingüe Jacinto Canek, los cuales en la segunda semana de septiembre tomaron en resguardo sus respectivos centros educativos.

En 2014, las movilizaciones sociales en Guerrero, Ciudad de México y diferentes partes del mundo, tras los acontecimientos de Iguala, tuvieron también eco en Chiapas, donde sectores organizados y no organizados dieron muestras de solidaridad. Representaciones del EZLN, del Movimiento Campesino Revolucionario Independiente (Mocri), de la Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación (CNTE), de la Coordinadora de Estudiantes Normalistas del Estado de Chiapas (Cenech), y estudiantes de diferentes colectivos, además de otras organizaciones, participaron en diversas acciones colectivas para demandar justicia y la aparición con vida de los estudiantes guerrerenses.

La amplia presencia estudiantil en las movilizaciones en Chiapas, tal como ocurrió en otras ciudades mexicanas y latinoamericanas, ha sido una constante en los últimos años. ¿Quiénes son estos grupos que se integraron a las movilizaciones? ¿Cuáles fueron los acontecimientos que impulsaron su activación en esta coyuntura? ¿De qué forma participaron, se organizaron y construyeron sus identidades colectivas? Evidentemente no hay una sola respuesta, pero derivado del seguimiento de los acontecimientos a través del registro documental y la investigación *in situ* se pueden ofrecer pistas al respecto.

En principio, una de las virtudes de estos movimientos fue propiciar la “iniciación” política de personas jóvenes. Gran cantidad de las y los estudiantes que salieron a las calles en San Cristóbal experimentaron sus primeros procesos organizativos durante la preparatoria, acompañados de estudiantes que tenían una mayor trayectoria de organización y militancia. Fue precisamente en las escuelas de nivel medio-superior donde las y los estudiantes tempranamente decidieron tomar sus centros escolares y buscar alianzas, tal como se refirió en el Capítulo 4.

Por su parte, en el movimiento #Yosoy132 se pudo observar la disposición de estudiantes y amplios sectores de la ciudadanía para pronunciarse políticamente y construir nuevas formas organizativas. Dialogando con personas jóvenes de entre 15 y 18 años de edad, estudiantes de preparatorias de San Cristóbal, que participaron activamente en las protestas entre 2012 y 2014, señalaron que el movimiento #Yosoy132 les representó un momento fundacional en sus experiencias de participación política, una experiencia significativa en sus trayectorias estudiantiles.

La capacidad organizativa que mostraron el estudiantado de nivel medio-superior en 2012 y el normalista en 2013 fue definitivamente importante, con la diferencia de que, durante 2013, las movilizaciones estuvieron encabezadas por el gremio magisterial. Se podría decir que en este año los estudiantes no desempeñaron el rol de “emprendedores morales”, como sí lo hicieron en el año de 2012, pero su vinculación con el gremio magisterial abrió un punto de reflexión al colocar en el centro del conflicto la educación y el empleo, dos de las grandes problemáticas en América Latina, que impactan de forma muy particular sobre las personas jóvenes, como podremos reflexionar en el capítulo conclusivo.

En el caso de las organizaciones que existen en la Facultad de Ciencias Sociales de la Unach, fue posible identificar diferentes grupos organizados, algunos emergentes y otros con mayor experiencia en varias coyunturas de movilización social. El Núcleo Estudiantil en Resistencia, por ejemplo, surgió por allá del año 2006 en el contexto de la Sexta Campaña impulsada por el movimiento zapatista. Después de algunas escisiones, este grupo decidió abrirse un camino propio organizándose con otros grupos, luchas y movimientos sociales más allá del espacio universitario, una semejanza compartida con otros movimientos estudiantiles en América Latina. Así lo expresó uno de sus integrantes.

[Con] la Sexta Campaña se tuvo una ruptura y dejó de ser [lo que era]. La plebe quedó como ¿qué?, ¿pa' dónde?, ¿con

quién jalamos? Nos dimos cuenta que había un chingo de movimientos afuera: el magisterial, el campesino, el obrero, y [pensamos que] con eso tenemos harta chamba ahí. Pensamos que la organización no es sectorial. Que si eres estudiante no solo luchas por tus demandas. El estudiante está inmerso en un movimiento popular, un conjunto. No se puede reducir la lucha del estudiante a la universidad (Samuel, comunicación personal, 12 de marzo de 2016).

Por otra parte, hay organizaciones “meramente estudiantiles” en tanto restringen sus acciones al espacio universitario, como la Coordinadora Estudiantil dentro de la misma Facultad de Ciencias Sociales, que comenzó a organizarse para defender el otorgamiento de becas Pronabes, o el Comité Estudiantil de la Licenciatura en Gestión y Autodesarrollo Indígena (LGAI), que surgió para cuestionar la falta de infraestructura con que estaba funcionando su universidad y otros problemas con profesores. Lorena, activista que participó en una de estas experiencias, narró las condiciones que motivaron sus acciones.

Solo iniciamos [en la universidad] con tres salones, sin biblioteca, sin nada. Después nos llevan a [un predio ubicado en la Avenida] Insurgentes, cerca de una veterinaria; estudiamos en cuartos pegados unos con otros, con un calor insoportable... Nos empezamos a cansar de que la universidad no hiciera nada y [por ese motivo] se forma el primer comité estudiantil (Lorena, comunicación personal, 2 de abril de 2014).

Podría pensarse una distinción entre aquellas organizaciones que tienen el objetivo de vincularse a realidades y organizaciones más allá de los espacios estudiantiles y las que concentran sus energías en demandas concretas en el interior de los mismos. Sin embargo, esta distinción es difusa. Es común que activistas participen en

diferentes colectivos, en algunos grupos de carácter restringido y, simultáneamente, en colectividades con mayor presencia fuera de la universidad, en otras luchas populares.

Por otra parte, la dinámica de los movimientos no siempre es visible. En los momentos de reflujo o descenso de la efervescencia social, los colectivos continúan cotidianamente con actividades del trabajo organizativo que incluyen acciones colectivas en fechas emblemáticas para las y los militantes que contribuyen a la memoria y la formación de cuadros o el reclutamiento de nuevos miembros. Esto permite pensar la emergencia de los movimientos sociales de protesta como un proceso de acumulación de fuerzas y recursos, que se realiza de manera cotidiana en fases de reflujo, y que surge en el espacio público con un alto grado de espontaneidad tras acontecimientos o coyunturas específicas, momentos de latencia, por un lado, y de visibilidad, por otro, en palabras de Melucci (1999:74).⁷⁴

El carácter cíclico de los movimientos sugiere que en la constitución de las *identidades colectivas y políticas* de los estudiantes están estrechamente vinculados tres referentes de socialización fundamentales. El primer referente es el colectivo, como el punto de intercambio dialógico que permite generar diagnósticos de la realidad y proponer acciones; en segundo lugar se encuentra la universidad, como espacio físico que propicia los encuentros, pero también como espacio social que incentiva la pluralidad de voces, y, finalmente, las acciones colectivas desplegadas en algunas *olas de protestas*, que operan como espacios de socialización intensivos, especialmente para las y los nuevos activistas.

⁷⁴ Las Jornadas de Junio brasileñas de 2013 me parecen un ejemplo paradigmático en este sentido. El colectivo Pase Libre (*Passe Livre*), junto con una red de organizaciones, después de un largo trabajo promoviendo la movilidad urbana mediante descuentos a grupos específicos en ciudades como São Paulo, se convirtió en un eje toral de las movilizaciones desatadas en 2013 tras un incremento en el precio del transporte de colectivo.

ACTIVISMO, CIUDAD Y CIUDADANÍA JUVENIL

Los horizontes de acción planteados por los colectivos se relacionan con diferentes significados que sus integrantes imprimen a su quehacer social y político y con las múltiples *identidades políticas* con que se sitúan en el espacio público. Como producto del análisis se reconstruyen, a partir de las entrevistas realizadas, un conjunto de sentidos asociados a un *activismo ciudadano*.

Las nociones del *ciudadano* y la *ciudadanía* son centrales en los discursos y las acciones colectivas. Es necesario considerar que la ciudadanía se ha transformado fuertemente en el siglo XX con la inclusión de múltiples derechos (civiles, políticos, culturales, sexuales, ecológicos). Asimismo, resulta necesario considerar las nuevas y diversas formas de *ciudadanía* elaboradas a través de los nuevos *sitios* (cuerpos, cortes, calles, medios, redes, fronteras), *escalas* (urbanas, regionales, nacionales, transnacionales, internacionales) y *actos* (votación, voluntariado, blogs, protestando, resistiendo y organizando) a través de los cuales las personas construyen subjetividades políticas y se posicionan como ciudadanas y ciudadanos demandantes de derechos (Isin, 2009:368).

La *identidad activista ciudadana* entre jóvenes de San Cristóbal surge con un sentido de reivindicación de un comportamiento activo, con un fuerte sentido ético y moral asociado a un mayor involucramiento y a una mayor responsabilidad en los asuntos públicos, tal como se observa en el siguiente planteamiento colectivo:

[Nuestro objetivo es] generar en el ciudadano una conciencia a través de la información de lo que tiene derecho a exigir y de las obligaciones que conlleva, construir una cultura de la legalidad: ¿hasta dónde es mi derecho exigir?, ¿hasta dónde es cuestión de dar? y ¿hasta dónde no infrinjo el tuyo? Para ello se realizan diferentes acciones organizadas bajo tres ejes de acción: la ciudadanía, la cultura y el medio ambiente (Annel, comunicación personal, 20 de agosto de 2014).

La *cultura de la legalidad* aparece aquí como una de las narrativas que abre la comprensión de un tipo de ciudadanía que se pretende construir en diferentes colectivos. Esta puede entenderse como “un conjunto de creencias, valores, normas y acciones que promueve que la población crea en el Estado de derecho, lo defienda y no tolere la ilegalidad”.⁷⁵ Desde esta óptica, el Estado de derecho sería aquel en el que todos los integrantes de la sociedad están gobernados por leyes establecidas en forma democrática, que protege los derechos individuales y estos se aplican uniformemente.

Incluso jóvenes que manifestaron su participación en eventos de protesta y movimientos sociales expresaron cierta valoración positiva en torno a la participación de la ciudadanía, aunque no necesariamente con la noción de *cultura de la legalidad*. No sorprende si consideramos que existe una emergente preocupación por el desarrollo de la ciudadanía como uno de los rasgos distintivos de la conflictividad desde fines del siglo XX y lo que va del siglo XXI (Favela-Gavia, 2009; Leyva y Sonnleitner, 2000),⁷⁶ y que la noción de ciudadanía entraña múltiples significados en función de los actores, los usos, los contextos y los lugares en que es empleada.

En los movimientos sociales, por ejemplo, la noción de ciudadanía podría equipararse a otras categorías que aminoran las diferencias (Jasper, 2014). Uno de los activistas del movimiento #Yosoy132 ejemplificaba la importancia del carácter inclusivo de la noción de *ciudadano*, pues permitía la entrada de un amplio espectro de ideologías y clases sociales. En otras experiencias fuera del país, podemos

⁷⁵ Ver <http://www.culturadelalegalidad.org.mx/Qu%C3%A9-es-Cultura-de-la-Legalidad-c53i0.html>

⁷⁶ Después de haber sido estigmatizada y condenada al olvido en el ideario político entre quienes desde la izquierda pugnaban por la transformación radical de la sociedad, hoy en día emerge la preocupación por el desarrollo de la ciudadanía como uno de los rasgos distintivos de la conflictividad en el siglo XXI. Uno de los ejes que nos permite analizar la relación entre democracia y movimientos sociales tiene que ver con la construcción de derechos y prácticas ciudadanas (Favela-Gavia, 2009:21-22)

apreciar la forma en que la inclusión de algunas *identidades colectivas* ofrece beneficios. La consigna “somos el 99%”⁷⁷ referida anteriormente evoca el tipo de *identidades* que son útiles para convocar a *ciudadanos* que se sienten identificados con un problema general, a pesar de tener diferencias ideológicas y materiales.

En resumen, la *identidad ciudadana* debe ser leída, más allá de las sumatoria de prerrogativas acumuladas, en términos de derechos políticos y sociales, como un sujeto político diverso (Favela-Gavia, 2009). A partir de los diálogos con activistas se puede identificar un sentido normativo, apoyado en la noción de Estado de derecho, entendiendo la ciudadanía como un marco de derechos y obligaciones; pero también una identidad amplia, en los términos que Isin (2009) sugiere, que bajo algunas coyunturas ofrece posibilidades de unidad que activan la movilización social.

Para concluir este capítulo, es importante señalar que, si bien la comprensión de los sentidos, significados y choques morales que dan vida a las experiencias de participación juvenil no explican por sí mismos las acciones colectivas, estos permiten analizar una parte importante de sus orientaciones simbólicas. En este análisis se ha indagado sobre estas orientaciones en las múltiples discursividades y producciones materiales que los colectivos realizan. Las invitaciones, los pronunciamientos en Facebook, la gráfica política y entrevistas han sido algunos de estos canales comunicativos.

A pesar de los esfuerzos interpretativos situados en una espacialidad concreta, las discursividades permanentemente nos obligan a voltear hacia otros procesos que operan en diferentes escalas espaciales y temporales. Si bien los *marcos de acción colectiva* son construidos en torno a una preocupación fundamentalmente local y urbana,

⁷⁷ La consigna “somos el 99%” (*We are the 99%*) ha sido usada inicialmente por el movimiento Occupy Wall Street para reivindicar a la mayoría de la población frente al 1 por ciento muy rico.

las problematizaciones y acciones apuntan a *marcos maestros de acción colectiva* —justicia, democracia, paz, el derecho a la ciudad y la ciudadanía—, siendo estas discusiones una especie de basamento simbólico de acciones, formas organizativas y agendas de los colectivos en diversas ciudades latinoamericanas.

Asimismo, se puede concluir que en estos *marcos de acción colectiva* se revela un conjunto de preocupaciones, “materiales” y “posmateriales”, que dan significado a las acciones colectivas en las que las personas jóvenes se involucran. Esto permite cuestionar la dicotomía planteada para describir a los *movimientos sociales tradicionales* de los *nuevos movimientos sociales*, y permite confirmar una característica de los movimientos sociales contemporáneos: la combinación de ambos tipos de demandas, lo que algunos analistas consideran propio de los “novísimos movimientos sociales” (Juris, Pereira y Feixa, 2012).

La comprensión de los marcos simbólicos que orientan las acciones se complementa en este capítulo con una aproximación analítica a los procesos de constitución política que experimentan las y los jóvenes activistas que han participado en esta investigación, y que son evidentemente diversos. El espectro de *identidades sociales y políticas* es amplio, pero se pueden identificar en este texto, a manera de tipos ideales, dos identidades “elaboradas” en torno a la ciudadanía juvenil y a los activismos estudiantiles, cuya centralidad se deja ver de manera tácita o explícita en el terreno empírico con diferentes matices que, ocasionalmente, se entrelazan.

Capítulo 6

Condicionantes y dilemas de la acción colectiva

La noción *áreas de movimiento* hace referencia a los campos donde se negocia y configura una identidad colectiva con base en las redes de solidaridad que establecen las personas y los colectivos (Melucci, 1999:118). Las alianzas o redes sociales constituyen una de las estrategias para poder potenciar su trabajo y lograr sus objetivos cotidianamente. Gamboa y Pincheira (2007) sugieren que, incluso, se trata de uno de los principales “recursos” para la coordinación de acciones en conjunto con otras organizaciones.

Como se ha establecido en el primer capítulo, San Cristóbal puede pensarse como una *arena de movimientos* debido a las múltiples influencias y procesos organizativos desarrollados con gran intensidad en la segunda mitad del siglo XX. Estas áreas adquieren, en este sentido, cierta especie de agencia o influencia en las dinámicas sociopolíticas que ahí se despliegan. Encontramos, así, procesos que coadyuvan a la vinculación de los activismos estudiantiles con diferentes *movimientos populares* y, a contrapelo, diferentes procesos que desincentivan la *acción colectiva*. Exploramos en este capítulo algunos de estos condicionantes.

ORGANIZACIONES ESTUDIANTILES ENTRE ALIANZAS Y DESENCUENTROS

Las prácticas organizativas entre estudiantes atraviesan diferentes etapas. En un primer momento las organizaciones operan con cierta informalidad, de manera menos rígida, abiertas a nuevas posibilidades, tal como señaló Lorena: “Éramos ocho compañeros iniciadores; nosotros estábamos conscientes de que no teníamos la menor idea

de cómo se trabaja”. Esta necesidad de organización elemental conduce a encontrar los primeros aliados:

Comenzamos a hablar con “la banda” de Sociales porque antes de que nosotros nos movilizáramos ellos habían tomado la universidad entre el 2010 y el 2011. Ellos nos dieron un pliego petitorio y ahí retomamos ideas, empezamos a hacer nuestro propio pliego y comenzamos a ver qué era lo que se necesitaba en la LGAI (Lorena, comunicación personal, 2 de abril de 2014).

La horizontalidad en los colectivos es una característica valorada positivamente, pero no siempre se considera como la más funcional. Uno de los activistas de un colectivo estudiantil señaló la necesidad de establecer una relación de carácter horizontal en el interior de su organización, pero reconoció que cuando todo se discute es difícil y que las pláticas pueden llegar a demorar, lo cual afecta a los movimientos. Su colectivo ha optado, por lo tanto, por liderazgos denominados “direcciones colectivas” que guían el grupo. Esta responsabilidad la asumen activistas con mayor experiencia y se establecen comisiones para diferentes actividades (Samuel, comunicación personal, 12 de marzo de 2016). Asimismo, fue interesante observar que, al calor de las coyunturas de movilización, los jefes de grupo y los representantes estudiantiles han desempeñado un rol importante.

Las primeras [en participar] fueron [la Normal] Mactumatzá y la Normal Superior en Tuxtla. Un día llaman a todos los representantes de grupo de manera extraordinaria, quería el Consejo de la Jacinto Canek hablar con nosotros, querían el apoyo de otras escuelas, se quería que otras escuelas se pusieran en paro al igual que el magisterio, [el cual] ya había empezado a clausurar sus labores... Empezamos a hablar con los compañeros y formamos una pequeña comisión los que estaban en el consejo... Se volvió un consejo improvisado, porque

solo eran jefes de grupo, nada más que al azar quedaron en ese sitio y decidimos ir a Tuxtla, investigar qué estaba sucediendo en las normales vecinas (Karla, comunicación personal, 24 de enero de 2014).

Como puede observarse, las normales estudiantiles cuyos estudiantes tienen una organización más consolidada acuden también a quienes no la tienen para solicitar su apoyo e invitarlos a incorporarse al movimiento. La coyuntura “movimientista” exige mayores esfuerzos participativos y organizativos, en los cuales las y los activistas recién reclutados experimentan fuertes procesos de politización. Cuando los estudiantes normalistas advirtieron la necesidad de tener una mayor representación en el movimiento, por ejemplo, crearon la Coordinadora de Estudiantes Normalistas del Estado de Chiapas (Cenech).

Como normalistas, comenzamos nada más apoyando al magisterio, no había una acción normalista que se dirigiera... Empiezan a pasar las semanas y se crea una coordinadora alterna al magisterio que se vuelve Cenech, una coordinadora de todas las normales para que no solo fuera un movimiento magisterial, sino que se viera como normalista. En la Cenech [se encuentran organizadas] las veintidós normales del estado de Chiapas, tanto las federales como estatales; son cuatro federales que están aquí y las demás son todas que están dentro de Cenech. Se lanza un consejo que es un representante de cada normal y se daban indicaciones de las actividades que ya nosotros individualmente organizábamos (Karla, comunicación personal, 24 de enero de 2014).

Una vez en las movilizaciones, el estudiantado de diferentes escuelas se organizaban para cubrir varias responsabilidades en las escuelas tomadas, como la comunicación con otras escuelas y con otros actores. El objetivo era también evitar un desgaste generalizado. Las relaciones de este tipo se producen en diferentes locaciones, en las

cuales la heterogeneidad de ideologías y de estrategias políticas define muchas veces las posibles alianzas o fricciones entre los diferentes grupos. Las siguientes narraciones hablan de dichos encuentros y de ulteriores desencuentros.

Yo entré a [X organización estudiantil], pues comenzaron a dar ideas, veía que hacían mucha movilización en [la Facultad de] Sociales. Cuando llego con ellos, me doy cuenta de que su visión es un poco o muy cerrada. No me gusta cómo se mueven, cómo trabajan; la única manera de tener contacto con ellos era cuando se hacía la marcha del 2 de octubre. Estoy en desacuerdo en que salgan con palos, cubiertos, rayando, que no tiene nada que ver, incluso agreden. El gobierno pasado [de Cecilia Flores] nos mandó a los policías el 2 de octubre (Lorena, comunicación personal, 2 de abril de 2014).

Dentro de la organización era más que nada eso, representantes que entraban en la mesa de negociación en México, en las asambleas que había en Tuxtla y de las normales. A nivel nacional, se tuvo contacto con normales de Guerrero, Oaxaca y Michoacán. Se hicieron reuniones donde hubo representaciones de diferentes estados. Las más fuertes eran las de aquí. En el caso de Michoacán y Oaxaca peleaban también otras cosas. Por ejemplo, ellos buscaban plazas directas, sin examen. Nosotros no estábamos peleando eso. Fue un motivo tal vez por lo que no se logró la unión (Rosa, comunicación personal, 7 de marzo de 2014).

El Núcleo se coordinó con bases de apoyo del EZLN. Se ha participado en convocatorias. Se han apoyado algunas comunidades hostigadas. Hay una coordinación con grupos campesinos también. El Núcleo tuvo problemas con la Otra Campaña. [Esta] acusó a varias organizaciones de tener vínculos gubernistas, incluidos nosotros. Pero nos comunicamos con

comunidades que no pertenecen a la Sexta, comunidades expulsadas de la Otra Campaña. Es decir, se generó conflicto en vez de agruparse. [En la universidad] hay varios grupos: el SOBLEJ es el más reconocido, con mayor experiencia, más activos; el UJRM-Frente Popular Revolucionario. Platicamos con ellos, pero no tenemos un trabajo sólido; el [colectivo X] pensamos que es una organización policiaca, por eso no nos coordinamos con ellos; hay otro grupo de [la Facultad de] Economía, que buscan [solamente organizar] ponencias con los de Bancomer; la ANDE, que solo andan en viajes; los estudiantes de Antropología; grupos de feministas (que salieron en coyunturas) (Samuel, comunicación personal, 12 de marzo de 2016).

Otro tipo de relaciones importantes es el que los grupos organizados en las universidades establecen con las autoridades de estas. Esta relación varía de un espacio educativo a otro. Algunos de los entrevistados plantearon que existe un marco de cordialidad entre estos dos actores. Las soluciones que usualmente se proponen a algunas de las demandas del estudiantado sugiere que las organizaciones estudiantiles hasta cierto punto tienen un reconocimiento, y sus peticiones más inmediatas vinculadas al ámbito universitario son escuchadas; en otros casos, incluso, se reconoce su trabajo organizativo de años y se les conceden algunos apoyos para la realización de acciones.

La relación entre profesores y alumnos activistas, por otro lado, es más diversa. Mientras que algunos profesores muestran simpatía por la organización de los alumnos, otros sancionan a sus integrantes de manera velada o explícita.

Comenzamos a tener problemas con una profesora que, hace dos años, demandó a la Coordinadora e incluyó a los estudiantes argumentando que éramos personas que queríamos atentar contra su salud, etcétera. Ahora soy egresada y de cierta manera a la Coordinadora nos tiene amenazados. Ella

es abogada y antropóloga por doctorado. Ella nos ha frenado; curioso, porque ella fue la que nos apoyó en sus inicios, pero actualmente nos tiene frenados (Lorena, comunicación personal, 2 de abril de 2014).

Solo con algunos maestros hay pleitos, porque sus clases tardan menos del tiempo que deben de tardar. Personalmente sí [he tenido problemas]. Solo porque me han visto volanteando, se la toman personal, hasta el punto de reprobarme. Otros profesores son solidarios (Samuel, comunicación personal, 12 de marzo de 2016).

En los momentos en que se organizan las acciones colectivas, las interacciones se tornan más complejas y tensas porque no todos los involucrados coinciden en movilizarse. En el movimiento de 2013, por ejemplo, los efectos de las reformas educativas no afectarían por igual a todo el profesorado, pues había quienes se encontraban en condición de profesoras o profesores interinos y otros en periodo de prejubilación, por ejemplo. Las reformas también eran interpretadas de manera diferente por hijos de profesores en la corriente “charra” (considerada antidemocrática) y por los profesores del ala democrática. En este “juego” de posiciones destacaba la coalición entre profesores que se encontraban ante la posibilidad de perder su base y de alumnos normalistas que consideraban que no accederían a las mismas condiciones que otras generaciones de profesores.

Había muchos que no se metían porque son [profesores] interinos. Como no tienen plaza que pelear, prácticamente no les interesaba, pero era muy notorio. Todos los que ya se podían jubilar estaban en contra del movimiento porque ya sabían que en un año y ocho meses salía su jubilación, y en los alumnos también se notaba muchísimo, particularmente [en los hijos] de padres “charros” (Karla, comunicación personal, 24 de enero de 2014).

Hasta cierto punto, hubo la participación de una gran masa de normalistas, hubo también quien no tenía el interés, ya sea por flojera, por gastos, o porque simple y sencillamente “les vale”. Fue duro porque tenías que enfrentarte ante opiniones que te criticaban, tus propios compañeros tenían rechazo de las protestas (Rosa, comunicación personal, 7 de marzo de 2014).

Otra fuente de conflicto para quienes participaron en el movimiento se propició en la interacción con quienes estaban en contra del movimiento o se sentían agraviados por algunas acciones que formaban parte del repertorio de protestas, como por ejemplo transeúntes, peatones, conductores durante las tomas de vialidades o alumnos y profesores en las tomas de escuelas.

Al principio del movimiento, si tapabas una calle recibías dos o tres insultos, quizá alguna agresión, pero conforme fueron pasando las semanas era de que ya se bajaba el tipo del coche, ya te empujaban, una agresión ya muy fuerte, insultos. Era muy curioso, en las casetas [que se tomaban, algunas personas decían:] prefiero darle mi dinero a extranjeros⁷⁸ que a los maestros. Escuchar estas respuestas era muy fuerte. [Escuchamos] a los niños riquillos [decir] “pinches proles” (Rosa, comunicación personal, 7 de marzo de 2014).

En las acciones del día de hoy tuvimos rechazo en cuanto a algunos profesores y algunos estudiantes. Quizás era predecible teniendo en cuenta que hay quienes no simpatizan con este tipo de movimientos porque no están informados.

⁷⁸ Se refiere a la Concesionaria de Autopistas del Sureste, formada por la empresa española Aldesa y la mexicana Acsa, las cuales ganaron la licitación para administrar diferentes tramos carreteros en la entidad, incluidos los 46 kilómetros de la vía San Cristóbal-Tuxtla Gutiérrez, en Chiapas (ver Enríquez, 2008).

Hubo una discusión como a las ocho de la mañana; empezaban a venir los chavos, se juntó aquí la gran multitud y, pues, sí se nos vinieron encima, sacaron tijeras y cortaron un candado, como de 7 a 8 de la mañana. Se puso caliente, densa la cosa, pues, y nosotros tratando de estar quietos, de no aceptar esas provocaciones. No pasó a mayores, afortunadamente, porque dimos información, dimos un comunicado de prensa a las 11 de la mañana, los chavos fueron pacientes y esperaron (Ignacio, comunicación personal, 11 de septiembre de 2012).

En resumen, algunas de las interacciones entre los manifestantes y las personas que estaban en desacuerdo con las movilizaciones incluyeron actos de violencia de diferentes tipos. Dos estudiantes narraron la forma en que algunos automovilistas intentaban atravesar los bloqueos de calle: “Al tapar la calle que está afuera de la Unicach, un carro se me echó encima, terminé en el cofre. El tipo se baja, me empuja y empieza a decirnos de cosas. Encima de que él nos había arrollado, grita porque le abollé el espejo con mi cuerpo”. En el campamento, la violencia y las fuentes que la generaban se multiplicaban con el paso de los días. “Había muchos provocadores; cuando veníamos a ver, ya habían entrado rateros en la noche al campamento y después personas armadas” (Karla, comunicación personal, 24 de enero de 2014).

Así, la tensión dentro del movimiento fue en aumento, mientras que el número de activistas activos se fue reduciendo. En palabras de una manifestante, “al principio dormíamos, después ya no se podía dormir; era de estar velando, era fácil dormir cuando treinta personas están a tu lado, [pero es diferente] cuando ya los campamentos se iban reduciendo a diez personas” (Karla, comunicación personal, 24 de enero de 2014).

DE COLECTIVOS JUVENILES A ORGANIZACIONES CIVILES

En relación con la composición y la organización de los colectivos que no tienen como epicentro de acción la universidad se observaron diversas estrategias en función de objetivos concretos. Se advirtieron composiciones de dos tipos: una juvenil, considerando el referente etario, y otra que aun cuando era mayoritariamente juvenil estaba abierta a relaciones intergeneracionales. Esta última opción era percibida positivamente por algunos colectivos dado que permitía la transferencia intergeneracional de experiencias a través de activistas más veteranos. De esta manera, los colectivos adoptan los conocimientos y las habilidades necesarios para impulsar sus proyectos.

Así como ocurre con las relaciones intergeneracionales, también la pluralidad ideológica, las múltiples actividades a las que se dedican las personas y la diversidad de condiciones de clase propician algunas ventajas en el despliegue de diferentes acciones colectivas. Esta pluralidad representa para algunos grupos una ventaja, pues permite aprovechar las relaciones y los recursos de los que cada uno de los integrantes dispone.

Sigue siendo heterogéneo, no hay una característica general; quedamos, igual, gente que tiene una empresa, que es académica, trabajadores, padres de familia, empleados. Entonces, rescatamos esto y al final es bien interesante, pues no nos quedamos encasillados en algo, tenemos esta pluralidad. Los que quedamos somos gente que radicamos acá (Sergio, comunicación personal, 4 de marzo de 2014).

Insolentes nace de chicas para chicas y el tiempo lo fue modificando a jóvenes. [En la actualidad] no solo somos jóvenes sino ya familias completas: madres, padres, abuelitos, niños. No estamos excluyendo la participación de todo

aquel que se quiera subir a la bici; ver caras nuevas es algo que nos motiva, que nos dice que algo se está haciendo bien (Kony, comunicación personal, 19 de agosto de 2014).

Por otro lado, una de las estrategias de consolidación más importantes para los colectivos es su “institucionalización” y “profesionalización”. Estos comienzan teniendo un carácter horizontal, y las personas se distribuyen el trabajo formando comités o áreas. En la medida en que los colectivos se van consolidando surge cierta disyuntiva en torno a la institucionalización o la constitución de los colectivos como asociaciones civiles, un proceso que implica cierto cálculo de costos y beneficios. Algunos activistas argumentan que la institucionalización les permitiría la posibilidad de consolidar su organización, brindar seguridad a la ciudadanía y a los grupos sociales con los que trabajan y acceder a fondos públicos. Así lo expresa una joven activista:

Poco a poco nos hemos ido sumando asociaciones porque esta es la manera más efectiva de trabajar. Es tanta la población, las necesidades, que una sola asociación realmente no puede. Entonces es como comenzar a tejer redes sin dejar el individualismo de cada asociación, buscar objetivos comunes en los que podamos incidir. Nos damos cuenta de que hay muchas organizaciones en San Cristóbal que también están buscando incidir en temas de cultura [...] también esto es parte de una cultura ciudadana, dejar un poco el protagonismo de “yo hago, yo soy, yo digo,” porque entre más seamos, más ruido hacemos (Annel, comunicación personal, 20 de agosto de 2014).

De esta forma, en San Cristóbal muchas organizaciones que comparten intereses específicos han encontrado una vinculación importante que ha potenciado el trabajo que realizan. En estos procesos de articulación, desde luego, existen fuertes obstáculos para realizar acciones en conjunto, como por ejemplo ciertas “rivalidades” que

existen entre algunas organizaciones cuando se trata de proyectos que van dirigidos a una población en común. “Seguimos viéndonos como aquellos que nos pueden quitar algo, no tenemos un objetivo en común,” señala una de las representantes entrevistadas (Lyz, comunicación personal, 25 de agosto de 2014), quien ha buscado articularse con el universo de organizaciones juveniles.

En el caso de las organizaciones que realizan funciones de intermediación, de beneficencia o de voluntariado, las redes son un mecanismo imprescindible porque les permiten vincular a quienes solicitan ayuda con quienes desean ofrecerla, como en el caso de Por Amor a San Cristóbal y Viva Voluntariado. En cualquier circunstancia, hacerse de redes y aliados se percibe como parte de la profesionalización, la proyección y la difusión del trabajo que realizan los colectivos para constituirse como actores sociales. Al mismo tiempo, esto les brinda la posibilidad de promover diferentes interlocuciones y ejercer influencia frente a otros actores sociales y políticos.

A pesar de cierta “inercia” que propicia la institucionalización, algunos activistas refirieron también que se ha realizado un esfuerzo dentro de los colectivos para evitar que en los procesos de institucionalización se pierdan la flexibilidad, el compañerismo y los lazos afectivos que dieron origen a los diferentes proyectos. Otros más argumentaron que la horizontalidad era factible únicamente en asociaciones pequeñas: “Cuando es un grupo pequeño es más fácil, pero en otro tipo de movilizaciones, es más complicado” (Sergio L., comunicación personal, 4 de marzo de 2014).

Es inevitable, sin embargo, que en el transcurso de la consolidación de las organizaciones se propicie una recomposición de los colectivos a partir de las diferencias entre los dirigentes y las personas que posteriormente se van asociando. Así se expresaron algunos entrevistados sobre este punto:

Somos un consejo de amigos, no estamos todos los que iniciamos el proyecto, pero actualmente dentro del consejo somos doce personas, tu servidora al mando de Insolentes,

porque fue una decisión en conjunto. Puse la primera piedra, pero todas las personas que se quieran poner la camiseta son bienvenidas. La voz de cada uno cuenta para mí, las aportaciones, sugerencias, comentarios, es algo que yo tomo a bien porque sé que harán que el grupo crezca (Kony, comunicación personal, 19 de agosto de 2014).

Somos el primer núcleo... Este es el grupo de tomadores de decisiones. Estamos en el proceso de constituirnos legalmente bajo la figura de A. C., sobre todo por la onda de los recursos, acceder a convocatorias, propuestas, y ofrecer a la comunidad una certeza jurídica de que no somos alguien que los está enganchando (Annel, comunicación personal, 2014).

En este sentido, por un lado se encuentran los “consejos de amigos”, el “primer núcleo” o los “responsables” —palabras utilizadas para referirse a las personas de base que llevan la coordinación de los proyectos—, y por otro lado se encuentran las y los nuevos miembros que se van sumando a los proyectos, quienes son considerados como las bases de apoyo del voluntariado y no necesariamente son incluidos en la toma de decisiones.

La “inercia institucionalizante” que experimentan diferentes colectivos nos conduce a otra importante dimensión analítica: la relación que estos mantienen con otros colectivos, actores institucionales y organizaciones civiles en un campo de acción determinado, tal como veremos en el siguiente apartado.

ENTRE LA DEBILIDAD INSTITUCIONAL Y EL PAPEL FACILITADOR DE LAS ORGANIZACIONES

Las definiciones sobre la juventud y su papel en la sociedad no están exentas de diferencias y conflictos. En el año 2009, el gobierno municipal de San Cristóbal, encabezado por Mariano Díaz, propició

una coyuntura de criminalización de jóvenes *graffiteros* a través de la Ley Anti-graffiti, que derivó en múltiples violaciones a los derechos humanos de estos jóvenes y al asesinato de uno de ellos que fue sorprendido *graffiteando*. Una organización documentó un conjunto de agravios ocurridos en ese año, y concluyó lo siguiente:

Las políticas públicas aplicadas para contrarrestar el *graffiti* tienen varios componentes articulados que muestran la complejidad de la situación, entre ellas destacan la presencia de una mirada gerontocrática por parte de las autoridades y parte de la sociedad; por lo tanto, ser *graffitero* se ha convertido en ser portador de una identidad desacreditada, estigmatizada y estereotipada. Esto provoca un clima hostil y favorece y legitima la represión gubernamental. Se trató de un abuso de poder estructural que comenzó con quienes propusieron las políticas públicas represivas, continuó con quienes las aplicaron y concluyó con diversos medios de comunicación y sectores de la población que la legitimaron (Melel Xojobal e Inicia, 2011:43-48).

Interesa destacar de estos acontecimientos que diferentes colectivos juveniles y organizaciones sociales cuestionaron la perspectiva institucional reducida y exigieron la reivindicación de sus derechos (Gómez-Abarca, 2014). Una conclusión producto de diversos encuentros entre estos colectivos, organizaciones y sociedad civil fue que era urgente la elaboración e implementación de políticas públicas para que las personas jóvenes contaran con herramientas mínimas para poder enfrentar, desde la autonomía y con responsabilidad, la compleja situación social, económica y política. Concretamente, se demandaba la creación del Instituto Municipal de la Juventud con personalidad jurídica propia y partida presupuestal etiquetada (Melel Xojobal e Inicia, 2011).

En el año 2012, durante el comienzo del gobierno de Francisco Martínez Pedrero como alcalde de San Cristóbal, se creó la Coordina-

ción Municipal de la Juventud (CMJ), que dependía directamente de la Secretaría de Desarrollo Económico y Social. La primera tarea de esta coordinación fue generar un diagnóstico, apoyado en el trabajo de diferentes asociaciones civiles que venían trabajando en temáticas de juventud, para lo cual se instaló la Comisión de Atención a la Juventud, que incluía integrantes de organizaciones civiles, y una representación del ayuntamiento municipal. De esta forma, “se identificaron los principales problemas que experimentan las personas jóvenes: la discriminación, la violencia, los abusos sexuales, problemas de drogadicción y el alcoholismo, así como también la falta de espacios dignos para diferentes prácticas culturales y deportivas”.⁷⁹

Las acciones que la CMJ implementó para atender tales problemáticas fueron diversas, a decir la coordinadora. Se ofrecieron capacitaciones y conferencias sobre temas de género, junto con la Dirección de Equidad de Género, en todas las escuelas preparatorias; se identificaron y atendieron problemas particulares en las escuelas, en los hogares y con los amigos; los casos de adicción se canalizaron a centros de rehabilitación (Centra) ubicados en otras ciudades (Tapachula o Berriozábal), y se buscaron espacios y horarios para la realización de prácticas culturales, como *break dance*, *rap* o *skate*, entre otras.

A pesar del esfuerzo mostrado por esta coordinación, lo cierto es que la falta de recursos fue uno de los principales problemas para su funcionamiento. De allí que otra de las actividades prioritarias haya sido la de “bajar recursos” de las dependencias y programas. A través de la vinculación con la Secretaría de la Juventud del estado de Chiapas, se implementaron algunos programas con los objetivos siguientes: atenuar el problema que representaba el acceso restringido a la educación pública para muchos jóvenes;⁸⁰ mitigar el

⁷⁹ En entrevista, la entonces responsable de Coordinación de la Juventud señaló que, como parte del diagnóstico, sus colaboradores realizaron una serie de cuestionarios en los barrios y colonias de la ciudad. Sin embargo, estos no fueron facilitados.

⁸⁰ En parte por el acceso restringido y el número reducido de matrículas que ofrecen, pero también como resultado de prácticas de corrupción que se encuentran arraigadas en las instituciones públicas de educación.

desempleo, mediante el programa Empleo Temporal (implementado por la Secretaría de Juventud y Sedesol) y un recurso federal dirigido a jóvenes que no tuvieran un empleo y que tampoco estudiaran, y realizar acciones enfocadas en cuestiones ecológicas.⁸¹

Además, entre otros programas, la CMJ sería la responsable de: impulsar el Concurso de Debate Político, organizado por el Instituto Mexicano de la Juventud (Imjuve); gestionar el recurso federal Poder Joven Radio, que otorgaba una beca de mil pesos para cinco jóvenes, les capacitaba y se les ofrecía transmitir un programa de radio; ofrecer conferencias sobre distintos temas; apoyar mediante becas a jóvenes con capacidades diferentes, y trabajar con la jurisdicción sanitaria en temas relacionados con métodos anticonceptivos y desparasitantes.

En la siguiente administración municipal, desde el último trimestre de 2015, el espacio de la CMJ se convirtió en sede del Centro Poder Joven, que forma parte de la red de Espacios Poder Joven del Imjuve y se vincula directamente con las instancias estatales y municipales vinculadas con la juventud. Este espacio se ubicó en la zona sur de la ciudad y su objetivo es brindar a jóvenes un entorno donde puedan tener acceso a diferentes servicios de manera gratuita o, al menos, más económica que en otras partes. Este espacio cuenta con una cafetería, acceso a Internet, zona de recreación y una sala de espacios múltiples donde se efectúan talleres. En materia de participación política el centro no cuenta con un proyecto concreto.

En el tiempo que lleva funcionando, a decir de su director general, Luis Urbina, el Centro Poder Joven se ha coordinado con algunos colectivos que operan dentro del espacio y que administran la cafetería u ofrecen asesorías jurídicas. Al mismo tiempo, ha buscado la vinculación con asociaciones civiles y otras direcciones del muni-

⁸¹ El empleo que se ofrecía a jóvenes era para un periodo de dos meses a cambio de una contribución de 8 000 pesos y consistía en ofrecer una capacitación en cuestiones ecológicas: cómo dividir la basura, el círculo vicioso de la basura y el reciclaje. Quienes participaron pusieron contenedores en ciertas áreas de la ciudad, juntaban PET y lo vendían (Gabriela H., comunicación personal, 25 de agosto de 2014).

cipio, como la Dirección de Cultura y Deporte, la Dirección de Salud y la Secretaría de Trabajo, así como también ha establecido convenios con rectores de universidades privadas con el fin de conseguir becas parciales de estudio (Luis U., comunicación personal, 12 se septiembre de 2016).⁸²

Después de once meses de funcionamiento, en el centro ya se habían registrado algunas actividades. Para las personas más jóvenes de las preparatorias se organizaron “expo-universidades” de manera conjunta con universidades privadas, donde se daba a conocer a jóvenes que deseaban continuar sus estudios la oferta de las universidades con las que se tenía convenio; con el objetivo de ayudar a solucionar el problema del primer empleo, se propiciaron también convenios con empresas que operaban en la ciudad, con los cuales se contrataba a gente sin experiencia por tres meses en fase de prueba, se dio seguimiento a los proyectos de radio e inició la incubación de proyectos productivos⁸³ (Luis U., comunicación personal, 12 se septiembre de 2016)

Cabe mencionar que, a pesar de que el Centro Poder Joven se ubica en la otrora sede la CMJ, ha partido como un nuevo proyecto, pues no existió una vinculación de entrega/recepción del espacio y no se dio continuidad a proyectos y trabajos anteriores. Actualmente los recursos con los que opera este centro provienen de la federación a través del Imjuve y de la Secretaría de Desarrollo Social, pero para el coordinador del centro estos aún son escasos:

Estas eran las oficinas, pero no estaba así, la cafetería era una bodega, estaba descuidado. Pero que hayan tenido una

⁸² Las becas consisten en apoyos que las universidades privadas ofrecen para que mujeres y hombres jóvenes paguen parcialmente los gastos que les supone cursar sus estudios.

⁸³ Con respecto al primero, jóvenes de San Cristóbal ganaron un concurso nacional con un proyecto de radio en lengua indígena. Con respecto a los proyectos, son nueve (de un total de dieciséis) los que se encuentran en la etapa final estatal concursando por un recurso. Se trata de proyectos empresariales que, de resultar seleccionados, serían beneficiados con 400 000 pesos cada uno para su ejecución (Luis U., comunicación personal, 12 se septiembre de 2016).

oficina para los jóvenes era un avance. Nos encontramos con un apoyo del alcalde. Pero falta que le inyectemos economía. En poco tiempo hemos desarrollado bien las cosas (Luis U., comunicación personal, 12 de septiembre de 2016).

Con base en conversaciones con los representantes de la Coordinación de la Juventud y el Centro Poder Joven, se puede inferir la ausencia de acciones concretas dirigidas al fomento de la participación juvenil. A pesar de la actitud voluntariosa de los titulares para la realización de diferentes acciones, existe una fragilidad institucional que se expresa en la falta de recursos, la incertidumbre sobre su permanencia que depende del gobierno en turno, la falta de articulación con otras coordinaciones e instancias gubernamentales y la falta de infraestructura con que cuenta la coordinación.

Con la instalación del Centro Poder Joven se observó un avance con respecto a la visibilización de algunos de los problemas más apremiantes de la población juvenil, como son la falta de acceso al empleo y a la educación. Sin embargo, no se contaba con un diagnóstico claro sobre las problemáticas de las personas jóvenes en la ciudad. Asimismo, las vinculaciones de este espacio institucional con colectivos independientes, otras instancias gubernamentales y sectores empresariales para atenuar algunos problemas identificados mostraban muchas limitaciones.

Los cuestionamientos realizados en 2009 por las organizaciones civiles enfocadas en temáticas de juventud persisten casi una década después, cuando se terminó de redactar la primera versión de este texto, en 2017. A contrapelo, es de destacar el papel de las organizaciones que se han venido profesionalizando y especializando sobre este sector de la población y desde su propia mirada asumen un papel crítico que interpela a los gobiernos municipales y a otros actores institucionales. Organizaciones, como Keremetic Ach Ixeticque,⁸⁴ han incorporado a su

⁸⁴ “Los jóvenes y las jóvenes de hoy”, en traducción al castellano de su fundadora.

agenda el fomento a la participación política juvenil,⁸⁵ después de realizar trabajo en materia de derechos sexuales y reproductivos con jóvenes.

De esta manera, diferentes organizaciones que consideraban a la juventud como “población meta”, han ampliado las temáticas con que trabajan y han modificado su percepción sobre esta población, a la que reconocen un papel cada vez más activo. Para continuar con el ejemplo de Keremetic Ach Ixeticque, en el año 2016 se encontraba trabajando con cuestiones de ciudadanía y participación para la incidencia pública de las y los jóvenes⁸⁶ en las ciudades de Tuxtla Gutiérrez, Cintalapa de Figueroa, Tonalá, Chiapa de Corzo y San Cristóbal, a través de un programa de formación en política e incidencia juvenil.

Las integrantes de Keremetic Ach Ixeticque formaban entonces parte de Viral, un programa de participación e incidencia juvenil que se dedica a la participación juvenil creativa, la incidencia social y política pública, y la creación de la agenda pública. Los integrantes del Colectivo Jovenarte, aludido líneas arriba, han sido partícipes de estos talleres en su proceso de profesionalización, pues uno de sus objetivos es incidir en la política pública del municipio para fortalecer y dar continuidad a sus proyectos.

En suma, a través de estos ejemplos es posible observar una fuerte cercanía entre las organizaciones civiles y algunos de los colectivos juveniles. No sorprende, por lo tanto, que muchos jóvenes compartan sentidos y narrativas sobre el “empoderamiento juvenil”, lo que Snow y colaboradores (1986) denominan *alineación de marcos de acción colectiva*. Esto contrasta con la relación que existe entre las instituciones municipales de la juventud y los colectivos, en donde no existe una

⁸⁵ Se trata de una organización que comenzó a trabajar en 2006 y se constituyó en 2008 según información proporcionada por L. M., fundadora y directora ejecutiva. Sus antecedentes se remiten a una necesidad personal de crear y constituir una organización propia después de haber trabajado en otras. Posteriormente se sumaron otras personas y en el momento de la entrevista eran nueve las personas integrantes, de diferentes edades, en su mayoría mujeres.

⁸⁶ Por este trabajo la organización recibió, en 2010, el Premio Estatal de la Juventud del mérito cívico por la defensa de los derechos de las y los jóvenes y, en 2013, el Premio Nacional de la Juventud por la aportación a la cultura política y a la democracia.

agenda que defina los horizontes en materia de participación; más allá de las actividades impulsadas desde el Centro Poder Joven, las acciones institucionales parecen reducirse a la autorización para utilizar espacios públicos y la presencia de representantes como observadores durante la inauguración de eventos realizados por los colectivos.

Asimismo, es posible reconocer que los recursos y los programas institucionales, en el mejor de los casos, tienen impactos muy limitados o insuficientes para atender la multiplicidad de problemas que experimentan los sectores juveniles en la ciudad, tal como el desempleo y el acceso reducido a la educación, problemas con raíces estructurales. Si bien las organizaciones civiles tampoco persiguen cambios estructurales, impulsan proyectos juveniles orientados a la incidencia pública y ofrecen un acompañamiento a colectivos en su profesionalización que tienen buen recibimiento entre la juventud.

En definitiva, es posible observar un campo de la sociedad civil con mayor capacidad de interlocución con los sectores juveniles y sus necesidades, por un lado, y un apesadumbrado impulso institucional, con escaso presupuesto, en el que la participación política no es una tarea prioritaria, por otro lado. En este escenario, no se pueden soslayar los alcances que tienen los proyectos de las organizaciones como parte de un fenómeno más amplio la *ONGización de la política*, término utilizado de manera crítica en la década de los noventa para catalogar a diferentes ONG como traidoras a sus principios éticos al colaborar con la implantación de políticas neoliberales.⁸⁷

Ciertamente, tal *ONGización de la política* alude a un proceso que no se limita al sur de México, y no intento generalizar o demonizar la actua-

⁸⁷ La activista Arundhati Roy definió este proceso de la siguiente manera: "A medida que el estado abdicaba su función tradicional, las ONG se pusieron a trabajar en estas áreas específicas. La diferencia, evidentemente, es que los fondos que tienen a su disposición son una fracción minúscula del recorte que se realizó en el gasto público. La mayoría de las grandes ONG subvencionadas están financiadas y patrocinadas por las agencias de ayuda y desarrollo, que a su vez dependen para su financiación de los gobiernos occidentales, el Banco Mundial, la ONU y algunas corporaciones multinacionales" (Roy, 2004).

ción de un conjunto de organizaciones civiles, muchas de las cuales desarrollan un trabajo consistente ante diferentes problemáticas juveniles y en el acompañamiento de movimientos sociales. Sin embargo, es necesario no soslayar la utilización de algunas ONG como parte de la estrategia de países desarrollados en la imposición de la agenda neoliberal en los países del sur,⁸⁸ y del abandono de la responsabilidad de los Estados en la construcción de una participación más activa.

Es de destacar también el giro conceptual que muchas organizaciones han dado a sus *marcos simbólicos de acción*. Como se ha planteado en el Capítulo I, muchas de las organizaciones civiles en Chiapas han incluido en los últimos años a la población joven de manera explícita, dado que representa uno de los ejes definidos como prioritarios por las agencias internacionales de financiamiento. Sobre este punto vale precisar que, tal como señala Benessaieh (2004), no se trata de una relación totalmente impositiva, sino de una negociación establecida entre las organizaciones y las agencias para acceder a recursos. Tal capacidad de negociación, desde luego, es asimétrica.

ESCENARIOS VIOLENTOS Y REPRESIVOS

En el estudio de las militancias es también deseable no perder de vista factores y procesos que desincentivan la militancia política en general, y los activismos juveniles, en particular. Entre los ejemplos más notables se encuentran las expresiones de violencia que jóvenes militantes experimentan durante las acciones colectivas vinculadas a los movimientos sociales en los que se involucran. Estas expresiones pueden ser analizadas a partir de dos perspectivas, una de tipo coyuntural-estructural, y otra que recoge las experiencias de jóvenes activistas en los movimientos sociales.

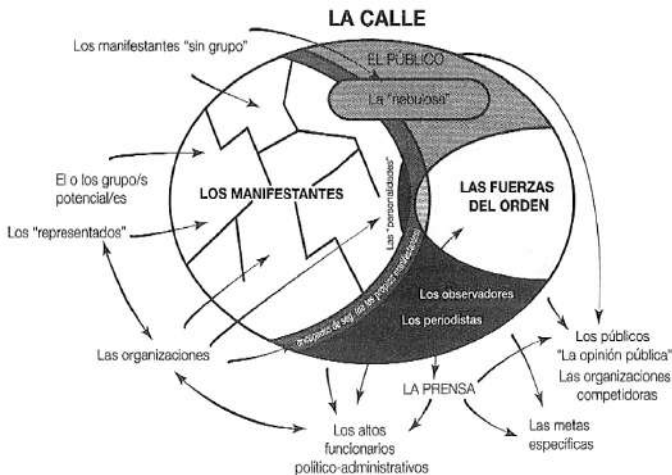
Es importante decir que el caso de esta entidad sureña resulta paradigmático para comprender la persistencia de los procesos de contrain-

⁸⁸ Ver <http://m.rlp.com.ni/articulos/4866>

urgencia, los cuales combinan una diversidad de estrategias que incluyen: la militarización, la paramilitarización, el aislamiento de los movimientos sociales y las políticas sociales “contra la pobreza”. Si bien el levantamiento armado de 1994 constituyó un punto de inflexión en Chiapas en el despliegue de estrategias de desmovilización social, las acciones de contrainsurgencia se registran en esta entidad, y en otras más, desde los años sesenta (CDHFBC, 2010; Morquecho, 2011).

Los eventos de protesta realizados por diferentes movimientos sociales han permitido identificar algunos patrones con que se desarrolla la violencia. En las protestas se dan cita un conjunto de actores: los organizadores, los grupos agraviados, los acompañantes solidarios, los cuerpos policíacos, los medios de comunicación y los espectadores, cuya interacción abre la posibilidad de múltiples expresiones de violencia (Fillieule, 2015; Fillieule y Tartakowsky, 2015). Los eventos de violencia pueden provenir de diferentes agentes y, por ende, son susceptibles de interpretaciones diversas. En la Figura 27 se puede observar una disposición de actores que suele ser común en las protestas.

FIGURA 27. DISPOSICIÓN ESPACIAL DE LOS ACTORES DURANTE LAS PROTESTAS



Fuente: Fillieule y Tartakowsky (2015:30).

Una primera lectura de la coyuntura nos remite al control de las protestas mediante su criminalización, definida como un proceso de control social de tipo represivo. Se trata de un conjunto de acciones desplegadas por instituciones estatales para enfrentar las luchas sociales, entre las que se incluyen: a) la represión desproporcionada de manifestantes, b) la investigación y persecución penal al grupo social, principalmente a los líderes de los movimientos, c) las detenciones arbitrarias y otras violaciones al debido proceso, d) la equiparación de luchadores sociales con delincuentes, e) la creación de sanciones administrativas y delitos *ad hoc*, f) el agravamiento de las acusaciones, g) la ilegalización de la protesta social, y h) la falta de un debido proceso penal (Cortez, 2008).

Estas acciones se pueden clasificar en, al menos, tres vertientes, la legislativa, la policial y la mediática. En México, las consideradas “leyes antiprotesta” incluyen una serie de iniciativas, leyes y reformas aprobadas que restringen la libertad de expresión y la protesta social. Las propuestas legislativas son medidas que directamente buscan regular el espacio público, coaccionando a los manifestantes para que usen determinadas vías y horarios, y obligando a los organizadores a dar detalles de las mismas a través de solicitudes y permisos. En caso de incumplimiento de los trámites burocráticos para el ejercicio de los derechos, particularmente de las protestas, se imponen sanciones administrativas, civiles o incluso penales (Fleps, 2015).

Según el Fleps (2018), se registró entre 2012 y 2018 la aprobación de diferentes leyes relacionadas con la movilidad, el tránsito, la cultura cívica o el uso de la fuerza en 24 estados del país.⁸⁹ En Chiapas,

⁸⁹ Las legislaciones registradas en el informe *El sexenio de la resistencia: informe sobre la protesta social y la respuesta estatal 2012-2018* (Fleps, 2018) son las siguientes: 1) Ley de Organización Cívica del Estado de Quintana Roo, 2) Ley de Movilidad del Distrito Federal, 3) Ley de Carreteras, Aguascalientes, 4) Ley de Tránsito Territorial, Baja California Sur, 5) Ley de Vialidad y Tránsito, Campeche, 6) Ley de tránsito, Chihuahua, 7) Ley Reguladora del Uso de la Fuerza, Estado de

por ejemplo, se estableció el uso legítimo de la fuerza por las instituciones de Seguridad Pública, se presentó una clasificación de manifestaciones pacíficas y violentas a partir de criterios poco claros, y se estableció la posibilidad de actuar a los elementos policíacos frente a hechos violentos concretos. Entre las manifestaciones violentas se incluye el uso de amenazas para intimidar u obligar a la autoridad a resolver determinados problemas y hechos en los que se perturba la paz pública y la seguridad ciudadana. Así, la restricción del derecho a la protesta social y a la libertad de expresión se consiguen a través de las facultades que se otorgan abiertamente a las autoridades, las cuales pueden reprimir a los manifestantes a través de clasificaciones ambiguas con las que distinguen supuestamente las protestas pacíficas de las violentas, y el uso correcto de los espacios públicos del incorrecto.

Un segundo vértice analítico comprende la acción de los cuerpos policíacos a través de las detenciones y los procesos judiciales arbitrarios, y de la generación de miedo en la sociedad. En las protestas realizadas en México entre 2012 y 2016 es posible rastrear un patrón en el papel desempeñado por los cuerpos policiales en las protestas, que consiste en una respuesta violenta desmedida contra manifestantes en momentos en que las movilizaciones comienzan a volverse masivas. Para Malaguti (2015) estas medidas pueden ser entendidas como parte de procesos dirigidos por un “Estado de seguridad” que, en su vertiente *excepcional*, congrega los ámbitos legislativo y ejecutivo, y sitúa a las disidencias políticas como *enemigos*, actuando de manera focalizada sobre los sectores más jóvenes movilizados y otros grupos sociales (Malaguti, 2015).

En esta investigación se ha documentado la forma en que la violencia policial opera como un mecanismo de control social que

México, 8) Ley de Tránsito y Vialidad, Michoacán, 9) Ley de Uso de la Fuerza, Morelos, 10) Ley de Tránsito y Movilidad, Oaxaca, 11) Ley de Tránsito, San Luis Potosí, 12) Ley de Tránsito, Tabasco, 13) Reglamento de la Ley de Tránsito, Veracruz, 14) Reglamento de la Ley de Tránsito, Yucatán, y 15) Ley de Transporte, Zacatecas.

afecta el desarrollo y el éxito de los movimientos sociales. En el año 2012, al ganar las elecciones el PRI con un proceso fraudulento plagado de “irregularidades”, el gobierno federal y el duopolio televisivo buscaron frenar el crecimiento del movimiento #Yosoy132 de manera contundente. El primer día de diciembre, en la Ciudad de México el gobierno apostó por la represión de los manifestantes utilizando equipos antimotines, lo que dio como resultado catorce detenidos, más de cien heridos⁹⁰ y la ulterior disminución del movimiento.

El 13 de septiembre de 2013 elementos de la Policía Federal, utilizando tanquetas de agua y gas lacrimógeno, se enfrentaron a los manifestantes solidarios con el movimiento magisterial, quienes utilizaron tubos, palos y bombas molotov contra la policía. El saldo oficial fue de treinta detenidos, de los cuales se dijo que ninguno era maestro, y diecisiete profesores heridos. Estas acciones provocaron un reacomodo en la estrategia del movimiento en la Ciudad de México y en diferentes ciudades del país, donde el movimiento comenzó a ganar fuerza. En este caso, paradójicamente, en vez de frenar las movilizaciones, las acciones violentas que se compartieron por las redes sociales generaron la empatía de amplios sectores de la población hacia el movimiento magisterial.⁹¹

Durante el año 2014, específicamente los días 8 y 20 de noviembre y el 1 de diciembre, se presentaron evidentes actos de represión, y tras ellos iniciaron desmovilizaciones masivas en Ciudad de México. La historia se repitió en otras ocasiones con pocos cambios. Al final de los eventos de protesta, algunas personas se enfrentaron con policías, ante lo cual estos últimos arremetieron indistintamente contra quienes se encontraban en las calles aledañas y realizaron detenciones arbitrarias. En ese año se suscitaron también otro tipo de intervenciones violentas. El 15 de noviembre, por ejemplo, policías federales vestidos de civil ingresaron a la

⁹⁰ Ver versión impresa de *La Jornada*, 2 de diciembre de 2012.

⁹¹ Ver notas periodísticas de *Animal Político*, 13-14 de septiembre de 2013.

Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), bajo el argumento de estar investigando un supuesto robo. Frente al Auditorio “Che Guevara” fotografiaron y dispararon a los alumnos, e hiriendo a uno de ellos.

Si bien esta lógica fue mayormente documentada en la Ciudad de México, se repite en diferentes ciudades del país. En suma, podemos hablar de acciones colectivas y movimientos sociales que han estado marcados por diferentes tipos de violencia, ejercidos por activistas, cuerpos policíacos y grupos de choque, siendo estos últimos los que generalmente dan pie a las acciones violentas de los cuerpos policiales hacia los protestantes.

Un tercer componente en el proceso de criminalización son los medios de comunicación que operan en asociación con los gobiernos municipales, estatales y federales. Los medios comerciales suelen presentar las batallas por los derechos sociales como delitos, y a los sujetos que las promueven como delincuentes. Cuando se trata de manifestantes jóvenes, generalmente se recurre, y se fomenta, un estigma asociado a ciertas agrupaciones juveniles disidentes. Esto se observa fácilmente en la manera en que dichos medios (des)informan sobre las protestas, ocultando las motivaciones de las mismas, deslegitimando sus demandas y enfatizando las formas más violentas de expresión del descontento social. En los medios de comunicación hegemónicos usualmente se emiten comentarios negativos sobre los manifestantes descalificando las causas y las acciones de protesta. Con todo esto se provoca, en la construcción de la opinión pública, una reducción de las protestas a las acciones de violencia mediatizadas, ocultando las causas y el resto de las acciones colectivas, y justificando así las acciones represivas que se cometan contra estas. “Vándalos”, “radicales”, “anarquistas” y “desestabilizadores” son algunos de los términos negativos utilizados para tales fines (ver Figura 28).

FIGURA 28. LA MEDIATIZACIÓN DE LAS PROTESTAS, CIUDAD DE MÉXICO, 2014



Fuente: Archivo del autor.

En el terreno de las telecomunicaciones se llevan a cabo otras acciones que, de manera indirecta, limitan el ejercicio de las protestas. Las nuevas normativas jurídicas para la utilización de sistemas de localización geográfica en tiempo real a través de teléfonos por parte de las autoridades sin que exista una orden judicial, por ejemplo, deja en una condición muy vulnerable a los manifestantes. Es el caso de las adiciones hechas a la Ley Federal de Telecomunicaciones en México (2013), en las que se establece que los concesionarios deben conservar los datos de las personas y su localización geográfica y deberán entregar la información a las autoridades que así lo requieran.⁹²

⁹² Ver <https://www.wipo.int/edocs/lexdocs/laws/es/mx/mx14les.pdf>, consultado el 1 de octubre de 2017.

A mediados del año 2017, una nota periodística reveló el uso de un *software* conocido como Pegasus, que se infiltra en los teléfonos celulares y otros aparatos con el objetivo de monitorear las actividades cotidianas de las personas. Defensores de derechos humanos, periodistas y activistas —incluidos los abogados que investigan el caso de los 43 estudiantes desaparecidos— fueron los principales objetivos de tal espionaje, que apunta hacia tres agencias federales, las cuales gastaron más de 80 millones de dólares en estos programas elaborados por NSO Group. Dado que este *software* no deja rastros suficientes, no existen pruebas contundentes de quien lo ha utilizado, lo que ha dado margen a una desestimación por parte de la Procuraduría General de la República (PGR) (Ahmed y Perloth, 2017).

Desde la *teoría de las oportunidades políticas*, este proceso de criminalización de la protesta se considera como uno de los factores que restringen o facilitan la *acción colectiva* por ser parte del contexto político (McAdam, 1982; Meyer, 2004). En este sentido, una mayor represión incrementa el costo de la participación en las protestas precipitando el desenlace de los movimientos. Sin embargo, en la práctica esta correlación es difícil de constatar debido a que existen otros factores (estructurales y coyunturales, internos y externos) que influyen en las dinámicas del movimiento.⁹³ Lo que se ha registrado, incluso, es que la violencia contra los manifestantes, al ser difundida por las redes sociales, genera mayor descontento y la suma de nuevos simpatizantes al movimiento.

También es cierto que incluso en momentos de reflujo de los movimientos sociales las propuestas legislativas que restringen las protestas siguen su curso. El 17 de marzo de 2016 se aprobó una nueva iniciativa de ley en el Estado de México para regular el uso de la

⁹³ Otros componentes que influyen en la *estructura de oportunidades políticas* son: los recursos de los movimientos, la cohesión de la élite, los alineamientos electorales, la disponibilidad de aliados, el papel de los mecanismos de control social y las creencias generalizadas de indignación (McAdam, 1982; Meyer, 2004).

fuerza pública. Sus críticos la denominaron la “Ley Atenco”, pues faculta a policías estatales y municipales a intervenir cuando consideren ilegal alguna manifestación. En este ordenamiento encontramos nuevamente que a los cuerpos policíacos se les otorga la posibilidad de utilizar armas letales en algunos casos: en defensa propia o de terceros, en caso de peligro de muerte inminente o para la prevención de un delito particularmente grave, o con el objetivo de detener a personas supuestamente peligrosas que opongan resistencia a la autoridad (Mendoza, 2016).

Además de permitir el uso de otras técnicas de sometimiento de los manifestantes, que incluyen la utilización de esposas rígidas, sustancias irritantes, candados de pulgares y armas intermedias, como el tolete y aparatos para proporcionar descargas eléctricas, esta legislación se caracteriza por la falta de precisión en las sanciones administrativas, civiles y penales en contra de elementos que cometan excesos en el uso de la fuerza. En caso de abusos policíacos, se exime de responsabilidad al gobernador y a los alcaldes, y se delega a los mandos operativos. Esta ley, por lo tanto, está lejos de proteger a los ciudadanos y de conducir a la impartición de justicia. Por el contrario, legitima la posibilidad de que el caso Atenco se repita (Mendoza, 2016), dando continuidad a las denominadas “leyes anti-protesta” y “leyes bala”, en las que la ambigüedad y la discrecionalidad que las caracteriza propician y legitiman los abusos policiales.

Las leyes antiprotesta operan en un nivel inmediato como desmovilizadores porque provocan que las energías de los sectores movilizadores se desplacen a la liberación de los detenidos y, por otro lado, plantean horizontes de mayor alcance, de corte estructural. Para Favela-Gavía (2010), el análisis estructural es importante para identificar los principios de regularidad en los patrones comunes de interacción entre los movimientos sociales y las instituciones políticas. Por lo tanto, esta autora sugiere en su trabajo sobre el impacto del régimen autoritario mexicano en la *estructura de oportunidades políticas* de los movimientos sociales un análisis en dos niveles: el estructural y el coyuntural.

En este sentido, es necesario considerar que la preservación del orden social es uno de los aspectos que definen la interacción entre los movimientos sociales y las instituciones del Estado. Todo esto se expresa estructuralmente en la legislación y en los mandatos de las instituciones relacionadas con la vigilancia y el control de las protestas, y en un plano coyuntural en las estrategias predominantes para la resolución de conflictos. En México, aunque se puede hablar de pluralización en el campo político y de una apertura del régimen a partir de la instauración de la democracia representativa, es indiscutible que las medidas represivas continúan siendo parte de las estrategias de los gobiernos para erradicar las resistencias y dar paso a proyectos de desarrollo, políticas públicas o reformas estructurales.

La Ley de Seguridad Interior aprobada a finales de 2017⁹⁴ ha reanimado este debate en diferentes sectores de la población. En esta ley se define y detalla la actuación de las Fuerzas Armadas del país a doce años de que Felipe Calderón sacara de los cuarteles al ejército para combatir el crimen organizado. Las implicaciones de esta ley han reanimado el debate y su cuestionamiento por diferentes organizaciones de la sociedad civil y sectores académicos. Particularmente preocupante ha sido la represión que se podría derivar de la interpretación de dicha ley, para la represión de los manifestantes cuando se considere que atenten contra la paz pública.

En otro nivel analítico, en el estudio de la(s) violencia(s) en las acciones colectivas es importante recuperar el sentido subjetivo de los actores (Gadea, 2015) en relación con la forma en que las situaciones de violencia son interpretadas. Las experiencias recogidas son múltiples, pero, en un primer ejercicio analítico, se revelaron las siguientes semejanzas:

a) En el caso de las violencias ejercidas durante las coyunturas de fuertes movilizaciones, algunos activistas señalan hostigamiento e intimidación.

⁹⁴ Ver http://www.diputados.gob.mx/LeyesBiblio/pdf/LSInt_300519.pdf, consultado el 1 de enero de 2018.

El caso de las compañeras pesó mucho. Las siguieron personalmente en la noche, [cuando se realizaban] en las mañanas la marcha, y en las tardes las reuniones. Siguieron a una [compañera], le dijeron que le bajara a su desmadre o que se cuidara. Estaba identificada la compañera. No pasó más pero aun así estuvo la amenaza. Otro caso fue el de la compañera que fue seguida por una camioneta; ella se metió a una panadería, bajaron hombres, pero no hicieron nada porque había gente, ella se quedó un tiempo y se fue el carro. A unos compañeros, los detenían bajo el pretexto de que estaban alcoholizados, los detuvieron por supuestos pleitos. Estaban tomando, pero no había más. Pero había patrullajes, nos seguían. El Estado busca eliminar cualquier tipo de disidencia, más cuando la disidencia está consciente políticamente (Samuel, comunicación personal, 12 de marzo de 2016).

b) Los enfrentamientos directos se dan principalmente en acciones colectivas que tienen una mayor duración, como los plantones o las ocupaciones de predios o espacios públicos, tal como sucedió en el Zócalo de la Ciudad de México y en Tuxtla Gutiérrez.

Recuerdo bien que en la Normal Superior nos dijeron que si ya nos íbamos a unir al plantón, íbamos a ir armados y todo eso porque había habido en las noches anteriores mucho acoso. Era quizá los primeros quince días del paro y ya llevaban varios acosos los maestros. Agarraban el agua de los baños rodantes y se las echaban a los maestros mientras dormían. Los policías eran provocadores de muchas cosas... [En el plantón] la segunda noche, empieza la amenaza de desalojo, porque era 14 de septiembre y empieza eso del desalojo. Nos dicen que va a haber desalojo y empiezan los rumores. Nadie creía nada; cuando venimos a ver, ya estábamos rodeados de granaderos... Decidimos retirarnos ese día

para reubicarnos en las calles; lo único que querían era limpiar la plazuela... (Karla, comunicación personal, 24 de enero de 2014).

c) El último grado de la represión es el asesinato de personas. Durante las ocupaciones en Tuxtla Gutiérrez, por ejemplo, una de las activistas refiere desapariciones y asesinatos de líderes bajo condiciones que nunca fueron esclarecidas.

Hubo varios ataques, hubo maestros desaparecidos, dos asesinatos de líderes. A uno lo encontraron tirado cerca de su casa y era uno de los líderes. Quedó impune, dejaron de mencionarlo. Para los normalistas hubo ataques, un atropello en el campamento. En mi caso, la Policía Federal en las casetas no respetó que estábamos parados, tomó velocidad y se nos aventó, logramos esquivarlos, pero era Policía Federal. Los soldados se burlaban, decían “adiós”, y otras personas civiles pasaban insultando (Rosa, comunicación personal, 7 de marzo de 2014).

d) En el caso chiapaneco, los medios de comunicación también juegan un papel importante. En primer lugar, porque las cadenas nacionales reproducen los *spots* y la información proveniente de fuentes gubernamentales. En segunda instancia, porque los medios locales también “privilegian” la información oficial sin problematizarla ni considerar otras perspectivas. Asimismo, la mayoría de los medios locales no se conforman con dar una visión sesgada de los acontecimientos, sino que también limitan el espacio a las visiones disidentes.

Una vez unos medios dijeron que se les había golpeado cuando solo se les quitó la cámara, pero había pruebas para poder defenderse porque los mismos maestros habían grabado (Rosa, comunicación personal, 7 de marzo de 2014).

A través de los medios, por ejemplo, aquí en San Cristóbal, por parte de mi escuela se habló para que nos dejaran exponer nuestro punto de vista y solo nos preguntaron: ¿están a favor o en contra de la reforma? [Dijimos que] en contra y nos colgaron; ya estaba manipulada esta situación (Karla, comunicación personal, 24 de enero de 2014).

Estos relatos suelen repetirse en las pláticas casuales y en las entrevistas. Observamos cómo los jóvenes activistas definen una situación de violencia a partir de experiencias concretas que pusieron a prueba sus estrategias y recursos para protegerse mutuamente. Ante los obstáculos y desafíos que hemos esbozado, las y los activistas generan estrategias heterogéneas. Como medida para protegerse del hostigamiento policial se ha recurrido al reforzamiento de la comunicación entre los integrantes del colectivo. Así lo expresó uno de los estudiantes en entrevista:

La compañera que amenazaron nos marcó, la buscamos y la apoyamos. Le pedimos a compañeros que estuvieran al pendiente de ella. Un mecanismo de seguridad era conectarse por mensajes: ¿dónde estás?, ¿a qué hora llegaste? Para contrarrestar la estrategia del Estado, para evitar que los compañeros desaparezcan de las militancias, el contacto es importante. Tratamos de estar en contacto constantemente (Samuel, comunicación personal, 12 de marzo de 2016).

Además, las alianzas que ellos construyen sirven a su vez como un posible apoyo ante diferentes agresiones: “Ser solidario con otras organizaciones ha servido mucho también, y con profesores... Cuando pasaron los hostigamientos, cuando desapareció la compañera, se activaron mecanismos [de vigilancia] en las entradas de la ciudad” (Roberto, comunicación personal, 11 de marzo de 2016).

El anonimato y los diálogos “tras bambalinas”, para utilizar las nociones de Scott (2000), son dos estrategias que parecen funcionar

en las resistencias que las y los militantes realizan ante el temor de ser monitoreados o “fichados”.

[Los primeros diálogos no fueron dentro de la escuela] porque se pretendía no quedar como fichada, entonces preferí meterme en [el espacio de la] preparatoria; en el nivel básico no tuve mucho acceso, pero en preparatoria los maestros me dieron sus puntos de vista (Rosa, comunicación personal, 7 de marzo de 2014).

A veces en las marchas también nos tapamos, vamos bien cubiertos, si se necesita que se pinte un lugar, si se necesita que [cuidemos] con palos a la gente, vamos (Roberto, comunicación personal, 11 de marzo de 2016).

En esta última conversación aparece un elemento que siempre genera diferencias en el interior de las organizaciones estudiantiles: el uso de la violencia como mecanismo de defensa. La evidencia empírica no permite ser conclusiva al respecto. Sin embargo, abre una posibilidad analítica importante, pues la violencia en acciones colectivas⁹⁵ es interpretada de manera distinta por las personas manifestantes: para algunos activistas se puede recurrir a acciones violentas como potencial defensa; para otros las acciones violentas se justifican como ofensiva, dada la situación social de inestabilidad y de relaciones de poder que, arbitrariamente construidas, se tornan objetivos de cuestionamiento (entendidas, por ejemplo, como rupturas en el contrato social), mientras que para otros la violencia resulta algo indeseable, además de contraproducente porque activa y justifica la represión de los cuerpos policíacos.

⁹⁵ Entre las acciones caracterizadas por ser violentas se ubican aquellas que se dirigen en contra del mobiliario urbano, de instituciones que simbolizan el capital financiero, de instituciones estatales encargadas de la justicia o de los cuerpos policíacos.

Lo anterior confirma la necesidad de pensar el carácter subjetivo de la definición de los repertorios de acción entre las y los activistas, y de contextualizar la violencia en el escenario sociocultural y político en el cual se desarrollan las experiencias colectivas de conflicto. Aunque se considera deseable llegar a soluciones negociadas, no violentas, es un hecho, como sugiere Gadea (2015), que las manifestaciones consideradas violentas abren espacios sociales y nuevas posibilidades indeterminables en la interacción entre los actores y los movimientos sociales, es decir, suman mayor impredecibilidad al desarrollo del conflicto.

LAS OTRAS REDES SOCIALES Y LAS ACCIONES CONECTIVAS

Es importante hablar de otro tipo de redes sociales, las redes *online* y su papel en los procesos sociales contemporáneos. En México, en 2017 más del 63 por ciento de la población mayor de seis años eran usuarios de Internet (INEGI, 2017), y la mayoría de los usuarios eran jóvenes menores de 34 años. Entre los principales usos que estos internautas refieren se encuentran: acceder a información, entretenimiento, consulta de contenidos audiovisuales y comunicación en las redes sociales.

Las redes sociales en línea han transformado la forma en que se comunican millones de usuarios en todo el mundo, reemplazando las formas tradicionales de socialización. En las últimas décadas hemos visto el desarrollo de organizaciones y movimientos sociales que dependen íntegramente de las plataformas digitales, lo que las convierte en importantes espacios de acción social, cultural y política. Este fue especialmente el caso de las personas involucradas en el periodismo de investigación en los medios independientes, muchas de las cuales estaban afiliadas a redes transnacionales y globales, al mismo tiempo que permitían a los movimientos sociales reclutar seguidores. Un par de jóvenes hablaron de la importancia de estas redes para sus proyectos colectivos.

Es una forma de llegarle a la sociedad, quiero pensar que el 90 por ciento tiene un celular, tal vez el 70 o el 80 por ciento tiene Internet, un Facebook, un Twitter... Las redes sociales hacen que llegue la información superrápido y sí nos ha ayudado bastante. Tenemos un Instagram, el Facebook y el correo, estamos en proceso de ampliar esta parte. Cuando tú pones una información explícita, tiene resultados positivos (Kony, comunicación personal, 19 de agosto de 2014).

Comencé una organización el año pasado, trabajamos a través del trabajo de voluntarios. Nosotros tenemos una plataforma de redes sociales, nuestro sitio de Internet, el Facebook, y nos promovemos a través de otras páginas que también promueven el trabajo de voluntariado. De esta forma invitamos a chicos y gente en general que se sume a los proyectos (Darinel, comunicación personal, 8 de septiembre de 2014).

Las redes sociales cibernéticas contemporáneas no deben ser consideradas solo como un medio de difusión de la comunicación colectiva y política, sino también como una extensión de sus campos de acción. Esto nos da la oportunidad de hablar de acciones conectivas, entendidas como aquellas acciones colectivas que hacen un uso de las tecnologías para generar acciones flexibles, descentralizadas y abiertas (Bennett y Segerberb, 2012; Reguillo, 2015; Rovira, 2015). Bennett y Segerberb (2012) sostienen que movilizaciones como las del 15M y la Primavera Árabe pasaron de las acciones colectivas a las conectivas. En México, tal complementariedad se observa también en los movimientos de protesta que he documentado, de manera más evidente en la centralidad de los medios de comunicación que fue expuesta por el movimiento #Yosoy132, el cual, al mismo tiempo que cuestionó la falta de transparencia y cooptación de los medios de comunicación hegemónicos, desplegó sobre la Internet diferentes plataformas de interacción entre los colectivos involucrados, las “células”, existentes en todo el país.



En la composición de los colectivos y sus formas organizativas se observan similitudes con otras experiencias producidas en América Latina. La centralidad que le otorgan a las redes de colectivos, la toma de decisiones de manera asamblearia y el uso de los medios de comunicación y las plataformas de Internet, son características de los procesos organizativos analizados y elementos clave para comprender las dinámicas de las acciones colectivas juveniles. En el capítulo conclusivo tendremos oportunidad de revisar algunos de estos matices.

La interacción que los colectivos mantienen con diferentes organizaciones civiles, instituciones del Estado y movimientos sociales es también significativa. El impulso que algunas organizaciones no gubernamentales ofrecen a determinados proyectos de incidencia política juvenil contrasta con la fragilidad y el desinterés de las instituciones estatales en esta materia, como también con los procesos de criminalización desplegados con fines de desmovilización social de las disidencias.

Es importante precisar, sin embargo, que no todos los activismos juveniles son impulsados de la misma manera, ni todos los activismos son igualmente reprimidos. Los activismos más lejanos de la *política convencional* y de las instituciones, cuyo *marco simbólico de acción* comúnmente atraviesa por soluciones de raíz, entiéndanse estructurales, son más propensos a ser invisibilizados o criminalizados. La desaparición de los 43 estudiantes normalistas de Ayotzinapa, en 2014, y el asesinato de la activista chiapaneca Nadia Vera, tras una larga serie de amenazas, en 2015, dan cuenta de la violencia focalizada que se ejerce sobre algunos tipos de activismo social en México.

CONCLUSIONES

En este trabajo se abordó la relación entre la juventud y la política contemporánea a través de la manera en que los activismos juveniles y estudiantiles contribuyen al ámbito político contemporáneo. Una hipótesis que subyace en todas las reflexiones presentadas es que la “política en minúsculas” que se realiza a través de las militancias estudiantiles o las acciones barriales suele ser subestimada, pero en momentos en que las instituciones estatales, la política “con mayúsculas”, se encuentre desacreditada entre la mayoría de la población joven, otras formas asociativas y políticas cobran mayor relevancia.

Para conocer la importancia de las formas asociativas en la experiencia sociopolítica de personas jóvenes, recurrimos a: la descripción de múltiples procesos de compromiso social y político de jóvenes que, organizados en colectivos, procuran tener una incidencia social y política en Chiapas; la caracterización de los *repertorios de acción colectiva*; la comprensión de los *marcos simbólicos de acción*; la aproximación a procesos identitarios, y al reconocimiento de las contribuciones que las nuevas generaciones realizan a un campo sociopolítico en específico, el de San Cristóbal.

Con base en los resultados expuestos es posible ofrecer algunos hallazgos en esta investigación y plantear algunas consideraciones finales. En este apartado, además de proponer una respuesta a las preguntas de investigación planteadas, se ofrecen lo que consideramos son los principales aportes a los campos de estudio entroncados en esta labor investigativa —los movimientos sociales y la participación juvenil— y, finalmente, proporciono elementos que permiten reconocer los nuevos horizontes investigativos abiertos.

MARCAS GENERACIONALES DE LA JUVENTUD MEXICANA

Aproximarse a las *generaciones políticas* implica, en primera instancia, analizar algunas de las condiciones estructurales y coyunturales que están definiendo las trayectorias de vida de las nuevas generaciones de activistas. Se reconoce que las cohortes de edad son un referente importante en la construcción de las *generaciones políticas*, pero que resulta fundamental caracterizar la forma en que las “marcas generacionales” estructurales influyen significativamente en los procesos de politización juvenil.

En la última década, diferentes organismos internacionales e institutos de la juventud en países de América Latina advirtieron sobre la existencia del denominado “bono demográfico” y sobre las condiciones estructurales en que se situaban las nuevas generaciones. El bono demográfico implicaba la posibilidad de un mayor desarrollo, por contar con un mayor número de personas económicamente activas, pero los problemas estructurales que aquejan la región se han agudizado y, en consecuencia, el bono demográfico no fue aprovechado de manera que, al no satisfacerse las demandas básicas que este grupo etario genera en materia de educación, empleo, salud, vivienda y participación, se potenciaron los riesgos para amplios sectores juveniles. Rodríguez (2014) enlista algunas de las principales tensiones y paradojas de ser joven en América Latina (ver Figura 29).

Las acciones colectivas y organizativas en que se involucran las personas jóvenes revelan la centralidad de algunos de estos problemas, entre los que destacan los asociados al empleo y a la educación, como ha sido el caso del movimiento magisterial-social de 2013. Los empleos ofrecidos por el mercado en el marco de la globalización neoliberal no proporcionan un contrato, condiciones mínimas de protección social ni cotización a fondos de pensiones, y no brindan la posibilidad de realización personal o profesional. Las empresas, por su parte, sitúan a jóvenes como fuerza laboral de ajuste o como sobrante del sistema, situación que se complica para quienes buscan

un primer empleo (Cepal y OIJ, 2000). Actualmente, una tercera parte de la población juvenil se encuentra en condición de pobreza, el desempleo juvenil es tres veces mayor en relación con el desempleo de adultos, las condiciones laborales son cada vez más flexibilizadas y los salarios son generalmente bajos (Cepal y OIJ, 2000; Imjuve, IJ y UNAM, 2012).

FIGURA 29. PRINCIPALES TENSIONES Y PARADOJAS DE SER JOVEN EN AMÉRICA LATINA



Fuente: Rodríguez (2014:24).

En México, se estimó en 2009 el nivel máximo en el número de jóvenes mexicanos entre 12 y 29 años: 37 758 000, que representaban el 34.13 por ciento de la población total; y en 2010 se dio inicio a la fase de transición avanzada, una fase de descenso del número de personas en estos grupos poblacionales. En 2008, el porcentaje de jóvenes en edad económicamente activa representaba el 51.8 por ciento, el cual tiende a reducirse paulatinamente, de manera que se estima que en el año 2050 llegará al 34.3 por ciento (Pérez-Islas, 2010). Según datos de la OCDE, la tasa de desempleo para 2012, año en que se

sitúa el comienzo de este trabajo, era de aproximadamente 5 por ciento en México, mientras que en el desempleo juvenil la cifra ascendía a 9.4 por ciento.

Por otro lado, se observa una desconexión mayor entre el mundo de la educación y el mundo laboral. Aunque la educación institucional continúa siendo un factor positivo para acceder a una trayectoria ascendente de movilidad social, son muchas las personas jóvenes que no pueden permanecer en los espacios de instrucción escolarizada por tiempos prolongados. El 60 por ciento de personas abandona la escuela antes de cumplir los 18 años debido a razones de carácter económico, por su rechazo al sistema educativo o por no contar con el apoyo de sus padres (Peñaloza, 2010).

Estas transformaciones estructurales han impactado en la forma en que se experimenta la transición de la juventud al mundo adulto, la cual en la modernidad occidental se encuentra asociada tradicionalmente a tres transiciones: 1) la independencia familiar, 2) la autonomía financiera, y 3) la conquista de un espacio laboral estable (Casal, Merino y García, 2011). Estas transiciones han sido trastocadas con mayor fuerza por los cambios estructurales y culturales de las últimas décadas, lo que ha generado a su vez percepciones de inseguridad, fracaso, desconfianza y desinterés en las realidades juveniles y ha abierto canales alternativos en el sector “informal” de la economía, los flujos migratorios hacia Estados Unidos y las actividades paralegales.

Por otro lado, las experiencias que se abordan en este trabajo están marcadas por la violencia que se experimenta en México en las últimas décadas, siendo esta la principal causa de muerte entre las y los jóvenes.⁹⁶ La situación se ha agravado, particularmente desde la militarización implementada por el gobierno de Felipe Calderón como estrategia para erradicar el narcotráfico en 2006.⁹⁷ La violencia se extendió

⁹⁶ De acuerdo con cifras del INEGI, las agresiones y homicidios son la principal causa de muerte entre los mexicanos de 15 a 29 años.

⁹⁷ Entre 2007 y 2011 murieron en México 80 000 personas víctimas de homicidios. De estas, 51 566 tenían menos de 40 años. En otras palabras, en ese mismo periodo

a diferentes regiones del país, y los actores que la producen se han diversificado. Los grupos que componen el crimen organizado y los miembros de las fuerzas de seguridad del país, que a menudo se confunden, son dos de los principales agentes productores de violencia.

Las dimensiones que ha alcanzado la violencia son aterradoras. Según un informe de Human Rights Watch de 2015, entre las principales expresiones de violencia en el país se encuentran: centenas de desapariciones forzadas, agresiones contra periodistas,⁹⁸ feminicidios⁹⁹ que generalmente quedan impunes, abusos a migrantes que cruzan el país por parte de grupos del crimen organizado, policía migratoria y otros actores, impunidad de abusos militares, torturas para obtener información y confesiones bajo coacción, y un sistema de justicia que no ofrece justicia a las víctimas de crímenes violentos (HRW, 2015). A este diagnóstico debemos agregar la represión sistemática y focalizada que se ejerce contra activistas.

En Guerrero, la llamada “noche de Iguala”, en donde se asesinó a seis estudiantes y civiles y “desaparecieron” a 43 estudiantes, es un acontecimiento paradigmático en México, que nos recuerda la historia viva de represión a las disidencias sociales. Recordemos la “guerra sucia” contra los movimientos sociales y armados en Guerrero durante el siglo XX y la persistencia de los procesos de contra-insurgencia en Chiapas, que combinan una diversidad de estrategias, incluidas la militarización, la paramilitarización, el aislamiento de los movimientos sociales y las políticas sociales “contra la pobreza” (CDHFBC, 2010; Morquecho, 2011).

los homicidios totales en México crecieron en 161 por ciento; sin embargo, entre hombres menores a 40 años aumentaron en un 194 por ciento (Merino, Zarkin y Fierro, 2013).

⁹⁸ Al menos 85 periodistas fueron asesinados entre 2000 y agosto de 2013, y otros 20 desaparecieron entre 2005 y abril de 2013, conforme indica la CNDH.

⁹⁹ En México se cometen 6.4 asesinatos de mujeres por día, de los cuales el 95 por ciento queda impune; entre 2006 y 2012 estos aumentaron el 40 por ciento (Just Associates, 2014).

En este contexto de creciente violencia, el control sobre la vida y la muerte de las personas comienza a ser problematizado. ¿De qué manera las personas jóvenes experimentan el necropoder? ¿Cuáles son sus resistencias? Son preguntas que han cobrado mayor visibilidad en el contexto mexicano, pero que también son pertinentes para otros países de América Latina.

Entre estas reflexiones se abre paso una mirada crítica para pensar la “economía de la muerte” en el plano de las relaciones de producción y una “política de la muerte”, expresada en la formulación de conceptos como necropoder y necropolítica (Mbembe, 2003). Las dimensiones de la diversidad de expresiones de violencia sugieren la necesidad de un desplazamiento conceptual para analizar el papel de las instituciones del Estado, del mercado y de los sujetos individuales y colectivos.

Desde una *perspectiva generacional*, nos ha interesado cuestionar la influencia de estas problemáticas estructurales en la condición juvenil y en la forma de involucramiento político de las personas jóvenes. La mayoría de quienes han colaborado en esta investigación nacieron en las últimas dos décadas del siglo XX, y forman parte de diferentes unidades generacionales a través de los colectivos en los que participan, tomando consciencia de problemas cotidianos. Los *marcos de acción colectiva* y las aproximaciones a sus construcciones identitarias han resultado útiles para aproximarnos a estas unidades políticas generacionales.

ACTORÍAS SOCIOPOLÍTICAS JUVENILES

En los registros realizados se puede apreciar una diversidad de actores y de experiencias organizativas en el contexto sancristobalense, como sucede en diferentes latitudes latinoamericanas. ¿Cómo se están desarrollando los procesos de compromiso social y político de las mujeres y hombres jóvenes organizadas en colectivos que procuran tener una incidencia social y política? O, dicho de otro modo,

¿cómo las personas jóvenes se están constituyendo como sujetos o actores sociales y políticos en su localidad?

La nutrida participación de jóvenes estudiantes en las coyunturas de movilización social del periodo 2012-2014, durante el “sexenio de las resistencias”, y la emergencia de una red de proyectos juveniles con un fuerte contenido territorial anclado en los barrios o la ciudad, permitieron aterrizar las preguntas en procesos organizativos concretos, sin dejar de ver las conexiones con procesos sociales más amplios, estructurales.

Es de destacar también la participación de jóvenes estudiantes de universidades y escuelas normales que se han sumado a las movilizaciones de los últimos años. Algunos contaban con experiencias previas en colectivos estudiantiles, mientras otros se habían iniciado recientemente en la política colaborando activamente dentro y fuera de sus centros educativos.

La actuación de colectivos de la Facultad de Ciencias Sociales de la Unach, de las escuelas normales del estado, ahora integradas a la Coordinadora de Estudiantes Normalistas del Estado de Chiapas (Cenech), y de jóvenes de diferentes escuelas preparatorias, que conformaron la Coordinadora del Movimiento Estudiantil Independiente (Comei), son ejemplos contundentes del protagonismo estudiantil.

Como en Chile, Colombia, Brasil, Nicaragua y otros contextos de la geografía latinoamericana, las militancias y las organizaciones estudiantiles en México continúan siendo un espacio privilegiado para la participación política juvenil. En este trabajo hemos explorado la participación de este tipo de militancias, los sentidos que las personas jóvenes le imprimen a su participación, sus objetivos y sus interacciones con otras plataformas de participación.

Las organizaciones estudiantiles son actores colectivos diversos. En primer lugar, se encuentran algunas organizaciones cuyo objetivo está claramente vinculado al quehacer estudiantil (que demandan, por ejemplo, una mejor infraestructura o el otorgamiento de becas), mientras que otras persiguen objetivos que van más allá del entorno escolar y se asocian a diversas organizaciones populares y

movimientos sociales. Más allá de esta dicotomía, la combinación de objetivos, estrategias y alianzas es una tercera posibilidad recurrente que opera en función de cada coyuntura.

En segundo lugar, más allá de las instituciones educativas y de las adjetivaciones estudiantiles, se encuentran los activismos sociales o “sociopolíticos”. Las *identidades políticas* a las que nos aproximamos en este trabajo se definen apelando a nociones como ciudadanía, ecología, filantropía, voluntariado, etcétera. No obstante, en los mismos grupos es posible observar una heterogeneidad en términos de condición de clase, edades, ocupaciones, preferencias políticas, origen étnico o de género.

Toda esta diversidad dificultó la construcción de un perfil del activista en esta investigación. La experiencia universitaria, sin embargo, prevaleció como una constante entre los participantes, es decir, las y los activistas referidos en este trabajo compartían la experiencia de estudiar o haber estudiado una licenciatura, lo cual, considerando que en México solo dos de cada diez adultos ha cursado la universidad (OCDE, 2017), los coloca en una situación “privilegiada”, que les abre ciertas posibilidades de socialización política.

Es importante advertir que ni la clase ni la etnicidad tuvieron centralidad en el análisis realizado, lo cual, además de abrir posibilidades de futuras aproximaciones, también limita las conclusiones que se pudieran realizar al respecto. No obstante, es preciso visibilizar que algunos de estos jóvenes son hijos de personas que nacieron en comunidades chiapanecas e incluso son hablantes de alguna lengua indígena.

Con respecto a la clase tampoco estamos en condiciones de establecer conclusiones, pero se pudo observar que las personas con menos recursos materiales se encuentran más cercanas a un tipo de *acción colectiva* de protesta y contenciosa, vinculada a los movimientos sociales bajo reivindicaciones de clase, mientras que las personas que tienen cubiertas sus necesidades básicas y cuentan con un amplio capital social (como vínculos con actores institucionales u oligarquías locales) procuran cubrir otro tipo de necesidades “secundarias” apelando a la noción de ciudadanía.

Lo anterior, por ahora, solo puede plantearse a manera de hipótesis que nos remite a una vieja asociación entre las carencias materiales y los valores materialistas. Esto abre un camino de reflexión importante, considerando que simultáneamente se observa la “ciudadanización” de los movimientos”, término utilizado por Favela-Gavia (2009) para referir a la tendencia de los movimientos sociales desde finales del siglo XX.

La “ciudadanización de los movimientos sociales” se identifica en este trabajo, a partir de la centralidad que el concepto de ciudadano tiene, asociada a otros discursos como el de los derechos humanos en las gramáticas y estrategias de las movilizaciones. Esto impide pensar la ciudadanía únicamente como una noción recuperada por las elites, lo que observamos que merece, como sugieren Leyva y Speed (2001), una lectura prismática en clave situada de dichas nociones.

MARCOS SIMBÓLICOS E IDENTIDADES POLÍTICAS

La constitución de los actores sociales y políticos y la reflexión sobre sus acciones colectivas ofrecen pistas para responder cómo se están configurando los “universos políticos juveniles”. Dos claves para la comprensión de dichos universos han sido el acercamiento a los *marcos simbólicos de acción colectiva* y las *identidades*. Una diferencia inicial se sugiere entre los *marcos* elaborados por los colectivos estudiantiles y los demás colectivos juveniles.

Los primeros destacan las cuestiones estructurales y, por lo tanto, su horizonte de lucha se encuentra ubicado a largo plazo, apoyado en transformaciones estructurales. Por otro lado, las organizaciones juveniles, basadas en una lectura que hace énfasis en el plano local, apuntan de manera más o menos explícita a la reconstrucción del tejido social y a soluciones concretas, con cierto sentido de inmediatez, y se enfocan en la atenuación de desventajas que propician la vulnerabilidad social.

Los *marcos de acción colectiva* que se han presentado son restringidos y específicos, pero también en estos se puede observar su asociación con *marcos* más amplios, los *marcos maestros* (*master frames*).

En el caso de los colectivos estudiantiles se advierte la importancia de *marcos de acción colectiva* amplios, asociados a las problemáticas latinoamericanas (por ejemplo, *marcos de injusticias* vinculados al desempleo, la educación, la violencia y la democracia), los cuales atraviesan la vida de la mayoría de jóvenes.

Los *marcos de injusticia* sobre la educación y el empleo se registraron principalmente en el año 2013. El sistema educativo mexicano atraviesa una crisis aguda desde hace varias décadas con deficiencias en la enseñanza que incrementan los factores de desigualdad. Las reformas educativas de ese año abrieron un nuevo capítulo de protestas en las que se cuestionaron los atentados contra los derechos del gremio en el plano laboral y las grandes lagunas en materia educativa.

Durante esas movilizaciones, es de destacar el papel de la CE-NECH en el marco de las injusticias asociadas a las condiciones laborales. La organización de normalistas adquirió mayor presencia a partir de 2013, al evidenciar la incertidumbre que causan las reformas educativas en materia de flexibilidad laboral a quienes conforman las nuevas generaciones de profesoras y profesores de educación básica.

Por otra parte, los *marcos* generales de las injusticias provocadas por el incremento de la violencia en el país tuvieron centralidad en las movilizaciones provocadas después de los acontecimientos en el estado de Guerrero en 2014, que en palabra de Illades, se trata de una expresión más de los círculos de violencia entre las instituciones del Estado y los movimientos sociales (2015). Paradójicamente, en estas protestas también fue notable el despliegue de acciones vinculadas con los procesos de criminalización de la protesta social.

El marco simbólico de acción apoyado en las deficiencias democráticas y las críticas a las instituciones que sustentan la democracia electoral quedó manifestado en el año 2012, cuando el movimiento #Yosoy132 obtuvo resonancia en diferentes localidades de México y fuera del país a través de las “células” estudiantiles. Este movimiento dejó en claro, entre otras cosas, la profunda insatisfacción que las personas jóvenes tienen sobre las carencias en los procesos democráticos, particularmente sobre el contubernio del poder

institucional con los monopolios televisivos en el país y el autoritarismo gubernamental, que fue lo que detonó el movimiento en la Universidad Iberoamericana.

A partir de la lectura de la gráfica política, se obtuvo una muestra de *marcos simbólicos de acción* inscritos en las paredes de San Cristóbal. Entre los contenidos destacan: en primer lugar, un balance negativo de la democracia electoral, las libertades elementales y la representación política; en segundo lugar, el reconocimiento de problemáticas como la violencia y las reformas estructurales, y, en tercer lugar, en un sentido utópico, los horizontes de las resistencias, el anticapitalismo, la autonomía, la acción directa, la revolución y la memoria.

Destaca entre los *marcos* de los colectivos juveniles un conjunto de gramáticas y acciones fuertemente asociadas a lo que se ha denominado el *derecho a la ciudad*, una síntesis de varios derechos que en los últimos años ha dado margen a importantes debates interinstitucionales, tal como sugieren las discusiones en torno a la *Agenda Hábitat*. Desde los colectivos juveniles se problematizan las contradicciones del crecimiento urbano: la centralización de las ofertas culturales, el embellecimiento de las zonas turísticas y la marginación de zonas periféricas, las que se definen como zonas de contención.

Sobre las *identidades*, es preciso destacar que las distinciones “tradicionales” entre “las militancias”, “los activismos” y “los voluntariados” no desaparecen, pero tampoco permanecen sin alteraciones. Esta diferenciación se establece de manera más o menos clara a partir del criterio de la intensidad y el grado de compromiso que las personas mantenían con diferentes ejes de transformación social, siendo la militancia la membresía que más trabajo y sacrificios exigía. Sin embargo, hoy en día estas identidades colectivas se presentan de manera más dinámica, y el multiactivismo de algunos jóvenes hace difusa tal diferenciación.

Siendo *la política* una producción histórica y geográficamente situada, exige repensar las militancias y los activismos en un sentido dinámico. Por lo tanto, un punto de partida para pensar las transformaciones de los activismos políticos es situarlos en un proceso más amplio de redefinición de *lo político* y de ensanchamiento de *la políti-*

ca. En estas mutaciones, algunas dicotomías han sido puestas en entredicho: *lo social y lo político*, lo privado y lo público, la cultura y *la política*, la desafección de las instituciones en que se sustentan las democracias institucionales y la radicalización de los proyectos democráticos desplegados en múltiples procesos organizativos.

Como resultado de estas tensiones conceptuales y prácticas, las categorías que anteriormente permitían nombrar a actores, acciones y procesos políticos hoy pueden ser cuestionadas y redefinidas. Para evitar el uso de categorías rígidas y heterónomas, en este trabajo se recurrió a la autodefinición de las personas que colaboraron, y en el resto del documento he situado el término de “activistas” en un sentido genérico. Las y los jóvenes que colaboraron en esta investigación distan mucho de autodefinirse y de presentarse en el espacio público de manera homogénea, pero activistas, militantes y ciudadanos fueron los términos más recurrentes que utilizaron para definir su actuación social y política.

REPERTORIOS DE ACCIONES SOCIOPOLÍTICAS

Otro eje importante en la comprensión de los procesos de constitución política de los activismos referidos es el de los *repertorios de acción colectiva*. Provisionalmente fue útil organizar la información a partir de una división clara y tajante entre acciones convencionales/no-convencionales, contenciosas/no-contenciosas, o entre quienes se concentran en actividades orientadas al mejoramiento de sus escuelas/quienes lo hacen en proyectos locales más allá de sus universidades. De nueva cuenta, en la práctica el multiactivismo registrado de algunas y algunos activistas obligó a matizar estas distinciones, pero no elimina algunas diferencias de fondo.

Los colectivos estudiantiles tienen como espacio de acción esencialmente las escuelas. En estas cotidianamente realizan el reclutamiento o la formación de cuadros, impulsan actividades culturales y gestionan la mejora de sus instituciones, entre otras actividades. Sin

embargo, también se articulan y colaboran con otros actores en la ciudad o en comunidades y, en coyunturas de movilización, participan en diferentes eventos de protesta, tales como: marchas, mítines, resguardos de sus centros educativos, plantones, o tomas de vías de comunicación y de casetas de cobro en autopistas.

Por su parte, los colectivos juveniles tienen como principal espacio de acción los barrios de la ciudad. Los repertorios frecuentemente observados se refieren a conversatorios, rodadas en bicicleta, impartición de talleres culturales diversos, organización de eventos artísticos y deportivos, exposiciones, conferencias y campañas de reforestación, entre otras actividades. Asimismo, ocasionalmente se articulan con otros colectivos, asambleas barriales, representantes institucionales y organizaciones de la sociedad civil para participar en iniciativas de carácter diverso más allá de los entornos urbanos.

Otra diferencia se observa en el apoyo de los colectivos en acciones contenciosas, en el marco de los movimientos sociales de protesta de distintas características. Pero recordemos que las acciones contenciosas se ejecutan principalmente en momentos de intensidad de los movimientos sociales, mientras que, en las fases de baja intensidad o de latencia, en palabras de Melucci (1999), se registra una mayor semejanza con acciones realizadas por los colectivos no asociados a los movimientos sociales.

Entre las semejanzas, salta a la luz el fuerte sentido cultural de algunas acciones. Numerosas voces en América Latina se han encargado de analizar el componente cultural de *la política*, lo que se ha denominado de diferentes formas: ciudadanía cultural, *politicización de la cultura* o *culturalización de la política*. Para ejemplificar este proceso se hace alusión principalmente a la performatividad que caracteriza las acciones colectivas, el uso creativo y crítico de los cuerpos, y la importancia de las producciones culturales.

Otra expresión sobresaliente de estos procesos es la ocupación de espacios públicos o institucionales, con o sin autorización previa. En los espacios ocupados, como escuelas o espacios públicos de la comunidad, los colectivos desarrollan un conjunto de actividades

culturales y artísticas. El objetivo puede ser justamente llevar a cabo actividades culturales en espacios periféricos de la ciudad, lo que hace pensar en la cultura como un fin mismo; pero también la cultura y el arte son pensados como vehículos a través de los cuales se pueden transmitir contenidos cívicos o críticos. En este último caso puede decirse que la cultura ha sido pensada instrumentalmente.

La aseveración previamente señalada no debe leerse en un sentido peyorativo. Las distintas formas de pensar la cultura resultan necesarias porque permiten ver una variedad de dimensiones en la constitución de los actores políticos. La primera tiene que ver con un proceso de reflexividad sobre los referentes culturales, los valores, los ideales, las ideologías y los horizontes de lucha de los mismos jóvenes. La segunda se relaciona con el reconocimiento que se otorga a la transformación de la cultura (política) en la sociedad como paso indispensable para otros cambios. Finalmente, la tercera tiene que ver con el despliegue de una estrategia a partir de las producciones culturales y artísticas mismas, principalmente en espacios donde existen condiciones adversas que impiden a los jóvenes realizar acciones abiertamente políticas (ver Figura 30).

FIGURA 30. LA CULTURA EN LAS ACCIONES COLECTIVAS CONTEMPORÁNEAS



Fuente: Elaboración propia.

En esta misma línea analítica, la cultura se confirma como epicentro de la participación juvenil y como arena de lucha de los movimientos sociales. A pesar de tal importancia, resulta fundamental seguir reflexionando sobre las potencialidades y los límites de estas militancias culturales en diferentes contextos latinoamericanos. Reflexionar sobre la cultura como herramienta de transformación social da continuidad a un debate abierto desde la década de los sesenta, cuando se discutían nuevos valores libertarios en relación con los que marcaron a las generaciones previas. Hoy en día este debate se actualiza y complejiza a la luz de las nuevas transformaciones activistas y análisis al respecto.

En el plano de los procesos organizativos se registró que los colectivos van enfrentando una serie de dilemas, decisiones y prácticas organizativas para realizar sus acciones. Se documentó la preponderancia que continúa teniendo la asamblea como espacio de diálogo, en donde las y los activistas buscan alcanzar acuerdos sobre la orientación de sus siguientes acciones colectivas, y, por otro lado, se observó la construcción de espacios con una organización de mayor verticalidad, donde se reúne un conjunto de representantes para deliberar asuntos importantes para el colectivo. En suma, la tendencia hacia la organización horizontal no siempre es un objetivo en los colectivos que colaboraron en esta investigación.

Lo anterior plantea un dilema importante sobre la organización de estos colectivos. A pesar de que la horizontalidad es percibida por casi todos las y los activistas como un valor importante, en tanto expresión de la democracia participativa, se reconoce que no siempre es la mejor opción en la práctica. Por lo tanto, el criterio de efectividad para cumplir sus objetivos parece predominar al momento de elegir el tipo de organización vertical. Entre los grupos que tienen menor número de integrantes y son de reciente creación la organización horizontal parece ser más viable; sin embargo, cuando las actividades exigen una mayor distribución de tareas, emerge una diferenciación funcional de los integrantes, en comités, por ejemplo, incurriendo en liderazgos temporales.

La constitución como asociación civil que deciden emprender algunos de los colectivos es otro de los factores que propicia una distribución de las actividades desde una forma organizativa de tipo vertical. Aunque muchos, por ejemplo, optan por no constituirse formalmente como asociaciones civiles, los que deciden sí hacerlo consideran importante la serie de beneficios que esto conlleva, tales como: la posibilidad de un reconocimiento por parte de algunos actores institucionales, acceder a fondos mediante concursos, profesionalizar sus actividades, y, al mismo tiempo, potenciar su incidencia social.

Una cuestión fundamental, retomando las teorías que ponen énfasis en los recursos, es la capacidad de los colectivos para ganar adeptos, establecer alianzas y aprovechar la infraestructura que cada activista pueda aportar al movimiento. Aquí reside una de las semejanzas entre los colectivos estudiados, vinculados o desvinculados de los movimientos de protesta. Todos los colectivos, con menores o mayores recursos, económicos y humanos, establecen como una de sus prioridades tejer articulaciones con diferentes personas y colectivos.

Es importante mencionar que no todos estos dilemas organizativos se resuelven desde un sentido racional bajo una lógica de medios/fines. En el caso de las militancias estudiantiles, por ejemplo, a pesar de que se reconoce el papel estratégico de las articulaciones intersectoriales entre los estudiantes y otros movimientos y luchas populares, existe un fuerte componente ideológico que inhibe las colaboraciones con algunos grupos y las estimula con otros. “¿Son las y los profesores urbanos un sector popular al que hay que apoyar?”, era una de las preguntas que se hacían algunos militantes al comienzo del movimiento magisterial en 2013, la cual generó discusiones en el interior de colectivos estudiantiles porque se cuestionaban las aspiraciones “clasemedieras” del gremio magisterial.

Otro aspecto que resulta relevante es la utilización de los medios de comunicación por los colectivos participantes. Todos hacen uso estratégico de diferentes medios de comunicación para: la

difusión de los eventos, la convocatoria a participar en las acciones, y el fortalecimiento de las redes y alianzas. Como sugieren Reguillo (2015), Bennett y Segerberg (2012), ocasionalmente el uso de los medios decanta en una arena política, cuyos contenidos son la principal herramienta política, de manera que se convierten en una extensión del movimiento.

En las movilizaciones de #Yosoy132 quizá fue más evidente la centralidad de los medios como espacio de disputa. No obstante, esta centralidad y complementariedad de las *acciones colectivas* y *conectivas* se alcanza a ver en varios de los movimientos en diferentes partes del mundo. En Chiapas es inevitable la referencia del neozapatismo, uno de los primeros movimientos cuyas innovaciones comunicativas marcaron un nuevo paradigma de las militancias y los movimientos sociales, y desde el cual se han tejido redes de activismo transnacional.

Tras la emergencia del zapatismo en Chiapas, también se sitúa con creciente importancia el activismo en los medios “independientes”, “autónomos”, “libres”, “compas”, “mediactivismos”, a través de colectivos en los que diferentes generaciones trabajan colectivamente. Estos desde la década de los noventa se han venido constituyendo como espacios intergeneracionales de socialización política, como espacios de disputa comunicacional entre los medios hegemónicos y los medios independientes, y como medios de una expresión política que ha coadyuvado a la articulación de redes activistas.

CHIAPAS: UNA LECTURA SITUADA EN CLAVE GENERACIONAL

Las reflexiones que se han ofrecido se sitúan en dos campos de estudio entroncados, el de la participación política juvenil y el de los movimientos sociales en América Latina. El análisis se apoyó en registros realizados entre 2012 y 2016, un periodo que pasará a la historia de México por una serie de transformaciones y acontecimientos políticos con profundas consecuencias para la sociedad

mexicana. Los movimientos sociales de protesta y la participación de jóvenes en los mismos han estado en el centro de diferentes ámbitos, incluidos los medios de comunicación y el campo de las ciencias sociales.

Este trabajo pretende ser, en tal sentido, una modesta aportación a la historización de los movimientos sociales surgidos en dicho periodo, contribución que presenta diferentes especificidades, entre las que destaco la posibilidad de pensar los movimientos sociales que han tenido resonancia nacional e internacional desde las periferias de un país periférico, desde el estado de Chiapas. Esta entidad constituye, junto con otros estados, la región sureña de México donde se concentran los mayores índices de marginación y pobreza, pero también procesos importantes de experimentación política.

Los resultados de esta investigación tienen en estricto sentido un carácter restringido a San Cristóbal, ciudad que se ha convertido en un espacio de encuentro entre jóvenes activistas provenientes de diferentes latitudes y con un amplio espectro de posiciones políticas, que participan en muy variados canales y redes, y de esta manera contribuyen a la reconfiguración del campo de *lo político* y a la identificación de las posiciones de los distintos actores del escenario sociopolítico.

- La persistente movilización de colectivos en el seno de las universidades, los cuales generalmente no restringen sus activismos al espacio educativo, sino que se solidarizan y acompañan diferentes luchas populares y movimientos sociales.
- La influencia que tienen cada vez más las organizaciones civiles, en cuya agenda se encuentra el tema de las juventudes, en la construcción de redes con los colectivos juveniles.
- Una relación recientemente establecida entre las instancias de juventud institucionales y las organizaciones sociales, que no posee claridad ni un horizonte definido sobre la participación y la organización juvenil.

En síntesis, a pesar de la influencia que buscan tener las instituciones municipales de la juventud, las organizaciones civiles demuestran mayor claridad, en términos de los recursos, las agendas y los impulsos, para promover la incidencia social y política juvenil. Simultáneamente, la diversidad de resistencias y movilizaciones sociales representa igualmente un caldo de cultivo importante de activismos juveniles, tal como se ha demostrado en las alianzas que establecen los colectivos estudiantiles y las ya referidas redes altermundistas de solidaridad zapatistas.

Se revela en este estudio cómo el levantamiento armado zapatista representa un acontecimiento importante, un punto de inflexión en los procesos de constitución política de muchos activistas. Las alusiones al respecto fueron diversas; en ocasiones se presentó de manera indirecta, refiriendo un acontecimiento que marcó la historia familiar, y en otras de manera directa, cuando los entrevistados manifestaron su participación individual o colectivamente en acciones colectivas vinculadas con el movimiento. El *neozapatismo*, como lo llaman algunos analistas, se deja ver en estas microhistorias a través de un amplio espectro de ideologías y formas de *acción colectiva* (Leyva y Sonnleitner, 2000; Rovira, 2015), o como un *marco* extenso, *maestro*, de *acción colectiva* donde confluyen un amplio abanico de *marcos interpretativos* (Della Porta y Diani, 2006).

Ante la complejidad de las trayectorias activistas y los matices expuestos en el análisis, es necesario cuestionar una serie de dicotomías (por ejemplo, los viejos/nuevos movimientos, *lo social/lo político*) que pueden convertirse en “camisas de fuerza” interpretativas. La primera es “fuera/dentro de *la política* institucional”. Las diferencias entre los colectivos se observan con mayor claridad en el plano de los *marcos simbólicos de acción colectiva*, pero se desdibujan en el plano de algunas acciones: las demandas y acciones, generalmente, se pueden encontrar en diferentes arenas políticas, dentro, fuera o al margen de las instituciones.

No obstante, las similitudes y conexiones entre la diversidad de activismos, *acciones colectivas* y *marcos simbólicos de acción* no deben

obviarse. Podemos referir, por un lado, que quienes participan en colectivos estudiantiles han tenido algún tipo de participación en protestas y movimientos sociales. Se trata de jóvenes que coinciden en diagnosticar una variedad de raíces estructurales asociadas al capitalismo neoliberal como fuente de los problemas contemporáneos. La concepción de cambio social que orienta sus acciones se encuentra asociada a una perspectiva de mayor alcance que atraviesa por la organización social y por la articulación de diferentes luchas sociales más allá de los entornos universitarios.

Por otro lado, las personas, organizadas en colectivos juveniles, a pesar de que de manera individual tienen experiencias en movimientos sociales de protesta, como colectivo expresan *marcos simbólicos* y formas de acción política diferenciada. Se trata de colectivos cuyo accionar se encuentra fuertemente vinculado a la ciudad y a la ciudadanía, desde donde han identificado problemas concretos. Los conflictos que dan pauta a la organización comunitaria o barrial se encuentran entre los problemas a los que se enfrentan cotidianamente, producto de las tensiones generadas como consecuencia del crecimiento de la ciudad (por ejemplo, por la creciente desigualdad y violencia), ante lo cual plantean intervenciones concretas.

En otro extremo se encuentra la violencia con que el Estado opera con el objetivo de desmovilización social de los jóvenes activistas. En la práctica, la participación juvenil promovida por las instituciones del Estado y las organizaciones civiles es de tipo electoral, y en ella se impulsan el “protagonismo” y “liderazgo” juvenil desde una lógica que no procura fomentar un sentido crítico y politizado. Mientras que, por otro lado, los activismos con un sentido crítico y disidente de las instituciones permanentemente buscan ser “desincentivados”.

Desde otro ángulo, en este trabajo se retoman contribuciones clave del campo de estudio de los movimientos sociales, dado que arrojan luz sobre los procesos de participación política juvenil, particularmente desde un enfoque interpretativo, visibilizando la centralidad de la cultura en las acciones colectivas contemporáneas.

Desde esta perspectiva, ha sido posible distinguir algunos matices vinculados a los procesos de *politización de la cultura* y la *culturalización de la política*. La cultura entendida como fin en sí misma, como parte del proceso de politización de activistas expresada en cada acción colectiva, como herramienta de transformación social, y como conocimiento mismo elaborado intersubjetivamente.

Asimismo, en esta investigación se confirma la pertinencia de un abordaje teórico y metodológico que, al menos, contemple el análisis relacional entre los actores sociales y políticos, así como la estructura de oportunidades políticas que propicia, abre o cierra espacios de participación política. Pese a que a nivel nacional nos encontramos en un régimen que se ha pluralizado en los últimos años, bajo estructuras de participación democráticas, los procesos de criminalización de la protesta son persistentes en México.

Sobresale, en este sentido, la necesidad de análisis en profundidad sobre la violencia desplegada con fines de desmovilización social, en particular contra las acciones de disidencia, en el sur de México y en Centroamérica, regiones que comparten una historia política, cultural y económica de larga data. Eventualmente, esta violencia deviene en un factor detonante para nuevas movilizaciones y ciclos de protestas. ¿Cuáles son los factores estructurales que subyacen detrás de la violencia policial en contra de los manifestantes? ¿Cómo experimentan las y los militantes jóvenes los diferentes tipos de violencia? y ¿qué otros procesos organizativos se despliegan con fines de pacificación?

Esta investigación ha colocado el foco de análisis en un conjunto de casos a nivel local, con el espíritu de captar un amplio espectro de idearios y prácticas políticas de jóvenes. Tal objetivo, ante la pluralidad del escenario político chiapaneco contemporáneo, está condenado a ser incompleto. Sin embargo, creemos que permite aproximarse a una multiplicidad de procesos entre los que se articulan actores, idearios, temáticas y acciones colectivas, arenas de participación y escalas espaciales de participación, locales y nacionales, con convergencias con procesos políticos en otras geo-

grafías y escalas latinoamericanas, lo que permite abrir nuevas agendas de investigación.

Resulta importante continuar analizando el papel de las militancias de jóvenes en las diferentes luchas y movimientos sociales, siendo de particular relevancia en determinados contextos las luchas vinculadas a la defensa del territorio en algunas comunidades frente a los proyectos extractivistas. Estos problemas y estas resistencias, por su complejidad, conducen a una problematización a nivel regional, más allá incluso de nacionalismos metodológicos, que permitan identificar programas de integración regional, nuevos enclaves de plusvalía, contradicciones y problemas asociados al capitalismo neoliberal, y las resistencias, en las que las y los jóvenes están desempeñando un papel activo.

REFERENCIAS

- Adelantado, José y Elenise Scherer (2008). “Desigualdad, democracia, y políticas sociales focalizadas en América Latina”. En *Estado, Gobierno, Gestión Pública. Revista Chilena de Administración Pública*, núm. 11, pp. 117-134.
- Adelson, Joseph (1971). “The Political Imagination of the Young Adolescent”. En *Daedalus*, vol. 100, núm. 4, pp. 1013-1050.
- Aguayo, Sergio (1998). *Los archivos de la violencia*. México: Grijalbo.
- Aguilera, Oscar (2010). “Cultura política y política de las culturas juveniles”. En *Utopía y Praxis Latinoamericana. Revista Internacional de Filosofía Iberoamericana y Teoría Social*, vol. 15, núm. 50, pp. 91-102.
- Agustín, José (1996). *La contracultura en México. La historia y el significado de los rebeldes sin causa, los jipitecas, los punks y las bandas*. México: DeBolsillo.
- Ahmed, Azam y Nicole Perloth (2017). “‘Somos los nuevos enemigos del Estado’: el espionaje a activistas y periodistas en México”. En *The New York Times*, 18 de junio. Disponible en <https://www.nytimes.com/es/2017/06/19/espanol/america-latina/mexico-pegasus-nso-group-espionaje.html>, consultado el 1 de enero de 2018.
- Alexander, Jeffrey (1998). “Ação coletiva, cultura e sociedade civil. Secularização, atualização, inversão, revisão e deslocamento do modelo clássico dos movimentos sociais”. En *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, vol. 13, núm. 37, pp. 5-31.
- Alvarado, Sara Victoria, María Ospina-Alvarado y Claudia García (2012). “La subjetividad política y la socialización política, desde las márgenes de la psicología política”. En *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, vol. 10, núm. 1, pp. 235-256.
- Alvarado, Sara Victoria, Silvia Borelli y Pablo Vommaro (2012). “GT Juventud y prácticas políticas en América Latina: comprensiones y aprendizajes de la relación juventud-política-cultura en

- América Latina desde una perspectiva investigativa plural". En Sara Victoria Alvarado, Silvia Borelli y Pablo Vommaro (eds). *Jóvenes, políticas y culturas: experiencias, acercamientos y diversidades*. Buenos Aires: Clacso, Homosapiens.
- Amin, Samir (1999). *Los desafíos de la mundialización*. México: Siglo XXI.
- Angoa, Isabel, Salvador Pérez-Mendoza y Mario Polèse (2009). "Los tres Méxicos: análisis de la distribución espacial del empleo en la industria y los servicios superiores, por tamaño urbano y por región". En *EURE (Santiago)*, vol. 35, núm. 104, pp. 121-144.
- Aranda, José (2000). "El movimiento estudiantil y la teoría de los movimientos sociales". En *Revista Convergencia*, núm. 21. pp. 225-250.
- Arce, Tania (2008). "Subcultura, contracultura, tribus urbanas y culturas juveniles: ¿homogenización o diferenciación?". En *Revista Argentina de Sociología*, vol. 6, núm. 11.
- Arditi, Benjamín (2005). *El devenir-otro de la política: un archipiélago postliberal. ¿Democracia postliberal? El espacio de las asociaciones*. México: Anthropos, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-UNAM.
- Arendt, Hannah (1995). *¿Qué es la política?* Barcelona: Planeta.
- Aubry, Andrés (1991). *San Cristóbal de las Casas. Su historia urbana, demográfica y monumental 1528-1990*. San Cristóbal de las Casas, Chiapas: Inaremac.
- Augé, Marc (1998). *Los no lugares, espacios del anonimato: una antropología de la sobremodernidad*. Barcelona: Gedisa.
- Ávalos Tenorio, Gerardo (2002). "Introducción". En Gerardo Ávalos Tenorio (coord.). *Redefinir lo político*. México: Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Xochimilco.
- Balardini, Sergio (2005). "¿Qué hay de nuevo, viejo?: una mirada sobre los cambios en la participación política juvenil". En *Nueva Sociedad*, núm. 200, pp. 96-107.
- Barba, Carlos (2009). "Reforma social y ciudadanía social en América Latina durante los años noventa: una perspectiva comparada". En Carlos Barba Solano (comp.), *Retos para la integración social de pobres en América Latina*. Buenos Aires: Clacso.

- Bauman, Zygmunt (2007). "Between Us, the Generations". En J. Larrosa (ed.), *On Generations. On Coexistence between Generations*. Barcelona: Fundació Viure i Conviure.
- Beck, Ulrich y Elisabeth Beck-Gernsheim (2008). *Generación global*. Barcelona: Paidós.
- Benedicto Millán, Jorge (1995). "La construcción de los universos políticos de los ciudadanos". En Jorge Benedicto Millán y María de la Luz Morán Calvo Sotelo (eds.), *Sociedad y política: temas de sociología política*. Madrid: Alianza.
- Benessaieh, Afef (2004). "¿Civilizando la sociedad civil? La cooperación internacional en Chiapas durante los años noventa". En Daniel Mato (coord.), *Políticas de ciudadanía y sociedad civil en tiempos de globalización*. Caracas: FACES, Universidad Central de Venezuela, pp. 33-51.
- Benford, Robert (1997). "An Insider's Critique of the Social Movement Framing Perspective". En *Sociological Inquiry*, núm. 67, pp. 409-430.
- Benford, Robert y David Snow (2000). "Framing Processes and Social Movements: An Overview and Assessment". En *Annual Review of Sociology*, vol. 26, pp. 611-639.
- Bennett, W. Lance y Alexandra Segerberg (2012). "The Logic of Connective Action. Information". En *Communication & Society*, vol. 15, núm. 5, pp. 739-768.
- Bermúdez-Lobera, Juan (2014). "Las transiciones a la adultez de los jóvenes que no estudian ni trabajan (ninis) en México, 2010". En *Papeles de Población*, vol. 20, núm. 79, pp. 243-279.
- Blanco, Mercedes (2011). "El enfoque del curso de vida: orígenes y desarrollo". En *Revista Latinoamericana de Población*, vol. 5, núm. 8, pp. 5-31.
- Botero-Gómez, Patricia et al. (comps.) (2020). *Generaciones en movimientos y movimientos generacionales. Escribanías hechas a varias manos, varios pasos y co-razones*. Buenos Aires y San Cristóbal de Las Casas, Chiapas: Clacso, Universidad de La Tierra, Cooperativa Editorial Retos, Editorial Color Tierra.
- Botero-Gómez, Patricia, Juliana Torres Hincapié y Sara Victoria Alvarado (2008). "Perspectivas teóricas para comprender la categoría participación ciudadana-política juvenil en Colombia". En

- Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, vol. 6, núm. 2, pp. 565-611.
- Bourdieu, Pierre (1990). *Sociología y cultura*. México: Grijalbo.
- Brauen, Marsha y Kathryn Newcomber (1977). "Political Socialization. A Topical Bibliography". En *Youth & Society*, vol. 8, núm. 3. pp. 299-320.
- Braungart, Richard y Margaret Braungart (1986). "Life-course and Generational Politics". En *Annual Review of Sociology*, núm. 12, pp. 205-223.
- Bringel, Breno (2006). "El lugar también importa. Las diferentes relaciones entre Lula y el MST". En *Revisa Nera*, año 9, núm. 9, pp. 27-48.
- Bringel, Breno (2009). "O futuro anterior: continuidades e rupturas nos movimentos estudantis do Brasil". En *Revista Cient*, vol. 11, núm. 1, pp. 97-121.
- Burguete, Araceli (2017). Ponencia presentada en el III Foro Social sobre Democracias OTRAS. Elecciones, Resistencias y Contrademocracia. Mesa 1. Saldos y desafíos de la democracia electoral, una lectura desde el sur, en San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, organizado por ODEMCA-CESMECA-UNICACH. Disponible en <https://observatoriodelasdemocracias.com.mx/iii-foro-democracias>, consultado el 1 de enero de 2021.
- Caballero, Manuela y Armenio Baigorri (2013). "¿Es operativo el concepto de generación?" En *Aposta, Revista de Ciencias Sociales*, núm. 56, p. 21.
- Cadena-Roa, Jorge (2002). "Strategic Framing, Emotions, and Superbarrio-Mexico City's Masked Crusader". En *Mobilization: An international Journal*, vol. 7, núm. 2. pp. 201-216.
- Cadena-Roa, Jorge (2016). "Las organizaciones de los movimientos sociales y los movimientos sociales en México, 2000-2014". En *Análisis*, núm. 1.
- Carrasco, Jorge (2014). "Caso Tlatlaya: la indisciplina" militar que mató a 22 personas". En *Proceso*, 17 de septiembre. Disponible en <http://www.proceso.com.mx/?p=382335>, consultado el 21 de enero de 2015.

- Carta de la Ciudad de México por el Derecho a la Ciudad (2010). Disponible en <http://www.equipopueblo.org.mx/descargas/Carta%20de%20la%20Ciudad%20de%20Mexico%20por%20el%20Derecho%20a%20la%20Ciudad.pdf>, consultado el 21 de enero de 2015.
- Carta Mundial por el Derecho a la Ciudad (2012). En *Revista Paz y Conflictos*, núm. 5, pp. 184-196. Disponible en http://www.ugr.es/~revpaz/documentacion/rpc_n5_2012_doc1.pdf, consultado el 21 de enero de 2018.
- Casal, Joaquim, Rafael Merino y Maribel García (2011). “Pasado y futuro del estudio sobre la transición de los jóvenes”. En *Papers. Revista de Sociología*, vol. 96, núm. 4, pp. 1139-1162.
- Casal, Joaquim, Joseph Masjoan y Jordi Planas (1998). “Elementos para un análisis sociológico de la transición a la vida adulta”. En *Política y Sociedad*, verano, núm. 1.
- CDHFBC (Centro de Derechos Humanos Fray Bartolomé de las Casas) (2010). *Balance anual sobre la situación de los derechos humanos en Chiapas*. San Cristóbal de Las Casas, Chiapas: CDHFBC.
- Ceieg (Comité Estatal de Información Estadística y Geográfica de Chiapas) (2021). Región V – Altos Tsotsil Tselal. Disponible en http://www.ceieg.chiapas.gob.mx/productos/files/MAPAS-TEMREG/REGION_V_ALTOS_TSOTSIL_TSELTAL_post.pdf, consultado el 1 de enero de 2021.
- Cepal (Comisión Económica para América Latina) y OIJ (Organización Iberoamericana de la Juventud) (2000). *Adolescencia y juventud en América Latina y el Caribe: problemas, oportunidades y desafíos en el comienzo de un nuevo siglo*. Santiago de Chile: Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía (CELADE), División de Población de la OIJ (Serie Población y Desarrollo). Disponible en <http://www.cepal.org/es/publicaciones/7207-adolescencia-y-juventud-en-america-latina-y-el-caribe-problemas-oportunidades-y>, consultado el 16 de octubre de 2015.
- Chauca Malásquez, Pablo Manuel (2008). “Desarrollo regional y desarrollo local: las ideas rectoras en el debate”. En Pablo Chauca et al., *Desarrollo local en Michoacán. Propuestas teóricas, estrategias y expe-*

- riencias. Morelia, Michoacán: Coordinación de la Investigación Científica-Universidad Michoacana de San Nicolás Hidalgo.
- Combes, Hélèn, Sergio Tamayo y Michael Voegtli (2015). “Cómo mirar y pensar la protesta. A manera de obertura”. En Hélèn Combes, Sergio Tamayo y Michael Voegtli (coords.), *Pensar y mirar la protesta*. México: CNRS, Conacyt, UAM-Azcapotzalco, Red Mexicana de Movimientos Sociales.
- Comte, Auguste (1830-1842). *Cours de philosophie positive*, vol. 1-2. París: Hermann.
- Coneval (Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social) (2020). *Informe de pobreza y evaluación Chiapas*. México: Coneval. Disponible en https://www.coneval.org.mx/coordinacion/entidades/Documents/Informes_de_pobreza_y_evaluacion_2020_Documentos/Informe_Chiapas_2020.pdf, consultado el 23 de agosto de 2020.
- Conapo (Consejo Nacional de Población) (2010). *La situación actual de los jóvenes en México*. Serie de Documentos técnicos. México: Conapo. Disponible en <http://www.conapo.gob.mx>, consultado el 4 de junio de 2015.
- Conapo (Consejo Nacional de Población) (2015). *Índice de marginación por entidad federativa, México*. México: Conapo. Disponible en https://www.gob.mx/cms/uploads/attachment/file/459286/05_Anexo_A.pdf, consultado el 22 de agosto de 2020.
- Corpus, Ariel (2008). “Jóvenes tseltales presbiterianos y sus prácticas divergentes. El Caso de Los Mensajeros de Cristo de la Iglesia Gólgota de El Corralito, Oxchuc”. En *Anuario CESMECA 2008*. México: Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica-Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas.
- Corpus, Ariel (2009). “Jóvenes tseltales en El Corralito, Oxchuc. Acercaamiento a los factores de emergencia y las prácticas juveniles”. En *Anuario CESMECA 2009*. México: Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica-Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas.
- Cortez, Edgar (2008). “Criminalización de la protesta social en México”. En *El Cotidiano*, vol. 23, núm. 150, pp. 73-76.

- Cruz Pérez, Óscar (2006). "Las manifestaciones de la sexualidad en los adolescentes". En *Anuario CESMECA 2006*. México: Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica-Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas.
- Cruz, Tania (2010). "Writers, taggers, graffers y crews. Identidades juveniles en torno al grafito". En *Revista Nueva Antropología*, vol. XXIII, núm. 72, pp. 103-120.
- Cruz, Tania (2012) "El joven indígena en Chiapas: el re-conocimiento de un sujeto histórico". En *Liminar. Estudios Sociales y Humanísticos*, vol. X, núm. 2, pp.145-162.
- Cubides, Juliana (2016). "Movimientos juveniles contemporáneos en América Latina. Juventud y política en la encrucijada neoliberal". En Fabiana Espíndola Ferrer (coord.), *Jóvenes en movimientos. Experiencias y sentidos de las movilizaciones en la América Latina Contemporánea*. Buenos Aires: Clacso.
- Cutler, Neal (1976). "Generational Approaches to political socialization". En *Youth & Society*, vol. 8, núm. 2, pp. 175-206.
- Dal Lago, Alessandro (1990). "El sentido de las palabras". En Martha Rivero (comp.), *Pensar la política*. México: Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM.
- Della Porta, Donatella y Mario Diani (2006). *Social Movements: An Introduction*. Hoboken, NJ: Wiley Blackwell.
- Díaz, Pedro (2013). Nuevos estilos juveniles entre los jóvenes indígenas en el Colegio de Estudios Científicos y Tecnológicos de Bochil, Chiapas. Tesis de maestría, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, San Cristóbal de Las Casas, Chiapas.
- Dilthey, Wilhelm ([1883]1978), *Introducción a las ciencias del espíritu*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Durston, John (1999). "Limitantes de ciudadanía entre la juventud latinoamericana". En *Última Década*, núm. 10.
- Easton, David y Robert Hess (1962). "The Child's Political World". En *Midwest Journal of Political Science*, vol. 6, núm. 3, pp. 229-246.

- Echarri, Carlos y Julieta Pérez (2007). "En tránsito hacia la adultez: eventos en el curso de vida de los jóvenes en México". En *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 22, núm. 1, pp. 43-77.
- Encuesta Nacional sobre Cultura Política y Prácticas Ciudadanas (ENCUP) (2012). Disponible en http://www.encup.gob.mx/en/Encup/Quinta_ENCUP_2012, consultado el 21 de enero de 2015.
- Enríquez, Helio (2008). "Firma mexicano-española logra concesión a 30 años para explotar carreteras en Chiapas". En *La Jornada*, 13 de julio. Disponible en <http://www.jornada.unam.mx/2008/07/13/index.php?section=estados&article=030n2est>, consultado el 21 de enero de 2015.
- Esparza, Mireya (2015). Voces sobre la interculturalidad: narrativas de jóvenes provenientes de comunidades rurales de Chiapas. Tesis de maestría, Universidad Autónoma Chapingo, México.
- Esteva, Gustavo (2009). "Más allá del desarrollo: la buena vida". En *América Latina en Movimiento*, año 33, núm. 445.
- Evangelista, Angélica (2013). *Derechos sexuales y reproductivos en jóvenes de San Cristóbal de Las Casas, Chiapas*. México: Centro de Estudios superiores de México y Centroamérica-Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas.
- Favela-Gavia, Diana M. (2005). "Panorama actual del estudio de los movimientos sociales en México". En *Anuario del Colegio de Estudios Latinoamericanos*. México: CELA.
- Favela-Gavia, Diana M. (2009). "Lucha social y derechos ciudadanos en América Latina". En Diana Margarita Favela Gavia y Diana Guillén (coord.). *América Latina. Los derechos y las prácticas ciudadanas a la luz de los movimientos populares*. Buenos Aires: Clacso.
- Favela-Gavia, Diana (2010). "Sistema político y protesta social: Del autoritarismo a la pluralidad". En Ilán Bizberg y Francisco Zapata (coords.). *Movimientos sociales*. México: El Colegio de México.
- Favela-Gavia, Diana (2011). "Los movimientos estudiantiles en México: comparación entre mediados y finales del siglo XX". En Silvia González y Ana María Sánchez (coords.), *154 años de movimientos estudiantiles en Iberoamérica*. México. Instituto de Investigaciones

- Bibliográficas-Universidad Nacional Autónoma de México, Seminario Movimientos Estudiantiles.
- Feixa, Carles (1999). *De jóvenes, bandas y tribus. Antropología de la juventud*. Barcelona: Ariel.
- Fernández, Anna (2014). “Movimientos y sentimientos”. En *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*, vol. 5, núm., 13 pp. 35-50.
- Fillieule, Olivier (2015). “Pensar las movilizaciones y la participación: Continuidad de perspectivas e imbricación de posiciones”. En Hélène Combes, Sergio Tamayo y Michael Voegtli (coords.), *Pensar y mirar la protesta*. México: CNRS, Conacyt, UAM-Azcapotzalco, Red Mexicana de Movimientos Sociales.
- Fillieule, Olivier y Danielle Tartakowsky (2015). *La manifestación. Cuando la acción colectiva toma las calles*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Flanagan, Constance y Lonnie Sherrod (1998). “Youth Political Development: An Introduction”. En *Journal of Social Issues*, vol. 54, núm. 3. pp. 447-456.
- Fleps (Frente por la Libertad de Expresión y Protesta Social) (2015). *Control del espacio público 3.0. Informe sobre retrocesos en las libertades de expresión y reunión en el actual gobierno*. México: Fleps.
- Fleps (Frente por la Libertad de Expresión y Protesta Social) (2018). *Informe. El sexenio de la resistencia: informe sobre la protesta social y la respuesta estatal 2012-2018*. México: Fleps.
- Gadea, Carlos (2015). “Dos movimentos sociais às experiências coletivas de conflito: acerca das mobilizações e a linguagem da violência”. En Ilse Scherer-Warren y Lígia Helena Hahn Lückmann (orgs.), *Movimentos sociais e engajamento político. Trajetórias e tendências analíticas*. Florianópolis: Editora UFSC.
- Galli, Carlo (2002). *Espacios políticos. La edad moderna y la edad global. Léxico de política*. México: Nueva Visión.
- Gamboa, Andrea e Iván Pincheira (2007). *Organizaciones juveniles en Santiago de Chile. Invisibles Subterráneas*. Santiago de Chile: LOM Ediciones, ECO, Educación y Comunicaciones.

- García, Imelda (2013). “Las 11 frases que marcaron el ‘viernes negro’ de Peña Nieto”. En *ADN Político*, 11 de mayo. Disponible en <http://static.adnpolitico.com/gobierno/2013/05/09/las-11-frases-que-marcaron-el-viernes-11-de-pena-nieto>, consultado el 1 de octubre de 2017.
- García, María del Carmen (2003). *Política y sociedad en Chiapas, 1970-2000. Las utopías, los intereses, las realidades*. Tesis de doctorado en Ciencias Sociales con especialidad en Relaciones de Poder y Cultura Política. Universidad Autónoma Metropolitana, México.
- García, María del Carmen (2005) *Chiapas político. Lecturas para entender a Chiapas*. Tuxtla Gutiérrez: Gobierno del Estado de Chiapas, Secretaría de Educación.
- García, María del Carmen (2008) “Pobreza, política social y organizaciones no gubernamentales en Chiapas, México”. En Pilar Sanchiz Ochoa y Pilar Gil. (eds.). *Marginación y pobreza en América Latina*. España: Signatura Demos.
- García, María del Carmen y Alain Basail (2006). “La reforma del Estado mexicano desde su periferia”. En *LiminaR. Estudios Sociales y Humanísticos*, vol. 4, núm. 1, pp. 32-49.
- García, María del Carmen, Jesús Solís y Flor María Pérez (2014). “Chiapas. Elecciones 2012”. En Margarita Jiménez Vadillo (coord.). *Calidad de democracia en elecciones para gobernador en el sur-sureste de México*. México: Plaza y Valdés, Universidad Autónoma de Guerrero.
- García, María del Carmen, Jesús Solís, Manuel Espinoza y Pablo Uc (2016). “Elecciones en Chiapas: la democracia representativa a debate”. En *Democracias Hoy. Publicación Cuatrimestral del Observatorio de las Democracias: Sur de México y Centroamérica*, año 1, núm. 2, pp. 3-13.
- García, María del Carmen et al. (2016). “Elecciones en Chiapas 2015: la democracia representativa a debate”. En *Democracias Hoy. Publicación Cuatrimestral del Observatorio de las Democracias: Sur de México y Centroamérica*, año 1, núm. 2.
- García-Canclini, Nestor (2009). *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México: Ediciones Debolsillo.
- García, Eugenio (2017). *La juventud en el sistema político contemporáneo en Chalchihuitán (1970-2015)*. Tesis de maestría en Ciencias

- Sociales y Humanísticas. Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica-Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas.
- Garretón, Manuel Antonio y Javier Martínez (1985). *El movimiento estudiantil: conceptos e historia*, t. IV. Santiago de Chile: Ediciones Sur.
- Geertz, Clifford ([1973]2003). *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.
- Giménez, Gilberto (2005). *La cultura como identidad y la identidad como cultura*. México: Consejo Nacional de la Cultura y las Artes. Disponible en <http://perio.unlp.edu.ar/teorias2/textos/articulos/gimenez.pdf>, consultado el 19 de octubre de 2017.
- Goffman, Erving ([1974]2006). *Frame analysis: los marcos de la experiencia*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Gohn, María da Gloria (2012). “Teorias dos movimentos sociais na contemporaneidade”. En María da Gloria Gohn y Breno Marques Bringel (orgs.), *Movimentos sociais na era global*. Petrópolis, Río de Janeiro: Vozes.
- Gohn, María da Gloria y Breno Bringel (2012). “Apresentação”. En María da Gloria Gohn y Breno Marqués Bringel (orgs.), *Movimentos sociais na era global*. Petrópolis, Río de Janeiro: Vozes.
- Goirand, Camille (2015). “Pensar las movilizaciones y la participación: Continuidad de perspectivas e imbricación de posiciones”. En Hélèn Combes, Sergio Tamayo y Michael Voegtli (coords.), *Pensar y mirar la protesta*. México: CNRS, Conacyt, UAM-Azcapotzalco, Red Mexicana de Movimientos Sociales.
- Gomes, Simone y Gómez-Abarca, Carlos J. (2018). “#Ocupaescola, #Ocupatudo. Experiencias políticas de estudiantes de secundaria en el 2016, en Río de Janeiro, Brasil”. En *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, vol. 16, núm. 2, pp. 825-838. Disponible en: <http://revistaumanizales.cinde.org.co/rllcsnj/index.php/Revista-Latinoamericana/article/view/2938>, consultado el 1 de enero de 2021.
- Gómez López, Marco Antonio (2014). Ser joven estudiante en Oxchuc. Los estudiantes tzeltales de la universidad intercultural de

- Chiapas. Tesis de maestría, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, Oaxaca de Juárez, Oaxaca.
- Gómez Taglé, Silvia, Héctor Tejera Gaona y Jesús Aguilar López (2013), *Informe de la encuesta “La cultura política de los jóvenes en México” para el Instituto Federal Electoral*. México: El Colegio de México.
- Gómez-Abarca, Carlos J. (2014). “Graffiti: una expresión político cultural juvenil en San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, México”. En *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, vol. 12, núm. 2. pp. 675-689.
- Gómez-Abarca, Carlos J. (2016). “La juventud y la política: viejos actores políticos, nuevos desafíos”. En *Democracias Hoy. Publicación Cuatrimestral del Observatorio de las Democracias: Sur de México y Centroamérica*, año 1, núm. 3, septiembre-diciembre.
- Gómez-Abarca, Carlos J. (2018). “La gráfica política y los marcos de acción colectiva en San Cristóbal de Las Casas, Chiapas (2010-2013)” En *Liminar. Estudios Sociales y Humanísticos*, vol. 16, núm. 1, pp. 25-39.
- Gómez-Abarca, Carlos J. (2019). “Activismo estudiantil y represión en Chiapas, México”. En *Prácticas de Oficio*, vol. 2, núm. 22, pp. 89-99.
- González, Fernando (2012). “La subjetividad política y su significación para el estudio de los procesos políticos: sujeto, sociedad y política”. En Claudia Piedrahita Echandía, Álvaro Díaz Gómez y Pablo Vommaro (comps.). *Subjetividades políticas: desafíos y debates latinoamericanos*. Bogotá: Universidad Distrital Francisco José de Caldas, Instituto para la Investigación Educativa y el Desarrollo Pedagógico-(IDEP), Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- González, Gerardo (2004). *Organismos civiles en Chiapas: entre el conflicto y la democracia*. México: El Colegio Mexiquense.
- González, Gerardo (2007). “Entre el campo y la ciudad. Organismos civiles en San Cristóbal de Las Casas”. En Dolores Camacho, Arturo Lomelí y Paulino Hernández (coords.), *La ciudad de San Cristóbal de Las Casas: a sus 476 años. Una mirada desde las Ciencias Sociales*. Tuxtla Gutiérrez: Consejo Estatal para la Cultura y las Artes de Chiapas.

- González, Silvia y Ana María Sánchez (2011). "Presentación". En Silvia González y Ana María Sánchez (coords.), *154 años de movimientos estudiantiles en Iberoamérica*. México. Instituto de Investigaciones Bibliográficas-Universidad Nacional Autónoma de México, Seminario Movimientos Estudiantiles.
- González-Casanova, Pablo (1995). "Causas de la rebelión en Chiapas". En suplemento Perfil de *La Jornada*, 5 de noviembre. Disponible en <http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/coediciones/20150113025225/15.pdf>, consultado el 15 de julio de 2017.
- González-Casanova, Pablo (2009). "Los 'Caracoles' zapatistas: redes de resistencia y autonomía (ensayo de interpretación)". En *De la sociología del poder a la sociología de la explotación: pensar América Latina en el siglo XXI*. Bogotá: Siglo del Hombre/CLACSO. Disponible en <http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/coediciones/20150113030222/18.pdf>, consultado el 24 de noviembre de 2020.
- Gramsci, Antonio (1970). *Antología* [selección, traducción y notas de Manuel Sacristán]. México: Siglo XXI.
- Grimson, Alejandro (2011). *Los límites de la cultura. Crítica de las teorías de la identidad*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Guillén, Arturo (2007). "La teoría latinoamericana del desarrollo. Reflexiones para una estrategia alternativa frente al neoliberalismo". En Gregorio Vidal y Arturo Guillén (coords.), *Repensar la teoría del desarrollo en un contexto de globalización. Homenaje a Celso Furtado*. Buenos Aires: Clacso.
- Guzmán-Concha, César (2016). "Introduction: Student Movements and Political Change in Contemporary Latin America". En *Bulletin of Latin American Research. Journal of the Society for Latin American Studies*, vol. 36, núm. 2, pp. 139-140.
- Hebdige, Dick (2004). *Subcultura. El significado del estilo*. Barcelona: Paidós.
- Hernández, Alberto (2013), "Se organizan estudiantes en la Coordinadora del Movimiento Estudiantil Independiente (COMEI)". En *La Foja Coleta*, 5 de octubre. Disponible en <http://www.lafoja.com/334/nottres334.htm>, consultado el 20 de mayo de 2014.

- Hernández, Emiliano (2013) “Incidentes durante regreso a clases en San Cristóbal”. En *Chiapas Paralelo*, 26 de noviembre. Disponible en <http://www.chiapasparalelo.com/noticias/chiapas/2013/11/incidentes-durante-regreso-a-clases-en-san-cristobal/>, consultado el 14 de octubre de 2014.
- Hernández, María Alejandra (2013). *Más allá de la apariencia. Experiencias eróticas de hombres y mujeres jóvenes universitarios en San Cristóbal de Las Casas, Chiapas*. Tesis de maestría, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, Jalapa, Veracruz.
- Hernández, Miguel (2013). *Nuevas actorías y visiones políticas desde las juventudes organizadas sobre la institucionalidad, como conflicto de Estado y sociedad*. Buenos Aires: Clacso (Documento de trabajo / Informes).
- Herrera, Marta y Diego Muñoz (2008). “¿Qué es la ciudadanía juvenil?” En *Acciones e Investigaciones Sociales*, núm. 26. pp. 189-206.
- Hobbes, Thomas ([1651]2014). *Leviatán: o la materia, forma y poder de una república eclesiástica y civil*. México: Fondo de Cultura Económica
- Holguín, Roberto (2016). “¿Quién es quién entre los actores emergentes de las protestas y movimientos sociales en México?”. En *Memorias del 5 Congreso Nacional de Ciencias Sociales. 9 Acción colectiva, movimientos sociales y sociedad civil*. México: CUCSH, CMSC, COMECESO.
- HRW (Human Rights Watch) (2015). *México, eventos de 2015*. Disponible en <https://www.hrw.org/es/world-report/2016/country-chapters/285507>, consultado el 1 de diciembre de 2016.
- Illades, Carlos (2015). *Conflicto, dominación y violencia: capítulos de historia social*. México: Universidad Autónoma Metropolitana.
- Imjuve (Instituto Mexicano de la Juventud) (2010). *Encuesta Nacional de la Juventud 2010*. México: Imjuve. Disponible en http://www.imjuventud.gob.mx/pagina.php?pag_id=137, consultado el 16 de octubre de 2015.
- Imjuve (Instituto Mexicano de la Juventud), IJ y UNAM (2012). *Encuesta Nacional de Valores de Juventud 2012. Resultados generales*. México. Disponible en http://www.imjuventud.gob.mx/imgs/uploads/ENVAJ_2012.pdf, consultado el 4 de junio de 2015.

- Inaremac (Instituto de Asesoría Antropológica para la Región Maya A.C.) (1988). *Buch'u la smeltzan Jobel? ¿Quién Hizo San Cristóbal?* Chiapas, México: Taller Tzotzil, Inaremac.
- Instituto Mexicano de la Juventud (2010). *Encuesta Nacional de la Juventud 2010 (ENJUV)*. Disponible en http://www.imjuventud.gob.mx/pagina.php?pag_id=137, consultado el 16 de octubre de 2015.
- INEGI (Instituto Nacional de Estadística y Geografía) (2005). *II Conteo de Población y Vivienda 2005*. México: INEGI. Disponible en <http://www.inegi.org.mx/>, consultado el 4 de junio de 2015.
- INEGI (Instituto Nacional de Estadística y Geografía) (2010). *Censo Nacional de Población y Vivienda 2010*. México: INEGI. Disponible en <http://www.inegi.org.mx/>, consultado el 4 de junio de 2015.
- INEGI (Instituto Nacional de Estadística y Geografía) (2015). *Encuesta Intercensal 2015*. México: INEGI. Disponible en <http://www.beta.inegi.org.mx/proyectos/enchogares/especiales/intercensal/>, consultado el 2 de enero de 2018.
- INEGI (Instituto Nacional de Estadística y Geografía) (2017). *Encuesta nacional sobre disponibilidad y uso de tecnologías de la información en los hogares*. México: INEGI.
- Instituto Nacional Electoral (INE) (2017). *Estadísticas del padrón electoral y lista nominal de electores*. Disponible en <http://listanominal.ife.org.mx/ubicamodulo/PHP/index.php>, consultado el 15 de julio de 2017.
- Isin, Engin (2009). "Citizenship in Flux: The Figure of the Activist Citizen". En *Subjectivity*, núm. 29, pp. 367-388.
- Jasper, James (1997). *The Art of Moral Protest*. Chicago: University of Chicago Press.
- Jasper, James (2014). *Protesto. Uma introdução a os movimentos sociais*. Río de Janeiro: Zahar.
- Jiménez Cruz, Claudia Luz y Angélica Evangelista (2008). "Relaciones de género y vulnerabilidad ante el vih/sida en jóvenes rurales: estudio de Caso en dos Comunidades de Las margaritas, Chiapas". En *Anuario CESMECA 2008*. México: Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica-Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas.

- Johnston, Hank (2005). "A Methodology for Frame Analysis. From Discourse to Cognitive Schemata". En Hank Johnston y Bert Klaundermans (eds.), *Social Movements and Culture. Social Movements, Protest and Contention*, vol. 4. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Juris, Jeffrey, Inés Pereira y Carles Feixa (2012). "La globalización alternativa y los 'novísimos' movimientos sociales". En *Revista del Centro de Investigación*, vol. 10, núm. 37, pp. 23-39.
- Just Associates (2014). *De sobrevivientes a defensoras: Mujeres que enfrentan la violencia en México, Honduras y Guatemala*. La Iniciativa de las mujeres premio Nobel. En la defensa de la paz, la justicia y la igualdad /Just Associates. Disponible en http://www.justassociates.org/sites/justassociates.org/files/sp_nwimexico_centralamerica-lr.pdf, consultado el 18 de febrero de 2014.
- Kaldor, Mary y Sabine Selchow (2013). "The Bubbling up of Subterranean Politics in Europe". En *Journal of Civil Society*, vol. 9, núm. 1, pp. 78-99.
- Krauskopt, Dina (1998). *Participación social y desarrollo en la adolescencia*. San José: Fondo de Población de Naciones Unidas.
- Kymlicka, Will (1996). *Ciudadanía multicultural: una teoría liberal de los derechos de las minorías*. Barcelona: Paidós.
- Lazo, Pablo (2007). "La pervisión semántica de las imágenes en una sociedad multicultural". En Diego Lizarazo (coord.), *Sociedades icónicas. Historia, ideología y cultura en la imagen*. México: Siglo XXI.
- Leccardi, Carmen y Carles Feixa (2011). "El concepto de generación en las teorías sobre la juventud". En *Última Década*, vol. 19, núm. 34, pp. 11-32.
- Lechner, Norbert (2013a). *Obras II. ¿Qué significa hacer política?* México: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales-México, Fondo de Cultura Económica.
- Lechner, Norbert (2013b). *Obras IV. Política y subjetividad*. México: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales-México, Fondo de Cultura Económica.
- Lefebvre, Henry (1968). *El derecho a la ciudad*. Barcelona: Anthropos.

- Ley Federal de Telecomunicaciones. Última reforma, 16 de enero de 2013. Disponible en <http://www.wipo.int/edocs/lexdocs/laws/es/mx/mxl4les.pdf>, consultado el 1º de octubre de 2017.
- Leyva Xochitl y Shannon Speed (2001). “Los derechos humanos en Chiapas: del ‘discurso globalizado’ a la ‘gramática moral’”. En Pedro Pitarch Ramón y Julián López García (eds.). *Los derechos humanos en tierras mayas. Política, representaciones y moralidad*. Madrid: Sociedad Española de Estudios Mayas.
- Leyva, Xochitl y Willibald Sonnleitner (2000). “¿Qué es el neozapatismo?”. En *Espiral, Estudios sobre Estado y Sociedad*, vol. VI, núm. 17, pp. 163-201.
- Lizarazo, Diego (2007). “Encantamiento de la imagen y extravío de la mirada”. En Diego Lizarazo (coord.), *Sociedades icónicas. Historia, ideología y cultura en la imagen*. México: Siglo XXI.
- Llanos, Alan (2014). Entre lo sacro y lo mundano. Música, creencias, vivencias de jóvenes indígenas cristianos en San Cristóbal de Las Casas. Tesis de maestría, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, México.
- Locke, John ([1689-1690]1997). *Dos ensayos sobre el gobierno civil*. Madrid: S.L.U. Espasa libros.
- Longa, Francisco (2017). “¿Existen las generaciones políticas? Reflexiones en torno a una controversia conceptual”. En *Íconos. Revista de Ciencias Sociales*, vol. 0, núm. 58, pp. 205-224.
- López, Jorge y Gerardo Núñez (2015). “Democratización de la pobreza en Chiapas”. En *Economía Informa*, núm. 393, pp. 62-81.
- López, Martha de Jesús (2014). “Una reforma ‘educativa’ contra los maestros y el derecho a la educación”. En *El Cotidiano*, núm. 179, pp. 55-76.
- López, Iraya (2012) “El ecologismo y los movimientos ecologistas”. En *Crítica*, julio-agosto. Disponible en <http://www.revista-critica.com/la-revista/monografico/analisis/285-el-ecologismo-y-los-movimientos-ecologistas>.
- Maffesoli, Michel (2002). “Tribalismo posmoderno. De la identidad a las identificaciones”. En Aquiles Chihu Amparán (coord.), *So-*

- ciología de la identidad*. México: Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa.
- Malaguti, Vera (2015). “Estado de policía”. En Bernardo Kucinski et al., *Bala perdida: a violência policial no Brasil e os desafios para sua superação*. Brasil: Boitempo, Carta Maior.
- Mannheim, Karl (1993). “El problema de las generaciones”. En *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 62, pp. 193-224.
- Marchart, Oliver (2009). *El pensamiento político posfundacional: la diferencia política en Nancy, Lefort, Badiou y Laclau*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Marcial, Rogelio (2009). “Juventudes violentadas: escenarios y experiencias destacables”. En *Revista de la Academia*, núm. 14, pp. 105-119.
- Marcial, Rogelio (2010). “Democracia, ciudadanía y juventud en Jalisco”. En *Estudios Jaliscienses*, núm. 80, pp. 42-54.
- Marcial, Rogelio (2012). “El graffiti como discurso gráfico de la disidencia juvenil”. En Sarah Corona Berkin (coord.). *Pura imagen*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Marsiske, Renate (2010). “La autonomía universitaria. Una visión histórica y latinoamericana”. En *Perfiles Educativos*, vol. XXXII, pp. 9-26.
- Martí i Puig, Salvador (1997). *La revolución enredada: Nicaragua, 1977-1996*. Madrid: Libros de la Catarata.
- Martínez, Isaac (2020). “El delito de disolución social: un arma ad hoc al régimen autoritario mexicano. Análisis histórico del amparo directo 2835/60”. En Blog del Centro de Estudios Constitucionales. Disponible en <https://www.sitios.scjn.gob.mx/cec/blog-cec/el-delito-de-disolucion-social-un-arma-ad-hoc-al-regimen-autoritario-mexicano-analisis>, consultado el 1 de diciembre de 2020.
- Martínez, Manuel Ignacio (2006). “Las Juntas de Buen Gobierno y los Caracoles del movimiento zapatista: fundamentos analíticos para entender el fenómeno”. En *RIPS. Revista de Investigaciones Políticas y Sociológicas*, vol. 5, núm. 1, pp. 215-233.
- Martínez, Manuel Ignacio (2016). “La democracia entre despojos y resistencias: el extractivismo minero en Centroamérica”. En *De-*

- mocracias Hoy. Publicación Cuatrimestral del Observatorio de las Democracias: Sur de México y Centroamérica*, año 1, núm. 1, pp. 3-13.
- Martínez de Codes, Rosa (1982). "Reflexiones en torno al criterio generacional, como teoría analítica y método histórico". En *Quinto Centenario*, vol. 3, pp. 51-87.
- Mbembe, Achille (2003). "Necropolitics". En *Public Culture*, vol. 15, núm. 1. pp. 11-40.
- McAdam, Doug (1982). *Political Process and the Development of Black Insurgency, 1930-1970*. Chicago: University of Chicago Press.
- McCarthy, John y Mayer Zald (1977). "Mobilization and Social Movements: A Partial Theory". En *The American Journal of Sociology*, vol. 82, núm. 6, pp. 1212-1241.
- Melel Xojobal, A.C. e Inicia (Iniciativas para la Identidad y la Inclusión, A.C.) (2011). *La identidad estigmatizada: jóvenes graffiteros, derechos humanos y políticas públicas en San Cristóbal de Las Casas, Chiapas. 2009-2010*. San Cristóbal de Las Casas; Melel Xojobal, Inicia.
- Melucci, Alberto (1999). *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia*. México: Centro de Estudios Sociológicos-El Colegio de México.
- Mendoza, Veneranda (2016). "Aprueban 'ley Atenco' en Edomex; faculta uso de la fuerza pública en protestas". En *Proceso*, 17 de marzo. Disponible en <http://www.proceso.com.mx/433880/aprueban-ley-atenco-faculta-uso-la-fuerza-publica-en-protetas-en-edomex>, consultado el 19 de marzo de 2016.
- Mendoza, Víctor (2011). *Graffiti: construcción identitaria juvenil en la Ciudad de México*. Tesis de licenciatura. Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- Mendoza, Víctor y Emmanuel Enríquez (2011). "El espacio público una mirada desde las juventudes". En Fernando Aguilar y Roberto García (coords.), *Cultura y jóvenes en México. Miradas diversas*. México: Conaculta.
- Meneses, Marcela (2016). "El agravio moral como resorte de la acción colectiva". En *Revista de Estudios Sociales*, núm. 57, julio-septiembre, pp. 43-51.

- Merino, José, Jessica Zarkin y Eduardo Fierro (2013). “Mercado para morir”. En *Nexos*, 1 de julio. Disponible en <https://nexus.com.mx/?p=15375>.
- Meyer, David (2004). “Protest and Political Opportunities”. En *Annual Review of Sociology*, núm. 30, pp. 125-145.
- Meyer, Jean (2000). *Samuel Ruíz en San Cristóbal*. México: Tusquets.
- Miyagui, Jorge (2009). “Resistencias creativas: visibilizando la disidencia”. En Raphael Hoetmer (coord.), *Repensar la política desde América Latina. Cultura, Estado y movimientos sociales*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Programa Democracia y Transformación Global.
- Monedero, Juan Carlos (2003). “Mundialización y transformaciones del Estado: perspectivas desde la ciencia política”, En Juan Carlos Monedero (coord.), *Cansancio del Leviatán. Problemas políticos en la mundialización*. Madrid: Trotta.
- Morales, Jesús (1991) “El Congreso Indígena de Chiapas: un testimonio”. En *Anuario del Instituto Chiapaneco de Cultura*. Tuxtla Gutiérrez: Gobierno del Estado de Chiapas.
- Morales-Vargas, María Lourdes (2013). “El estencil político en San Cristóbal de Las Casas. Una metáfora del discurso”. En *Anuario 2012*. México: Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica-Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas.
- Moreira, Igor y Dayrell Juárez (2013). “Configurações da contestação social de jovens urbanos no Brasil contemporâneo”. En *Memorias Congreso Internacional de Investigadores sobre Juventud*, Habana.
- Morquecho, Gaspar (2011). *Deshonra militar, militarismo y militarización en Chiapas*. En *América Latina en Movimiento*, 5 de agosto. Disponible en <http://www.alainet.org/es/active/48560>, consultado el 14 de agosto de 2016.
- Mouffe, Chantal (2007). *En torno a lo político*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Muñoz, Germán y Diego Muñoz (2008). “La ciudadanía juvenil como ciudadanía cultural: una aproximación teórica desde los

- estudios culturales”. En *Revista Argentina de Sociología*, vol. 6, núm. 11, pp. 217-236.
- Naciones Unidas (2014). *Más de la mitad de la población vive en zonas urbanas y seguirá creciendo*. Disponible en <http://www.un.org/es/development/desa/news/population/world-urbanization-prospects-2014.html>, consultado el 1 de octubre de 2017.
- Nares, Yamil *et al.* (2019). *Encuesta de jóvenes en México 2019*. México: Fundación SM, Observatorio de la Juventud en Iberoamérica. Disponible en <https://www.observatoriodelajuventud.org/encuesta-mexicana-de-la-juventud/>, consultado el 22 de agosto de 2020.
- Norris, Pippa (2003). “Young People and Democratic Institutions: From Disillusionment to Participation”. Conferencia presentada en el Council of Europe Symposium, Young People and Democratic Institutions: From Disillusionment to Participation, Estrasburgo, 27 y 28 de noviembre.
- OCDE (Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos) (2017). *Panorama de la educación 2017*. Madrid: OCDE.
- Offe, Claus (1985). “New Social Movements: Challenging the Boundaries of Institutional Politics”. En *Social Research*, núm. 52, pp. 817-868.
- Oliver, Pamela y Hank Johnston (2000). “What a Good Idea! Frames and Ideologies in Social Movement Research”. En *Mobilization: An International Quarterly*, vol. 5, núm. 1, pp. 37-54.
- Oliver, Pamela, Jorge Cadena-Roa; Kelley Straw, (2003). “Emerging trends in the study of protest and social movements”. En *Research in Political Sociology*, vol. 12, pp. 213-244.
- Open Society Foundations (2016). *Atrocidades innegables. Confrontando crímenes de lesa humanidad en México*. Nueva York: Open Society Foundations. Disponible en <https://www.justiceinitiative.org/uploads/5d386d17-57aa-4b74-b896-43883af55574/undeniable-atrocities-esp-2nd-edition.pdf>, consultado el 2 de septiembre de 2017.
- Oprinari, Pablo (2014). “Apuntes sobre la huelga de fin de siglo”. En Sergio Moissen (comp.), *#Juventud en las calles*. 68.99. Yosoy132. México: Ediciones Armas de la Crítica.

- Ortega y Gasset, José ([1923]1966). *La idea de las generaciones. El tema de nuestro tiempo. Obras completas*. Madrid: Revista de Occidente
- Ortega y Gasset, José ([1933]1970). *El método histórico de las generaciones. En torno a Galileo. Obras completas*. Madrid: Revista de Occidente.
- Ortelli, Paola y Stefano Sartorello (2011) “Jóvenes universitarios y conflicto intercultural. Estudiantes indígenas y mestizos en San Cristóbal de Las Casas, Chiapas”. En *Perfiles Educativos*, vol. XXXIII, pp. 115-128.
- Parametría (2018). *Informe “¿Quiénes eligieron a AMLO como presidente?”*. Disponible en <https://goo.gl/dhWu5S>, consultado en septiembre de 2020.
- Peña Cuanda, María del Carmen (2012). Resignificaciones identitarias de jóvenes indígenas: el espacio universitario de la UNICH. Tesis de doctorado, Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica-Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas, San Cristóbal de Las Casas, Chiapas.
- Peñalosa, Pedro (2010). *La juventud mexicana, una radiografía de su incertidumbre*. México: Porrúa.
- Pérez-Islas, José (2008). “Juventud: un concepto en disputa”. En José Antonio Pérez-Islas, Mónica Valdez y María Suárez (coords.). *Teorías sobre la juventud. Las miradas de los clásicos*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Miguel Ángel Porrúa.
- Pérez-Islas, José (2009). “Las cuatro grandes transformaciones históricas de la condición juvenil”. En Maritza Urteaga Castro Pozo (coord.), *Juventudes, culturas, identidades y tribus urbanas en el México contemporáneo*. México: INAH, CONACULTA (Suplemento Diario de Campo, núm. 56).
- Pérez-Islas, José (2010). “Las transformaciones en las edades sociales. Escuelas y mercados de trabajo”. En Rossana Reguillo (coord.). *Los jóvenes en México*. México: FCE, CONACULTA.
- Pineda, Cesar (2012). “Yosoy132: corte de caja”. En *Rebelión*, 8 de octubre. Disponible en <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=157285>, consultado el 23 febrero de 2017.
- Pizzorno, Alessandro (1978). “Pollitical Exchange and Colective Identity in Industrial Conflict”. En Colin Crouch y Alessandro

- Pizzorno (eds.). *The Resurgence of Class Conflict in Western Europe since 1968*. Londres: Macmillan.
- Polleta, Francesca y James Jasper (2001). "Collective Identity and Social Movements". En *Annual Review of Sociology*, núm. 27, pp. 283-305.
- Poma, Alice y Tomasso Gravante (2017). "Emociones, protesta y acción colectiva: estado del arte y avances". En *Aposta*, núm. 74, pp. 32-62.
- Porraz, Iván (2016). *Más allá del sueño americano. Jóvenes migrantes retornados a Las Margaritas, Chiapas*. México: Imjuve, Sedesol, Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas.
- Porto-Gonçalves, Carlos (2009). "Del desarrollo a la autonomía: la reinención de los territorios". En *América Latina en Movimiento*, año 33, núm. 445.
- Pozas, Ricardo (2001). "El quiebre del siglo: los años sesenta". En *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 63, núm. 2, pp. 169-191.
- Ramírez, Sergio (2015). *Adiós muchachos*. México: Alfaguara.
- Reartes, Diana (2007). "Representaciones acerca del inicio sexual y el uso de condón en jóvenes estudiantes hablantes de lenguas indígenas en Chiapas". En *Anuario CESMECA 2007*. México: Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica-Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas.
- Reguillo, Rossana (2000). *Emergencia de culturas juveniles. Estrategias del desencanto*. Bogotá: Grupo Editorial Norma.
- Reguillo, Rossana (2003). "Ciudadanías juveniles en América Latina". En *Última Década*, núm. 19, pp. 11-30.
- Reguillo, Rossana (2010). "La condición juvenil en el México contemporáneo. Biografías, incertidumbres y lugares". En Rossana Reguillo (coord.), *Los jóvenes en México*. México: FCE, CONACULTA.
- Reguillo, Rossana (2015). "#Ocupa las calles, #Tomalasredes. Disidencia, insurgencias y movimientos juveniles: del desencanto a la imaginación política". En José Manuel Valenzuela Arce (coord.), *El sistema es antinosotros. Culturas, movimientos y resistencias juveniles*. México: Universidad Autónoma Metropolitana, El Colegio de la Frontera Norte, Gedisa.

- Retamozo, Martín (2009). "Lo político y la política: los sujetos políticos, conformación y disputa por el orden social". En *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, vol. LI, núm. 206. pp. 69-91.
- Reyes, Luis (2013). "La ciudadanía en México. Un breve recuento histórico". En *Polis*, vol. 9, núm. 2.
- Rivera, Rodrigo (2015). "El movimiento estudiantil en Chile: Cómo colapsó el proyecto neoliberal en la educación". En José Manuel Valenzuela Arce (coord.), *El sistema es antinosotros. Culturas, movimientos y resistencias juveniles*. México: Universidad Autónoma Metropolitana, El Colegio de la Frontera Norte, Gedisa.
- Rodríguez, Ernesto (2012). "Movimientos juveniles en América Latina: entre la tradición y la innovación". Conferencia presentada en el Seminario Internacional Nuevos Movimientos Juveniles en América Latina, UNESCO y CELAJU, Lima.
- Rodríguez, Ernesto (2014). *Con P de políticas de juventud en América Latina. De la irrelevancia a la incidencia*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Rodríguez, Ernesto (2015). *Tipos de gobierno y políticas públicas en juventud en América Latina* (CELAJU/UNESCO). Conferencia presentada en la V Escuela Internacional de la Red de Posgrados en Infancia y Juventud - Red INJU: Infancias y Juventudes, Democracia, Derechos Humanos y Ciudadanía en Iberoamérica, La Antigua, Guatemala.
- Rojo, Servando y René Llanes (2009). "Patrimonio y turismo: el caso del Programa Pueblos Mágicos". En *Topofilia*, vol. 1, núm. 3. pp. 1-15.
- Romero, Sandra y Aldo Santos (2014). "El movimiento estudiantil y la huelga de la UNAM (1999-2000). Quince años después, recordados por dos de sus protagonistas" [Entrevista a Sandra Romero y Aldo Santos, ex integrantes del Consejo General de Huelga (CGH) de la UNAM y referentes del Movimiento de Trabajadores Socialistas]. En Sergio Moissen (comp.), *Juventud en las calles* 68.99.Yosoy132. México: Ediciones Armas de la Crítica.
- Roszak, Theodore ([1969]1981). *El nacimiento de una contracultura. Reflexiones sobre la sociedad tecnocrática y su oposición juvenil*. Barcelona: Kairós.

- Rousseau, J. Jean-Jacques ([1762]2007). *El contrato social*. Madrid: Espasa Calpe.
- Roux, Rhina (2002). “La política de los subalternos” en Gerardo Ávalos Tenorio (coord.), *Redefinir lo político*. México: Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Xochimilco.
- Rovira, Guiomar (2015). *Zapatistas sin fronteras: Las redes de solidaridad con Chiapas y el altermundismo*. Barcelona: Icaria.
- Roy, Arandathi (2004). Extracto de una conferencia en San Francisco, California, 16 de agosto. Disponible en <https://partage-le.com/2016/04/la-ong-izacion-de-la-resistencia-por-arundathi-roy/>, consultado el 1 de octubre de 2017.
- Rus, Jan (1995). “La comunidad revolucionaria institucional: la subversión del gobierno indígena en los Altos de Chiapas”. En Juan Pedro Viqueira y Mario Humberto Ruz (coords.) *Chiapas, los rumbos de otra historia*. México: UNAM, CIESAS, CEMCA, UAG.
- Rus, Jan (2009). “La nueva ciudad maya en el valle de Jovel: urbanización acelerada, juventud indígena y comunidad en San Cristóbal de Las Casas”. En Marco Estrada Saavedra (ed.). *Chiapas después de la tormenta. Estudios sobre economía, sociedad y política*. México: El Colegio de México, Gobierno del Estado de Chiapas, Cámara de Diputados LX Legislatura.
- Rus, Jan (2012). *El ocaso de las fincas y la transformación de la sociedad indígena de Los Altos de Chiapas*. México: Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica-Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas.
- Sánchez, Alejandro (2002). “La pigmentación del sueño urbano a través del graffiti”. En Alfredo Nateras Domínguez (ed.), *Jóvenes, cultura e identidades urbanas*. México: Miguel Ángel Porrúa, Universidad Autónoma Metropolitana.
- Santos, Milton (2002). *A Natureza do Espaço: Técnica e Tempo. Razão e Emoção*. São Paulo: Editora da Universidade de São Paulo.
- Santos, Milton (2008). *Espaço e Método*. São Paulo: Editora da Universidade de São Paulo.
- Sartorello, Stefano y Tania Cruz (coords.) (2013). *Voces y visiones juveniles, en torno a diversidad, diálogo y conflicto intercultural en la UNICH*.

- San Cristóbal de Las Casas, Chiapas: Editorial Fray Bartolomé de Las Casas.
- Sartori, Giovanni (1998). *Homovideos. La sociedad teledirigida*. Madrid: Taurus.
- Schiavo, Ester, Alejandro Gelfuso y Paula Vera (2017). “El derecho a la ciudad. Una mirada desde América Latina”. En *Cadernos Metròpole*, vol. 19, núm. 38, pp. 299-312.
- Schmitt, Carl (2009). *El concepto de lo político*. Barcelona: Alianza.
- Scott, James (2000). *Los dominados y el arte de la resistencia*. México: Era.
- Sedesol (Secretaría de Desarrollo Social) e Imjuve (Instituto Mexicano de la Juventud) (s/f). *Programa Nacional de Juventud 2014-2018. PROJUVENTUD. Documento de Trabajo. Marco conceptual y diagnóstico inicial*. México: Sedesol, Imjuve. Disponible en http://www.espolea.org/uploads/8/7/2/7/8727772/projuventud_2014-2018.pdf, consultado el 20 de junio de 2014.
- Sectur (Secretaría de Turismo) (2015). *Pueblos Mágicos*. México: Sectur. Disponible en <http://www.sectur.gob.mx/pueblos-magicos/>, consultado el 18 de diciembre de 2015.
- Serna, Leslie (1998). “Globalización y participación juvenil. En búsqueda de elementos para la reflexión”. En *Revista de Estudios sobre Juventud*, vol. 2, núm. 5.
- Serrano, María (2016). *Resistir con estilo. Estilos de vida en jóvenes indígenas de la periferia sancristobalense*. México: Imjuve.
- Sierra, Justo (1974). “La Universidad Nacional (proyecto de creación)”. En Jorge Pinto Mazal (comp.), *La autonomía universitaria. Antología*. México: UNAM, pp. 23-27.
- Snow, David y Robert Benford (1992). “Master Frames and Cycles of Protest”. En Aldon Morris y Carol McClurg Mueller (eds.), *Frontiers in Social Movement Theory*. New Haven: Yale University Press, pp. 133-155.
- Snow, David A., E. Burke Rochford, Jr., Steven K. Worden y Robert D. Benford (1986). “Frame Alignment Processes, Micromobilization, and Movement Participation”. En *American Sociological Review*, vol. 51, núm. 4, pp. 464-481.

- Soares, Henrique (2012). “Apresentação-Rebeliões e ocupações de 2011”. En David Harvey *et al.*, *Occupy. Movimentos de protesto que tomaram as ruas*. São Paulo: BOITEMPO, Carta Maior.
- Solari, Aldo (1972). “Los movimientos estudiantiles universitarios en América Latina”. En *Deslinde*, núm. 13.
- Solís, Jesús (2016). “Chiapas, la democracia que no fue”. En María del Carmen García Aguilar, Jesús Solís Cruz y Pablo Uc (coords.), *Democracias posibles: crisis y resignificación: sur de México y Centroamérica*. México: Observatorio de las Democracias: Sur de México y Centroamérica-Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica-Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas.
- Sonnleitner, Willibald (2012). *Elecciones chiapanecas: del régimen posevolutionario al desorden democrático*. México: El Colegio de México
- Sosa, Rogelio (2000). “La CNTE. El fin de una época”. En *El Cotidiano*, vol. 17, núm. 103, pp. 112-118.
- Steinberg, Marc (1998). “Tilting the Frame: Considerations of Collective Action Framing from a Discursive Turn”. En *Theory and Society*, núm. 27, pp. 845-872.
- Swidler, Ann (1986). “Culture in Action: Symbols and Strategies”. En *American Sociological Review*, núm. 51, pp. 273-286.
- Tapia, Rubén (2012). “Economía solidaria: una alternativa de desarrollo local integral en América Latina”. En *El Portal de la Economía Solidaria*, 3 de septiembre. Disponible en <https://www.economiasolidaria.org/noticias/economia-solidaria-una-alternativa-de-desarrollo-local-integral-en-america-latina/>, consultado el 4 de octubre de 2016.
- Tamayo, Sergio (2010). *Crítica de la ciudadanía*. México: Siglo XXI.
- Tarrow, Sidney ([1994]2018). *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Barcelona: Alianza.
- Tavera, Ligia (2000). “Movimientos sociales”. En Laura Baca Olamendi *et al.* (comps.). *Léxico de la política*. México: FCE, CONACYT, FLACSO, Heinrich Böll Stiftung.
- Taylor, Charles (2009). *El multiculturalismo y “la política del reconocimiento”*. México: Fondo de Cultura Económica.

- Tejera, Héctor (2009). “Teoría y metodología para el estudio de la relación entre cultura y política”. En Pablo Castro Domingo y Héctor Tejera Gaona (coords.), *Teoría y metodología para el estudio de la cultura, la política y el poder*. México: Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Iztapalapa, Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, Miguel Ángel Porrúa.
- Tilly, Charles (1978). *From Mobilization to Revolution*. Nueva York: Random House, McGraw-Hill Publishing Co., Reading (Mass.), Addison Wesley Publishing Co.
- Toledo, Víctor (2009). “Ecología política, sustentabilidad y poder social en América Latina”. En *América Latina en Movimiento*, año 33, núm. 445.
- Touraine, Alain (1998) *Poderemos vivir juntos?: Iguais e diferentes*. Petrópolis, Río de Janeiro: Vozes.
- Ulrich, Peter, Priska Daphi y Britta Baumgarten (2014). “Protest and Culture: Concepts and Approaches in Social Movement Research. An Introduction”. En Britta Baumgarten, Priska Daphi y Peter Ulrich (eds.), *Conceptualizing Culture in Social Movement Research*. Nueva York: Palgrave Macmillan.
- Urteaga, Maritza (2010). “Género, clase y etnia. Los modos de ser joven”. En Rossana Reguillo (coord.), *Los jóvenes en México*. México: FCE, CONACULTA.
- Urteaga, Maritza (2011). *La construcción juvenil de la realidad: jóvenes mexicanos contemporáneos*. México: UAM, Juan Pablos Editor.
- Valencia, Ángel (1995). “La teoría política en la era de la tecnocracia”. En Fernando Vallespín Oña (coord.), *Historia de la teoría política*, t. 6. Madrid: Alianza Editorial.
- Valencia, Sayak (2016). *Capitalismo gore*. México: Paidós.
- Valenzuela, José (2009). *El futuro ya fue. Socioantropología de l@s jóvenes en la modernidad*. México: El Colegio de la Frontera Norte.
- Valenzuela, José (2010). “Juventudes demediadas. Desigualdad, violencia y criminalización de los jóvenes en México”. En Rossana Reguillo (coord.), *Los jóvenes en México*. México: FCE, CONACULTA.

- Valenzuela, José (2012). *Sed de mal. Femicidio, jóvenes y exclusión social*. México: El Colegio de la Frontera Norte, Universidad Autónoma de Nuevo León.
- Valenzuela, Katia (2007). “Colectivos juveniles: ¿inmadurez política o afirmación de otras políticas posibles?”. En *Última Década*, vol. 15, núm. 26, pp. 31-52.
- Viera, Eduardo (2012). “Derecho a la ciudad. Herramienta de inclusión social en Latinoamérica”. En *Revista Electrónica de Psicología Política*, vol. 9, núm. 28.
- Vila, Mariana (2012). “Militancia política territorial: subjetividad, identidad y acciones colectivas”. En *Aletheia*, vol. 2, núm. 4, pp. 1-19.
- Villafuerte, Daniel (2003). “Chiapas: las fronteras del desarrollo”. En *Liminar. Estudios Sociales y Humanísticos*, vol. 1, núm. 1, pp. 69-98.
- Villafuerte, Daniel (2006). *Chiapas económico*. Tuxtla Gutiérrez: Gobierno del Estado de Chiapas, Secretaría de Educación.
- Viqueira, Juan (2002). *Encrucijadas chiapanecas. Economía, religión e identidades*. México: Tusquets Editores, El Colegio de México.
- Viqueira, Juan (2009). “Cuando no florecen las ciudades. La urbanización tardía”. En Carlos Lira Vázquez y Ariel Rodríguez Kuri (coords.), *Ciudades mexicanas del siglo XX. Siete estudios históricos*. México: El Colegio de México, Universidad Autónoma Metropolitana, Consejo Nacional de Ciencias y Tecnología.
- Vilalta, Carlos (2010). “Evolución de las desigualdades regionales, 1960-2010”. En Gustavo Garza y Martha Scheingart (coords.), *Los grandes problemas de México, vol. II. Desarrollo urbano y regional*. México: El Colegio de México.
- Vommaro, Pablo (2013). “Las relaciones entre juventudes y políticas en la América Latina contemporánea: una aproximación desde los movimientos estudiantiles”. En *Sociedad*, núm. 32, pp. 127-144.
- Vommaro, Pablo (2015). “Prácticas, subjetivaciones y politizaciones: las dinámicas de la movilización juvenil en la América Latina actual”. En José Manuel Valenzuela Arce (coord.), *El sistema es antinosotros. Culturas, movimientos y resistencias juveniles*. México: Universidad Autónoma Metropolitana, El Colegio de la Frontera Norte, Gedisa.

- Yudice, George (2002). *El recurso de la cultura*. Barcelona: Gedisa.
- Zald, Mayer y Roberta Ash (1966). "Social Movement Organizations: Growth, Decay, and Change". En *Social Forces*, vol. 44, núm. 3, pp. 327-341.
- Zárruri, Raúl (2005). "Jóvenes, participación y movimientos sociales: hacia la construcción de nuevas formas de participación juvenil". Ponencia presentada en el seminario Movimientos Sociales: Pacto, Disciplinamiento y Resistencia en el Chile Contemporáneo. Santiago de Chile, Universidad de Artes y Ciencias Sociales Arcis.
- Zebadúa, Juan (2011) "Cultura, identidades y transculturalidad. Apuntes sobre la construcción identitaria de las juventudes indígenas". En *LiminaR. Estudios Sociales y Humanísticos*, año 9, núm. 1, pp. 36-47.
- Zemelman, Hugo (2012). "Subjetividad y realidad social". En Claudia Piedrahita Echandía, Álvaro Díaz Gómez y Pablo Vommaro (comps.). *Subjetividades políticas: desafíos y debates latinoamericanos*. Bogotá: Universidad Distrital Francisco José de Caldas, Instituto para la Investigación Educativa y el Desarrollo Pedagógico-(I-DEP), Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- Zibechi, Raúl (2013). "Entrevista a Raúl Zibechi, la experiencia de la escuela zapatista" [video]. México: Promedios, Subversiones, CMI Guatemala. Disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=ydkxUIBkhm4>, consultado el 21 de enero de 2015.

ANEXOS

ANEXO I. LISTA DE SIGLAS Y ACRÓNIMOS

- IDMX. 1º de diciembre, Ciudad de México
ACPSC. Asamblea Ciudadana del Pueblo de San Cristóbal
ANDE. Asociación Nacional de Estudiantes de Economía
ANP. Asamblea Nacional Popular
APPO. Asamblea Popular de los Pueblos Organizados
CDHFBC. Centro de Derechos Humanos Fray Bartolomé de las Casas
Cenech. Coordinadora de Estudiantes Normalistas del Estado de Chiapas
Ceneval. Centro Nacional de Evaluación para la Educación Superior
Cepal. Comisión Económica para América Latina y El Caribe
CESMECA. Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica
Ceteg. Coordinadora Estatal de los Trabajadores de la Educación en Guerrero
CEU. Centro Estudiantil Universitario
CGH. Concejo General de Huelga
CIDH. Comisión Interamericana de Derechos Humanos
Cioac. Confederación Independiente de Obreros Agrícolas y Campesinos Histórica
Clacso. Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales
CMJ. Coordinación Municipal de la Juventud
CNC. Confederación Nacional Campesina
CNDH. Comisión Nacional de Derechos Humanos
CNH. Consejo Nacional de Huelga
CNTE. Coordinadora Nacional de los Trabajadores de la Educación
Cobach. Colegio de Bachilleres de Chiapas
Comei. Coordinadora del Movimiento Estudiantil Independiente

Conalep. Colegio Nacional de Educación Profesional Técnica
Conapo. Consejo Nacional de Población
Coneval. Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social
CRAC-PC. Coordinadora Regional de Autoridades Comunitarias de la Policía Comunitaria
CUT. Central Unitaria de Trabajadores en Chile
EZLN. Ejército Zapatista de Liberación Nacional
FECSM. Federación de Estudiantes Campesinos y Socialistas de México
Fleps. Frente por la Libertad de Expresión y Protesta Social
FPR. Frente Popular Revolucionario
GIEI. Grupo Interdisciplinario de Expertos Independientes
HRW. Human Rights Watch
Imjuve. Instituto Mexicano de la Juventud
INEGI. Instituto Nacional de Estadística y Geografía
ISI. Modelo de Industrialización por Sustitución de Importaciones
LAOMS. Laboratorio de Análisis de Organizaciones y Movimientos Sociales
LGAI. Licenciatura en Gestión y Autodesarrollo Indígena
MANE. Mesa Amplia Nacional Estudiantil
MC. Movimiento Ciudadano
Mocri. Movimiento Campesino Revolucionario Independiente
Morena. Movimiento Regeneración Nacional
MPMACH. Movimiento Popular Magisterial de los Altos de Chiapas
OCEZ. Organización Campesina Emiliano Zapata
OEA. Organización de Estados Americanos
ONU. Organización de las Naciones Unidas
Pacmyc. Programa de Apoyo a las Culturas Municipales y Comunitarias
PAN. Partido de Acción Nacional
PANAL. Partido Nueva Alianza
PAS. Partido Alianza Social
PCD. Partido del Centro Democrático

PCMML. Partido Comunista de México-Marxista Leninista
PGR. Procuraduría General de la República
PRD. Partido de la Revolución Democrática
PRI. Partido Revolucionario Institucional
Pronabe. Programa Nacional de Becas y Financiamiento
PSN. Partido de la Sociedad Nacionalista
PT. Partido del Trabajo
PVEM. Partido Verde Ecologista de México
RedINJU. Red Iberoamericana de Postgrados en Infancia y Juventud
Sectur. Secretaría de Turismo
Sedesol. Secretaría de Desarrollo Económico y Social
STI. Sindicato de Trabajadores Indígenas
TIC. Tecnologías de la Información y la Comunicación
TLCAN. Tratado de Libre Comercio de América del Norte
UJRM. Unión de la Juventud Revolucionaria de México
Unach. Universidad Autónoma de Chiapas
UNAM. Universidad Nacional Autónoma de México
Unich. Universidad Intercultural de Chiapas
UPOEG. Unión de Pueblos y Organizaciones del Estado de Guerrero

ANEXO 2. OCUPACIONES ESCOLARES, 2013

FUENTE: ARCHIVO DE AUTOR.



ANEXO 3. EVENTOS DE PROTESTA, 2013

FUENTE: ARCHIVO DE AUTOR.

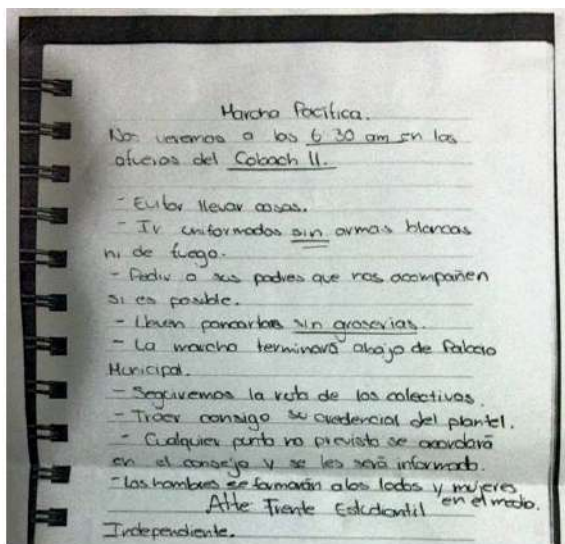


ANEXO 4. EVENTOS DE PROTESTA CON VIOLENCIA

FUENTE: IMÁGENES QUE CIRCULARON EN INTERNET.



ANEXO 5. CONVOCATORIAS DE PROTESTA Y ASAMBLEA ESTUDIANTIL, 2013



REUNION DE ESTUDIANTES DE PREPARATORIAS,
CBTIS, COBACH, UNIVERSIDADES DE SAN CRISTOBAL
DE LAS CASAS.

VIERNES 27 DE SEPTIEMBRE

**5:00 PM AUDITORIO DE LA FACULTAD DE CIENCIAS
SOCIALES, ALVARO OBREGON S/N COL REVOLUCION**



**CONTRA LAS REFORMAS ESTRUCTURALES
UNIDOS VENCEREMOS**

ANEXO 6. ACCIÓN GLOBAL EN LA REPÚBLICA MEXICANA, 2014

ASAMBLEA POPULAR DE LOS ALTOS DE CHIAPAS
 COORDINADORA REGIONAL DE LOS ALTOS COL CECO 7-CITE

CONVOCAN:
 A LAS ORGANIZACIONES SOCIALES, AL MOVIMIENTO DOCUMENTAL DE LA RESISTENCIA Y
 A LA JUVENTUD SUPERIOR A LOS BARRIOS, COLEGIOS, COMUNITARIOS,
 ESTUDIANTES HUMANISTAS Y UNIVERSITARIOS DE LA REGIÓN DE LOS ALTOS A LA:

**ACCIÓN GLOBAL POR
 AYOTZINAPA**



**¡POR UN CABILDO ABIERTO!
 ¡EN CONTRA DE LAS REFORMAS ESTRUCTURALES!
 ¡FUERA MUJERES CÁRCERES!
 ¡JUGO FAXIAN 40 Y MUCHOS MÁS!
 JUSTICIA PARA JUAN CARLOS JIMÉNEZ VELLASCO!**

**26 DE
 ABRIL
 2017**

4:00 PM (HORA DE LA RESISTENCIA)
 SALIDA: VÍA DE SAN DIEGO
 A LA PLAZA DE LA RESISTENCIA
 SAN CRISTÓBAL DE LAS CASAS, CHIAPAS.



FUE EL ESTADO
ASAMBLEA 2014

**VIII ACCIÓN GLOBAL POR
 AYOTZINAPA**



**MARCHA
 LUNES 26 DE ENERO
 5:00 PM.**

Entrada del Santuario en la
 calzada de Guadalupe hacia
 plaza de Armas.

CONVOCA ASAMBLEA 14F  Asamblea 14P

JORNADA NACIONAL E INTERNACIONAL

**JUSTICIA
 PARA
 AYOTZINAPA
 ¡FUERA PENA!**



**26
 ENERO**

¡FUERA MUJERES CÁRCERES!

PEDRA LISA 5 PM.
 COLIMA, COL.

ACCION GLOBAL POR AYOTZINAPA

No más muertes, violencia, pobreza, represión...
 Queremos paz, libertad, por México por nosotros, por nuestros hijos
 Por los que partieron, por los que vendrán.



**26 DE ENERO 19:00 HRS
 PLAZUELA HIDALGO
 ACÁMBARO GTO**

**¡NO OLVIDAMOS
 y en PUEBLA también
 LUCHAMOS!**

#Acción Global Por Ayotzinapa



A 4 meses de la desaparición de normalistas decimos:
 #NoOlvidamosNosOrganizamos

ZÓCALO Lunes 26 de enero, 17 hrs
 Lleva veladoras, cartelones y la Digna Rabia
Carreón, Asambleas del Instituto de Cárcera Sociales e Humanización / ASY - 3E/14P

VIVOS LOS QUEREMOS



**MOVILIZACION
 GLOBAL POR AYOTZINAPA**

LUNES 26 ENERO 2015 3 PM

DEL MONUMENTO AL ZOCALO DE OAXACA

INVITAN FAMILIARES Y AMIGOS DE CHRISTIAN TORRES COLON GAONDA

ANEXO 7. ACCIÓN GLOBAL EN DIFERENTES PAÍSES, 2014



En Montreal, Canadá también recordaron que hace siete meses el Estado mexicano desapareció a 43 jóvenes estudiantes.



Desinformémonos
11 h · 📍

En Buenos Aires, Argentina, recuerdan a los 43 estudiantes normalistas desaparecidos por el Estado mexicano hace 7 meses.

Foto: Kala Moreno





ANEXO 8. NARRATIVAS DE PRODUCCIONES MIXTAS DE GRÁFICA POLÍTICA, 2010-2013

Descripción de la imagen	Textualidades
Persona con una venda en los ojos	TELEVISA TE ESCLAVIZA
Fotograma de la película <i>El chico</i> de Charles Chaplin	SOLO KIERO LIBERTAD (HAKRO)
Persona gritando	¡NO MAS ATAQUES SEXUALES EN LAS CALLES!
Niño sujetando y mirando su bolsillo	STENCIL 2007 / STREET ART
Maíz / elote	MONSANTO NO ES UN SANTO / RIVAL
Persona tras las rejas	LIBERTAD INMEDIATA A LOS COMPAÑEROS PRESOS POLITICOS EN HUELGA DE HAMBRE EN EL AMATE Y LOS LLANOS
Ave posada sobre el fusil de un militar	BANKSY
Tanque de guerra	TEOCOLLU LOETZIN (APROXIMADO)
Perro defecando	EL MUNDO NO NECESITA LIDERES SINO IDEALES (APROXIMADO)
Maíz / elote	SIN MAIZ NO HAY PAIS
Una persona disparando a otra	CAPITALISMO
Bruce Lee en posición de combate	LUCHEMOS CONTRA LAS ESTUPIDAS REFORMAS
Vicente Fox	ILEGIBLE
Felipe Calderón con cuernos, una esvástica y una leyenda sobre el puño	FASCISTA / HAKRO

Descripción de la imagen	Textualidades
Tin Tan	TIN TAN
Tipografía de Coca-Cola	ANTI-CAPITALIST - ENJOY LIFE
Mujer hondeando una bandera con la letra "A"	MI CUERPO ES MIO. YO DECIDO
Joven con ojo parchado, boina y bomba molotov en mano	JOVEN: TENEMOS ELECCIONES TAMBIEN
Mujer gritando	KE NO TE TOKEN! KE NO TE CALLEN!
Gato	LIBERATE C EST DE LA MERDE!
Parodia de evolución liberal con figura de militante en acción directa al final	(R)REVOLUCIÓN
Ernesto "Che" Guevara	WBA
Siluetas "femeninas besándose"	EN CADA BESO UNA REVOLUCIÓN
Machete	MACHETE AL MACHOTE
Mujer con un ojo cubierto	MUJER DIGNA Y REBELDE
Hermanos Magón	INDISCIPLINA Y REBELDIA / BELLAS FLORES QUE NO HAN SIDO...
Figura híbrida (pantera negra/zapatista)	ZAPANTERA NEGRA
Mujer zapatista con paliacate cubriendo su boca	1984, 1994, 2014 CADA DIA LLENO DE DIGNIDAD
Tipografía gruesa de la que se desprenden flores	EZLN
Estudiante con puño hacia arriba	2 DE OCTUBRE NO SE OLVIDA
Emiliano Zapata	NOS VEMOS EN EL 2010

Descripción de la imagen	Textualidades
Militante	EL FUTURO ES NUESTRO
Pareja de la mano	GRAFFITI FOR THE LOVERS OF ART
Letra "A" en el centro	BARRIO FEMINISTA. CUIDADO MACHISTA, ESTÁS EN LA LISTA
Letra "A" en el centro	FUEGO A LAS CARCELES. AMELIE, CARLOS, FALLON, MARIO A LAS CALLES
Figura femenina llevando una carriola	EL 86 por ciento DE LAS PROSTITUTAS SON MADRES
Mujer zapatista con un bebé sobre su espalda	AYER, HOY Y SIEMPRE SOLIDARIDAD CON LAS COMUNIDADES ZAPATISTAS
Marro y oz	VOLVEREMOS, VENGAREMOS Y VENCEREMOS, 2 DE OCTUBRE NO SE OLVIDA
Marro y oz	POR TLATELOLCO, ATENCO, ACTEAL OAXACA. NI PERDON NI OLVIDO
Puerco humanizado con arma y tolete en manos	ALTO A LA EPIDEMIA PORCINA
Puño izquierdo en medio de una estrella	RESISTENCIA. 2 DE OCTUBRE NO SE OLVIDA
No se identifica	LAS CALLES TAMBIEN SON DE LAS MUJERES. NO MAS AGRESIONES SEXUALES FISICAS O VERBALES
Mariposa	ARMONIA

ANEXO 9. MURO CIUDADANO, 2014





ANEXO 10. ACCIONES COLECTIVAS PROMOVIDAS EN LA CIUDAD, 2014

Museo de la Memoria
Te invita a la inauguración de la.

Exposición Fotográfica
"Una puerta al pasado que nos identifica"

Calzada de Taxcala s/n. Salón de Usos Múltiples.
A un costado de la Iglesia del Santo de Taxcala.

Domingo 20 de marzo, 5pm

Información: 011 888 888 8888
www.museodelamemoria.org.mx
+ / info@memoria.org.mx

Museo de la Memoria

Museo de la memoria
Una puerta al pasado que nos identifica



Desde hace más de 40 años Rosa Montoya Álvarez se ha dedicado a fabricar en telar de pedral, las telas que distinguen los trajes típicos de mujeres de Chilito, Otzucingo, Tenexjapa, Vajalón, Buxhájón y partes de la Sierra.

Reservada con alegría el taller de su tía Doña Guay-Carballón es donde muchos jóvenes de la ciudad y de comunidades aledañas aprenden a tejer.

CONACULTA PACMYC 2014

Museo de la memoria
Una puerta al pasado que nos identifica



Doña Tomás de Jesús, conocida como Doña Christa, dedicó sus primeros años de su vida a trabajar en las tejedorías del barrio de Taxcala y en sus ratos libres se dedicó a la elaboración de telas de nivel indígena y las tradicionales mantas de Corpus Christi, este último oficio es el que continúa hasta su actualidad y que se pueden adquirir en su domicilio.

CONACULTA PACMYC 2014

Museo de la memoria
Una puerta al pasado que nos identifica



Doña Emma aprendió el oficio de la talabartería a los 11 años con los hermanos Parras quienes tenían una talabartería en las haciendas de Guadalupe y Santa Lucía.

Ahora ella se dedica a enseñar con la tradición de enseñar el oficio y elaborar botas, fajas, corcheros y elaboración de artículos en piel de vaca, vaca, vaca y vaca, en la zona de las haciendas de los ríos en Comitán.

Luz Emma Hernández López Talabartera

CONACULTA PACMYC 2014

Museo de la memoria
Una puerta al pasado que nos identifica



Por muchos años, la producción de tejas y techados fue uno de los oficios más importantes entre los habitantes del barrio de Taxcala.

De esta historia nos cuenta las tejedoras de las casas de esta antigua ciudad de San Andrés.

En la foto se muestra la técnica típica de este barrio.

CONACULTA PACMYC 2014

Museo de la memoria
Una puerta al pasado que nos identifica



"A los 9 años empecé a cuidar las huacas con la presidencia de Dios, un día me caí en la patrona fuerte a mí y le dije: ¡no la aguantas, pero afortunadamente almorza lo voy a ver en planta y lo empiezo a cosecharlo!"; después le enseñé el ojo de su pié, se despierta temprano: cuidar en varios lugares, en Simojovel, San Andrés, J'homot, Buxhán y en muchos partes..."

Luzma González Morales
Habrera del barrio de Taxcala.

CONACULTA PACMYC 2014



"La muerte no es enemigo, la fuerza, el amor y la fe, contra algunas enfermedades ayudan contra la peor de todas: La indiferencia." Pacho Adams

Taller de Clown, Viernes 16 de abril 2016, De 4 a 7 pm



Proyecto Cultural VIVA Tlaxcala, Coliseo Tlaxcala s/n a un costado de la Iglesia.



Festival "Las imaginas de los sueños"



Antecedentes: Los Grupos de la Cruz, tienen una profunda raíz por la vida de transformación vivida en la vida cotidiana y por eso cuando nos encontramos en un momento de crisis, buscamos un espacio para crecer y plantar la semilla de transformación propia de la vida y el amor a través de la cultura y el arte. Así que en un espacio de creatividad, imaginación y creatividad, se realizará una muestra de arte que se realizará en el espacio de la plaza, donde se reunirán a jugar en los días de la semana.



Actividades: Con esta muestra se busca dar un espacio de transformación a través de la cultura y el arte, donde se realizará una muestra de arte que se realizará en el espacio de la plaza, donde se reunirán a jugar en los días de la semana.



Coliseo VVA Pacho Adams Tlaxcala

Taller para niños y niñas

"El medio ambiente y su cuidado"

Martes 14 y Jueves 16, de 4 a 6 pm.

"Trabaja con tus flores, pero no puedes detener la primavera."

Proyecto Cultural VIVA Tlaxcala, Coliseo Tlaxcala s/n a un costado de la Iglesia.



INVITA:



A SU POSADA NAVIDEÑA, ESTE VIERNES 13 A PARTIR DE LAS 4PM EN LA PLAZUELA DEL BARRIO DE TLAXCALA. HABRA MÚSICA, PIÑATAS, PONCHE Y UN AMBIENTE DE PAZ PARA TODA LA FAMILIA. LOS ESPERAMOS !!



LA COMUNIDAD DE APRENDIZAJE "PROYECTO CULTURAL VIVA TLAXCALA"



INVITA: A LOS PADRES DE FAMILIA Y A LA COMUNIDAD EN GENERAL, ESTE DOMINGO 27 AL FESTIVAL ORGANIZADO POR LOS VOLUNTARIOS DE ESTE PROYECTO, PARA CONVENIR, PARTICIPAR Y CONOCER LOS RESULTADOS OBTENIDOS DEL TRABAJO REALIZADO CON SUS NIÑOS.

EL PROGRAMA ESTARA BASADO EN LAS SIGUIENTES AREAS:

- PRODUCCION LITERARIA
- IDIOMAS
- ARTES
- VALORES
- DESARROLLO HUMANO.

LAS ACTIVIDADES INICIAN A PARTIR DE LAS 11AM, POR LO CUAL PEDIMOS SU PUNTUAL ASISTENCIA.

TENEMOS MUCHAS BUENAS NOTICIAS POR COMPARTIR...

¡LOS ESPERAMOS!



Proyecto Cultural VIVA Tlaxcala

Invita:

A todos los niños y niñas que gustan del teatro, la danza y las artes escénicas. A reunimos el medio día de este sábado, en el salón de sus multiples de nuestro barrio y juntos dar la bienvenida a nuestros amigos de Mochimingo, Circo Social A.C.



"El arte es una herramienta para la transformación social"



ESTE 5 DE JULIO

OSIVICHA DE LA MUJER A PARTIR DE LA 1 PM EN LA UNIÓN DEL BARRIO EL SANTUARIO CON LA PARTICIPACIÓN DE:

MIGUEL PEREZ, LORENZO KARKOMA, CESTIAN BULLI, FABIAN RAMOS, PABLO LOPEZ, ALFREDO JIMENEZ, CARLOS CORDEHO

MUSICARTE

Asiste con tu familia, los esperamos: **"SENSIBILIZARTE POR UN MUNDO SIN VIOLENCIA"**

Fortalecimiento de Capacidades para la Participación y el Liderazgo Social de Mujeres de Calapa y Quibana Roo

Participantes: Mujeres de 16 a 35 años, que se comprometan a cubrir los 4 niveles del programa, en las siguientes representaciones:

PROGRAMA DE FORMACIÓN FOCAL

FOCAL

1. Taller: Liderazgo para el cambio social. 2x de Octubre de 8 am a 3 pm.
2. Taller: Participación y Liderazgo Social. 16 de Octubre de 8 am a 3 pm.
3. Taller: Sea investigadora en TIC's. 6 de Noviembre de 8 am a 2 pm.
4. Taller: Empower Social. 6 de Noviembre de 8 am a 2 pm.

Lugar: Salón de usos múltiples, Barrio El Invernadero, San Cristóbal de las Casas.

Inscripciones e Inscripciones: Casa Operación Juvenart, Calle El Sumbado No 3 A Barrio el Santuario, tel Cel. 941 967 13 61 31.

Operación Juvenart

Indesol

¿TE GUSTA LA BIODIVERSIDAD? ¿LAS ECOTECNIAS? ESTO ES PARA TI

TE INVITAMOS AL TALLER "CONSTRUCCION DE BAÑO SECO" ESTE SÁBADO 16 Y DOMINGO 17 DE JULIO DE 9 AM A 2 PM EN LA COLONIA CAMPESTRE LOVIAS DE CHIAPAS.

EL TALLER Y FRUTAS (ALMUERZO) ROSA PARA TRABAJAR GOBIERNO Y DE PREFERENCIA BOTAS.

ACTIVIDAD SIN COSTOS. CUPO LIMITADO: 15 PERSONAS. INVITADOS CON UN MENSAJE POR EL FACE BOOK: OPERACION JOVENART.

OPERACION JOVENART

INSTITUTO AMBIENTAL MEXICO, S.C.

SEARNAT

Foro PreCOP13

Se invita a la juventud del Estado de Chiapas a participar en el Primer Foro Intercultural Juvenil sobre biodiversidad.

Ts'oblej: Yich'el ta ma'ik' j'um'ik'inatik

ts'ain te'aj: ta ske'el yich'el ts' ma'ik' j'um'atik k'oolatik

Únete y sé parte del cambio

Foro "Ponencias" "Pronunciamento Juvenil"

Lugar: Sala de Bellas Artes "Alberto Domínguez Borra". San Cristóbal de Las Casas.

Fecha y hora: 29 de Sep. de 2016 08:00-14:00 Hrs.



COLECTIVOS INDEPENDIENTES
PRESENTA

BARRIO DE TIXCALA

Actividades culturales.
Prestamos de libros (libros vagabundos)
Exhibición de break dance, taller de graffiti, pláticas acerca de la cultura hip-hop (patrulla roja)
Proyección de documental (cine callejero)
Actividades recreativas (sonrisas callejeras)

27 de septiembre **Micro abierto.**

¡¡Te esperamos no faltés!!

Plazuela de Tixcala a partir de las 4 de la tarde, San Cristóbal de Las Casas.

PROGRAMA DE FORMACIÓN
Participación e Incidencia en Política y Social.

OBJETIVO:
Aportar al fortalecimiento metodológico de las y los líderes y emprendedores sociales jóvenes, para participar e incidir con sus proyectos y temas.

EL PROGRAMA CONSTA DE TRES TALLERES, CON FECHAS:

- Participación Juvenil creativa / 4 de agosto
- Incidencia en política social y pública / 5 de agosto
- Creación e impulso de agendas públicas / 13 de agosto

CUPO: 20 ESPACIOS
Jóvenes de 18 a 29 años

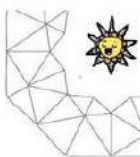
SEDE: SAN CRISTÓBAL DE LAS CASAS
Lugar: Proyecto Cultural VIVA Tixcala
Horarios: 7 am a 4 pm
Cierra de inscripción: 1 de agosto a las 5pm
Punto de encuentro: Plaza de la Paz, 3am.

INFORMES:
Email: kenemilc@vivaformal.com
facebook: Kenemilc ACS Italic A.C.
Twitter: @kenemilcAC

Logos: IMPULSO MÉXICO, VIVA, KENEMILC, imjuve, PSE, AD.



VIVA Voluntad en Acción tienen el placer de invitarte a ti y a tu familia, al taller de valores que impartirán nuestros amigos Manatías de San Cristóbal, el día Jueves a partir de las 5pm en el salón de usos múltiples del Barrio de Tixcala. Tu asistencia es nuestra motivación.



TALLER: ACORDEMOS JUNTOS-JUGUEMOS LIMPIOS
PROYECTO PARA PREVENIR LAS ADICCIONES Y LA VIOLENCIA, INICIATIVA DE JOVENARTE



SAKIL NICHIM ANTSETIK Y JOVENARTE

TE INVITAN A PARTICIPAR EN EL TALLER:

EQUIDAD DE GÉNERO  

PREVENCIÓN DE VIOLENCIA 

DISCRIMINACIÓN 

PREVENCIÓN DE VIOLENCIA

PARTICIPANTES:
 HOMBRES Y MUJERES DE 18 A 20 AÑOS

LUGAR: SALÓN DE USOS MÚLTIPLES DEL BARRIO EL SANTUARIO
FECHA: SABADO 20 DE OCTUBRE DE 2016
HORA: 9 AM

#SICRIBETE
JOVENARTE CHIAPAS




JOVENARTE

Te invita a que asistas este 5 y 12 de Junio (Domingos) al taller:
Huertos y MIP (Manejo Integrado de Plagas).



Horarios: de 7 am a 10 am.
Dirección: Av. La Almolonga, Barrio Santa Lucía.
Referencias: Frente a la escuela primaria Diego de Mazariego, Fraccionamiento Portón Negro.



SAN CRISTÓBAL DE LAS CASAS, CHIAPAS.
 INFORMACIONAL TEL. CEL. 967 136 23 01

OPERACION JOVENARTE

CORREO ELECTRÓNICO: jovenarte@outlook.com

CONTINUAMOS CON EL PROCESO DEL ESTABLECIMIENTO DE ARBOLES FRUTALES EN EL MUNICIPIO DE CHALCHIHUITAN. Articulando Territorios.



Jóvenes, acciones y movimientos. Aproximaciones desde el sur de México se terminó de imprimir en el mes de julio de 2021, con tiraje de 300 ejemplares, en la Editorial Fray Bartolomé de las Casas, ubicada en Pedro Moreno, 7, barro de Santa Lucía, San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, México.



El libro propone un abordaje sociopolítico de Chiapas desde una perspectiva generacional. Aquí radica parte de su potencia: aportar una mirada generacional para comprender los procesos políticos situados en la témporoespacialidad chiapaneca, un punto de vista que no habla sobre, por o para las juventudes, sino que construye un enfoque de y desde las y los jóvenes. El autor presenta a la juventud como un concepto en disputa. Refiere tanto a las disputas de las juventudes como a las disputas por las juventudes. Nos recuerda que las juventudes disputan y son disputadas, producen y son producidas. Las dimensiones que enfoca este libro tienen anclajes localizados, pero no se reducen a lo local, son singularidades que interpelan cuestiones comunes a otras situaciones. Son estudios producidos desde Chiapas, pero que dialogan con realidades nacionales, regionales y globales. Esto nos invita a identificar los elementos en común que podemos trazar a partir del reconocimiento de las singularidades y diversidades que caracterizan a las juventudes contemporáneas.

Del prólogo de Pablo Vommaro

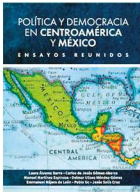


Publicaciones recientes del ODEMCA:



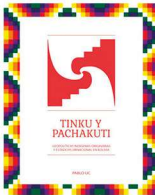
Vuelta de tuerca. Aproximaciones críticas sobre el proceso electoral 2017-2018 y primeros atisbos de la Cuarta Transformación en Chiapas y México
Año: 2021.

Autores: María del Carmen García Aguilar, Carlos de Jesús Gómez-Abarca, Manuel Martínez Espinoza, Delmar Méndez Gómez, Jesús Solís Cruz, Pablo Uc y Daniel Villafuerte Solís.



Política y democracia en Centroamérica y México. Ensayos reunidos
Año: 2019.

Autores: Laura Álvarez Garro, Carlos de Jesús Gómez-Abarca, Manuel Martínez Espinoza, Delmar Ulises Méndez-Gómez, Emmanuel Nájera de León, Pablo Uc, Jesús Solís Cruz.



Tinku y Pachakuti. Geopolíticas indígenas originarias y estado plurinacional en Bolivia
Año: 2019.
Autor: Pablo Uc.



CARLOS DE JESÚS GÓMEZ ABARCA

Es originario de San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, México, sociólogo por la Universidad Autónoma Metropolitana - Azcapotzalco, Maestro y Doctor en Ciencias Sociales y Humanísticas por la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas. Sus investigaciones bordan sobre la condición juvenil, los activismos en contextos represivos, los procesos electorales y los movimientos sociales en América Latina. Es miembro del Sistema Nacional de Investigadores del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología y del Sistema Estatal de Investigadores del Instituto de Ciencia, Tecnología e Innovación de Chiapas.